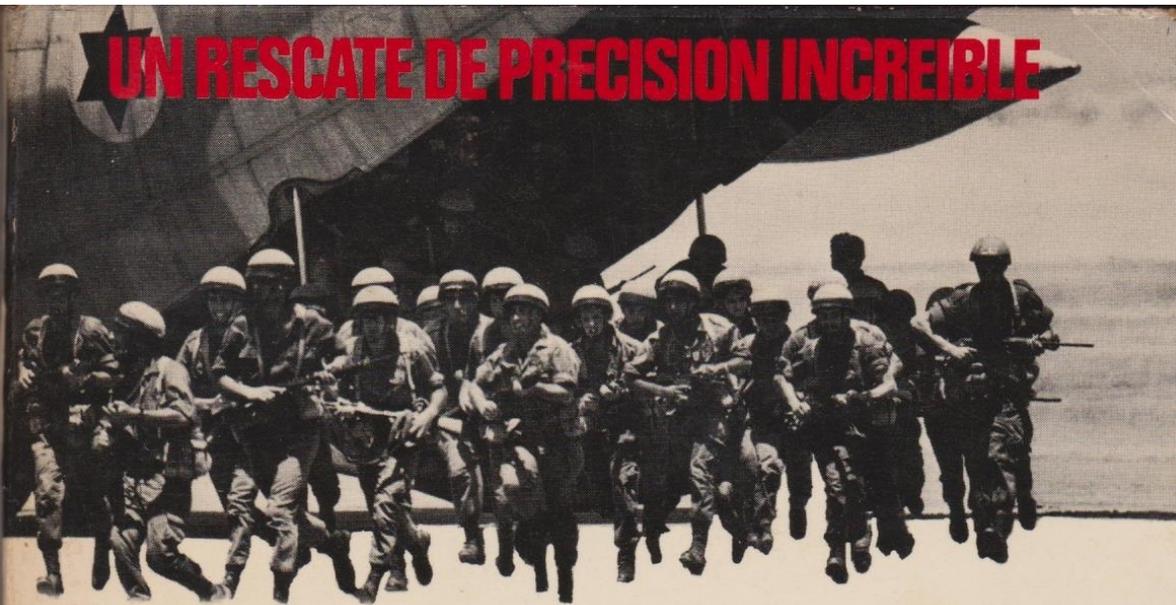


UN RESCATE DE PRECISION INCREIBLE



90 MINUTOS EN ENTREBE

**La primera auténtica historia de la
«Operación Rayo», el espectacular
ataque israelí contra el terrorismo**

William Stevenson y Uri Dan





William Stevenson, periodista y corresponsal de guerra de renombre internacional, es el autor del conocido best-seller «A Man Called Intrepid» («Un Hombre Llamado Intrépido»).

Lo primero que aprendió fue acerca de los métodos terroristas en la Indochina francesa y más tarde en Kenia durante las sangrientas guerras con

el Mau Mau. Su experiencia en el Servicio Secreto comienza durante la Segunda Guerra Mundial, cuando era piloto de la Real Armada.

Más tarde estuvo conectado a los servicios que dirigía el Jefe de «British Security Coordination», Sir William Stevenson, un hombre llamado Intrépido.

La larga asociación de Bill Stevenson con Israel comenzó inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los miembros de la red de Intrépido colaboraron en la creación del Estado de Israel.

Poco antes de la Guerra de los 6 días en 1967, Stevenson supo que la lucha estaba a punto de reanudarse. Algún tiempo después de la Guerra él escribía el libro «Strike Zion».

En 1970 con la colaboración de la IAF, Stevenson escribió «Zanek!: Una crónica sobre las Fuerzas Aéreas Israelíes.»

Ahora, después de dos intensas semanas de investigaciones periodísticas en Israel, Bill Stevenson ha escrito la primera historia íntegra de la misión de rescate en Uganda: 90 MINUTOS EN ENTEBBE.

William Stevenson

90 minutos
en Entebbe

EDITORIAL COSMOS, S. A.
MADRID

Título original
90 MINUTES AT ENTEBBE

Traducido por
MARCELO COVIÁN
de la 1.ª edición de Bantam Books, Inc., Nueva York, 1976

1976, Keter Publishing House, Jerusalem Ltd., con material de
Operación Uganda, por Uri Dan

1976, EDITORIAL COSMOS, S. A.
Oquendo, 23, Madrid-6 (España)

Primera edición
Reservados todos los derechos

PRINTED IN SPAIN
IMPRESO EN ESPAÑA

I.S.B.N.: 84-7408-007-X
Depósito legal: M. 29.841-1976

Lipal, S. A. Avda. Pedro Díez, 3. Madrid

«Si en alguna ocasión Israel hubiera fracasado en su empeño de proteger lo que posee, Israel misma hubiera dejado de tener sentido. Hemos sido forzados a una defensa agresiva y el riesgo es cada día mayor.

Al final, quizá tengamos que optar por una acción que pudiera echar por tierra el propio Templo de la Humanidad, antes que abandonar a los verdugos aunque tan sólo sea a un simple miembro de la familia.

La supervivencia en otras condiciones, no sería realmente supervivencia. Y todos nosotros, cualquiera que sea nuestra raza, no seríamos dignos, ni de lamentarnos, si vendiéramos nuestras vidas al precio de nuestras conciencias.»

Yerucham Amitai, Jefe del Alto Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas Israelíes.

Extraído de una conversación con William Stevenson, mientras sobrevolaban el Templo de Salomón.

Marzo 1970.

Introducción

Durante la primera hora del domingo 4 de julio de 1976, una partida de rescate escapó del corazón del África con más de cien secuestrados retenidos por un dictador negro. En la Operación Rayo se habían recorrido cuatro mil kilómetros con comandos aéreos y se había empeñado una espectacular batalla de noventa minutos contra el terrorismo internacional.

En Washington, cuando los norteamericanos empezaban a celebrar el bicentenario de su declaración de independencia del dominio británico, las noticias llegaron primero a través de los poderosos oídos electrónicos de la Agencia de Seguridad Nacional, que interceptó tensas conversaciones radiofónicas entre las tropas israelíes que luchaban en Uganda, una de las últimas colonias británicas en obtener su independencia.

Los mensajes en hebreo se cruzaban entre jeeps armados, carros de infantería, cuatro gigantescos aviones Hércules de transporte, dos Boeing-707 y un Mercedes negro que parecía pertenecer al presidente Idi Amin Dada, a veces conocido con humor negro como el «Gran Papá». El Mercedes no era de él. Uno de los 707 transportaba al jefe de la Fuerza Aérea israelí y a toda la plana mayor de una de las unidades, y sobrevolaba la zona a una altura de ocho mil metros.

No todo esto resultó evidente de inmediato en Washington. Uganda debe haber parecido tan remota como la Luna a los traductores de la NSA; y por cierto que ese estado africano es más conocido por sus famosas Montañas de la Luna que por su nula importancia en la política internacional. Pero los informes que le llegaron al secretario de Estado, Henry Kissinger, tenían sentido. Minutos antes se le había advertido que un grupo israelí de intervención a larga distancia, de unos quinientos soldados y pilotos, había pasado por el Mar Rojo, evitando los puestos de radar levantados por los rusos; había volado entre hostiles estados árabes y cruzado parte de África para superar el valle de Rift y llegar a Entebbe.

Israel esperó hasta el último minuto para comunicar a los Estados Unidos la noticia de esta operación militar sin precedentes. Un pequeño grupo de hombres en Jerusalén soportó una tremenda carga de responsabilidad durante una semana, en que había enfrentado una crisis que debiera haberle conseguido el apoyo de otros gobiernos, pero no lo logró; una crisis para la que no había respuestas disponibles, ninguna experiencia previa de la que aprender algo y ninguna solución perfecta.

Los embajadores de Israel informaron a Kissinger y a los demás ministros de Relaciones Exteriores, a fin de prevenir cualquier reacción militar de alarma. Hicieron sus revelaciones en respuesta a un único mensaje en código transmitido desde Jerusalén a las capitales del mundo y demorado a fin de que ningún gobierno extranjero tuviera tiempo de protestar o interferir.

La crisis a la que se enfrentó a solas Israel revivió amargos recuerdos de otras tragedias en que los judíos quedaran abandonados a su suerte. Al reconstruir los acontecimientos que llevaron a esos noventa minutos en Entebbe, los israelíes no me confesaron haber sido abrumados por los recuerdos del Holocausto, los pogroms o las inquisiciones. Ni uno solo de los soldados, pilotos, políticos y estadistas hizo una analogía. Los hechos hablaron por sí mismos. Cuando me senté con el jefe del Gobierno Yitzhak Rabin en su despacho de Jerusalén, por ejemplo, no hubo la menor huella de autoconmiseración en su narración de los días anteriores de dolorosa búsqueda interior. No hubo reproches. Cuando el ministro de Defensa, Shimon Peres, recordó los intentos desesperados para ganarse la ayuda internacional, no emitió juicios. Cuando el jefe del Estado Mayor, general Mordechai Gur, súbitamente hundió la cabeza entre los brazos en un breve lapso

de fatiga, simplemente se trató del gesto de un hombre que expresaba su alivio de que los judíos aún contaran con un protector insobornable: el Estado de Israel.

Y para esto sirvió la Operación Rayo: probó que Israel tiene la más poderosa de las razones para existir. Sin Israel, los rehenes de Entebbe hubieran muerto o se hubieran convertido en títeres de un nuevo tipo de guerra de guerrillas cuyo objetivo es la destrucción de la decencia. Y los rehenes eran judíos, por lo que, oficialmente, ningún otro gobierno deseaba salvarlos por medio de la acción militar.

Sin embargo, la Operación Rayo marca un cambio radical en la reacción del mundo libre ante las nuevas técnicas del terror. Durante años, nos hemos visto condicionados por la extorsión y la anarquía, de modo que el secuestro de un avión de Air France que volaba de Atenas a París pareció casi una rutina. El número 139 despegó de Tel Aviv la mañana del domingo 27 de junio. En ese momento, los hombres que pasarían el resto de la semana siguiente en una insomne batalla de ingenio se dedicaban a sus actividades de la manera menos conspicua. Algunos eran soldados con tareas civiles; pilotos que también eran estudiantes universitarios; políticos con afición a la filosofía o a la arqueología. Sé que un hombre que mató a un terrorista en Entebbe, había estado discutiendo ese domingo de escultura con un viejo amigo del colegio en la colonia de artistas de Safed.

El vuelo 139 por un tiempo desapareció del mapa y de las mentes de la mayoría de los lectores de periódicos, salvo por quienes tenían parientes a bordo y por los israelíes, quienes presintieron otro desafío más a su derecho a la existencia. Sin embargo, el vuelo 139 fue importante para quienes no somos judíos pero compartimos con ellos los mismos valores.

Hubo muchos aspectos extraños en la historia del vuelo 139. Los terroristas que llevaron a cabo el secuestro estaban ejecutando un plan cuidadosamente concebido. Contaban con el respaldo del presidente de la República de Uganda, siendo ésta la primera vez que una nación contemporánea y su dirigente máximo se convirtieron en protectores y voceros de los piratas y extorsionadores políticos. Estaban apoyados por una organización terrorista internacional cuyo cuartel general había sido localizado en el vecino territorio de Somalia, el estratégico aliado de la Unión Soviética en África. Declararon la guerra, en todo sentido, contra Kenia, nación que ha resistido con determinación a los agentes del bloque soviético y de China.

Los terroristas estaban dirigidos por un hombre y una mujer, dos alemanes cuya conducta recordó la de los nazis; por lo menos a uno de los rehenes, que aún tenía los números tatuados de un campo de concentración. El nombre del Chacal, un asesino con conexiones internacionales, fue repetido una y otra vez. El Chacal no es un villano de ficción: es un técnico de la muerte empleado por revolucionarios experimentados. Sus negociaciones con el Estado de Israel, por ejemplo, fueron conducidas con la arrogancia de hombres y mujeres seguros de contar con apoyos poderosos. Uno de sus patrocinadores fue Libia, que ha gastado parte de sus enormes beneficios del petróleo en grupos guerrilleros: 50 millones de dólares para los revolucionarios del Líbano; 100 millones para Setiembre Negro, el ala terrorista de Al Fatah, y millones más para otros agentes de la destrucción y el asesinato, como los Ángeles de la Muerte, de Eritrea. Esos nombres no significan nada para la mayoría de nosotros hasta que es demasiado tarde. Esos nombres significaban poco o nada para los pasajeros del vuelo 139, cuyas vidas serían negociadas a cambio de terroristas presos, un intercambio ahora tan común que hemos llegado a aceptarlo como normal.

En Israel el intercambio de un inocente por un criminal aún no es considerado normal. Los pasajeros del vuelo 139 tuvieron que ser tratados como si fueran «soldados en la línea de fuego», según me contaron los expertos antiterroristas cuyos corazones sangraban cuando me lo decían.

Nadie que conozca Israel puede dudar del dolor que allí se ha sentido ante la pérdida de una sola vida en todos estos años de guerra recurrente. Pero Israel comprende, de una forma que el resto de nosotros no comprendemos, las dimensiones y el aterrador futuro del terrorismo internacional.

De ese modo, la lucha por recuperar los pasajeros del vuelo 139 fue una batalla contra el ingenio, la astucia y la falta de escrúpulos de aquellos que se esconden detrás de esos asesinos científicos como el Chacal. Han aprendido a burlarse de las democracias y su derrota en Entebbe, aunque resonante, es sólo un episodio. La operación ha significado que algunos hombres y mujeres tienen el valor de contraatacar y representó una respuesta de la gente común, que expresa que el público está muy por delante de sus gobiernos en su deseo de armarse contra el nuevo peligro. Una característica alentadora del triunfo en Entebbe es que fue el resultado de la cooperación entre individuos en muchas otras partes de África y del mundo occidental.

Quizás esto es lo que importa. Aunque los estadistas evitaron la acción y los gobiernos mostraron la espalda, Israel fue asistida de muchas formas no convencionales.

«La valentía de quienes lucharon en Entebbe —me dijo un alto jefe israelí— fue más que igualada por el valor y la dedicación de nuestros expertos de los servicios de información y de sus amigos en muchos otros sitios.»

William Stevenson
Nueva York, julio de 1976

1. ¿Dónde está el vuelo 139?

La mujer que entró en la sala de tránsito del aeropuerto de Atenas a las 6.17 de la mañana del 27 de junio de 1976 vestía una falda oscura de algodón, una blusa azul claro y zapatos de tacón bajo. Tenía los ojos un tanto enrojecidos y el rostro marcado por huellas de acné. Parecía estar próxima a los treinta años de edad y permaneció silenciosa al lado de un joven de vestimenta nada llamativa que había estado con ella en el vuelo 763 de Singapore Airlines desde Bahrein. La pareja tenía pasajes a nombres del señor García y la señora Ortega.

Dos jóvenes con pasaporte árabe bajaron del mismo aparato procedente de Bahrein, pero se mantuvieron a distancia de ellos. Ellos también debían subir a bordo del avión 139, con vuelo de Tel Aviv a París, que debía aterrizar en Atenas alrededor del mediodía. Dieron como nombres Fahim Al-Satti y Hosni Albou Waiki.

Las medidas de seguridad no eran severas en Atenas, donde un cortocircuito de toma de tierra fue distracción suficiente para que la policía se convenciera de que no valía la pena realizar ni siquiera la revisión más rudimentaria. La hora del cortocircuito cobraría importancia más tarde. Lo mismo la observación de un guardia, que parece que estuvo despierto esa mañana fatídica en el aeropuerto de Atenas. Sus descripciones detalladas de las extrañas parejas más tarde sugerirían que la mujer era Gabrielle Kroche-Tiedemann, una terrorista de 24 años que participó en el secuestro de los ministros en la reunión de los Países Productores de Petróleo en Viena en diciembre de 1975; amiga asimismo de otro alemán muerto más recientemente, cuando la bomba que llevaba en la maleta estalló en el aeropuerto de Tel Aviv. Gabrielle había vivido con Carlos, el Chacal, el terrorista más famoso y buscado del mundo. Su compañero alemán de ese día era miembro de las guerrillas urbanas de Baader-Meinhof.

Uno de los árabes sería identificado como fundador y planeador de operaciones del terrorista Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP).

Los cuatro viajeros del vuelo 139 subieron a bordo sin pasar por los detectores de metal. Tampoco les examinaron el equipaje. Dentro del aerobús de Air France, se dividieron. Uno de los árabes se sentó al lado de Moshe Peretz, un estudiante israelí de medicina de 26 años. Peretz, un joven sumamente meticuloso, había empezado a garrapatear una especie de diario en el dorso de su billete. A medida que transcurría el tiempo y que las anotaciones se volvieron más peligrosas, éstas cambiaron de naturaleza. Empezaron como un informe que Peretz pensó que sería divertido ponerlo algún día en un álbum. Terminaron como frenéticas anotaciones en hebreo sobre las bolsas antináuseas, en carpetas y servilletas; anotaciones que terminarían exactamente una semana y tres horas después, de vuelta en el aeropuerto de Tel Aviv, donde habían empezado:

Atenas, domingo, 27 de junio.

12.10. Poco después de despegar, oigo de repente un grito terrible. Lo primero que pienso es que alguien se desmayó. Veo que dos personas corren hacia adelante. Se trata de un joven de cabellos largos vestido con una camisa roja, pantalones grises y un jersey beige, y de otro que tiene un bigote espeso, pantalones largos y camisa amarilla. Corren hacia la primera clase.

12.12. Unas azafatas aterrorizadas e histéricas salen de la primera clase. Con los brazos temblorosos, tratan de calmar a los pasajeros, quienes empiezan a mostrar señales de nerviosismo. Un minuto después, oímos la voz excitada de una mujer por el sistema de

comunicación del aeroplano. Hablando en inglés con acento extranjero, nos informa que el avión está en manos del «Grupo Che Guevara» y la «Unidad Gaza» del Frente Popular para la Liberación de Palestina. Cuando oigo «Che Guevara», me asusto, porque pienso que no vacilarán en hacer estallar el avión en el aire. La voz histérica en el altavoz anuncia que todos los pasajeros deben levantar las manos encima de las cabezas y no moverse. A la entrada de la primera clase, hay dos terroristas con pistolas y granadas de mano sin seguro. Empiezan el cacheo de los pasajeros, los llaman uno a uno y les revisan todas las partes del cuerpo. Luego, su revisión se vuelve más superficial. Anuncian que cualquiera en posesión de un arma debe entregarla de inmediato. Unos pocos pasajeros les entregan cuchillos y tenedores. A mí también me llaman y me revisan superficialmente. Las revisiones duran hasta casi las 15 horas.

15.00 No tengo idea de por dónde volamos. De improviso, por las ventanillas vemos una costa, tierra árida y una pobre pista de aterrizaje. Suponemos que nos aproximamos a Benghazi. El avión da diez vueltas antes de aterrizar. Entonces, el jefe de los terroristas —el de camisa roja— corrobora que hemos aterrizado en Benghazi. Dice que, de ahora en adelante, el nuevo comandante del aparato será Bazin el Nubazi, el dirigente de «Gaza». El avión, dice, no responderá a ningún mensaje que no esté dirigido a «Haifa». Esperamos dos horas. Mientras esperamos, colocan una lata redonda con una espoleta sobresaliendo cerca de la salida izquierda del avión y una lata cuadrada a la derecha. Cogen las latas con una mano y cada una parece pesar unos 200 gramos. El de la camisa amarilla dice que han minado las puertas con explosivos para evitar que las abran. (A decir verdad, las latas no tienen un aspecto muy aterrador.)

17.00 Una de las pasajeras, que dice sentirse mal, obtiene permiso para salir del avión.

17.15 Los terroristas empiezan a recoger los pasaportes. Los atan en una bolsa de nylon. Les entrego mi pasaporte, mi tarjeta militar, mi licencia de conductor, en suma, todos los documentos en mi posesión. Amenazan con que cualquiera que no entregue los documentos tendrá un severo castigo. Hablan en inglés y una de las azafatas traduce al francés. A decir verdad, el ambiente en el avión es de calma.

18.00 Se desmaya una de las pasajeras y un médico presente en el avión le da los primeros auxilios. Aún estamos sentados aquí, mirando por las ventanas. Un paisaje árido, cuatro soldados aburridos en la pista, unos pocos camiones en las inmediaciones.

19.15 Una cena fría, pero no está mal. Las azafatas sirven latas de zumo con inscripciones árabes. En el ínterin, he visto a un terrorista rubio y a la alemana. Ella es del tipo que hace las cosas rápido. Quien quiere ir al lavabo, levanta un dedo; ella grita una orden para que vaya; en caso de que dos pasajeros se levanten al mismo tiempo para ir al lavabo, ella grita como una verdadera animal.

19.25. El «comandante» (el alemán) anuncia que lamenta el disgusto y las incomodidades causadas a los pasajeros y promete que levantaremos el vuelo lo más pronto posible.

21.35. Por fin, en el aire. Increíble. Después de seis horas y media en tierra. Nos tratan bastante bien. Pero, ¿a dónde volamos? ¿A Damasco? ¿Bagdad? ¿Tel Aviv? ¿Beirut? ¿París? Los

pasajeros organizan una especie de lotería acerca del destino de nuestro vuelo. Nos hablamos con libertad, pero lo que no sabemos es nuestro destino y las exigencias de los secuestradores.

23.00 Me despierto de una siesta. Hace mucho frío. Me cubro con periódicos israelíes.

Del vuelo 139 no se supo nada más después de dejar Atenas. La pérdida de contacto radiofónico no provocó mayor reacción entre los encargados griegos. Pero, en Israel, el súbito silencio del avión empezó una semana de operaciones tempestuosas. La semana que va del domingo 27 de junio al 4 de julio es ahora una semana que en los archivos del servicio de inteligencia israelí está bautizada como «Rayo» y rodeada de medidas de seguridad sin precedentes.

La súbita desaparición del vuelo 139 fue de inmediato registrada por una fuerza israelí especial de información que no tiene paralelo conocido. Revisando las ondas aéreas del mundo con poderosos oídos electrónicos y con otros métodos, vigila los viajes por razones que son únicas. Tiene como propósito evitar que Israel quede aislada y pueda ser destruida. Eso significa la protección de viajeros desde y hacia Israel y la búsqueda de asesinos que quieren transformar a Israel en un ghetto para poder sitiario y minarlo como si una fortaleza pudiera ser aislada del mundo y destruida a voluntad.

«El aparato 139, con gran número de israelíes a bordo, ha sufrido un accidente o ha sido secuestrado —decía el primer mensaje—. El avión desaparecido es un airbús de Air France que despegó del aeropuerto de Ben-Gurion (cerca de Tel Aviv) poco antes de las nueve de esta mañana.»

El mensaje fue enviado al gabinete israelí, que ese domingo estaba en medio de su sesión semanal de rutina. El ministro de Transportes, Gad Yaakobi, un economista de 41 años de edad, lo entregó al jefe del Gobierno, Yitzhak Rabin. Era la 1.30 de la tarde, pocos minutos después de que el vuelo 139 dejara de transmitir tras su parada para reponer combustible en Atenas. El jefe del Gobierno Rabin, un general retirado, ex jefe del Estado Mayor de Israel, le dijo a Yaakobi, que había servido primero como soldado y por último como subteniente:

—Si lo han secuestrado, usted se hace cargo de la información.

Gad Yaakobi comprendió en qué sentido él ahora estaba en la línea de fuego. El joven subteniente pronto aprendería las responsabilidades de un alto rango.

Empezó a llegar más información. Desaparecieron los planes del almuerzo.

«El aerobús desaparecido se fue de aquí con 245 pasajeros y una tripulación de doce personas —informaron los encargados de la seguridad del aeropuerto de Ben-Gurion, consultando sus archivos—.

Creemos que hay 38 israelíes, pero quizá más, porque algunos pasajeros tenían ciudadanía de otros países. Se cree que una cantidad indeterminada de árabes han hecho transbordo al vuelo 139 de otro aparato proveniente de Singapur, que aterrizó en Atenas poco antes que el aerobús.»

Alrededor de las 3.30 de la tarde se formó un equipo de crisis, dos horas después de la primera nota del servicio de información y 15 minutos antes de que terminara la sesión rutinaria del gabinete. Con ellos estaba el comandante en jefe, Motta Gur, un general formidable cuyos comandos de paracaidistas le habían hecho ganar notable reputación por sus acciones rápidas e inesperadas.

Cada miembro de esta fuerza operacional estaba apoyado por especialistas: expertos en la nueva red internacional de terroristas cuyos ataques contra Israel tenían la misma importancia ideológica que las bombas en Irlanda; expertos en tácticas antisequestro, expertos militares, políticos y diplomáticos. Se reunieron con prontitud y armonía. Esta clase de emergencia se

había producido con anterioridad, aunque jamás en semejante escala. Nadie sabía si el aparato 139 estaba totalmente perdido o en manos de unos terroristas a la búsqueda de un acto melodramático de homicidio. O podía estar en manos de una nueva promoción de secuestradores refinados y entrenados en operaciones aéreas y extorsión política.

—Me temo esto último —le confió el jefe del Gobierno Rabin al consejero científico de Defensa, el doctor Yehezkel Dror—. ¡Afronte los hechos! Nuestros enemigos jamás han logrado una caza semejante.

Quizás unos cien judíos que pueden tener parientes poderosos e influyentes en todo el mundo, y cualquier^ de ellos puede quebrarse ante una presión determinada.

El profesor había escrito una vez un ensayo: *Cómo lidiar con el terrorismo vinculado con regímenes demenciales*.

No tenía noción de lo profético que resultaría. Tampoco el ministro de Defensa, Shimon Peres, podía adivinar que sus propios argumentos dichos ese día en el gabinete pudieran ensombrecer lo que sucedería a continuación. Había contestado a las críticas contra el Westwind, un avión de reacción civil fabricado por los israelíes, pero pagado con el dinero de los contribuyentes. Dijo que el Westwind era una inversión para la futura industria aérea israelí, y agregó irónicamente:

—Hasta el presidente Amin, de Uganda, lo eligió entre los mejores del mundo.

Que el dictador de Uganda tuviera un avión Westwind construido por los israelíes era una broma sin importancia ese domingo 27 de junio. Lo que nadie sabía era que el robado aerobús del vuelo 139 aún estaba en el aire en dirección sur, en vez de hacerlo hacia el norte, hacia su destino en París.

París estaba en medio de su peor oleada de calor en cien años. Todos los que podían, dejaban la ciudad. El presidente francés, Valéry Giscard d'Estaing, estaba en vuelo para reunirse con el presidente de los Estados Unidos, Ford, en una conferencia cumbre en Puerto Rico. Con él estaban los ministros clave del gobierno francés. Los que esperaban el vuelo 139 en el aeropuerto Charles de Gaulle sólo veían que al lado de la hora de aterrizaje de 13.35 GMT (14.35, hora de París), aparecía la tétrica palabra *demorado*.

—*Attention!* —dijo la voz de una azafata de tierra que resonó por encima del ruido— *Attention, sil vous plait!* —muy pocos de los sudorosos parientes y amigos oyeron o comprendieron cabalmente el breve anuncio—: Air France se disculpa por la demora de la llegada del vuelo 139. Aquellos que esperan el vuelo 139, por favor, que pasen a la oficina central de Air France.

Precisamente en la hora indicada para su llegada a París, el desaparecido aerobús estaba a punto de aterrizar en Benghasi, Libia. Esto despertó los peores temores. Era el atardecer en Israel cuando la fuerza de operaciones especiales dio comienzo a su terrible vigilia. Para entonces, ya se sabían algunos detalles. Los secuestradores habían ido a Libia como primer movimiento de un plan complicado. Eran expertos en la nueva clase de guerra contra Israel llevada a cabo por el Frente Popular para la Liberación de Palestina, cuyo jefe de operaciones era el doctor Wadie Hadad.

El doctor Hadad dirigía un ejército internacional de fanáticos armados para el terror. Los servicios de información israelíes creían que había salido del Líbano en guerra hacia una base más segura en África, a fin de entrenar a sus jóvenes discípulos de la revolución, jóvenes que quizá no compartieran su odio por Sión, pero que querían compartir sus arsenales y su conocimiento guerrillero. El temor inmediato fue que se tratara de una repetición del secuestro llevado a cabo por hombres*de Hadad de un avión belga que fue obligado a regresar a

BenGurion en mayo de 1972. En esa ocasión, comandos israelíes disfrazados de mecánicos y asistentes de tierra habían recuperado el aparato matando a dos árabes, pero salvando noventa y siete pasajeros.

Si los secuestradores actuaban según un plan minucioso, tal como indicaban los oídos electrónicos de Israel que sintonizaban con el tráfico radiofónico africano y árabe, el comando del general Gur quizá se enfrentara con una tarea desagradable. Empezaron a tomar posiciones en el aeropuerto de BenGurion, vestidos con los monos blancos de mecánicos o la vestimenta normal veraniega de los turistas.

Parecía que el aparato 139 regresaría allí conducido por los expertos en terror y extorsión del doctor Hadad.

Si aterrizaban en Israel, el enfrentamiento con los secuestradores del aparato del vuelo número 139 requeriría del jefe del Gobierno el máximo esfuerzo de dominio de sí mismo, ya que un ataque contra los secuestradores podría arriesgar la vida de los inocentes pasajeros. El mundo condenaría a Israel. En consecuencia, Rabin se preparó para unas prolongadas negociaciones e instaló un puesto de mando en el despacho del director de El Al, Mordechai Ben-Ari, quien había creado una gran compañía aérea basada, a principios de su carrera, en una red improvisada y clandestina de transportes que sacaba refugiados de los campos de muerte nazis.

2. Un dictador africano se hace cargo de la situación

El domingo por la noche llegaron de Londres las primeras descripciones detalladas de los secuestradores. Sugerían que estaban dirigidos por dos alemanes; que sin duda los secuestradores cumplían un plan meticulosamente calculado y que el vuelo 139 terminaría su viaje en algún sitio «favorable a los terroristas». Las pistas importantes fueron proporcionadas por una joven inglesa, Patricia Heyman, de 30 años, que convenció a sus raptos de que la dejaran en libertad en Benghazi, porque estaba en una etapa crítica de embarazo y corría el riesgo de un parto prematuro.

Pat Heyman tenía pasaporte británico, pero su domicilio estaba en Petach Tikva, Israel. Ella no dijo nada hasta que un avión de la Libyan Airlines la dejó a salvo en Londres; allí Scotland Yard se hizo cargo de ella. En cinco horas, pasó de las manos de los piratas políticos a las de los expertos en tácticas terroristas. Pese al espíritu conciliador de los gobiernos, la policía del mundo libre había creado su propia organización clandestina internacional para intercambiar datos.

«Cinco minutos después de la partida de Atenas, el aparato 139 fue tomado por una mujer, alemana, y al parecer tres árabes, según la rehén liberada —informó Londres a Israel—. Todos parecen estar armados. Unos explosivos, al parecer disimulados como latas de dátiles, fueron colocados en las puertas de salida del aparato. Se informa que Benghazi sólo era una parada. El destino final parece ser África Central.»

Tres horas después de la medianoche del segundo día, el lunes 28 de junio, el ministro de Defensa de Israel regresó preocupado del aeropuerto a su despacho en Tel Aviv en el segundo piso del cuartel general militar. Shimon Peres, nacido en Polonia en 1923, había sido enviado a Palestina a los once años como el niño elegido para representar a una familia judía que tenía pocas esperanzas de unirse a él para la creación de una nación que protegería a los judíos de otras persecuciones.

«Si algo significa Israel —se dijo Peres— es que los judíos puedan ir a cualquier parte como hombres libres ajenos al temor. No podemos ceder ante la extorsión.»

Acababa de enterarse de que el vuelo 139 había terminado en el aeropuerto de Entebbe, en Uganda. Sabía algo de Uganda y de su presidente Idi Amin porque, durante unos años, Israel había beneficiado al dictador entrenando a sus pilotos. Había una razón aún más irónica. En tiempos Uganda había sido considerada como el lugar donde los judíos debían establecer su primera patria en dos mil años. Uganda había sido la alternativa de Palestina, la que se convirtió en Israel.

Peres pasó los puestos de seguridad, ocultando su ansiedad con leves sonrisas, ya consciente de la necesidad de mantener la confianza y evitar los rumores de desastre. En su despacho le esperaba el general Gur y sus consejeros, que ya extendían mapas y fotografías sobre el largo escritorio.

—Más de cuatro mil kilómetros —dijo el general Gur contestando la pregunta inexpresada del ministro de Defensa—. Estamos estudiando las opciones militares, pero la distancia es enorme y los territorios intermedios son hostiles.

—Los terroristas han conseguido el apoyo del presidente Amin.

—¿Está seguro?

—No hay dudas. La Voz de Uganda, la radio del gobierno está emitiendo llamamientos a los revolucionarios y ataques contra Francia e Israel. Los terroristas cuentan con una organización en Uganda, y los dirigentes de todas estas operaciones parecen estar llegando de Somalia.

Peres echó un vistazo a los mapas. La Somalia Británica, aunque ya no inglesa, se había convertido en plaza fuerte de los comunistas chinos y luego había accedido a los sobornos más poderosos de la Unión Soviética. Equipada con armamento ruso, «defendida» por cohetes rusos contra enemigos sin especificar, Somalia era el santuario de los veteranos especialistas en guerra de guerrillas del doctor Hadad y del FPLP.

Los mapas dijeron algo más. Uganda, junto con Kenia y Tanganika, también había estado bajo el dominio inglés. Al principio de la descolonización, el África Oriental había sufrido verdaderas tormentas de agitación política. Etiopía, al norte, había depuesto recientemente al legendario emperador Haile Selassie y destruido la tradicional influencia británica. La Somalia Francesa quedaba fuera del dominio francés, salvo por el puerto de Djibouti.

¿Djibouti? Peres levantó la mirada con gesto interrogante.

—Es una opción —dijo Gur; el comandante en jefe se rascó una de sus grandes orejas—. Averiguar la reacción francesa ante la posibilidad de reponer carburante allí.

Nadie tuvo que preguntar lo que quiso decir. Si se hacía necesaria una operación militar (y sólo podía usarse un condicional *si*), los aviones debían sobrevolar hostiles territorios árabes, evitar los sistemas de detección rusos en Somalia y completar vuelos que se harían fuera del alcance normal de la fuerza aérea israelí.

Alguien cogió un teléfono y llamó al ministro de Relaciones Exteriores, Yigal Allon. Su tarea sería sondear a los franceses acerca de la utilización de Djibouti. Luego le sucederían otras mil tareas imprevisibles. El general Gur habló en voz baja por otro teléfono con sus comandantes de paracaidistas. Las unidades del comando especial apostadas en BenGurion debían permanecer alerta y en sus posiciones, aunque las posibilidades de que el 139 aterrizara allí ya eran menores del diez por ciento.

—Todos los hombres de la Fuerza X y de la Fuerza Y¹ deben estar listos para la acción en otras partes.

El texto de una declaración de 2.500 palabras emitido por Radio Uganda empezó a llegar al despacho de Peres. Denunciaba la ocupación francesa de Djibouti, como si hubiera adivinado el pensamiento de operaciones especiales.

«Djibouti sigue en manos de Francia sólo para mantener la única ruta de Israel al Lejano Oriente y a África», declaraba Radio Uganda.

Éste era el lenguaje del doctor Hadad y de los más famosos enemigos de Israel. El objetivo era aislar a Israel del resto del mundo: una teoría que en otros tiempos parecía desafortunada hasta que se bloquearon las salidas una a una, salvo las brindadas por la aviación comercial.

A última hora del lunes, la fuerza especial recibió una serie de suposiciones sorprendentemente bien basadas acerca de lo que cabía esperar. El servicio de información israelí proporcionó este análisis de las posibilidades:

La *Operación Uganda* era un plan creado por el doctor Wadie Hadad, de 46 años, cerebro gris del FPLP, una facción que operaba con aparente independencia de la Organización de Liberación de Palestina (OLP) de Yasir Arafat. Hadad había organizado una serie de secuestros espectaculares con el propósito de reforzar los argumentos en pro de una violencia aún mayor y en oposición a las recientes iniciativas pseudo-diplomáticas del OLP que acentuaban la moderación. Para la *Operación Uganda*, Hadad se había instalado en Somalia y despachado su equipaje de secuestro a Atenas: una alemana y un alemán anarquista aparentemente identificado

¹ Nombres suprimidos por la censura israelí

como Wilfred Boose, un conocido compañero del Chacal, Carlos Ramírez. El dirigente del grupo podía ser Fayeze Abdul Rahim Jaber, nacido en Hebrón en 1930, viejo residente de El Cairo, fundador de los «Héroes del Regreso», y comandante de operaciones del ala radical del FPLP, vinculada con grupos anarco-izquierdistas de todo el mundo.

El compañero del Chacal, Jaber, supuestamente tenía la dirección del departamento político del FPLP. Eso indicaba que el vuelo 139 se convertiría en un elemento de guerra política a fin de ganar apoyo para las teorías violentas de Jaber y de desacreditar a Israel, al obligar al Estado israelí a ceder por primera vez ante sus amenazas. Jaber organizó el ataque contra un avión de la Pan-Am en diciembre de 1973 en Roma, en el que murieron treinta y una personas. La familia de Jaber —con sus cinco hermanos— había estado bajo constante vigilancia del servicio de información israelí. Un hermano, Rasmi Jaber, tenía una tienda de recuerdos turísticos cerca de Jerusalén, estaba abiertamente identificado con el terrorismo y declaró que Jaber era «el organizador de muchas grandes operaciones contra Israel».

Dos horas antes de la medianoche del lunes, las ominosas especulaciones empezaron a agravarse. En una extravagante demostración de júbilo, el «Gran Papá», presidente Amin, se presentó ante las víctimas del secuestro en Entebbe con un grupo de guardaespaldas armados y uniformados de guerrilleros *palestinos*. El «Gran Papá» era retratado por Radio Uganda como el «negociador» entre los secuestradores e Israel.

Pero, ¿por qué únicamente Israel?

Esa noche, una penosa verdad se reflejaba en los rostros que rodeaban al jefe del Gobierno Rabin. La rehén liberada, Patricia Heyman, había hablado a Scotland Yard de «discriminación», de que los alemanes armados con pistolas habían separado a los judíos de los demás pasajeros a bordo del aerobús. Nadie en la dirección de operaciones especiales era particularmente «místico» (como luego alguien los describió), pero ninguno podía olvidar que Israel había nacido del Holocausto en el que los judíos eran separados en los campos nazis y luego enviados a las cámaras de gas. «Discriminación» era una palabra emotiva. Sería mejor que los parientes de los rehenes no se enteraran de ese detalle.

En Uganda, según el servicio de información judío, el presidente Amin desfilaba en ese momento ante los rehenes como su protector. Cuando una joven madre israelí se dirigió a él como «señor presidente», él le señaló:

—Yo soy Su Excelencia Al-Hajji, mariscal de campo, doctor Idi Amin Dada, poseedor de la Cruz Victoria y nombrado por el Todopoderoso para ser vuestro salvador.

3. El terrorismo y los regímenes demenciales

Se envió un mensaje a un tendero en un suburbio de Tel Aviv. ¿Se podría poner él al habla por teléfono con Kampala y hablar con Amin, lisonjear al presidente africano, hacerle recordar sus tremendas responsabilidades como presidente de la Organización de Estados Africanos ahora a punto de efectuar su conferencia cumbre en la isla Mauricio?

El tendero era el coronel Baruch Bar-Lev, «Borcha», un antiguo jefe de la misión militar israelí en Uganda. «Borcha» había sido íntimo amigo del dictador negro.

«Hágale hablar», fue la petición extraoficial. Y él dio comienzo a una serie de extravagantes y prolongadas llamadas telefónicas entre Israel y Uganda mientras la dirección de operaciones especiales luchaba desesperadamente por ganar tiempo. Parecía que había unos 250 inocentes pasajeros y doce tripulantes franceses a la merced de Amin, famoso como bufón peligroso, pero conocido también por los médicos que lo habían tratado en Jerusalén como una víctima de la sífilis que entraba en las últimas fases de esa temible enfermedad, pero que aún era un enemigo ingenioso y marrullero.

El doctor Dror, el principal consejero científico que escribiera el profético ensayo sobre el terrorismo vinculado a los regímenes demenciales, analizó el proso-retrato del presidente Amin. Estos proso-retratos estaban basados en métodos de investigación histórica, modernizados durante la guerra de espionaje contra Hitler. Un precursor fue el profesor Gilbert Highet, de la Universidad de Columbia, un escocés introvertido que podía recrear el ambiente psicológico de los emperadores romanos. Dror había adaptado la técnica para pronosticar el modo en que los dirigentes de regímenes hostiles o secretos podían reaccionar ante diferentes tipos de circunstancias y, para ello, utilizaba todo el conocimiento disponible acerca de sus personalidades, familias, amigos y situaciones actuales.

Mientras el doctor Dror estudiaba a Amin a la búsqueda de alternativas para lograr la segura puesta en libertad de los rehenes, Radio Uganda, el martes 29 de junio, hizo público el precio de la liberación. Los secuestradores exigían el envío de 53 terroristas convictos, incluyendo 40 supuestamente presos en Israel, 6 en Alemania Federal, 5 en Kenia, uno en Suiza y otro en Francia.

«Nosotros somos la única nación que tiene tanto rehenes como terroristas convictos — comentó el ministro de Transportes, Gad Yaakobi. Él tenía la tarea nada envidiable de tratar con un llamado comité para la salvación de rehenes y otro comité de familiares, todos clamando acción. La lista de víctimas del secuestro no se hacía pública por razones de seguridad; las autoridades se pusieron en contacto con los parientes, pero éstos juraron guardar el secreto. Yaakobi, cuyo trabajo con la fuerza de operaciones especiales le exigía mantener canales de comunicación con Air France y la Organización Internacional de Aviación Civil con sede en Montreal, y a hablar en nombre del gobierno durante la crisis, estaba preocupado por las primeras señales del aislamiento de Israel. Las palabras de condolencia no alteraban el hecho de que los franceses no parecían dispuestos a llevar a cabo una acción firme, mientras que la ICAO, al ser una agencia de las Naciones Unidas, ya reflejaba el sometimiento de la ONU a los dictados de los países del Tercer Mundo, compañeros de Uganda y todos hostiles a Israel. Sólo 73 de los 134 miembros de ICAO participaron en la conversación de La Haya que se pronunció a favor de procedimientos que facilitarían la extradición y enjuiciamiento de secuestradores y la penalización de países que los apoyasen. Yaakobi, en un tiempo miembro ejecutivo de la Federación General del Trabajo Israelí (Histadut), estaba cada vez más desencantado con los gobiernos del Tercer Mundo que proclamaban teorías socialistas, pero practicaban la dictadura.

Yaakobi idolatraba una fotografía en que aparecía junto a Ben-Gurion y que tenía en su modesta casa en los suburbios de Tel Aviv. Consultaba los escritos de Ben-Gurion en asuntos históricos, al modo de Tucídides, sobre los factores en la supervivencia de una nación. «La condición de los campos, la moral, el aguante de las defensas y la sabiduría de las tácticas: he aquí nuestra prueba definitiva. ¿Cómo podía ceder Israel ante las exigencias de Uganda y seguir teniendo la pretensión de ser la nación con la fortaleza moral de Ben-Gurion?»

Pero otra presión más perturbadora y urgente recayó en el gobierno: la de las familias de las víctimas. Y empezó a aumentar. Ellos querían negociar. Yaakobi se enfrentó con nuevas demandas de hacer un trato cuando los secuestradores, después de haber exigido la libertad de los terroristas encarcelados, amenazaron con matar a los rehenes y hacer estallar el aerobús si no llegaba una respuesta a las 14 horas, tiempo israelí, del siguiente jueves.

—El objetivo es Israel —dijo con rabia Yaakobi cuando empezó otra reunión de la dirección de operaciones especiales. Este grupo compacto se trasladaba dondequiera estuviese el jefe del Gobierno en caso que fuera necesario realizar consultas. Todos ellos eran profundamente conscientes de la necesidad de comportarse de una forma democrática y se convocó a una reunión del gabinete para el jueves, antes de que se cerrara el plazo otorgado por Uganda.

4. Las oposiciones

Entonces sobrevino la inesperada puesta en libertad de 47 pasajeros. Esta acción ayudó a la unidad israelí de una forma imprevista, porque dio la primera señal de que el objetivo eran los judíos y que sus vidas eran el elemento para un crudo regateo con Israel. La nación había estado profundamente dividida desde la guerra del Yom Kippur en 1973. Había una sensación de inquietud manifiesta en los lugares públicos y en el Parlamento: irritación, recriminaciones, incertidumbre acerca de cómo enfrentarse con unos enemigos que pasaban de las palabras amables a súbitos ataques de odio.

Cuando los 47 pasajeros puestos en libertad llegaron a París la noche del martes 29 de junio, pusieron sobre aviso del peligro real. Al principio, parecía ser que el presidente Amín realmente estaba a cargo de las mediaciones. Pero los rehenes liberados contaron una historia muy diferente al servicio de información francés. Cuando esto se supo en Jerusalén, aumentó la creencia de que ahora Uganda colaboraba íntimamente con el doctor Hadad. La información entró en las computadoras político-militares de

Jerusalén ahora conectadas con lo que luego se conocería como vía B...: la opción militar.

La vía A fue la opción diplomática de negociaciones. Por muchas razones, resultó necesario seguir esa vía; una de ellas fue la preocupación de la opinión pública en Israel. No obstante, lo que se supo públicamente sobre la puesta en libertad de 47 rehenes tuvo un efecto unificador en el país. De una punta a la otra de Israel y con la velocidad del viento, corrió la noticia de que una anciana, marcada con un número en el brazo en un campo de concentración nazi, había sido liberada entre los afortunados 47 porque tal vez su pasaporte no señalaba su judaísmo. Y ella dijo:

«Me sentí como hace treinta y dos años cuando oía las órdenes alemanas y me volví a imaginar las filas de prisioneros arrastrando los pies y el grito temible: *Los judíos a la derecha*. Y me pregunté: ¿de qué sirve Israel si esto puede suceder hoy?»

En una base en el desierto próximo a Beersheba, donde en un tiempo Abraham diera de beber a su ganado, y que fue durante siglos lugar de paso de las caravanas de camellos, a unos treinta kilómetros del mayor centro de investigación nuclear del Cercano Oriente, la historia de la anciana distrajo a los atareados pilotos y paracaidistas en los vastos hangares subterráneos. En las profundidades y debajo de pistas disimuladas había una sala de operaciones que duplicaba el principal centro de operaciones próximo al despacho del ministro de Defensa en Tel Aviv. Por medios duplicados, se seguían las huellas de los enemigos de Israel de forma rutinaria desde Bagdad hasta Libia. Aquí, continuamente se ponía al día, de una forma condensada y con precisión electrónica, la situación de un país sitiado. Los puntos en el radar eran la ubicación de los barcos de guerra rusos y de los aviones rusos o de Europa Oriental que cruzaban el Mediterráneo. Los servicios de inteligencia en tierra registraban el movimiento de los terroristas.

Aquí el comandante de los Servicios Especiales Aéreos y de Comandos, el general Dan Shomron, adaptaba continuamente sus tácticas de comandos al coordinar los ataques contra las bases terroristas allende las fronteras de Israel.

Dan Shomron actuaba en la vía B. Estaba acostumbrado a presentar planes de acción que quedaban abortados por razones políticas o diplomáticas. Sabía la posibilidad de que la vía A, la opción de negociar un intercambio, estuviera siendo considerada. No le gustó. No se trataba de prejuicios de un veterano oficial de paracaidistas, aunque Dan Shomron en sus 39 años de vida nunca había tenido mucho tiempo para el compromiso. Simplemente, el general Shomron creía

que existía una solución militar al problema de recuperar cien o doscientos rehenes del corazón del África Ecuatorial.

Él había aprendido una lección de la guerra del Yom Kippur, una guerra cuya prolongación superó las previsiones israelíes, debido a errores políticos, a falta de preparación y a no haber aprovechado la capacidad de sorpresa de que disponían sus fuerzas especiales y otras más.

«A los rusos se les dio tiempo para juzgar el progreso del equilibrio de fuerza —concluyó—. Cuando este equilibrio se volcó a favor de Israel, la Unión Soviética amenazó con una intervención militar en gran escala y prácticamente ordenó a Henry Kissinger que informara al Kremlin si los Estados Unidos aprobaban un cese de hostilidades justo cuando nosotros teníamos la iniciativa.»

Otros hablaron de una guerra cronometrada, pero en la que las manecillas del cronómetro se movían con lentitud cuando los árabes pensaban que tenían tiempo de sobra para atacar y desangrar a Israel. Cuando el Kremlin vio que Israel llevaba las de ganar, esas manecillas se movieron a ritmo vertiginoso. De ese modo, Israel siempre perdería porque el mundo jamás le dejaría vencer. Y al estar así las cosas, pensó el general Shomron, casi no valía la pena prestar atención a la opinión mundial.

Por tanto siguió trabajando en la preparación de la vía B. Junto a él, e inventando un plan ingenioso tras otro, había israelíes de todos los rangos. Los planes eran seleccionados y los esquemas prácticos enviados a la dirección de operaciones especiales bajo las órdenes del jefe del Gobierno, Rabin Shomron, el hombre con más posibilidades de ejecutar un plan militar, debía simular que estaba al margen de los acontecimientos. De ese modo, la tarde del martes 29 de junio, se encontró trasladado de las discusiones en el calor del desierto al jardín de un casa privada en Ramat Gan, un agradable suburbio de Tel Aviv, con un vaso de whisky en las manos.

—¿Y los paracaidistas? ¿No podéis tomar el aeropuerto de Entebbe?

La pregunta provino de un invitado a las bodas de la hija de un antiguo coronel de paracaidistas. El lugar no se parecía en nada a una sala de guerra, pero el jardín estaba lleno de paracaidistas, en activo o retirados. El jefe del Estado Mayor, Mordechai Gur, estaba en un rincón. A su lado, el director de *Mossad* (la Central de Información y Seguridad de Israel), una figura anónima y un misterio para el visitante extranjero. El asistente del ministro de Defensa, Yisrael Tal, se paseaba entre los grupos del jardín. El general de reserva Ariel Sharon estrechaba la mano del hirsuto general de brigada Danny Mat.

Pese a los festejos, la conversación siempre volvía a recaer en la suerte de los rehenes en Uganda. ¿Qué hará el gobierno? ¿Usará la fuerza? ¿Bombardeará al Líbano o algún otro objetivo donde esa clase de acción había producido efectos en el pasado? ¿O iba a capitular y liberar a los de la lista recibida ese mismo día de manos de Wadie Hadad?

Los prisioneros más famosos en manos israelíes eran los siguientes:

— Arzobispo Hilarión Capucci, cabeza de la comunidad católica ortodoxa del este de Jerusalén. En 1974, fue sentenciado a 12 años de prisión, acusado de haber pasado armas (en su coche que gozaba de inmunidad diplomática). Operaba al servicio de Al Fatah.

— Kozo Okamoto, miembro de la organización terrorista japonesa Ejército Rojo. En junio de 1972 fue sentenciado a prisión perpetua por múltiple asesinato en el aeropuerto Ben-Gurion, durante un cruento suceso en el que murieron 24 personas y muchas más resultaron heridas. Operaba al servicio del FPLP.

— Fatma Barnawi, una africana negra del este de Jerusalén, culpable de poner una carga de demolición en el cine Sión, de Jerusalén, en 1968. Operaba al servicio de Al Fatah.

— William George Nasser. Arrestado en 1968 en Jerusalén; sentenciado a cadena perpetua

por numerosos actos de destrucción, así como el asesinato de un guardia druso en el Corredor de Jerusalén. Operaba al servicio de Al Fatah.

— Muzna Kamel Nikola, enfermera de profesión pasó algunos años en Londres y regresó a Israel con una misión de Al Fatah para realizar espionaje y reclutamiento.

— Kamel Namri, de Jerusalén. Su madre es judía, ingeniero de profesión. En 1968 fue sentenciado a prisión perpetua por actos de destrucción. Operaba al servicio de Al Fatah.

— Samir Darwish, de Acre, fue arrestado durante la Guerra de los Seis Días. Planeó la fuga de dos detenidos por espionaje de la prisión de Ramleh y fue miembro de la organización dirigida por Jabril, el principal terrorista en Uganda.

Las iniciativas tomadas por el ministro de Defensa, Peres, eran presentadas al jefe del Gobierno, Rabin, siempre que había necesidad de ello. Sin embargo, inmediatamente antes de la Operación Rayo, entre las unidades de las fuerzas armadas corrió el rumor de que los encontronazos políticos, ampliamente difundidos, que habían protagonizado estos dos hombres, continuaban en el seno de la dirección de operaciones especiales, encargada de solucionar el asunto del vuelo 139.

En gran parte, esta impresión se debió al modo en que Rabin encargó a Peres la supervisión de las demandas y propuestas de acciones militares. Más tarde, el jefe de Gobierno aceptó de Peres un resumen de cómo operó en esos días el Estado Mayor:

Los paracaidistas sostenían una opinión que expresaban de forma terminante: «Al precio que sea, debemos ir a Entebbe. Si cedemos, será una maldición durante generaciones. La próxima vez que secuestren un avión, exigirán que les entreguemos nuestros dirigentes o nos retiremos de la zona occidental.»

El general Shomron, en ropa de paisano, mostró su usual sonrisa tímida y dijo:

—Vamos, muchachos, ¿qué pretendéis de mi vida? ¿Acaso depende de mí? Si el gobierno quiere, podemos llegar a cualquier sitio.

Shomron era la antítesis del guerrillero. Alto y robusto, con cabello rizado y ojos azules, nació en 1937 en el *kibbutz* Degania. («Pertenece a los fundadores. Tanto mi padre como mi madre fueron en algún momento “secretarios del *kibbutz*” y ahora mi hermano tiene ese honor.») Se alistó en el ejército como paracaidista y participó en acciones punitivas contra los terroristas antes de la guerra del Sinaí en 1956. En la Guerra de los Seis Días, estuvo al frente de un convoy de jeeps que fue el primer elemento de avanzada en llegar a Al Qantara, en el canal de Suez. Fue mencionado en las órdenes del día. Fue comandante de batallón de paracaidistas, luego transferido a destacamentos blindados. En la guerra del Yom Kippur comandó una brigada fija en el Sinaí, primero en las batallas de contención contra la penetración egipcia, luego del otro lado del canal de Suez. Con su grupo llegó a Adabiyeh, en el Golfo de Suez, para cerrar el círculo en derredor del Tercer Ejército egipcio. Después de la guerra, Dan «regresó al hogar» como oficial superior de infantería y paracaidistas, un título ligeramente revelador de su papel en el servicio aéreo y de comandos.

Para comprender la meticulosidad operativa de Shomron, se le tiene que ver a la luz de pasadas operaciones y misiones. Antes de la Guerra de los Seis Días fue enviado al Colegio de Comandos. «Apenas empezó la guerra, me resultó evidente que llegar al canal de Suez significaría el final de la guerra», declaró más tarde.

Se abrió paso a través de un batallón egipcio de comandos. Cuando llegó a la orilla del canal pensó que la guerra había terminado, pero esa misma noche fue enviado a atacar una fuerza egipcia en el puente de Firdan y lo hizo bajo un constante bombardeo aéreo del enemigo. A la mañana siguiente observó a los camiones que traían soldados egipcios desde El Cairo hasta la

orilla occidental del canal; fue la primera preparación para la guerra de desgaste que se produciría un año después.

En el mediodía del Yom Kippur, Shomron se estaba preparando para llevar su brigada blindada hacia el canal de Suez. Todo indicaba que la guerra empezaría a las seis de la tarde; su brigada, alternando con otra, era responsable de la línea de Suez. Mientras estaban en plenas preparaciones, un avión egipcio arrojó bombas sobre la brigada, y mató diez hombres. Su primer pensamiento fue: «Dementes. Nos pueden matar.»

Shomron declaró tiempo después:

«Mi primer trauma después de la guerra del Yom Kippur sucedió cuando me fui a casa en mi primera licencia de pocos días y tuve la sensación de sufrir una severa alienación. Llegué a Tel Aviv a la tarde y encontré una ciudad que continuaba como siempre. Fui a mi casa y me duché. Entonces sonó el teléfono. Eran noticias inquietantes. Debía presentarme en el aeropuerto y volver al sur. Cuando despegamos, y vi las luces de Tel Aviv —como si nada hubiera pasado—, de repente sentí que mis hombres y yo íbamos a una guerra privada. Entonces recordé las palabras tantas veces escuchadas de labios de oficiales y soldados en la línea de fuego:

«Luchamos en el frente para que la vida pueda continuar como siempre en nuestras casas.» Pero yo lo vi de forma diferente: «No quiero que todo sea como siempre en la línea del hogar. No creo que deba ser así. Ésta es una guerra total y debe comprometer a toda la nación israelí. Cada uno debe contribuir con lo que pueda.» Yo sé que esto preocupaba a los demás y no sólo a mí. Vi la expresión en los rostros de los soldados que regresaban de una licencia. No me tuvieron que decir nada. Yo sabía lo que pensaban y sentían. «Nuestra casa en días como éstos debiera ser como la línea de fuego. La gente que no puede trabajar por una razón u otra debiera ir a ayudar al *moshavim* y a los *kibbutz*, cuyos hombres se han ido al frente. No se trata de una visión utópica. Se puede hacer. Y debiera hacerse, pero no con voluntarios sino de forma organizada y planeada de antemano.»

El jefe del Gobierno, Rabin, opinó de una forma distinta. Quiso conservar a toda costa el ambiente de serena rutina. Se reunió esa tarde con todo el gabinete y consiguió lo que pidió: la libertad a la dirección de operaciones especiales para actuar como creyera conveniente.

«Se había hecho la asignación de responsabilidades —dijo luego Rabin—. Cada equipo operacional estaba haciendo su evaluación individual de los movimientos que podíamos esperar del ministro de Relaciones Exteriores francés, o de la actitud que estaban tomando los demás gobiernos con relación a las demandas de los secuestradores.»

5. ¿Dónde demonios está Uganda?

Desde el momento en que presentaron sus demandas, las condiciones de los terroristas incluyeron la puesta en libertad de cinco camaradas de armas encarcelados en Kenia.

Cinco meses antes del secuestro, según fuentes británicas, el presidente de Uganda, Idi Amin, proporcionó a tres terroristas palestinos cohetes tierra-aire con los cuales, el 18 de enero de 1976, casi lograron derribar un avión de El Al que estaba a punto de aterrizar en el aeropuerto de Nairobi. Antes de que tuvieran tiempo de disparar los cohetes, fueron apresados por agentes de seguridad keniatas. En su coche, se encontraron metralletas, granadas de mano y pistolas. Todas estas armas habían pasado como contrabando desde Uganda con el consentimiento del presidente Amin. Dos de los tres hombres habían tomado parte en el ataque con bazookas contra el avión de El Al que en enero de 1975 había despegado del aeropuerto de Orly. En diciembre de ese año, los tres llegaron a Nairobi con visados de turista proporcionados por la embajada inglesa en Beirut.

El 21 de enero, dos simpatizantes —un hombre y una mujer, los dos de lengua alemana— llegaron a Nairobi para enterarse de lo sucedido a sus tres colegas terroristas. Fueron detenidos e interrogados. Cuando se les revisó, las autoridades descubrieron que la mujer tenía instrucciones escritas en el estómago con tinta invisible. Se les ordenaba que trataran de seguir adelante con el ataque contra el avión de El Al. El presidente Jomo Kenyatta, de Kenia, acordó secretamente poner los cinco detenidos a disposición de Israel para que se los pudiera interrogar. Esto se llevó a cabo el 3 de febrero. Ahora los secuestradores amenazaban que Kenia sería objeto de acciones punitivas «en todo el mundo» si no ponía en libertad a los cinco terroristas.

Mientras los terroristas presentaban sus condiciones para poner en libertad a los rehenes, Moshe Peretz continuaba escribiendo los acontecimientos en su diario:

Lunes, 28 de junio.

00.35. Esperamos aterrizar en cualquier momento. Después de todo, ya han pasado tres horas. ¿Hacia dónde volamos?

00.40. Pido permiso para ir al lavabo. Levanto la mano y el terrorista de camisa roja mueve el arma para indicarme que puedo ir. Cerca del lavabo me encuentro con una azafata atareada en la cocina de atrás. Me dice que volamos en dirección sur.

03.15. Después de un breve sueño, me despierto. El comandante anuncia que vamos a aterrizar en Entebbe y nos ordena que cerremos las persianas.

06.00. Abro un poco la persiana y veo luz de día. Puedo ver que estamos estacionados en una pista a orillas de un lago enorme. Hay muchos soldados echados en los altos pastizales que rodean la pista. Me dirijo al terrorista de camisa amarilla en árabe y me dice que nos vamos a quedar allí por largo tiempo. Me dice que nació en Haifa.

06.20. El «capitán» (el jefe alemán de los terroristas) amablemente agradece a los pasajeros la gran paciencia demostrada y anuncia que se están llevando a cabo negociaciones con las autoridades de Uganda. Idi Amin debe llegar en persona a anunciar su decisión.

08.00. El «capitán» anuncia que no hay de qué preocuparse, que todo funciona normalmente. Más tarde explicará las circunstancias de la toma del aparato. Nos desea que tengamos un buen desayuno y bromea diciendo que éste será nuestro primer desayuno de nuestras vidas en Uganda. Se trata de un bollo solitario, nada más.

09.00. Se abre la puerta trasera del avión... Una cuerda, hecha por los terroristas con las corbatas de los tripulantes, es todo lo que nos une con el exterior, donde puedo ver la figura gigantesca de Idi Amin negociando con los guerrilleros.

09.15. El «capitán» anuncia que ha pasado el peligro más grave. Nos pide que recordemos que él y sus camaradas no son un grupo de crueles asesinos.

09.35. El «capitán» explica que el secuestro fue llevado a cabo por el Frente Popular de Liberación de Palestina. No piensa realizar un asesinato en masa de los pasajeros sino únicamente atraer la atención mundial.

12.05. El «capitán» anuncia que todos saldremos en autobuses del avión.

12.10. Cambian de decisión: ahora se ha decidido que utilicemos otros medios.

12.15. Uno por uno, salimos del avión. En la puerta hay tres terroristas y descendemos por el pasamano. Varios pasajeros, convencidos de que ha terminado el asunto, se despiden de los terroristas. Entramos en la antigua terminal del aeropuerto, que es un recinto inmenso, sucio y polvoriento. Nos sentamos en sillones mientras los ugandeses traen más sillas. Tenemos nuestros equipajes de mano y algunos pasajeros preguntan cuándo les traerán sus maletas.

14.15. Almorzamos en el edificio del aeropuerto de Entebbe. Camareros ugandeses nos traen bandejas llenas de arroz y salsa picante. Temo probar la carne (puede ser de jirafa) y el agua, de modo que como sin bebida. Los soldados ugandeses rodean el edificio del aeropuerto con las armas listas. Aún no se ha aclarado cuánto tiempo pasaremos en esta especie de arresto domiciliario. Hay nueve horas de vuelo entre Uganda y París. Si partimos ahora, llegaremos a la noche. Nos han tomado varias fotografías para la televisión ugandesa. Estamos esperando al «rey» de Uganda, que puede llegar en cualquier momento.

17.20. Aparece Idi Amin con boina verde e insignias de paracaidista israelí. Es recibido con aplausos de los pasajeros y declara: «Algunos de vosotros me conocéis, otros no. Para quienes no me conozcan, diré que soy el mariscal de campo y doctor Idi Amin.» Nos dice que gracias a él se ha permitido que bajaran los pasajeros del avión, y su estancia en Uganda. Además anuncia que las exigencias de los raptos han sido rechazadas de plano por Israel, mientras que otros estados las han aceptado. Después de estas palabras, se le vuelve a aplaudir.

19.35. La cena comprende carne, patatas, judías tiernas y plátanos pequeños. Los pasajeros y los miembros de la tripulación tienen un largo debate acerca de cómo los terroristas se las arreglaron para subir al avión.

20.35. Un médico ugandés da a cada pasajero dos píldoras contra el paludismo.

22.45. La gente decide por último dormir un poco. Todos se echan en el duro suelo; hace mucho calor y hay un verdadero concierto de ronquidos. Algunos gritan que se callen; es como en el campamento de verano de los cadetes militares israelíes en Gadna.

Martes, 29 de junio.

07.30. Después del desayuno, algunos oyen un informe por radio de que Israel se niega a negociar con los terroristas, quienes amenazan con destruir el avión si no son satisfechas sus demandas. Los rostros de los pasajeros muestran más signos de angustia. Pasa la mañana sin ningún incidente digno de mención. Los terroristas continúan vigilándonos, sentados al lado de la puerta; después, permiten que las mujeres y los niños jueguen en el césped que hay delante de la terminal. A los paracaidistas ugandeses se les ordena que se alejen unos cincuenta metros del edificio.

13.55. He propuesto que se reserve una sección para los roncadores y evitar una repetición de las experiencias de anoche. El hecho de que yo escriba estas cosas acentúa aún más la tranquilidad de aquí y la tensión que deben experimentar nuestros parientes. Pero no hay mención de amenazas contra las vidas de los rehenes, ni de hacer volar el avión, ni hay ningún ultimátum. Espero que mi familia informe al hospital de la razón de mi ausencia del trabajo.

15.30. Los terroristas leen una lista de sus exigencias, incluyendo la puesta en libertad de 53 detenidos, 40 de ellos en Israel, para el mediodía del primero de julio. Ante la casi segura negativa de Israel, me pregunto cuáles son las opciones. O los terroristas cumplen su amenaza de matar a los rehenes —que parece menos probable—, o se llega a un compromiso, que parece lo más probable; o que todos los pasajeros, con la excepción de los israelíes, sean puestos en libertad el jueves.

19.10. Los terroristas nos separan de los demás en una escena sumamente dramática. Toda persona en posesión de un pasaporte israelí debe dejar el salón central e ir a una habitación vecina. Las mujeres empiezan a llorar. Se vive la sensación de una ejecución. Los terroristas empiezan a revisar el equipaje de mano. Encuentran dos álbumes de la guerra del Yom Kippur y muestran gran contento en hojearlos delante de los israelíes. Entramos en el cuarto de al lado. En la puerta, en medio, han colocado una plancha y el estrecho espacio que queda nos obliga a agacharnos y apretujarnos para poder pasar a la otra habitación. También se ordena que pase allí la gente con doble nacionalidad. En el ínterin, han confiscado las cámaras y los objetos personales.

20.00. Estamos en un cuarto pequeño, parte del cual está lleno de cajas de cartón. Los terroristas nos advierten que están llenas de explosivos y que si alguien las toca, detonarán. Al principio tenemos miedo pero, con el tiempo, desaparece el temor y la gente coloca sus camisas sobre las cajas. Mientras nos estamos organizando, uno de los rehenes se acerca a uno de los terroristas y le pide una almohada para su bebé. El terrorista lo golpea violentamente con la culata de su revólver. Nuestra segunda noche en Uganda.

Miércoles, 30 de junio.

11.30. Idi Amin llega en helicóptero. En la sala de espera central, le reciben con aplausos. Cuando entra en nuestro recinto, es recibido con frialdad, pero dice «Shalom» en hebreo y se le premia con unas palmadas. Lo único que nos puede prometer son mantas y almohadas. Asimismo, nos informa que los terroristas no tienen nada en contra de nosotros, sino únicamente contra el Estado fascista de Israel. Y si este último no acepta las exigencias de los terroristas, significa que no le importa el destino de sus ciudadanos. Uno de nosotros, Iain, le dice que estando allí, nosotros no podemos hacer nada y que podríamos ayudar mucho más si volviéramos a salvo a Israel, donde podríamos repetir las exigencias de los terroristas. Alguien critica a Amin por no tomar medidas para detener a los terroristas y liberar a los rehenes. Amin dice que si él hace eso, los terroristas harían volar todo el edificio. De una conversación mantenida con uno de los terroristas, averigüé que todavía no han sido aceptadas las demandas para la puesta en libertad de los convictos y que no piensan matarnos. En ciertos momentos, es posible hablar con ellos con calma. Pasan la mayor parte del tiempo entre nosotros con las armas colgadas de los hombros, pero los que hay afuera tienen las armas prestas. Mientras tanto, han sido liberados más de la mitad de los pasajeros no israelíes. Nuestra suerte se decidirá en el curso de las próximas veinticuatro horas.

14.00. Almuerzo.

15.00. Descanso.

17.00. La gente juega a las cartas, lee libros o discute las distintas opciones que tienen los terroristas.

6. El ultimátum

«...Las distintas opciones que tienen los terroristas.» Así cerró su diario ese miércoles el joven Moshe Peretz.

Dejemos que otro escritor de diarios tome el relevo en ese momento: un portavoz del gobierno de Israel.

«Es miércoles 30 de junio y corremos entre Tel Aviv y Jerusalén tratando de mantener un aire de calma.

»Por la mañana se reúne el gobierno y escucha un informe de los acontecimientos. Inmediatamente después de la sesión del gabinete, se reúne el consejo de ministros para escuchar un informe puesto al día de cada ministerio. A los ministros les resulta claro que existe una estrecha cooperación entre el presidente Idi Amin, su ejército y los secuestradores. Ese mismo día, el Ministerio de Relaciones Exteriores está dedicado a un considerable esfuerzo diplomático para poder presionar sobre Uganda. El ministro llama a jefes de gobierno de diferentes continentes para que se pongan en comunicación con Amin y lo convenzan de que termine su colaboración con los terroristas. El embajador Chaim Herzog está en Israel (en un Congreso de la Organización Judía) y se le ordena que presione al secretario general de la ONU, Kurt Waldheim. Las organizaciones religiosas se dirigen al papa. El gobierno francés tienta la suerte con gobiernos africanos y jefes de Estado.

»El Comité de Seguridad y Asuntos Exteriores del Knesset se reúne a las 14.30 hs. El jefe del Gobierno y el director general del ministerio informan sobre la actividad diplomática. Israel no solicita la intervención de las Naciones Unidas (lo cual es diferente de una comunicación personal con Waldheim para que presione a Amin) a fin de no quitar a Francia la responsabilidad por los pasajeros. La actitud de Alemania respecto a la liberación de los prisioneros de la banda Baader-Meinhof preocupa a Jerusalén. Israel conoce la renuncia de Alemania a responder a las demandas y, en consecuencia, se llega a la conclusión de que el asunto de los prisioneros que no están en manos israelíes está agravando considerablemente la situación del gobierno. El mundo libre muestra su simpatía: ninguno de los países occidentales con ciudadanos entre los rehenes sugiere capitular ante las exigencias de los raptos. Mientras tanto, el gobierno empieza a sentir la presión de los familiares de los rehenes, para quienes el Ministerio de Transportes ha abierto una oficina especial.

»El equipo ministerial se reúne en el despacho del jefe del Gobierno a las 9.00. Escuchan un breve resumen que describe a los prisioneros cuya libertad es exigida por los terroristas y que presenta las sugerencias preliminares sobre la actitud de Israel en caso de una decisión favorable a la negociación con los raptos. Se adelantan estas propuestas con la casi certidumbre de que las presiones sobre Amin no están dando resultado, y que se avecina la terminación del plazo del ultimátum.

»Por la noche: el ministro de Transportes y el director general de la jefatura del gobierno, Amos Aran, se reúnen con las familias de los rehenes y les aclaran que el gobierno tiene en cuenta el plazo acordado por los raptos y que su principal interés es salvarles las vidas. Las familias están nerviosas y exigen el abandono de cualquier otra consideración hasta que los rehenes regresen a salvo.

»Bar-Lev mantiene una serie de conversaciones telefónicas con el presidente africano con el siguiente estilo: —Señor presidente, usted es un enviado de Dios. La mano de la Historia ha decretado que usted lleve a feliz término los dictados de Dios y libre a los rehenes. Usted sabe lo que se escribirá sobre usted en el mundo. No ignora la mala fama que le han hecho en el mundo.

Ahora tiene la oportunidad de demostrarle al mundo lo grande que es. Usted, un soldado heroico, recibirá el Premio Nobel. Todo el mundo verá quién es el verdadero Idi Amin. Debe rescatar a los rehenes para probar que las barbaridades que se han escrito sobre usted son todas mentiras.

»Otro enfoque de la conversación era el siguiente: —Señor presidente, Uganda es su país. No es posible que usted no sea quien tome las decisiones. En Uganda nadie moverá un dedo sin su consentimiento. Usted debe intervenir para rescatar a los rehenes.

»El presidente Amin replicó: —El rescate de los rehenes no depende de mí. Su gobierno debe liberar a los terroristas que ellos han pedido. Los secuestradores son duros...

»El jueves primero de julio, a las 7.45, se reúne la dirección de operaciones especiales en el despacho del jefe del Gobierno en Tel Aviv. Informan sobre las actividades en sus distintas esferas de jurisdicción. El terreno diplomático debe trabajarse al máximo. El equipo decide informar a los raptos de la predisposición de Israel a abrir negociaciones en principio. Los ministros actúan basándose en la creencia de que el plazo está por terminar (mediodía de ese mismo día), que han fracasado los intentos de convencer a Amin y que los rehenes están en un peligro tangible. Todos los miembros acuerdan recomendar al gabinete que inicie los contactos, tanto para alargar el plazo como para prepararse si no queda alternativa que negociar. En ese momento, el equipo es absolutamente consciente de que las negociaciones deben proceder con cautela, porque abarcarán todo un complejo abanico de temas.

»A las 8.30, se reúne el gabinete y decide por unanimidad aceptar la conclusión del equipo presentada por el ministro Galili, en el sentido de que la dirección de operaciones especiales debe tener autoridad para negociar con los raptos mientras sigan mostrando su disposición a liberar los prisioneros. Después de la reunión, algunos ministros opinaron que la importancia de la decisión es tanto táctica como de principio. Hay disposición a responder a parte de las demandas y, al mismo tiempo, a maniobrar para ganar tiempo.

»Mientras se efectuaba el consejo de ministros, se reunió la Comisión de Seguridad y Relaciones Exteriores. Rabin se demoró en la sesión del gabinete y, en su lugar, aparecieron Amos Aran, Shlomo Avineri y el consejero en asuntos de información, Rehavam Zeevi. La comisión examinó la decisión del gobierno, y algunos de sus miembros (Yigal Horowitz, Esther Herlitz, Mordechai Ben Porat, Yehuda Ben Meir, Eitan Livni), hablando después entre sí, expresaron sus reservas sobre la decisión.

»Se informó de la decisión del gobierno al embajador Gazit en París. Yigal Allon recalcó su importancia: Israel discutirá con los raptos la puesta en libertad de terroristas presos en sus cárceles contra la liberación de los rehenes. En otras palabras, Israel trataba de evitar una situación que luego otros países (Suiza y Alemania) pudieran sufrir para la puesta en libertad de sus presos. Con el mismo espíritu, el ministro de Relaciones Exteriores comunicó la decisión que se había adoptado a varias personalidades mundiales.

»Mientras efectuaba sus reuniones el Comité de Seguridad y Relaciones Exteriores bajo la impresión de que debían publicar el comunicado antes de que expirara el ultimátum, el coronel Bar-Lev escuchó de labios de Idi Amin que haría bien en prestar atención a un importante anuncio de Radio Kampala a las 13 horas. Un mensaje similar llegó de Francia. ¿Qué significaba aquello? El gobierno israelí no lo sabía. A las 13 horas, Radio Uganda anunció la decisión de los raptos de extender el ultimátum hasta el domingo. Lo hicieron sin referencia a la decisión del gobierno.

»A las 13.30 el equipo ministerial se reunió a discutir los nuevos acontecimientos. Se llegó a la conclusión de que el problema se había vuelto puramente israelí: con la segunda puesta en libertad de rehenes, se habían liberado a todos los secuestrados excepto a los israelíes y a los de

doble nacionalidad. En esta reunión se propuso enviar a Moshe Dayan a Entebbe para negociar de forma paralela a la negociación en París por intermedio del embajador Gazit.

»A las 23.00, volvió a reunirse el equipo para discutir las tácticas de negociación. El personal administrativo sugirió verificar primero el aspecto logístico de un intercambio. ¿Dónde se verificaría? ¿Qué aviones transportarían a los terroristas presos en Israel? ¿Cómo se realizaría el trueque? El equipo aconsejó a Gazit y Zeevi que abrieran las negociaciones de tales puntos. Se acordó que mientras no hubiera respuestas satisfactorias a semejantes interrogantes, no se discutiría la cantidad de terroristas que serían liberados ni sus nombres. Se propuso la creación de un equipo conjunto de negociaciones franco-israelí. En París se presenta la propuesta y el ministro francés de Relaciones Exteriores dio su consentimiento. Israel sugirió llevar a los terroristas en El Al hasta territorio francés, donde esperarían que los rehenes llegasen al mismo punto.»

Ese jueves los partidarios de la vía A parecieron apuntarse una victoria. O, tal como lo vieron muchos israelíes, pareció más bien una capitulación ante las exigencias terroristas. Un ambiente triste sacudió a la nación, pese al boletín por el cual los dos más importantes rabinos anunciaban su opinión a favor de las negociaciones.

7. La vía A: ¿Una nueva rendición?

«El jueves fue un día crítico —dijo luego el jefe del Gobierno, Rabin—. Tuve que informar que no teníamos ninguna opción militar que se pudiera aplicar antes del plazo del jueves fijado por los terroristas.»

Cuando se acercaba el momento del plazo, familiares de los rehenes entraron en las oficinas del jefe del Gobierno exigiendo la libertad de los terroristas encarcelados nombrados por los compañeros del presidente Amin como el precio para la puesta a salvo de las personas raptadas en Uganda.

—No pude negarme a la demanda de negociaciones —dijo el jefe del Gobierno—. Las operaciones militares dependían de datos precisos de los servicios de información y de la comprobación de que un ataque de comandos se pudiera llevar a cabo con éxito.

Sus comandantes militares continuaban trabajando en forma cronometrada en la opción de la vía B. Sabían que el presidente Amin viajaría a la conferencia cumbre de los estados africanos para completar su mandato como presidente de la UEA. Si los estudios psicológicos del presidente Amin y de los supuestos jefes terroristas eran correctos, había esperanzas de que se prolongara el plazo de los secuestradores. Con tiempo, las escuadras tácticas de Dan Shomron podían crear un plan de apoyo de las fuerzas aéreas. Especialistas israelíes vestidos como hombres de negocios ya habían salido para Nairobi, a cuatro horas y media de vuelo, en la aerolínea estatal israelí El Al, que hacía una parada en la capital de Kenia en su viaje a Johannesburgo. Algunos agentes de espionaje israelíes entraban a Uganda desde Kenia siguiendo el largo camino a través del espectacular valle de Rift, un viaje de cinco horas en coche si los automóviles no se recalentaban y la policía de aduanas no presentaba problemas.

Parte del esfuerzo de espionaje israelí había provenido de Yerucham Amitai, un veterano oficial de la fuerza aérea israelí durante la anterior guerra de desgaste. El comandante Amitai había entrenado a los pilotos ugandeses durante la luna de miel con el presidente Amin, hasta que el dictador exigió que Israel le suministrara cazas supersónicos.

«Cuando le dije al presidente Amin que los aviones eran demasiado complejos y costosos —dijo Amitai—, no me entendió y se puso hecho una furia. Por supuesto, yo quise decir que las fuerzas aéreas de Uganda no eran suficientes para tener aparatos complicados. “Podemos hacer cualquier cosa, bramó el presidente Amin; pondremos nuestros hombres en la Luna. Conseguiremos Migs de Rusia y bombardearé a mi máximo enemigo, Julius Nyerere, de Tanganika”.»

Cuando se rompieron las relaciones entre Uganda e Israel, los rusos entraron en acción. Habían estado a la espera mientras Amitai estaba en la misión aérea israelí.

«Si yo tenía pilotos ugandeses en el aire durante los entrenamientos —recordó Amitai—, y un ruso aparecía sobre el aeropuerto de Entebbe, yo hacía que mis muchachos dieran vueltas y mantenía al ruso en segundo lugar hasta que éste rogaba que le dejaran aterrizar. Pero éstos eran juegos. Yo sabía que el dominio de los rusos era inevitable y que un día nos enfrentaríamos con enemigos escondidos detrás del presidente demente de Uganda. No podíamos jugar ese juego. ¡No podíamos darle a Uganda todos los juguetes según el capricho de un autonombrado mariscal de campo, gran almirante y supergeneral de aviación! Los rusos podían y lo hicieron... incluyendo los Migs.»

Pensando en el encontronazo inevitable, Amitai y los demás israelíes mantuvieron un archivo meticuloso. Sabían qué armas comunistas recibía Amin, cómo eran usadas éstas para entrenar palestinos y otros terroristas. Observaron cómo terroristas profesionales subían a cargos clave en

Uganda. Más de trescientos palestinos fueron nombrados administrativos en cargos que habían quedado vacantes al ser dejados por los asiáticos expulsados como lastre del dominio colonial inglés.

Israel amplió el aeropuerto de Entebbe durante la misión de Amitai. Los hombres que estudiaban la vía B ya habían hecho copias de las pistas y edificios de Entebbe cuando llegó la noticia de la partida del presidente Amin a la conferencia cumbre, que coincidió con los tres días más de plazo concedidos. Entre los paracaidistas y comandos del Servicio Aéreo Especial hubo una sensación de cambios de marcha, de una nación que delicadamente pasaba del sometimiento a la acción.

«Una vez que se cede ante la extorsión —dijo una vez Amitai— eso ya no tiene fin. Habrá más y más demandas. Se extorsiona continuamente a Occidente y nosotros cedemos ante cada desafío. Eso debe terminar.»

La decisión de poner fin a esa situación fue tomada de forma casi subconsciente. Yerucham Amitai, un gran piloto, sobreviviente de Varsovia, un hombre piadoso, no pudo compartir ese momento. Murió en un accidente poco después de terminado el año 1972, cuando Uganda despidió a todas las misiones israelíes militares, diplomáticas y técnicas.

Era hombre de una tremenda resolución. Jamás se hubiera ablandado después de que esa temible palabra, *selekzia*, la selección de judíos, apareciera en los titulares del jueves.

Selekzia era la palabra ahora repetida cuando los raptos liberaron otros ciento un rehenes en Uganda. Todos los que quedaron en manos terroristas eran judíos, además de la tripulación francesa de Air France, cuyo capitán se negó a irse y convenció a sus colegas de que también se debían quedar para ser testigos de a dónde llevaría ese proceso de selección.

Alguna idea del ambiente reinante fue expresada por una mujer de 62 años perteneciente al grupo de rehenes liberados y cuyo nombre fue transmitido a Jerusalén como Julie Oiserant. Les contó a sus interrogadores:

«Durante la parada en Atenas, vi que subían a bordo dos árabes jóvenes con unas latas de dátiles, lo que me pareció curioso. Uno era pelirrojo y luego me enteré de que tenía peluca. Detrás de ellos subió una pareja alemana. La mujer tenía unos veintiocho años, y llevaba medias azules, una falda azul oscura y camisa azul clara. Su pelo era oscuro, de un color extraño. Luego me enteré de que también llevaba peluca. El hombre, que parecía un poco mayor, la acompañó a la sección de primera clase.

»Después de Atenas, de repente, me percaté de que un miembro de la tripulación hablaba con uno de los árabes y levantaba los brazos como rindiéndose. Dio un paso atrás y su rostro expresaba temor. En ese momento, me di cuenta de que el árabe le apuntaba con un revólver. No pude creer lo que veía. Pensé que estaba soñando.

»Vi entonces que toda la tripulación —pilotos, camareros y azafatas—, levantaban las manos encima de las cabezas y luego se echaban al suelo, boca abajo. Una de las azafatas estaba próxima a mi asiento, echada en el suelo con las manos en la nuca.

»En la sección de primera clase, los dos alemanes corrieron hacia la cabina del piloto; yo estaba muy lejos para ver lo que allí sucedía, pero los pasajeros de primera clase luego nos lo contaron.

»Todo pasó a una velocidad vertiginosa. La alemana vino a la sección turista, donde estábamos nosotros, y empezó a gritar en alemán. No entendí sus palabras, pero la oí gritar varias veces: “Ché Guevara”. Luego, uno de los tripulantes que hablaba inglés recibió orden de traducir. Nos dijo que éramos secuestrados en nombre de la “Revolución árabe y mundial”. Nos prohibieron movernos; cualquier movimiento innecesario podría acarrear un tiroteo.

»Nos dijeron que volvían a bautizar al aparato como *Arafat*. La alemana agregó que en vez de Air France, debíamos usar *Arafat*. Un hombre bajo, de barba, de un metro cincuenta, que hablaba francés con fuerte acento yiddish, trató de resistir. Los raptos lo arrojaron al suelo y lo castigaron severamente. La alemana fue quien más le pegó. Nos quedamos helados en nuestros asientos. El jefe de los sobrecargos nos dijo que no había de qué preocuparse. No debíamos atemorizarnos. Pero él temblaba como una hoja. De forma sorprendente, nos sentimos relajados. Las madres continuaron cuidando a sus niños, otros pasajeros quedaron en silencio y hubo hasta quienes siguieron leyendo periódicos o libros.

»Ninguno de nosotros sabía a dónde se dirigía el avión; lo único que sabíamos era que volábamos en otra dirección. Cuando fui al lavabo, después de pedir permiso y escoltada por la alemana, vi que los árabes y el alemán hablaban por el transmisor del avión.

»Uno de los primeros actos de los secuestradores fue confiscar nuestros pasaportes y otros documentos en nuestra posesión. Anotaron todo. Después de eso, las azafatas recorrieron el pasillo distribuyendo bebidas y galletas como si nada hubiera pasado.

»Benghazi —donde aterrizamos esa tarde— no era más que un nombre geográfico para nosotros. El sobrecargo dijo: “¡Benghazi!” y así supimos que estábamos allí. Sabíamos —mis vecinos y yo— que nuestra “visita” a un país árabe dedicado a la destrucción de Israel no era una buena noticia. Por cierto que no se trataba de un refugio para nosotros. Pasó una hora y otra hora y nos quedamos en silencio, abrumados de preocupación.

»Cuando el avión despegó, sentimos alivio. Alguien dijo que volábamos hacia el sur. El resto permanecía en silencio. Nadie hablaba: los secuestradores no permitían que se conversara. La alemana era especialmente estricta; caminaba por el pasillo, se rascaba el pelo con una mano —o, para ser más precisa, la peluca— y en la otra tenía una granada. Nos ladraba una y otra vez que guardáramos silencio.

»Oí a miembros de la tripulación susurrando que la banda sabía desde el comienzo a dónde nos dirigíamos; que al capitán le habían mostrado un mapa con distintos sitios marcados. Pero yo no pude adivinar dónde.

»Aterrizamos cuando era muy de noche, en medio de la mayor oscuridad, quizás hacia las 3.30 de la madrugada. Entonces un tripulante nos dijo que estábamos en Uganda. ¿Uganda? Nadie a mi alrededor sabía dónde estaba Uganda ni nada a su respecto. Y entonces alguien murmuró que éste era el país de Idi Amin. Ahora sabíamos dónde estábamos.

»Debo confesar que tuve miedo. Para mí, Amin era como Hitler. Se había jactado de cuánto admiraba a Hitler. Primero la alemana gritando órdenes y echando miradas pavorosas; y ahora el país .de Idi Amin. Yo había entrado en un terrible mundo de pesadilla: el mundo de los campos de concentración de la segunda guerra.

»Nos quedamos sentados en el avión varias horas, a la espera; nadie sabía de qué. Desde nuestros asientos podíamos ver el edificio del aeropuerto, la terminal y un grupo de soldados y policías ugandeses, que corrieron hacia el avión. Después, encendieron focos poderosos que iluminaron al avión como si fuera de día.

»Allí esperamos hasta las 10. Entonces abrieron la puerta del aparato y nos permitieron bajar, uno a uno. Fuimos llevados a la sala central, desde donde podíamos ver el lago Victoria. Jamás me imaginé que vería ese lago.

»Unos pocos minutos más tarde, un helicóptero sobrevoló el aeropuerto. Llegó Idi Amin con su hijo, que tiene unos siete u ocho años. Padre e hijo vestían uniformes idénticos, con idénticas condecoraciones y medallas.

»Idi Amin entró en la sala riendo y estrechando manos. “¡Bienvenidos, bienvenidos a Uganda!”; repitió una y otra vez.

»Idi Amin dijo que se ocuparía de que nuestra estancia fuera lo más cómoda posible. Muchas africanas entraron en la sala trayendo sillones. Pienso que había suficientes sillones para todos, 250 o más. Después fue servido el desayuno: té, plátanos, pan y mantequilla, huevos e incluso patatas. Idi Amin prorrumpió en un largo discurso alentado por los aplausos. Los palestinos tienen derecho a lo suyo, dijo; los sionistas y los imperialistas privan a los palestinos de su estado. Contó de su reciente viaje a Damasco y de su comunidad judía; nos aseguró que los judíos de Damasco eran bien tratados. “No os preocupéis por ellos —dijo—; los sirios los cuidan y les satisfacen todas las necesidades.”

»Después vinieron un médico y una enfermera. Nos preguntaron a cada uno si estábamos enfermos o necesitábamos atención médica. El médico parecía árabe y varios dijeron que era un palestino. Los pocos exámenes que realizó fueron apresurados y superficiales. Uno de los pasajeros —Salomón Rubin— sufría del corazón; el médico le recetó unas pocas aspirinas.

»Durante toda la noche fuimos vigilados por los raptos armados de metralletas. Noté que los alemanes —el hombre y esa mujer cruel— no se sentaban ni un instante. Permanecieron de pie durante toda su guardia. El alemán aún portaba la metralleta que antes había tenido a la espalda y bajo la chaqueta. Así fue cómo introdujo el arma en el avión en Atenas.

»Todos los raptos estaban bien armados y decididos a terminar la operación que habían empezado. El alemán llevaba una metralleta; todos los demás tenían una pistola en una mano y una granada en la otra. Parecía que las relaciones entre los terroristas y los ugandeses eran excelentes. Antes de irnos a dormir, nos advirtieron que cualquiera que intentase traspasar “las líneas” sería muerto a tiros.

»Los soldados ugandeses se apostaron a unos veinte metros de nosotros. Teníamos la impresión de que los ugandeses colaboraban con los raptos en la tarea de mantenernos prisioneros.

»Después de nuestra llegada a Entebbe, los secuestradores recibieron refuerzos. Dos hombres que parecían palestinos se unieron a nuestros captos. Alguien dijo que eran miembros de la oficina local del FLP en la capital, Kampala. En cualquier caso, los terroristas armados junto con el ejército ugandés —que nos rodeaba y parecía cooperar con los raptos— imposibilitaron cualquier intento de resistencia.

»Idi Amin volvió a visitarnos. Dijo que estaba haciendo todo lo que podía para lograr —por medio de negociaciones— la libertad de algunos de nosotros, en otras palabras: los ancianos, los inválidos, las madres y los niños pequeños. Después afirmó que los raptos habían ofrecido la libertad de cuarenta personas, pero que él los convenció de que liberaran cuarenta y ocho.

»Durante todo el tiempo que estuvimos en la sala de Entebbe no vimos ni una sola vez al embajador francés ni a nadie más, salvo a nuestros captos, a Idi Amin, a sus guardaespaldas y a las mujeres africanas.

»El martes fue triste y trágico. A la tarde, antes de la cena, el secuestrador alemán entró con una lista en la mano. Empezó a leer nombres. Después de cuatro o cinco, resultó claro que se trataba de los israelíes. Aquellos nombrados debían recoger sus maletas y pertenencias y pasar a otra habitación. Muchos de los que nos quedamos, nos sentimos muy mal. Fue una escena terrible: ese fuerte acento alemán y la *selekzia*.

»Se fueron los ochenta y tres. Pocos minutos después, entró Amin en el otro cuarto para saludarlos. No pudimos oír nada de lo que dijo; sólo fragmentos nos llegaron a los oídos. Le

oímos decir varias veces la palabra hebrea “Shalom”. Cuando terminó, los israelíes aplaudieron. Fue una noche espantosa, aunque yo y otros muchos sabíamos que pronto nos dejarían en libertad.

»Ayer, miércoles, supimos que todo había terminado. Idi Amin volvió a visitarnos. Nosotros, los afortunados que seríamos liberados de inmediato, estábamos preparando nuestra partida. Idi Amin estrechó las manos de todos. Nos deseó buen viaje y nos aseguró que era nuestro amigo.

»Una monja francesa, cuyo nombre estaba en la lista de los que serían liberados, protestó. Quería quedarse y ceder su lugar a un tercero, a un anciano o un inválido. Otra persona, una francesa de unos cincuenta y cinco años, hizo una propuesta similar, pero pronto resultó evidente que la lista era fija e inamovible.

»Nos llevaron en autobús al consulado francés, donde nos esperaba nuestro embajador. Ésa fue la primera vez que lo vi. Nos estrecharon la mano, nos dieron jugo de naranja y nos llevaron al nuevo aeropuerto, donde subimos al avión. Todo había terminado. Después de un vuelo de nueve horas, llegamos a París. Para nosotros, había terminado la aventura.

»Para nosotros, pero únicamente para nosotros. Nadie de los que han regresado sabe lo que ahora sucederá o qué suerte les espera a los que se quedaron. Es obvio que los secuestradores parecen decididos, que aún tienen más de doscientos rehenes en sus manos y que son capaces de cualquier cosa.»

Moshe Peretz, el estudiante israelí de medicina, registraba los acontecimientos del jueves en su diario:

08.00. El horario de rutina: desayuno, limpieza de ropa, los niños al jardín, arresto domiciliario.

12.00. Amin aparece en uniforme de campaña junto a su hijo y nos informa que hasta el momento las negociaciones han fracasado debido a la obstinación del gobierno israelí. Anuncia que él está negociando con el gobierno por intermedio de los buenos oficios de su amigo el coronel Bar-Lev, y que ha conseguido una extensión del plazo hasta las 11 de la mañana del domingo. Hay ambiente de depresión en el grupo israelí. La gente está quieta y triste, no se hablan mucho; se guardan las palabras para sí mismos. Los niños continúan jugando.

14.00. Se va un segundo grupo de franceses. Quienes quedan son los israelíes, veinte jóvenes franceses y la tripulación. En el ínterin, los terroristas han inventado otra forma de entretenimiento: leen los nombres de los israelíes y cada uno tiene que levantar un dedo. El terrorista echa una larga mirada a su cara y escribe una misteriosa anotación al lado del nombre. ¿Estas marcas son las señales de la muerte o de la vida? Es horripilante. Un chico de unos 16 años, al parecer lento para levantar la mano, es premiado por un árabe con un sonoro cachetazo acompañado de gritos aterradores. Corren rumores de que cuatro pasajeros han sido sometidos a torturas. Se dice que los secuestradores les han hecho descargas eléctricas y amenazas de muerte. Por cierto, cuatro personas fueron conducidas a una habitación vecina. Uno de los hombres fue golpeado severamente y una de las mujeres recibió amenazas.

16.00. Acabamos de recibir noticias que nos hacen saltar de alegría. Se ha sabido que el gobierno israelí ha aceptado todas las condiciones de los terroristas. ¡Qué alegría! Todos se abrazan y besan como si acabaran de “volver a nacer”. La noticia nos la comunicó el capitán francés del avión. No obstante, algunos rehenes dicen que esa decisión les deja un sabor amargo en la boca. Es verdad que están incluidos entre quienes serán liberados, pero el hecho de que se hayan

aceptado todas las exigencias de los terroristas significa darles más oportunidades para que operen contra la aviación civil.

20.00. Nos organizamos para dormir y prepararnos para el vuelo de regreso al hogar de mañana.

8. Cambio a vía B: Ataque

Mientras los rehenes y sus familias se regocijaban y daban rienda suelta a su necesidad de comunicarse, un sentimiento de depresión se abatía sobre Israel: fue una pesada sensación de rendición e impotencia. El gabinete se sintió del mismo modo. Algunos ministros pensaron que la rendición —que en vistas de la *selekzia* era la única opción que tenía abierta— daría un fuerte golpe a la posición del gobierno. La campaña antiterrorista en Israel llegaría a su fin.

La decisión de rendirse del gabinete fue genuina y no un simple truco. Sin embargo y tal como era su costumbre, el jefe del Gobierno Rabin, trataba de ganar tiempo: horas, días.

Con una operación conjunta de reconocimiento para el viernes 2 de julio empezó el cambio de dirección hacia la vía B, o sea la opción militar.

Los especialistas policiacos y militares en terrorismo suministraban información a Israel desde distintas capitales occidentales, descartando las tímidas opiniones de los políticos y las posiciones oficiales de los gobiernos. Una red clandestina se creó como respuesta al desafío del tirano y de sus aliados terroristas en Uganda. El presidente Amin era un títere de su llamado Departamento Estatal de Investigación, organizado por sus consejeros soviéticos y compuesto por protegidos sumamente entrenados de las agencias guerrilleras palestinas. El Departamento Estatal de Investigación era el nombre destinado a disimular una policía secreta tan poderosa que Amin, pese a sus títulos autoproclamados de esplendor de ópera, tenía una actuación de segunda línea. Esto quedó mucho más claro con la acumulación de información de numerosas fuentes.

De Alemania Federal llegó información sobre Wilfried Bose, sospechoso de ser el alemán que se autoproclamó capitán del aerobús secuestrado.

De Canadá llegó un torrente de material reunido por Guy Toupin, coordinador de seguridad de los Juegos Olímpicos de 1976 en Montreal. Toupin había trabajado durante más de un año con la policía de una docena de países en la preparación de las Olimpíadas. Recordaba con absoluta nitidez la matanza de atletas israelíes durante los Juegos Olímpicos de 1972 en Munich. Eso había sido obra de la guerrilla palestina y Toupin señaló que si el presidente Amin de Uganda había cableografiado a las Naciones Unidas expresando su alegría y su aprobación por esas muertes, agregando su loa a Hitler por la muerte de seis millones de judíos, ¿acaso no sería probable que el cerebro gris detrás de la matanza olímpica de 1972 se refugiara en Uganda?

La velocidad y eficacia del «capitán» Wilfried Bose al tomar el aerobús quedaron confirmadas por la información dada por los tripulantes de Air France y sacada subrepticamente de Uganda. El capitán

Michel Bacos, el delgado comandante canoso del aerobús, insistió en que, bajo ninguna circunstancia, él ni ningún miembro de su tripulación abandonarían Uganda sin todos sus pasajeros; cuando se liberaron los dos grupos de rehenes, envió con ellos un informe detallado de los acontecimientos entre Atenas, Benghazi y Entebbe.

«Fue una acción peligrosa, peligrosa para su propia seguridad —comentó luego un ministro israelí—. Pero caracterizó todos sus actos. El comandante Bacos hasta barrió el suelo e hizo la cama de los pasajeros enfermos, aconsejándoles qué decir y cómo comportarse, de modo que ni Amin ni ninguno de los terroristas se sintieran provocados. Lo más importante, sin embargo, fue su inteligencia para saber que el secuestro estaba calculado y ejecutado por expertos cuyos dirigentes ahora estaban reunidos en Uganda.»

Shimon Peres, el ministro de Defensa nacido en Polonia, que había aprendido a volar durante sus 25 años de servicio público en Israel, comprendió y admiró lo que trataba de hacer el comandante Bacos. Peres fue el arquitecto de las buenas relaciones franco-israelíes en los años

cincuenta que llevaron a la adquisición de cazas Mirage. El Mirage fue modificado por investigadores que movilizara Peres mientras servía en el ministerio bajo las órdenes de Ben-Gurion, entonces jefe del Gobierno y ministro de Defensa al mismo tiempo. Y esta nueva versión israelí convirtió al Mirage en uno de los aviones de combate más codiciados del mundo.

En su despacho de Tel Aviv, Peres se ocupaba de una constante fila de visitantes: aviadores y militares. Desde el primer día de la crisis, estuvo convencido de que la capitulación era el riesgo mayor.

—¿De qué vale hablar de la libertad si la gente no está dispuesta a hacer sacrificios por ella? —le preguntó al comandante en jefe Mordechai Gur.

Gur no tuvo necesidad de contestar. Había estado concentrado en la vía B todo el tiempo, aunque no podía ofrecer una realista opción militar antes del primer plazo de los terroristas. Durante toda la semana había pedido ideas a sus hombres. Para el viernes, ya estaban eliminados los planes más quiméricos. Habían concentrado toda su atención en el único plan de rescate que parecía presentar el menor peligro de pérdidas de vidas.

El gran rescate dependía de las siguientes consideraciones, explicadas fríamente por Peres:

1. El presidente Amin estaba disfrutando de una tremenda publicidad y los terroristas lo alentaban a que llamara la atención mundial. No existía la menor posibilidad de convencer a Amin para que cooperara con Israel, pero todo parecía indicar que él y los terroristas querían prolongar la situación. En consecuencia, Gur debía intentar planear una operación precisa sobre la base de que había tiempo para un completo ensayo general.

2. Se sabía que seis dirigentes terroristas habían viajado en coche de Somalia a Kampala, prefiriendo el transporte de superficie para no ser reconocidos. El presidente Amin había hablado de que «el número uno» estaba a su lado durante uno de esos estrambóticos intercambios telefónicos con el tendero y ex consejero militar Bar-Lev en Israel. Ése podía ser el doctor Hadad, cuyo principal objetivo debía ser aprovechar la operación como propaganda, tanto dentro de los movimientos guerrilleros palestinos como en el exterior.

3. El presidente Amin utilizaría la conferencia cumbre de la OUA para realizar una gran entrada y luego regresar de prisa para observar el cumplimiento del plazo del domingo.

4. Había razones para temer que las ejecuciones de rehenes darían comienzo el domingo, uno por uno a largos intervalos, para demostrar la seriedad de las amenazas terroristas.

5. El Departamento Estatal de Investigación de Uganda frenaría cualquier ataque lunático del presidente Amin hasta el domingo. Entonces, la policía secreta podría considerar una ventaja empezar a mostrar su brutalidad.

El gran rescate debía ser el sábado por la noche; en consecuencia, no menos de seis horas antes de la madrugada del domingo 4 de julio, momento en que podrían temerse las ejecuciones.

Se filtró al público un informe proveniente del escenario de los Juegos Olímpicos del Canadá. El Chacal estaba en Montreal. Se hicieron públicos otros detalles circunstanciales a fin de convencer a las organizaciones terroristas de que la identidad de Wilfried Bose no estaba en la lista de sospechosos; que no se sabía nada de la presencia de dirigentes terroristas en Somalia y Uganda, y que Israel se sentía sola en una situación peligrosa y desconocida.

El Chacal, también conocido como Carlos, identificado como Ilich Ramírez Sánchez, estaba preparado en la tradición del asesino enviado por la Unión Soviética a matar al enemigo personal de Stalin, León Trotski. Había muy pocas posibilidades de apresarlos en Entebbe, y, el 2 de julio, los antecedentes del Chacal fueron reunidos de prisa cuando los transmitieron los servicios de información de Europa y América. Estaba involucrado en el asesinato de dos policías de París; el secuestro de los delegados a la conferencia de Viena de la Organización de Países Productores de

Petróleo y otros actos de violencia. Por cierto, su compañero y consejero técnico era el alemán que ahora vigilaba a los rehenes en Entebbe.

—Sería útil apresar con vida a los secuestradores —comentó un oficial de información mientras leía los antecedentes del Chacal.

El ministro de Defensa sacudió la cabeza con un gesto de duda:

—La prioridad es el rescate de los rehenes. No obstante...

El plan de enviar a Moshe Dayan a Uganda se proyectó en la pantalla puesta para filtrar las propuestas más demenciales.

«Llegó a la dirección de operaciones especiales porque vio en Dayan al hombre que podía apresar a los dirigentes terroristas; otro lo vio en el papel que tuviera hace muchos años con Nasser, y otro pensó que a Amin le gustaría —comentó más tarde el jefe del Gobierno, Rabin—. Yo no vi otra cosa que la humillación y la pérdida de Dayan.»

Dayan, el soldado con el parche en el ojo, que pareció simbolizar a Israel en el exterior, fue considerado al principio como la posible respuesta a la pregunta: «¿Podemos coger vivos a Hadad o a cualquier otro terrorista de importancia?»

Había una mínima posibilidad, porque Amin mencionaba cada vez más el nombre de Dayan durante sus conversaciones telefónicas con Bar-Lev. En un momento se pidió a Dayan que telefonara al dictador africano. Su respuesta fue: «Si quiere hablar, que sea cara a cara.»

Así fue cómo nació la idea. El comandante en jefe había dicho a todas las unidades que los canales de comunicación con la jerarquía estaban completamente abiertos: «Consideraremos cualquier plan».

Dayan, ya que había sido comandante militar de Jerusalén hacía más de 25 años, tenía fama de buen diplomático con sus enemigos cuando no los atrapaba por sorpresa en el campo de batalla.

El mayor temor del jefe del Gobierno era que si Dayan se enteraba del plan de enviarlo al sitio de los rehenes, su amor al peligro y la acción podía virtualmente hacerlo imparable. Una osada misión de rescate iría bien con su temperamento, pero daría argumentos a los enemigos de Israel para acusarla de irresponsables impulsos militares.

«No obstante, yo tenía que estudiar la propuesta y preparar mis argumentos en contra —dijo Rabin—. Cada esquema que llegaba a la dirección de operaciones se convertía en sujeto de ataque y defensa, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo para hacer de abogados del diablo.

»Si Dayan iba, lo más posible es que lo mataran. En cambio, si confundía a Amin, el presidente lo obligaría a someterse al mismo acto de humillación del general inglés enviado por la reina, quien tuvo que arrodillarse públicamente como precio para salvar unas vidas durante otra de las aventuras de Amin.»

Sin embargo, se hicieron planes para enviar un emisario a Entebbe. No se perdía el tiempo. Los detalles del vuelo también servirían para una incursión de comandos. Y en el ínterin, Dayan se enteró de la propuesta y estaba listo para partir. Pero sabía que algo más que su propia vida estaba en juego: la policía secreta de Uganda entregaría ese premio a los terroristas; Dayan acababa de estudiar la declaración del Líbano que confirmaba las ganas que tenía el FPLP de seguir acaparando la atención mundial:

«El avión 139 fue tomado a fin de recordar al mundo nuestra intención de expulsar a los sionistas para poder reemplazar a Israel por una “democracia socialista”. El avión de Air France es el precio de la intervención militar francesa en el Líbano, intervención cuyo objetivo es hacer ignorar nuestra causa.»

Ésa era el ala política que hablaba en nombre de los guerrilleros en Uganda, y Dayan no tenía la menor intención de caer en una trampa. En cambio, haciendo todo lo posible para no parecer un viejo soldado que interfería y que trataba de clavar su pala arqueológica en el pasado, sugirió que se distribuyeran datos y fotografías de los jefes del FPLP entre los comandantes de las unidades de comandos elegidos para cualquier acción militar. Esto se llevó a cabo.

«En cualquier caso, si queréis mi opinión —dijo Dayan—, estoy 150 por ciento a favor de la acción militar.» Y cuando llegó información fresca a Israel procedente de la Dirección francesa de Vigilancia del Territorio, de Scotland Yard, la CIA y el FBI, de la rama de seguridad de la Real Policía Montada del Canadá, y aún más de los rehenes liberados y de los informadores israelíes dentro del gobierno de Idi Amin, los grupos de comandos recibieron fotografías y datos para que los memorizaran. Procederían sobre la base de que sería necesaria la acción.

Hubo quienes aún oraban por la captura con vida de gentes como el Chacal, que conocían a los simpatizantes de las nuevas agencias terroristas y sabían dónde y cómo funcionaban. El mayor premio sería el doctor Wadi Hadad, identificado como el autor de las demandas de Entebbe a Jerusalén. Hadad había sido descrito por los servicios de información israelíes como «un clandestino; se comporta como un anarquista ruso del siglo XIX, con una satisfacción casi mística, al igual que otros miembros de su organización, por saberse separado del resto del mundo y, de ese modo, sólo obedece normas y reglas de su propia cosecha».

9. El doctor Hadad, planeador del terror

Los nuevos acontecimientos acentuaron la convicción del ministro de Defensa de que se debía llevar a cabo una operación militar:

«Si Israel cede —dijo durante las críticas horas entre el jueves y el viernes—, me temo una tremenda catástrofe para nuestro país. Y cuando discutimos sobre las vidas de los rehenes y el peligro que corren, quiero que sepáis que los considero como soldados israelíes en guerra.»

Habló con tono mesurado bajo el retrato de David Ben-Gurion. Los soldados que lo escucharon dijeron luego que fue como si hubieran estado ante la presencia de «ese espíritu terco, rebelde y tempestuoso», tal como lo había descrito el mismo Peres cuando Ben-Gurion murió después de la guerra del Yom Kippur. «Ése era el espíritu del pueblo judío», dijo entonces Peres. Y a los jóvenes comandantes que desfilaban por el despacho del ministro de Defensa con planes de acción que iban desde el secuestro del presidente Amin a métodos más calmos de liberar a los rehenes, les pareció que allí había alguien que limpiaría el sabor amargo del último conflicto y borraría los recuerdos de peligrosas vacilaciones y casi fatales demoras en respuesta a los súbitos y masivos ataques que, hacía sólo tres años, casi habían destruido a Israel.

Porque los soldados veían que se les acababa el tiempo. Comandantes como Dan Shomron reconocían que las campañas anti-israelíes se habían convertido en terrorismo universal con la esperanza de que el país se transformara en un paria, empujado fuera por una nueva ley de la selva en la que las demás naciones libres temieran por su propia supervivencia y pusieran su seguridad por encima de toda consideración moral.

Los soldados no temían atacar en el corazón de África. Los pilotos informaron que no había problemas para aterrizar en un aeropuerto a oscuras vigilado por fuerzas bien armadas y hostiles. La marina tenía navios equipados para proporcionar protección electrónica.

Pero, ¿y la opinión mundial? Las bajas de una operación de rescate podían ser muy altas. Peres tenía expertos trabajando en evaluaciones basadas en planes alternados y en variantes. Lo que el mundo se negaba a creer era que el terrorismo significaba la guerra no declarada a la estructura de las sociedades tradicionales penosamente construidas tras aciertos y errores.

Peres y la dirección de operaciones especiales sabían con bastante precisión quiénes eran sus enemigos en Uganda. Un informe que llegó a Peres resultó muy explícito. Se había instalado un cuartel general terrorista en Somalia, país que se había unido a la Liga Árabe contra Israel hacía tres años. Uganda fue el primer país en brindar ayuda a los secuestradores; su éxito alentaría a Somalia y otros países vecinos a hacer lo mismo. Y de Somalia había salido el doctor Hadad.

El doctor Hadad era una figura tan misteriosa como el Chacal y se aproximaba la hora en que las agencias de información de Israel tendrían que revelar todo lo que sabían de él.

El 11 de julio de 1970 el doctor Hadad se salvó de la muerte por milagro. El hecho de que sobreviviera influiría en el terrorismo palestino en todo el mundo. La historia fue resumida por el Servicio de Seguridad libanes:

«El ataque con cohetes contra la casa del doctor Hadad del 11 de julio fue completamente similar al bombardeo de las oficinas de la Organización para la Liberación de Palestina de septiembre de 1969.

»Esta vez, el objetivo fue la vivienda de uno de los máximos responsables del Frente Popular para la Liberación de Palestina, encabezada por el doctor George Habach: la casa del doctor Wadi Elías Hadad, un palestino de 40 años. Está considerado como el número dos del FPLP y un fundador del Movimiento Nacionalista Árabe.

»La militante árabe Leda Khaled, que tomó parte en el secuestro de un avión de la TWA en Damasco en agosto de 1969, era huésped del doctor Hadad en el momento del bombardeo, pero resultó ilesa.

»A las 2.14 horas de la madrugada, una fuerte explosión se oyó en la casa del doctor Hadad, que está en el tercer piso del edificio Katarji, en el Distrito Almala y la calle Muhi Aldin Alhayat.

»Seis cohetes Katyusha de fabricación soviética fueron lanzados desde un apartamento en el quinto piso de un edificio de enfrente. Los cohetes fueron lanzados desde una distancia aproximada de cien metros; tres penetraron en la sala y el dormitorio del apartamento del doctor Hadad. Dos cohetes no funcionaron debido a fallas técnicas. Cinco entraron en el apartamento del doctor Hadad. Sufrieron desperfectos las puertas y ventanas del apartamento, así como los autos estacionados en la calle.

»El doctor Hadad resultó levemente herido. Su esposa, Samia Hadad y su hijo Hagi (de ocho años), sufrieron quemaduras y fueron trasladados al Hospital Universitario Norteamericano.

»En el apartamento del que se dispararon los cohetes había un armario normal, una cama simple y algunos muebles baratos. Se encontraron guantes de cirujano. Se cree que el criminal los usó para preparar los cohetes sin dejar impresiones digitales.

»Un hombre que se identificó como Ahmad Batzrat, con pasaporte iraní, llegó a Beirut hace tres meses y alquiló el apartamento de donde se dispararon los cohetes. Compró muebles modestos y conducía un Volkswagen gris. El sospechoso había escrito en inglés al lado del lugar del lanzamiento: «Hecho por Fatah, 1970».

»El doctor Hadad realiza considerable actividad en el FPLP y se dedica por entero a la causa; ya no practica la medicina. Es graduado en la Universidad Norteamericana de Beirut e íntimo del doctor Habach. Siempre está en movimiento y jamás se queda en un sitio de forma permanente.

»El departamento de información del FPLP ha hecho público un comunicado por el cual acusa al enemigo israelí y a los círculos y agentes de información norteamericana del intento de asesinato. Cita al doctor Hadad diciendo que el bombardeo de su vivienda fue obra de las organizaciones sionistas y norteamericanas.

»El sospechoso, Ahmad Batzrat, es un joven moreno, de unos treinta años, delgado, con barba y gafas oscuras; actuó como si no dominara el árabe y evitaba el contacto con otras personas.

»La investigación trata de averiguar cómo el asesino descubrió la casa del doctor Wadi Hadad y cómo sabía que Leila Khaled estaba allí esa noche, en especial considerando que el doctor Hadad había estado en Francia y que había regresado a Beirut sólo dos días antes.

»La investigación reveló que el terrorista llegó de Europa y que había viajado en la Lufthansa y Air France, según se desprende de las marcas en sus maletas que quedaron en el apartamento alquilado.

»Las dos valijas encontradas tenían doble fondo y costados falsos. Se supone que el asesino las utilizó para pasar los cohetes por el aeropuerto de Beirut.

»Se hizo evidente que Ahmad Batzrat era el principal agente entre un grupo asignado para bombardear el apartamento del doctor Hadad y matarlo, y que no actuó a solas al llevar a cabo esa misión, que requirió el trabajo de más de un hombre. Al parecer, fue elegido para ser el operador visible de la banda,

»Yasir Arafat condenó el acto y dijo que esa operación criminal era un eslabón más en una cadena de conspiraciones organizada por la contrarrevolución con el propósito de eliminar la

resistencia palestina. Arafat agregó que ese equipo estaba precedido de muchos otros, en especial el lanzamiento de cohetes contra las oficinas en Beirut de la Organización para la Liberación de Palestina y el intento de asesinato de Haled Yasrami, también ocurrido en Beirut.

»El agente puede haber pasado los cohetes por el aeropuerto de Beirut, o a través de la frontera, o haberlos comprado en el mercado negro local. En cada caso, el agente necesitaría una base local, una red interior que realizara cada misión, puestos de observación, planificación, alquiler de un apartamento y preparación del equipo. El agente es el experto que llega cuando todo está listo, apunta los cohetes contra el objetivo, pone en funcionamiento el mecanismo de relojería y se marcha.

»Es casi seguro que existe una red dependiente de unos pocos agentes locales contratados. Descubrirlos, por supuesto, requiere un esfuerzo policiaco y de espionaje de alto nivel científico, pero primero está la necesidad de una fuerza disuasoria.

»Está claro que el hombre llamado Ahmad Rauf llegó a Alemania Federal y que allí regresó, al igual que Ahmad Batzrat, cuyos documentos encontrados en el apartamento son documentos alemanes; los aeropuertos de Alemania, al igual que los mecanismos de seguridad alemanes, comparten la responsabilidad, porque por segunda vez han permitido que pasaran pasajeros falsos por sus aeropuertos.

»La gran diligencia con que los conspiradores cubrieron sus huellas sugiere que las pruebas dejadas atrás son para despistar. La implicación es que los cohetes no fueron traídos del extranjero sino conseguidos en el Líbano. Las pruebas para demostrar lo contrario fueron fabricadas de forma deliberada.

»Hadad no ha vacilado en utilizar el secuestro de aviones como forma de financiar sus actividades terroristas. El ejemplo clásico de esto fue el secuestro en Aden de un avión de la Lufthansa en febrero de 1972, por cuya liberación recibió cinco millones de dólares de rescate.

»La investigación señaló que “todas las pistas conducen al doctor Wadi Hadad, que hasta ahora ha servido como oficial de operaciones del Frente Popular para la Liberación de Palestina”.

»Al principio, las fuerzas de seguridad alemanas pensaron que había hampones involucrados en el secuestro del Jumbo, debido a que la operación fue ejecutada con maestría profesional, pero se trataba de “una brillante táctica confusionista israelí” con la intención de desacreditar a los palestinos.»

Un estudio de la carrera de Hadad y de los contratiempos sufridos por Israel cuando el vuelo 139 fue desviado a Uganda provocó un ataque de indignación al ministro de Transportes, Gad Yaakobi, cuyo ministerio se ocupaba de la seguridad de los pasajeros. Durante la crisis, le preocupó la evidencia de que las demás naciones preferían abstenerse de tomar precauciones y colaborar en la derrota del terrorismo. Demasiados gobiernos temían ofender las sensibilidades árabes, africanas y asiáticas.

«Sin embargo, nadie secuestra un avión de los países comunistas —comentó secamente Yaakobi.

»Con el vuelo 139 pagamos la cuenta y asumimos toda la responsabilidad —dijo—. Israel sufrió la negligencia de los demás de principio a fin.»

Debido a que Israel sintió que luchaba a solas contra el terrorismo internacional y debido a la sensación de que muchos gobiernos occidentales preferían, por razones políticas, minimizar la naturaleza formidable de los piratas aéreos, Israel, el viernes 2 de julio, hizo pública más información relacionada con el doctor Wadi Hadad. Fue un movimiento preparatorio para

desarmar a quienes podrían criticar a Israel en caso que fracasara la misión de rescate en Entebbe.

«Los seguidores del doctor Hadad formaron el disidente FPLP que secuestró el vuelo 139. Intentar extender el terror contra Israel más allá de las fronteras del Cercano Oriente por medio de una compenetrada colaboración con las organizaciones clandestinas no árabes.

»Los miembros de esta facción se ocupaban muy poco de la propaganda ideológica o de difundir información. Se concentraban en acciones ejemplares. Numéricamente son muy pocos, pero su ventaja está en su capacidad administrativa, su experiencia en operaciones y en la utilización de contactos internacionales.

»Wadi Hadad, de 46 años, es de religión ortodoxa griega. Al parecer, nació en Safad, pero pasó su juventud en Jerusalén. Su padre, Elías Nasralla, era uno de los maestros árabes más famosos de Palestina al final del imperio otomano y durante el mandato británico.

»Hadad, el hijo, estudió medicina en la Universidad Norteamericana de Beirut junto al doctor George Habach. Los dos iniciaron el Movimiento Nacionalista Árabe, una organización que estableció una cadena de centros en todo el mundo árabe, así como contactos con el presidente Nasser.

»Con la fundación a fines de 1967 del FPLP, Hadad rápidamente se convirtió en la principal figura de operaciones. En 1968 planeó el secuestro de un avión de El Al para Argelia, el primero en una sucesión de secuestros. Descubrió y alentó a Leila Khaled (quien tuvo el cuidado de no mencionarlo en sus memorias).

»En 1963 el doctor Hadad empezó sus actividades clandestinas en Jordania, cuando abrió (junto a su amigo George Habach) una clínica para oculistas en Amán que les sirvió como pantalla para el Movimiento Nacionalista Árabe.

»En la clínica había una pequeña imprenta donde imprimían material que escondían en las medicinas de palestinos necesitados. Después de la Guerra de los Seis Días, el Movimiento Nacionalista Árabe se convirtió en el FPLP, dirigido por Habach y con Hadad a la cabeza de las operaciones.

»Cuando transfirieron el cuartel general del FPLP a Beirut, el apartamento del doctor Hadad, no lejos de la importante calle Al-Hamra, se convirtió en el centro operativo de la organización. Allí se reunía Hadad con sus agentes y allí planeó las primeras acciones del FPLP fuera de Israel.

»El doctor Hadad es quien pensó la transferencia del terror bélico allende las fronteras de Israel. La primera acción fue un intento de asesinato de BenGurion durante una parada en Dinamarca. Después, empezó a planear secuestros de aviones. Bajo su dirección, un avión de El Al fue llevado a Argelia y uno de la TWA a Damasco (con Leda Khaled al frente de los raptos); la planificación de Hadad también es evidente en la operación del secuestro, de forma simultánea, de tres aviones, la mayor y más refinada operación hasta la fecha.

»El doctor Hadad es un hombre apuesto que usa mujeres, incluso algunas amantes suyas, en todas sus operaciones. Eso sucedió con Muña Saudi, una hermosa pintora, que participó en la primera operación en Dinamarca ; Lo mismo con Leila Khaled y otra vez más con la sucesora de Leila, la hermosa iraquí Katie Thomas, que encabezó el secuestro del Jumbo japonés y murió cuando estalló una granada de mano en el interior del aparato.

»Hadad rara vez aparece en público. Casi nunca ha sido fotografiado y es extremadamente cauteloso en sus movimientos y viajes.

»La Lufthansa y las autoridades alemanas cedieron ante las exigencias de Hadad, de modo que este terrorista tenía amplios medios para financiar más terrorismo.

»En julio de 1973 los hombres de Hadad, nuevamente dirigidos por una mujer, secuestraron un avión de la JAL y pidieron un rescate de quince millones de dólares; el avión fue destruido en Benghazi.

»El 12 de abril de 1976 el doctor Wadi Hadad empezó a preparar una nueva oleada de terror y a propiciar el terror contra Israel en todo el mundo.

»Por tanto, hoy se puede decir que es dudoso que haya otro palestino tan experto en el terror y con tantas vinculaciones con las organizaciones terroristas internacionales. Durante años, ha servido como centro neurálgico para los palestinos y como medio de contacto con terroristas alemanes, sudamericanos, irlandeses, japoneses, escandinavos y muchos otros preparados para compartir la destrucción y el asesinato.

»Únicamente Wadi Hadad sería capaz, en las presentes circunstancias, de organizar un grupo que, al parecer, incluye extranjeros para llevar a cabo el secuestro del avión 139. Hadad tiene amigos y ayudantes no sólo entre las organizaciones terroristas. Muammar al-Gaddafi, de Libia, puede incluirse en la lista, al igual que Idi Amin, de Uganda, y los dirigentes de los regímenes de Yemen del Sur e Irak.

»En el Japón, Hadad reclutó los miembros del Ejército Rojo Japonés del cual salieron Kozo Okamoto y los camaradas que aparecieron por primera vez en el panorama internacional del terror para llevar a cabo la matanza ocurrida en el aeropuerto de Lod en mayo de 1972.

»La lista —en los últimos cinco años— es larga y pavorosa. Pero no todas las intenciones y planes del doctor Hadad funcionan con éxito. También tiene sus fracasos. A veces sus golpes son frustrados. Un hombre como Hadad no da marcha atrás. Si fracasa, reaparece de inmediato en otro sitio y con otra maquinación. Y el balance del terror está a su favor.

»Las maniobras de Hadad permanecen en secreto. Y, de tanto en tanto, aparece en extraños lugares del mundo: en el sur de Asia, Europa, Sudamérica, los emiratos petroleros y, por supuesto, en sus países favoritos donde recibe ayuda: Irak, Libia, Uganda, Somalia y Yemen del Sur.

»Para las distintas operaciones, Hadad suministra a los palestinos documentación, fondos, armas y explosivos. Ha estrechado manos con el Chacal, Baader Meinhof y el Ejército Rojo Japonés.

»Antes de que Hadad empezara a planear y ejecutar el secuestro del avión de Air France desviado a Uganda, fracasó en una intentona terrorista en el aeropuerto Ben-Gurion de Israel. Envió a un alemán, Bernard Hausman, como “bomba caminante”. Hausman llegó a Israel en mayo de 1976 procedente de Viena, sin sospechar que sus amigos palestinos le habían colocado en sus maletas un detonador que estallaría al abrirlas. Pudo pasar la seguridad negligente de Viena y poner las dos maletas con las bombas en el avión de la línea austríaca.

»Apenas bajó del avión en Israel, resultó sospechoso y se le pidió que abriera el equipaje. Lo vigilaba una oficial de seguridad. Confiado, Hausman abrió una de las valijas y una fuerte explosión resonó en todo el aeropuerto. Él y la oficial de seguridad murieron en el acto. Un milagro había evitado una tragedia en la terminal, que podría haber igualado la realizada por los emisarios japoneses de Hadad cuatro años antes.

»Las autoridades alemanas e israelíes investigaron el pasado de Hausman y descubrieron un ejemplo modelo de cómo son reclutados los alemanes anarquistas en el servicio de Hadad. De no haber perecido en el aeropuerto de Lod, Hausman habría celebrado su 26 cumpleaños cuatro semanas después.

»Hausman recibió entrenamiento en un campo del FPLP de George Habach. Estaba clasificado entre los terroristas que podían identificarse con el Chacal.

»De una forma similar, el doctor Hadad ha reclutado japoneses, sudamericanos, franceses, escandinavos y otros alemanes para su “Terror Internacional”. Así fue cómo organizó el equipo que secuestró el avión 139. La integrante alemana de ese equipo que llevó los pasajeros de Atenas a Uganda era íntima amiga de Hausman. No le dijeron que Hausman fue engañado y enviado a Israel como una bomba caminante, sino que “los israelíes mataron a tu amigo Hausman.

»Ella se lanzó en plan de vengarlo y quizás eso explique su comportamiento demencial a lo largo de toda la semana.»

Éstos fueron algunos de los detalles incluidos en un resumen del servicio de información que ayudó a justificar la medida extrema denominada «Rayo», una continuación de la guerra entre los terroristas e Israel.

10. Se filtra la información

La Operación Rayo llegaría a ser una maniobra sin precedentes en la Historia. Pero dejando a un lado sus aspectos militares, también representó una prueba única para la democracia acosada. El jefe del Gobierno israelí, Rabin, había intentado la opción pacífica de la vía A y ahora se sintió moralmente justificado para optar por la vía B. Pero necesitaba la aprobación unánime del Gobierno. A lo largo de la crisis, se guardó un registro meticuloso de cada conferencia, de cada sesión de la dirección de las operaciones especiales, de cada consulta militar. Nadie era más sensible a esta necesidad que Rabin, el soldado que parafraseaba a De Tocqueville: «Una democracia sólo puede mantener una acción firme en política exterior con grandes dificultades y resoluciones lentas. Está a la merced de un dictador. Si rompe el proceso democrático a fin de sobrevivir, pierde las razones morales de su lucha.»

Rabin estaba decidido a que Israel accionara de forma democrática. Durante todo el viernes discutió este aspecto con los comandantes.

Más tarde, se diría que la Operación Rayo fue acordada el viernes como operación práctica militar. El jefe del Gobierno sabía que todo fue distinto. Sólo el sábado por la mañana fue posible oír que los atacantes tenían una mínima posibilidad de éxito.

Se corrió ese riesgo porque la información proveniente de Uganda decía que se estaba preparando la ejecución de los primeros rehenes para la mañana siguiente.

«El presidente Amin salió para la isla Mauricio, donde permaneció el viernes y el sábado —informó Rabin—. Nos jugamos todo al supuesto de que nada sucedería mientras él estuviese en el escenario de la Organización de Unidad Africana. Nos dio tiempo para llevar todos los procesos —políticos, militares, diplomáticos e intelectuales— a su lógica conclusión. Sin embargo, para el domingo podíamos esperar una nueva demostración de su manía por las matanzas.»

No había respuestas perfectas para problemas presentados por dementes o fanáticos. Sólo había opciones. Y cada opción era una invitación al desastre.

«Rayo será un éxito espectacular o una catástrofe terrible para Israel», dijo Rabin.

Esta clase de dilema fue indicado el viernes por la noche al profesor Zbigniew Brzezinski, uno de los principales consejeros de política extranjera del candidato presidencial norteamericano Jimmy Cárter, quien cenó con el jefe del servicio de información israelí. El anfitrión era el ministro de Defensa israelí Peres, quien habló en voz baja en polaco con Brzezinski, quien al igual que Peres había nacido en Polonia.

El ministro de Defensa, como cualquier otro ministro en una crisis, mantenía una actitud de aparente normalidad. Esa noche, mientras se efectuaba en el desierto un ensayo general de la Operación Rayo —una prueba cuyo resultado podía decidir si ya estaba echada la suerte de los rehenes de Entebbe—, no le gustaba tener el trabajo extra de un huésped que un día podría reemplazar a Henry Kissinger.

Brzezinski, un profesor de 48 años de política internacional en la Universidad de Columbia, de donde han salido muchos estadistas norteamericanos, examinó el problema con el enfoque analítico de un jesuita. Era un católico sensible al dilema judío. Nada que dijera esa noche influyó en la Operación Rayo o en la vía A, ahora virtualmente abandonada, o bien en la B, aún sin decidir pero próxima a una prueba inevitable frente a la realidad de las ejecuciones inminentes en Uganda. Pero él salió con una clara imagen de cómo los israelíes pueden guardar secretos y, sin embargo, brindar información. Lo que se dijo en esa cena sólo tuvo sentido

cuando el profesor Brzezinski llamó por teléfono a su casa en Nueva York, a primera hora del domingo, y se enteró del ataque a Entebbe. Entonces sus discusiones sobre las maneras de luchar con el terrorismo internacional cobraron un nuevo significado. Brzezinski había hablado de los temores norteamericanos de que el máximo peligro para la humanidad en la próxima década fuera la tecnología mejorada y disponible para pequeños equipos suicidas de fanáticos. La humeante bomba del anarquista, el deleite de los dibujantes del pasado siglo, muy pronto podía convertirse en un dispositivo nuclear igualmente pequeño. El ministro de Defensa, Peres, había hablado con optimismo de cómo podían mejorar las medidas de prevención si las naciones colaboraban en la invención de nuevas respuestas a cada nueva amenaza.

«Una brillante actuación», señaló Daniel Patrick Moynihan, uno de los más francos embajadores norteamericanos ante las Naciones Unidas. Porque Moynihan también estaba, por una feliz casualidad, en Israel, y compartió el viernes una comida con un miembro de la dirección de operaciones especiales, el ministro de Relaciones Exteriores, Allon.

«Charlamos hasta mucho tiempo después de que se vaciaran las tazas de café, él relajado y al parecer sin una sola preocupación en el mundo. Si su intención era evitar que se filtrase alguna información de lo que en realidad estaba pasando, tuvo un éxito total conmigo», precisó Moynihan.

¿ Existió un plan deliberado para engañar al mundo y a los secuestradores mientras se ponía en marcha la Operación Rayo?

«No, debido a la peligrosa demora en la partida de la flotilla aérea que transportaría a los atacantes. Estaban listos pero aún no se les ordenaba partir en caso que las negociaciones pudieran lograr éxito. Cada minuto perdido consumía toneladas de carburante precioso y presentaba el riesgo de cambios imprevisibles en la situación en Entebbe. Ésta debe ser respuesta suficiente», según la opinión de Daniel Moynihan.

Un examen más atento de las medidas de última hora confirma lo anterior. La dirección de operaciones especiales que trabajaba tanto en la vía A como en la B practicó una técnica de crisis empresarial. El Estado Mayor, al ser un cuerpo militar, se concentró en la vía B. En Israel no existe nada que impida que los soldados, sargentos o generales de brigada pasen por encima de la cabeza de sus superiores. Un sistema de comunicaciones, quizás únicamente posible en un medio ambiente familiar, permite que las ideas lleguen a los altos cargos; «pero que Dios asista al ambicioso guardia fronterizo que hace perder el tiempo del jefe del Estado Mayor con pedidos de helados y neveras», es la advertencia oficial. Durante esos días, esquemas bastante prácticos habían salido a la palestra. Algunos que eran prometedores eran divididos en sus componentes y cada parte era asignada a un equipo de investigación que trabajaba dentro de un departamento cerrado.

Cada «célula» de información y planeamiento, como se las llamaba, no tenía la menor posibilidad de saber por qué se le pedía que determinara, por ejemplo, los movimientos específicos del presidente Amin. Una de estas células elaboraba la rutina cotidiana de trabajo de Amin. Otra examinaba únicamente los métodos de transporte con que contaba Amin. En retrospectiva, después de haber oído los informes de tales células, una vez que se hubo completado la Operación Rayo, hubiera sido fácil informar que un muñeco igual a Idi Amin dentro de su Mercedes Benz negro del modelo 1973 sería llevado por los atacantes y enviado delante de los comandos como medio de engañar a los guardias ugandeses. (Existió tal idea, pero al final fue desechada por demasiado arriesgada.)

Tanto Idi Amin como los terroristas fueron estudiados en detalle. Los informes completos del comandante Yerucham Amitai sobre el interés de Amin de pilotos kamikaze, al estilo japonés, y

de Phantoms para bombardear al presidente Nyerere, de Tanzania, «la prostituta que contagia viles enfermedades sexuales a todo el África», y de un avión diminuto lo bastante grande para que volara su hijo de nueve años, «pero no más alto que los árboles, y muy lento».

El inmenso ex sargento del ejército inglés, de un metro noventa de altura y ciento cincuenta kilos de peso, había expresado el deseo de conmemorar la vida de Hitler y de reimprimir los espurios *Protocolos de los sabios de Sión*. El embajador ruso protestó contra el proyectado monumento al Führer, pero no hay constancia de que haya protestado contra las mentiras sobre Sión. Un estudio político israelí puso de manifiesto que, pese a lo bufón que puede parecer Amin a los ojos no africanos, había aprovechado inteligentemente las divisiones tribales, destruyendo la columna vertebral de los Baganda, unos cincuenta mil a ciento veinte mil seguidores del rey de Buganda, quien se vio obligado a saltar por encima del muro de su palacio para escapar a una breve libertad que terminó violentamente. Mezclando tácticas de matón con ataques de generosidad, mantenía a los ugandeses más educados en cargos burocráticos y comerciales.

Al principio de la semana, Amin parecía un bromista inofensivo. Nadie de la dirección de operaciones especiales había pensado mucho en él antes de la desaparición del avión 139. Ahora ya no era más un bromista, pese a las absurdas conversaciones que tenía con Bar-Lev, trabajando en su célula aislada, ignorante de por qué hacía esas ridículas llamadas telefónicas, aparte de la obvia necesidad de mantener un contacto extraoficial. Se había solicitado a personalidades del mundo entero que buscaran ayuda en Uganda para salvar a los rehenes. Bar-Lev sintió que formaba parte de un esfuerzo internacional que incluía diplomáticos ingleses y periodistas ugandeses cuando, en la trastienda de su negocio, levantó el receptor y pidió al servicio internacional que lo pusieran con Kampala 2241, el despacho del presidente Amin.

—Aquí, su amigo Bar-Lev al habla.²

—¿Quién? —dijo Amin.

—Bar-Lev... B como en bomba...—. Y Bar-Lev, deletreó su nombre a su viejo amigo. Poco después, Radio Uganda anunció con orgullo:

«El coronel Bar-Lev, viejo amigo del honorable presidente de Uganda, se ha puesto en contacto con él en nombre del gobierno de Israel. Su Excelencia el presidente le pidió que transmitiera al gobierno israelí su solicitud y exigencia de que Israel acepte las condiciones de los secuestradores. El coronel Bar-Lev volverá a llamar a Su Excelencia en cuanto tenga la respuesta de su gobierno.»

El viernes 2 de julio Radio Uganda anunció que el coronel Bar-Lev había vuelto a hablar con Amin. La emisora elogió al oficial israelí y recomendó al jefe del Gobierno de Israel, Rabin, que lo promoviera a general: «Bar-Lev ha hecho más por los rehenes que el mismo jefe del Gobierno.»

Jerusalén anunció oficialmente que no sabía nada de esas conversaciones telefónicas, pero en secreto el gobierno estaba listo para utilizar a Bar-Lev. Él tenía contactos íntimos con Amin y lo conocía mejor que los demás. En 1973, Amin ordenó que todos los israelíes abandonasen Uganda en una furiosa reacción contra la destitución de Bar-Lev, entonces jefe de la misión militar israelí en Uganda. Las relaciones entre Amin y Bar-Lev cuando el primero era comandante en jefe del ejército ugandés eran tan estrechas (Amin visitó Israel en ese tiempo) que cuando el presidente Milton Obote se vio obligado a exiliarse, denunció que Israel había participado en la conjura de Amin en su contra.

Durante la crisis del vuelo 139, Bar-Lev dijo que él había conocido el plan de Amin para destituir a Obote. Ya en 1970 se había decidido poner fin a las actividades de expertos

² Ver transcripción de estas conferencias telefónicas en pág. 335.

extranjeros en Uganda. Bar-Lev convenció a Amin de que firmara un acuerdo de tres años de entrenamiento militar y, más tarde, premió a Amin por su cooperación.

Según Bar-Lev, el voraz Idi Amin Dada —mariscal de campo, doctor *honoris causa* de filosofía, presidente vitalicio— en realidad no era un caníbal sino casi un vegetariano. Bar-Lev, al informar al servicio de información israelí sobre todo lo que sabía, dijo lo siguiente:

«Amin no se permite comer otra cosa que ensaladas y pollo. Le gusta el whisky, el brandy y otros licores, pero los médicos le han prohibido el alcohol; por tanto, bebe enormes cantidades de té. Quizás le hace recordar el té del ejército inglés. Cuando volví a Israel, pensé que no tendría la menor dificultad en encontrar un trabajo. Podía dirigir cualquier asilo de lunáticos. El comportamiento de Amin durante esta crisis revela gran parte de las características de su complejo carácter.

»Amin proviene de una tribu menor del norte. Jamás ha leído un libro en su vida. El secuestro es la máxima oportunidad histórica para él. El mundo entero está escribiendo sobre Uganda y sobre Amin, su presidente. Gobiernos importantes negocian con él; los mensajes diplomáticos van y vienen. Visita a los rehenes cada día y con un uniforme diferente cada vez. Llega con su hijo pequeño Sharon (así llamado en honor del hotel Sharon, donde residió durante su visita a Israel). Los rehenes lo aplauden y él les brinda mantas y sábanas, comida y bebida. Sólo ha mostrado enfado en una oportunidad: cuando uno de los rehenes judíos omitió uno de los títulos que se deben usar cuando uno se dirige a él como mariscal de campo-doctor-presidente.

»La madre de Idi Amin Dada adoraba la Biblia. En su testamento ordenó a su hijo honrar al pueblo judío. En su infancia no tuvo religión, hasta que se convenció de que era musulmán. Cuando visitó Israel, lo llevé a la mezquita de Omán, en Jerusalén, donde Amin proclamó: “Ahora soy un *hajji* (peregrino musulmán)”, una palabra que ahora incluye en su nombre. Cuando se le dijo que para ganarse ese título debía peregrinar a La Meca, preguntó, “¿Qué es La Meca?”.

»Cuando era un robusto joven de catorce años, los ingleses reclutaron a Amin para los Rifleros de África Oriental. No sabía inglés y aprendió números y letras de las señales existentes en las barracas inglesas. Asistió dos años a la escuela. Durante la segunda guerra, luchó con su batallón en Birmania y obtuvo el rango de sargento primero. No hay duda de que tiene capacidad de mando; su dominio de los soldados —la mayoría provenientes de las tribus norteafricanas— se debe en gran parte a su superior estatura, su gran fortaleza física, el conocimiento del inglés y su retórica hitleriana.

»Pero detrás del héroe está el inválido. A menudo sufre agudos dolores en las piernas y brazos. Cuando le ataca el dolor, enloquece. En Israel, cuando recibió un tratamiento en el hospital Tel Hashomer, después de su visita al Sinaí, una vez terminada la Guerra de los Seis Días, hizo grandes elogios del ejército israelí. Pero cuando aumentaron sus dolores, empezó a gritar: “Sois mala gente. Yo vi lo que le hicisteis al ejército egipcio. Quiero irme a casa de inmediato y se lo contaré todo a Obote.” Cuando se le comunicó que no había ningún avión disponible, dijo furioso: “Caminaré hasta Atenas y allí cogeré un avión a Uganda.” Luego, Amin, por mi intermedio, recibía píldoras de los médicos israelíes.

»Amin actúa según visiones en las que nadie osa dejar de creer. Una mañana se despertó y anunció que Uganda fabricaría automóviles adaptados al duro clima de Uganda (este país tiene uno de los mejores climas del mundo). Otra mañana estaba a punto de conquistar Kenia y Tanzania para dar a su país una salida al mar; no obstante, él sabía que su ejército no podía realizar cualquier ejercicio que durara más de dos horas. Sus unidades simplemente se desintegrarían.

»Después de la partida de los británicos, el sargento Amin se convirtió en capitán. Cuando el presidente Obote rompió relaciones con el rey de Buganda, los jeeps de Amin armados con cañones sin retroceso —suministrados por el ejército israelí— abrieron fuego contra el palacio del rey y Amin cayó en gracia con Obote. Fue ascendido a subjefe del Estado Mayor y luego a jefe del Estado Mayor. Cuando alcanzó ese rango, se ocupó de que todos los demás oficiales estuvieran como mínimo a dos rangos por debajo de él. Nombró generales de brigada únicamente cuando se ascendió a sí mismo a mariscal de campo.

»Amin sufre una paranoia. Mantiene una unidad especial de jeeps como su guardia personal. Esta unidad le salvó la vida cuando Obote decidió arrestarlo. Y ese incidente desembocó en el golpe que llevó a Amin al poder.

»Amin tiene un sentido animal, misterioso, del peligro inminente. Al igual que muchos megalómanos, tiene una forma diabólica de escapar a la muerte.

»Durante el último año antes del golpe, su posición como comandante en jefe se vio debilitada y los oficiales superiores solicitaron a Obote que lo arrestara. Amin fue a visitar al ministro de Defensa egipcio. Allí, en El Cairo, recibió un telegrama con la orden de regresar de inmediato a Kampala. Amin notificó al presidente que no regresaría sino que, en cambio, viajaría a La Meca para obtener el título de *hajji*.

»A su vuelta de La Meca, fue recibido por su leal unidad de jeeps, que lo escoltaron hasta el parlamento. Entonces los numerosos musulmanes ugandeses lo recibieron como a un santón y evitaron su arresto. A menudo ha participado en las ceremonias religiosas musulmanas y tiene en la televisión ugandesa a un locutor especial que lee versos del Corán todas las tardes.

»A Amin le encanta el cine. Su palacio contiene una colección de unas 30 ó 40 películas sobre la segunda guerra mundial que ve continuamente. Jamás pudo aprender a manejar un proyector, y una de sus tareas era proyectar para él películas de los kamikazes.

»Cuando Amin fue a la Unión Soviética, se llevó una cámara. Amin sacó muchas fotos, pero cuando las revelaron estaban todas veladas.

»A Amin le encantan las mujeres; cualquier mujer que le guste se convierte en su esposa. Sus mujeres viven en palacio. Se dice que tiene dieciocho hijos.

»Nada puede debilitar más su posición, su orgullo y su autoestima que una derrota en Entebbe. Por esa razón, se debe suponer que el presidente Amin será más peligroso que nunca.»

A primera hora del viernes, llegó la respuesta al interrogante de si Idi Amin estaba colaborando con los raptos. La información recibida de Uganda, suministrada por agencias especiales y los rehenes liberados, confirmó la participación del ejército ugandés en la suerte del vuelo 139. La credibilidad de Amin como mediador quedó reducida a la nada entre esas pocas personas del gobierno israelí que aún esperaban que se le pudiera influir con contactos anteriores o con las conversaciones telefónicas llevadas a cabo por el tendero de Tel Aviv. Amin permitió que otros terroristas presentes en Uganda o en la vecina Somalia reforzaran a los secuestradores. Un avión israelí de reconocimiento informó sobre un vuelo especial desde Libia que, «a juzgar por las llamadas por radio, llevó un equipo especial de consejeros». Otros seis hombres armados se unieron al grupo terrorista en la vieja terminal de Entebbe, donde tuvieron conversaciones con Amin.

La mayoría de los pasajeros del segundo grupo de rehenes liberados poseían la ciudadanía francesa y esto reforzó la opinión de Israel de que Uganda y la propaganda del FPLP que atacaba «al imperialismo militar francés», había pasado a un segundo lugar y que el objetivo era explotar al máximo la posesión de los judíos.

Uno de los cautivos liberados, Murray Schwartz, un norteamericano productor de televisión, subió al avión en la parada en Atenas. Él contó que después de que el avión aterrizara en Entebbe, varias personas de aspecto árabe se unieron a los raptos.

Dos pasajeros liberados del vuelo 139 afirmaron que todo estaba preparado en Entebbe para recibir el avión secuestrado. Creían que las autoridades ugandesas tenían información anticipada del secuestro. La separación sistemática de los judíos reflejó una modificación en los planes terroristas.

Jean Choquette, de Montreal, Canadá, tuvo la impresión de que Idi Amin «simpatizaba mucho con los secuestradores». Según Choquette —y los demás rehenes liberados—, sus captores no les habían tratado mal. «Aparte, por supuesto, de las presiones psicológicas que ejercieron.» Asimismo Choquette relató que varias otras personas armadas se unieron a los raptos. También informó que en Entebbe se había llevado al avión una caja que, según los raptos, contenía dinamita para hacer volar el avión «cuando sea necesario».

Los informes de París describieron el aspecto de los israelíes cuando los rehenes liberados se iban a los aparatos de evacuación. Los hombres saludaban con los brazos y las mujeres tenían pañuelos en los ojos y a sus niños en brazos.

El presidente Amin parecía responder a las presiones de los estrategas políticos del terrorista FPLP en vez de a los diplomáticos occidentales o excéntricos intentos como el de Bar-Lev. Se ordenó que un Phantom israelí siguiera al jet particular de Amin durante su viaje a la isla Mauricio para la conferencia cumbre africana. Los acontecimientos ocurridos durante su ausencia de dos días eran comunicados a la hora por medio de informadores que trabajaban en una ruta entre Kampala, Nairobi y Jerusalén. La vigilancia de Amin fue mantenida constante por misiones aéreas apoyadas por un barco israelí del tipo Reshef, que zarpó el martes anterior con destino a la costa oriental de África. En lugar de la nueva versión mejorada de cohetes Gabriel mar-mar, el navío llevaba todo el equipo electrónico necesario para manejar todas las comunicaciones. La dirección de operaciones especiales había decidido que no podía depender de la ayuda extranjera por miedo a que se filtrara información a los terroristas.

«En las últimas horas, estábamos aterrorizados ante la posibilidad de llegar a Entebbe y descubrir que los rehenes habían desaparecido —dijo un comandante de la 35 Brigada Aérea, que estaba en estado de alerta—. Naturalmente, nosotros pensábamos que podríamos realizar un ataque el mismo martes. Recordamos las misiones de rescate norteamericanas en Vietnam del Norte, que no encontraban a los prisioneros que querían rescatar.

»Éste era un problema fundamental al reunir información y prever las variaciones que podía tener un ataque a Entebbe: el peligro de llegar allí y no encontrar a los rehenes. Ninguno de nosotros, al leer los informes sobre Amin, se hacía ilusiones acerca de su astucia y falta de escrúpulos.»

Por esta razón, el diálogo de Bar-Lev con Amin resultó de vital importancia. Mantuvo viva la esperanza de que no trasladaría a los rehenes.

Mientras tanto, el joven estudiante de medicina Moshe Peretz continuó escribiendo su diario de rehén:

Viernes, 2 de julio.

06.00. Levantados después de una noche de insomnio. Las pertenencias de todo el mundo *optan* empaquetadas y esperamos que nos notifiquen para ponernos en marcha.

07.00. Aparece Idi Amin con un sombrero de ala ancha y acompañado de una esposa hermosa con un vestido verde y su hijo Gamal Abdel Nasser Jwami. Nos deja perplejos cuando nos comunica que Israel no ha aceptado las condiciones de los secuestradores y que nuestra situación es muy grave porque el edificio está minado con TNT y se hará volar si no se aceptan las demandas de los raptos. Volverá esta tarde o mañana. Asimismo, nos aconseja que escribamos una carta para que se publique en la prensa o se pase por la radio pidiendo a Israel que acepte las exigencias de los terroristas.

08.00. Hay debates tormentosos entre los partidarios de escribir la carta y los que se oponen a ello. La mayoría de los padres de familia y los tripulantes —con la excepción del comandante del avión— están a favor. Los demás en contra. ¿Qué pasará? El remolino de sentimientos encontrados está quebrando a la gente y los lleva a las antesalas del colapso. Me duele pensar en mi familia en casa.

11.00 Continuamos con nuestra rutina diaria. Jean-Jacques Maimoni, de 19 años, es un ejemplo de buen humor. Trae té y café a todo el mundo, distribuye comida y se asegura de que nadie se quede sin su porción. No pide nada para él. Las mujeres lavan la ropa y la tienden en cuerdas. Una comida aburrida y una siesta.

20.30. Se entrega una carta a los palestinos dando las gracias a Amin por su actitud justa y alentando a Israel a poner en libertad a los presos. La carta fue escrita por un grupo de israelíes. Los terroristas quedan satisfechos con el contenido, porque no da la impresión de haber sido escrita bajo presión. Es sábado; la gente hace parodias de los editoriales que se ocupan de la situación: cómo la puede describir un diario religioso o un periódico deportivo. Alguien dice que no debemos sentirnos tan mal; después de todo, Herzog un día propuso la creación de un estado judío en Uganda. Cantamos las canciones sabáticas en voz baja, porque los de afuera estaban nerviosos, en especial esta tarde.

La posibilidad de interceptar el avión particular del presidente Amin y de obligarlo a aterrizar en un sitio donde lo pudieran apresar los agentes israelíes, fue tomada en consideración. Ya que Israel construyó ese avión, se conocían sus especificaciones técnicas tan bien que una propuesta anterior se había presentado para estropearle los tanques de gasolina en Entebbe, de modo que el piloto tuviera que realizar un aterrizaje de emergencia en el aeropuerto de Nairobi.

11. Amin: El títere de la OLP

El miércoles 30 de junio, un visitante de Nairobi resultó de una ayuda inestimable. Era un confidente del presidente Jomo Kenyatta; se trataba de un miembro de la tribu kikuyu sumamente inteligente que había tenido la dirección editorial del *Daily Nation* de Kenia, un diario fundado en 1961 como parte de una cadena financiada por el Aga Khan, con la esperanza de ejercer una influencia moderada en África Oriental cuando se aproximaba el *Uhuru*, la independencia del colonialismo inglés. Había habido un *Daily Nation* en Uganda y otro *Daily Nation* en Tanganika trabajando de común acuerdo. Pero la retirada de Inglaterra dio lugar al colapso de esa embriónica federación del este de África y los diarios se separaron. El inglés que había dirigido los periódicos fue reemplazado por africanos y en Kenia éste era ahora George Githii.

Githii llegó a Israel de Teherán como invitado del gobierno israelí. No hubo publicidad. No se esperaba que tuviera un papel específico. Sin embargo, conocía muy bien a la Uganda de Amin y sabía mucho de comunicaciones, que son la esencia de la vida periodística.

Aquellos que conversaron con George Githii eran miembros de una pequeña célula aislada del servicio de información. No tenían idea de por qué este hombre era importante, al igual que otros grupos ignoraban por qué estudiaban los vínculos del presidente Amin con la causa palestina. Fue esta alianza secreta entre Amin y la OLP la que ofendía, y al final atemorizaba, a algunos de los gobernantes keniatas.

El apoyo prestado por Amin a los palestinos dio comienzo mucho antes de que el vuelo 139 fuera desviado a Entebbe. Trescientos comandos de las organizaciones terroristas palestinas protegían al presidente. Estos palestinos eran entrenados en Libia al igual que las seis mujeres robustas y musculosas, armadas con pistolas, y procedentes de la tribu de Amin, que se unieron a ellos.

El edificio que soliera usar Israel en Kampala había sido puesto a disposición de la Organización para la Liberación de Palestina; la bandera palestina ondeaba en el mástil que una vez tuviera a la estrella de David.

Debido a que el presidente libio El-Gadaffi prometiera a Amin docenas de millones de dólares como ayuda económica (una promesa nunca cumplida), Amin había permitido que la OLP construyera campos de adiestramiento en su territorio, invitando a una delegación de la OLP a la reunión cumbre de la Organización de Unidad Africana verificada en Kampala el 28 de julio de 1975, y llegó a permitir que terroristas palestinos se adiestraran con sus Mig rusos.

«Cuanto más duro el adiestramiento, más difícil la misión», aseguró Amin a los terroristas de Al Fatah que aprendían a pilotar los Mig. En octubre de 1975, Radio Uganda describió «el adiestramiento riguroso» llevado a cabo por los «aviadores suicidas palestinos y ugandeses» en el sur de Uganda. Se advirtió a la aviación civil que no se acercara a esa zona hasta próximo aviso.

El nivel de actuación de los pilotos palestinos —y posiblemente de sus instructores ugandeses— puede deducirse de las estadísticas de accidentes. Durante 1975-1976 se publicaron informes de accidentes de avión en el que morían los estudiantes árabes. Un piloto palestino, nacido en Hebrón, que resultó muerto cuando su avión chocó en Uganda el 29 de octubre de 1975, puede ser un caso típico. Su nombre de acción era George; su nombre verdadero, Yusuf Bragit. Se alistó en Al Fatah en 1967 y fue nombrado jefe del escuadrón de voluntarios palestinos después de adiestrarse en China y Argelia en 1968-1970. A bordo de un avión de entrenamiento, chocó con otros dos aviones pilotados por ugandeses y palestinos en el norte de

Uganda. Una delegación ugandesa, presidida por Amin iMaka, el representante personal del presidente Amin, y de Ahmed Daudi, en representación de la Fuerza Aérea ugandesa, acompañaron el ataúd de George hasta Damasco y de allí a Amán. Amin aprovechó la oportunidad para enviar un mensaje de condolencia a Yasir Arafat, «en mi nombre y en nombre de los soldados del ejército de Uganda».

Amin no tuvo razones ideológicas para apoyar la causa palestina. En abril de 1976 envió un mensaje a la Liga Árabe solicitando urgente ayuda económica. La Liga Árabe acusó recibo con una fría respuesta oficial que únicamente declaró que su solicitud había sido enviada a todos los gobiernos de la Liga. Enfurecido, Amin criticó a los estados árabes y, según el *Daily Nation*, de Nairobi, proclamó que todos los problemas de Uganda «provienen de mi firme apoyo a los palestinos».

Dos meses antes, una declaración oficial de la OLP publicada en Beirut confirmó que Uganda adiestraba pilotos palestinos. En reciprocidad, «la OLP presta ayuda militar a Uganda». La declaración no reveló cuál era esta ayuda. La verdad está escondida en las entusiastas palabras de agradecimiento de Amin a Arafat:

«Esta ayuda ha contribuido a fortalecer la capacidad de Uganda y su habilidad para tomar parte en la liberación de Palestina y África del Sur del sionismo y el racismo.»

Recibió a los aviadores palestinos en su palacio y anunció que Yasir Arafat los había puesto bajo sus órdenes y, «como comandante vuestro, tengo la autoridad de enviaros en misiones relacionadas con problemas palestinos, árabes y africanos. Mientras estéis aquí, consideraos como si estuvierais en vuestro propio país, entre vuestros hermanos que sirven en la Fuerza Aérea de Uganda. Vuestro deber es prepararos aquí para vuestra principal tarea en Palestina.

»No obstante, no sois los únicos que se deben preparar para luchar contra el enemigo, sino todos los estados que desean la liberación de Palestina, entre los cuales, por supuesto, está Uganda», concluyó Amin. Sus palabras le valieron titulares en el órgano de la OLP, *Falastin a-Thura*, editado en Beirut.

¿Por qué los terroristas necesitaron los servicios de Amin para el adiestramiento de sus aviadores? La respuesta fue suministrada no hace mucho por uno de los comandantes terroristas. «Abu Jara», cuando hizo un elogio público del presidente ugandés:

«Usted, mi general, ha hecho por los palestinos lo que nuestros hermanos árabes en otros estados árabes se han negado a hacer. Nosotros necesitamos una fuerza aérea.»

¿Cómo llegó el mariscal de campo Idi Amin a sentir un odio tan profundo por Israel, cuando este país lo ayudó a tomar el poder? Incluso debía su vida a un oficial israelí, Ze'ev («Zonik») Shaham.

Sucedió en 1965. Zonik encabezaba la misión militar israelí en Kampala cuando Amin era jefe del Estado Mayor del ejército ugandés. En el curso de sus tareas, Amin visitaba con frecuencia las unidades a sus órdenes; un Dakota, comprado a la fuerza aérea israelí y pilotado por un aviador israelí, estaba a su disposición. Un día Amin salió en una inspección de rutina a una de las unidades tribales del Nilo Occidental. Mientras el avión se acercaba lentamente a su destino, Zonik en Kampala se enteró de que los oficiales del Nilo Occidental habían decidido asesinar a Amin. Los oficiales esperaban a su distinguido visitante en la pista de aterrizaje con la intención de abrir fuego en cuanto Amin apareciera en la portezuela. Entonces Zonik ordenó al piloto que regresara y los oficiales amotinados esperaron en vano.

Amin agradeció profusamente a Zonik. Lo mismo hizo el presidente Milton Obote, quien invitó a la delegación militar israelí a su despacho para felicitarla. Años más tarde, cuando Amin

hubo depuesto a Obote, Zonik se preguntó cómo se hubiera comportado el ex presidente durante el intento de asesinato de haber sabido lo que el destino le deparaba.

Los primeros contactos con los dirigentes y los partidos de Uganda fueron establecidos por Asher Naim, del Ministerio de Relaciones Exteriores de Israel, desde su puesto en Kenia. Con una tranquila persistencia, evitando la vigilancia de los servicios de seguridad británicos y las fuerzas considerables de tropas regulares y de unidades de reconocimiento empleadas en la guerra contra los Mau Mau, Naim hizo contacto con el doctor Obote, quien sería el primer presidente de Uganda después de su independencia.

Poco después de la independencia de Uganda, Shimon Peres, entonces director general del Ministerio de Defensa israelí, fue a Uganda de visita. Sus anfitriones le pidieron que les ayudara a formar su ejército y fuerza aérea. Peres dio su consentimiento y, en abril de 1963, la entonces ministro de Relaciones Exteriores, Golda Meir, firmó un acuerdo de ayuda y cooperación con Kampala.

El coronel Shaham llegó a Uganda como jefe de la delegación del ejército israelí y del Ministerio de Defensa, como consecuencia del acuerdo. El ejército ugandés consistía en un batallón de infantería de 700 a 800 hombres. El comandante del batallón era inglés, igual que los oficiales y suboficiales. El batallón de infantería era excelente, sobre todo en ejercicios de desfile. Era en gran parte un batallón de ceremonial que servía para los desfiles festivos. Para Zonik y los demás oficiales israelíes que lo acompañaban, éste era un batallón de ópera cómica que debía convertirse en una efectiva fuerza de combate.

Empezaron en pequeña escala, entrenando sólo una compañía en un intento de convertirla en una unidad de fusileros de combate. Se enviaron soldados ugandeses a adiestrarse en la escuela central de oficiales del ejército israelí y en su escuela de pilotaje de la fuerza aérea. El logro de los oficiales israelíes con el adiestramiento de la compañía de infantería hizo que el presidente Obote pidiera a la delegación israelí que entrenara la policía especial de Uganda. Utilizando aparatos Fuga-Magista y Dakota enviados por Israel, los instructores de la fuerza israelí fundaron la fuerza aérea ugandesa, empezando de cero e incluso formando una escuela técnica. El día del segundo aniversario de la independencia de Uganda, seis reactores Fuga-Magista volaron en una demostración aérea que satisfizo a los observadores israelíes, quienes, en aquellos tiempos, aún estaban convencidos de que únicamente el dominio inglés no permitía que los africanos desarrollasen una capacidad de combate independiente, responsable y poderosa. Idi Amin cultivaba unas relaciones especiales con el grupo israelí de Kampala, quizá porque esa gente de Tel Aviv lo trataba como a un igual. Visitaba Israel con frecuencia y cada vez regresaba admirado. Sus loas a la diligencia israelí no conocían límites. Cuando llegaron a Uganda los primeros reactores de entrenamiento, divididos en partes para su transporte por aire y mar, se quedó asombrado de ver cómo los israelíes convertían esos «pedazos de metal» en aviones de reacción. Se ofreció como voluntario para pilotar el primer Fuga-Magista reconstruido y regresó más excitado que nunca. Más tarde recibió una rara condecoración de los israelíes: la insignia de paracaidista, que continuó usando con orgullo manifiesto incluso en su vuelo del 2 de julio a Mauricio.

Las relaciones eran tan íntimas que un día Amin presentó al coronel Shaham, que actuaba como agregado militar en Kampala, un pedido para que Israel ayudara a la venta de una inmensa cantidad de oro robada del Congo. El gobierno israelí rechazó la solicitud de Amin, pero los banqueros se prestaron a vender ese oro sin sentir ninguna necesidad de averiguar su origen.

Cuando Israel rechazó la demanda de Amin de ayuda para atacar a la vecina Tanzania, éste montó en cólera. El Ministerio israelí de Relaciones Exteriores aún creía que el deterioro en las

relaciones entre los dos países no llegaría a una completa ruptura de relaciones. Pero el presidente Amin —cada vez más inestable, apresurado e impulsivo en sus decisiones— pronto destrozó esa última ilusión. En febrero de 1972, en una festiva declaración de Amin y del gobernante libio El-Gadafi, los dos hombres acordaron apoyar la lucha de los pueblos árabes contra el sionismo y el imperialismo, por la liberación de todos los territorios árabes ocupados, por la restauración de los derechos palestinos y por el regreso de los palestinos a sus tierras.

En marzo de 1972, durante los últimos días de la presencia de oficiales israelíes en Uganda, el embajador israelí tomó asiento aguardando el veredicto del imprevisible presidente. Trató de averiguar las intenciones de Amin por intermedio de un viejo miembro del Ministerio de Relaciones Exteriores de Uganda, quien era de la opinión de que Amin no tenía realmente la intención de romper relaciones. Veinticuatro horas más tarde, llegó la notificación del rompimiento de relaciones.

Docenas de familias israelíes se vieron obligadas a abandonar Uganda en medio de la noche, desde el aeropuerto de Entebbe. Fueron las primeras víctimas del monstruo que, como Frankenstein, ellos habían creado. Los ingleses, en su deseo de descolonizar, habían señalado a Amin como uno de los muchos dirigentes africanos dignos de apoyo, y dijeron a los experimentados colonos blancos y observadores occidentales que no cometieran el error, tan de moda en los años sesenta, de decir que «el emperador no tiene ropa».

12. El estado mayor examina la vía B

Shimon Peres, aparte de ser el ministro de Defensa, tenía un conocimiento íntimo y directo de Uganda y del presidente Amin. Podía entender los argumentos más poderosos en contra de cualquier acción de alto vuelo contra Amin o que llegara a dañar a las fuerzas armadas ugandesas.

Su conocimiento especial y su íntima identificación con la evolución militar israelí desde los primeros días, lo convertían en el natural confidente de los comandantes militares impacientes con el lento proceso del Parlamento. También trabajó en estrecha colaboración con los expertos antiterroristas y, para el viernes, había llegado a ciertas conclusiones con respecto a los terroristas encarcelados cuya libertad exigía Uganda como parte del precio por la libertad de los rehenes.

Las iniciativas de Peres pasaron al jefe del Gobierno, Rabin, cuando esto fue necesario. He aquí el resumen aproximado del Ministerio de Defensa acerca de cómo operó en esos días el Estado Mayor:

El Estado Mayor siguió el desarrollo de los acontecimientos desde el primer momento del secuestro del avión de Air France. Pero, a principios de la semana, nadie pensó que fuera necesario ir a Entebbe. El ministro de Defensa consultó al jefe del Estado Mayor, Mordechai Gur, quien a su vez consultó a los generales mientras el Gobierno daba prioridad a la actividad diplomática.

Durante la primera noche, mientras el aparato viajaba a Uganda, la unidad táctica vigiló de forma constante la ruta del vuelo. Los raptos comunicaron a la torre de mando de El Cairo que su destino era Amán. Cuando el avión aterrizó en Uganda y era obvio que allí se quedaría, el Estado Mayor dio comienzo a la preparación de las operaciones.

A medida que el proceso diplomático llegaba a un atolladero y que aumentaba el dilema del gobierno, se fortalecía el deseo de utilizar la opción militar, hasta tal punto que, cuando se conocieron las exigencias de los terroristas, un antiguo funcionario del Ministerio de Defensa, dijo:

—El final será que el equipo militar salve al equipo político, del mismo modo que lo hizo en la Guerra de los Seis Días y en la guerra del Yom Kippur. El jefe del Gobierno, Rabin, respondió secamente: —Estoy a la espera de una propuesta militar firme y claramente factible. No estoy interesado en su filosofía bélica. Quiero hechos, no teorías.

Al mediodía del martes, cuarenta y ocho horas después del secuestro, el jefe del Estado Mayor fue convocado a una reunión urgente en Jerusalén. Presintió que el ejército sería llamado a la acción y, por radio, ordenó que las unidades de comandos estuvieran en estado de alerta esa misma tarde. Se le preguntó a Gur si pensaba que se podía montar una operación militar y él contestó:

—¿Existe esa posibilidad.

Cuando regresó a su despacho en Tel Aviv, Gur ordenó que se organizaran equipos de planeación en el Estado Mayor esa misma tarde, para estudiar las propuestas operativas que llegaran de las bases. Fue alentado por lo que se podría denominar «presión desde abajo», por intermedio del general Dan Shomron y la Brigada Golani de infantería, hombres duros que cada día actuaban contra los terroristas allende las fronteras. Ésos eran los hombres que tendrían que ir en la misión. Eran típicos soldados israelíes, tan duchos en filosofía como en la lucha por Israel.

«Sabed por qué lucháis y amad lo que sabéis» era una cita que les venía de los primeros días del movimiento de resistencia judía, que la recibió de Orde Wingate, quien a su vez la recibiera

de Oliver Cromwell. Wingate era un experto inglés en guerra de guerrillas durante la segunda guerra mundial, con un sentido bíblico de la causa judía y total carencia de ortodoxia. Wingate dio su nombre al primer campamento de adiestramiento paramilitar. El inglés renegado organizó escuadras nocturnas especiales entre los colonos judíos de la Palestina de la preguerra para atacar a sus asesinos árabes. Su influencia fue descrita durante la crisis del vuelo 139 por un antiguo jefe de la fuerza aérea israelí, Ezer Weizman:

«Tuve ocasión de conocer a uno de los personajes más pintorescos que figure en los anales de nuestras largas guerras, quien vino recomendado por mi tío Chaim (uno de los fundadores del Israel moderno). Se parecía mucho más a un misionero que a un oficial del Imperio Británico y se pasaba horas hablando de la Biblia. Supongo que ése fue su vínculo con la tierra de Israel y el pueblo judío, "un vínculo místico, muy personal.»³

El objetivo por el que lucharían en Entebbe era bien claro para el Estado Mayor: se trataba del derecho de todo israelí a viajar sin temor. Y, en último análisis, por el derecho de los ciudadanos de todas partes a tomar libres decisiones sobre dónde vivían y cómo vivían. El asunto era cómo derrotar a esos enemigos de la libertad de elección y si se consideraría a los rehenes como soldados en semejante lucha.

El miércoles, el comandante en jefe convocó a varios oficiales para que le presentasen sus planes. A primera vista, parecieron factibles. Analizados —o, como se dice en la jerga militar, «cuando se les ataca» con argumentos—, todos revelaron tener al menos un punto débil. Aquí y allí había ideas que eran más imaginativas que pragmáticas, y el comandante en jefe las consideró poco realistas:

«Estos planes no prometen un mínimo de posibilidades de salvar las vidas de los rehenes y, por tanto, no puedo recomendarlos.»

Los oficiales se fueron desilusionados, algunos con caras largas, pero se recuperaron rápidamente en cuanto siguió llegando información e hicieron nuevos planes. Trabajaron día y noche en la dirección de operaciones especiales y en el cuartel general del alto oficial de paracaidistas Dan Shomron.

Las fuerzas aerotransportadas siempre estuvieron dedicadas a tales contingencias. Hubo planes para capturar pozos de petróleo y otros para apoderarse de aeropuertos bien defendidos en países hostiles en el caso de declaración de guerra abierta. La esencia fue capturar un sitio estratégico desde donde se pudiera dominar al enemigo que los rodeara. Algunos planes exigían que se lanzaran paracaidistas; otros, que hubiera aterrizajes nocturnos (con helicópteros) de comandos entrenados para infiltrarse en bases resguardadas. Todos exigían velocidad y sorpresa. Las realidades de la inestabilidad del Cercano Oriente y las amenazas contra Israel exigían estas medidas y esta clase de entrenamiento. Los hombres y mujeres adiestrados en estos planes tenían pacíficas ocupaciones civiles; habían aprendido a separar en sus pensamientos particulares la rutina diaria de la posibilidad de peligro inminente. Un gran cuerpo médico, por ejemplo, consistía en médicos entrenados para luchar al lado de comandantes de aviación. En el uso de esta fuerza versátil, el Estado Mayor tenía la gravísima responsabilidad de confeccionar planes precisos basados en una información comprobada. Las defensas que rodeaban a un objetivo debían ser conocidas con todo detalle.

En este asunto de Entebbe no había aún suficiente información. ¿Qué defensas antiaéreas existían en Entebbe? ¿Dónde estaban apostados los guardias? Se sabía que había dos batallones ugandeses apostados en el aeropuerto. El comandante en jefe explicó:

³ *On Eagles' Wings* (Jerusalén, 1976).

«El problema es asegurar las vidas de los rehenes. Corremos un riesgo por anticipado con nuestros soldados. Tenemos que tener una respuesta específica sobre las posiciones ugandesas en el aeropuerto de Entebbe.»

El jueves, Shomron pensó que la situación en el aeropuerto estaba clara. Las discusiones maratónicas se aceleraron. El comandante en jefe se sentía optimista debido a que el ministro de Defensa, Peres, estaba presionando para que actuara el ejército en Entebbe. El general Dan Shomron se presentó ese día ante Gur, el jefe de operaciones Yekutiel Adam y el jefe de la fuerza aérea Benny Peled, para proponer un nuevo plan:

«Creedme —dijo Shomron— que a partir del momento en que tomemos tierra en Entebbe, lo podremos hacer con facilidad. Hemos hecho cosas mil veces más complicadas.»

Dan era el más joven de este grupo de dirigentes militares. Todos eran veteranos del Día de la Independencia. Era el único nacido en el estado de Israel. Sabía que esos generales lo miraban como al hijo de su veteranía.

Pero Shomron consiguió lo que buscaba: una aprobación calificada del plan para hacer aterrizar fuerzas combinadas en Entebbe bajo sus órdenes, con unas fuerzas especiales dirigidas por Yonni Netanyahu. Había tres previsiones: un ensayo general debía ser llevado a cabo el viernes por la noche para convencer al general Gur de que era posible aterrizar en completa oscuridad en un aeropuerto desconocido, con fuerte vigilancia; tenía que haber algún medio seguro de sacar a los rehenes sanos y salvos de Entebbe; toda la operación debía estar basada en una información verificada y completa.

«Todo depende de una información digna de confianza», advirtió Gur.

13. Los invisibles

Antes y después del ensayo general del viernes, al equipo de planeamiento de Dan Shomron le empezó a llegar información directa. Las defensas de Uganda estaban basadas en un número relativamente alto de transportes blindados de tropas (267), una ignorada cantidad de cohetes, obuses y morteros, y cincuenta aviones de combate que incluían 30 Mig-17 y Mig-21 con base en Entebbe. De los 21.000 soldados ugandeses debidamente entrenados y bien pertrechados, se creía que casi la mitad estaban apostados entre Entebbe y la capital Kampala, a treinta y cinco kilómetros de distancia. El aeropuerto estaba custodiado por un círculo exterior de buenas tropas ugandesas equipadas con armas de fabricación soviética, incluyendo tanques.

En las últimas horas, un equipo altamente especializado que había ido a Nairobi en el vuelo 535 de El Al, el miércoles, presentó más detalles de las defensas de Entebbe. De este equipo de unos cincuenta «hombres de negocios», unos pocos se instalaron en la casa particular de un comerciante israelí que les aseguró paz y reclusión. Desde allí se establecieron discretos contactos con Lionel Byrn Davies, jefe de la policía de Nairobi, y con un extravagante ex comandante de los servicios especiales aéreos británicos, Bruce McKenzie.

McKenzie, un poderoso personaje en el panorama político keniano durante tres décadas, había sobrevivido a la insurrección de los Mau Mau como granjero blanco y se había reconciliado con su jefe, Jomo Kenyatta. De alta estatura, robusto, con bigotes y ostentosamente despreciativo de los blancos que se negaban a reconocer la jefatura de Kenyatta en los años sesenta, McKenzie se convirtió en ministro de Agricultura hasta que fue reemplazado por un kikuyu de la tribu Kenyatta. Continuó sirviendo en calidad de amigo y consejero del presidente Kenyatta, quien respetaba la franqueza castrense de McKenzie. El mismo Kenyatta era, a sus ochenta y cinco años, un gobernante benigno pero inconstante, cuyo gobierno de partido único resumía la contradicción entre el tradicional sistema tribal de caudillajes y las dificultades de una democracia al estilo Westminster. Sus deseos políticos eran puestos en vigor por la Unidad de Servicios Generales (USG), de eufemístico nombre, que se ocupaba de que los debates parlamentarios jamás fueran algo más que una amable discusión de la política de Kenyatta.

La cuestión crucial era la siguiente: ¿permitiría Kenia que los aviones de rescate repusieran carburante en Nairobi? Éste era el único aeropuerto en manos relativamente amistosas. Los gigantescos Hércules con cargas completas podían utilizar el carburante de Uganda, pero no era suficiente. Jamás podrían realizar todo el vuelo de regreso a Israel sin abastecerse de carburante en algún sitio durante la operación. Se había rechazado una propuesta para reabastecerse en el aire, debido a la combinación demasiado peligrosa de circunstancias: el vuelo debía llevarse a cabo de noche para lograr la sorpresa; la ruta estaba dentro del radio de acción de las baterías antiaéreas enemigas y, por último, al enemigo le resultaría fácil provocar un accidente durante el delicado proceso de reabastecimiento.

El comandante de las fuertes unidades de la USG de Kenyatta, Geoffrey Karithii, aseguró a su presidente que haría la vista gorda si sus hombres y la policía del aeropuerto de Nairobi aislaban a la fuerza de rescate en la parada, siempre y cuando esta fase de la operación fuera llevada a cabo como un asunto de rutina de la compañía El Al. El fiscal general de Kenia, Charles Njojo, presentó su opinión legal de que siempre que se observaran las leyes de la aviación civil internacional (al menos a los ojos de las autoridades del aeropuerto de Kenia), no se podían negar las facilidades pedidas.

Agentes negros africanos reclutados por el Mossad israelí reforzaron los informes de último momento sobre las defensas y las condiciones de Entebbe. Los pilotos de rescate necesitaban

saber el estado de las pistas, la ubicación de los tanques de gasolina (en caso de tener tiempo para abastecerse) y el nivel de vigilancia en las torres de mando, una de las cuales se ocupaba de los escuadrones de combate de Uganda estacionados en la parte antigua del aeropuerto. Parte de esta información provino de interrogatorios informales a pilotos de líneas comerciales. Otra, de los observadores dispuestos en el lago Victoria.

Los técnicos del Directorio de Aviación Civil de África Oriental conocían las modificaciones rutinarias que se verificaban a diario, y dieron los detalles a El Al sin comprender la importancia de sus preguntas.

Los hábitos cambiantes de los secuestradores eran cruciales. Se informó que había un nuevo personaje en la escena. Parecía ser el comandante de los terroristas e iba y venía al aeropuerto de Entebbe en un coche conducido por soldados ugandeses. Se supo que los rehenes le llamaban Groucho Marx debido al bigote caído y a su manera de caminar. Se identificó a la secuestradora alemana como Gabrielle Kroche-Tiedemann, de 24 años, miembro del equipo que había secuestrado a los miembros de la OPEC en Viena, y conocida colaboradora de Carlos, el Chacal.

En conjunto, las defensas de Entebbe parecían vulnerables a un ataque por sorpresa. Un informe cauteloso que decía que dos Mig ugandeses podrían bombardear a los rehenes fue descartado. Se estableció la numeración de esos Mig como 903 y 905 —se sabía que estaban destinados a entrenamiento— y parecían formar parte de la rutina diaria de estudiantes pilotos. Los nerviosos rehenes no conocían el ciclo de aterrizajes y despegues que son el pan de cada día del piloto profesional. Más preocupante era el estado emocional de los terroristas y el dominio que parecían ejercer sobre las tropas ugandesas.

Se había consultado a un grupo de «invisibles» a menudo sin su conocimiento. Los «invisibles» eran observadores experimentados a quienes se les daba ese nombre porque, inconscientemente, informaban a los servicios de información israelíes. Entre ellos estaba el editor jefe del *Daily Nation* de Kenia, George Githii, otro íntimo amigo y consejero del presidente Kenyatta. Se fue de Israel a primera hora del sábado 3 de julio rumbo a Nairobi, después de unas conversaciones informales... que darían su fruto. Delante se enviaron rápidos mensajes al director de la línea El Al, en Nairobi, pidiéndole que tuviera listas grandes sumas de dinero. Sin que se lo pidieran y por curiosidad personal, el hombre de El Al calculó la distancia de Nairobi a Entebbe: seiscientos kilómetros.

Un israelí extraordinario estaba en ese momento *aprendiendo* la distancia hasta Entebbe de la forma más difícil. Aterrizó allí en su avión particular en el momento crítico en que su oficina de Tel Aviv empezó a recibir extraños mensajes para que regresara. Era Abie Nathan, el llamado Piloto de la Paz, cuyas cruzadas en una búsqueda solitaria de alternativas para cada una de las guerras de Israel le habían cosechado una resuelta admiración de los israelíes, aunque sus anteriores vuelos de «misericordia» habían causado disgustos. Siempre existía el riesgo de que los enemigos de Israel vieran en él la prueba de una debilitación de su firmeza militar. El riesgo esta vez era que se encontrara entre dos fuegos en medio de la Operación Rayo. Voló a Entebbe poco después de que el presidente Amin partiera para la isla Mauricio.

«Me olió mal cuando me rodearon los soldados ugandeses —dijo más tarde—. Me llevaron a interrogar en el nuevo edificio de la terminal, lejos de donde estaban los rehenes. Entonces, vino el principal ayudante de Amin y estuvo de acuerdo en que hablara por su intermedio con uno de los raptos.

»Los secuestradores estaban escondidos detrás de una pantalla. Hablé por medio del hombre de Amin. Vi que el presidente, mientras estuviera en Mauricio, dejaba las decisiones a su asistente en Uganda. Los raptos recibían sus instrucciones de él y de los oficiales superiores

enviados a unirse al grupo original que había capturado el avión 139. Me dijeron que no había posibilidades de renegociación.»

Abie Nathan regresó a Nairobi. Su abogado Arieh Marinsky lo llamó, frenético, desde Tel Aviv.

—No vuelvas a Uganda —le dijo secamente a Nathan—. ¿Me has comprendido? Aquí tus médicos están preocupados por tu hígado.

—¿Mi hígado? —preguntó Nathan—. No me pasa nada en el hígado.

—Recuerda que los médicos dijeron que la fruta tropical te hace mal —dijo Marinsky, acentuando sus palabras—. Y la altitud...

—Pero aquí, en Nairobi, hay más de dos mil metros —discutió Nathan—. En Entebbe, es casi la mitad...

—Entonces, eso es lo que tú piensas —dijo el abogado—. Si te enfermas, no me echas la culpa.

Por último, Abie Nathan comprendió y se pasó el sábado revelando los detalles que había observado en el aeropuerto de Entebbe. Su observación más importante fue que estaba seguro de que los ugandeses, y no ya los terroristas, empezarían a ejecutar a los judíos al día siguiente, una vez cumplido el plazo acordado. Opinaba así porque el presidente Amin parecía ser la suprema autoridad, y Amin consideraría que se jugaba su prestigio si Israel conseguía más concesiones.

Otros detalles fueron obtenidos en París de un médico norteamericano hipnotizado. Un equipo de especialistas israelíes en materia de información había llegado a Francia y se ocupaba de los rehenes liberados. Muchos no podían conscientemente recordar detalles vitales como la ubicación de las puertas en el antiguo edificio de la terminal o dónde estaban exactamente reunidos los rehenes, o si los largos ventanales del edificio se abrían para dentro o para fuera. Hipnotizadores experimentados en la instrucción de los soldados y en interrogar terroristas capturados se ocuparon, con su consentimiento, de aquellos que sufrían una amnesia normal después de la impresión.

Hipnotizado, el médico norteamericano pudo revelar muchas cosas que no había podido recordar cuando trataba, conscientemente, de colaborar con sus interrogadores. Éstos trabajaron contra el tiempo y el viernes estuvieron seguros de que los rehenes liberados habían visto y oído lo suficiente como para reconstruir no sólo el lugar físico, sino el ambiente psicológico reinante entre los ugandeses y los terroristas en Entebbe. Informaron a la dirección de operaciones especiales mediante mensajes radiofónicos en clave emitidos desde la embajada israelí en París.

«Se deben modificar las anteriores evaluaciones respecto al presidente Amin. Su tendencia ha sido prolongar las negociaciones por razones de publicidad. Pero también está ansioso por complacer a sus “camaradas” de la OLP y del FPLP. Todos ellos son proclives a la violencia. Sobre la base de la evidencia que apuntamos, es muy posible que Amin dé su consentimiento a empezar “ejecuciones publicitarias” el domingo 4 de julio, por la madrugada.»

Esta suposición estaba basada en las averiguaciones realizadas por el equipo de París. No tenía intención de ser alarmista. El equipo sabía que podía ser sopesada con otra masa de evidencias, quizá contradictoria. En el despacho del jefe del Gobierno israelí se consideró que señalaba las mismas conclusiones indicadas por Abie Nathan y George Githii, de Kenia, al hablar de forma extraoficial en nombre del presidente Kenyatta.

La creciente probabilidad de las ejecuciones motivó nuevas presiones sobre Rabin. Hasta entonces había esperado que el primer análisis estuviera correcto: el presidente Amin prolongaría las conversaciones para mantenerse en el candelerero.

«Si estamos hablando de una nación que no se somete a los demagogos —diría más tarde Rabin—, entonces, como jefe del Gobierno, tuve que tomar una decisión definitiva basada en el consenso.»

Rabin realizó casi toda esta penosa tarea en su despacho provisional de la jefatura del Gobierno en Tel Aviv. Se trata de un pequeño edificio de tejas rojas que, irónicamente, primero alojó a la Orden Alemana de los Templarios y luego, durante la segunda guerra mundial, a los civiles alemanes sospechosos de espionaje nazi. Luego se convirtió en el cuartel general militar inglés en el trágico período de la postguerra antes del nacimiento de Israel, cuando un ejército judío clandestino (que incluía a la mayoría de los hombres ahora comprometidos en la crisis del vuelo 139) luchaba contra los ingleses. Más tarde, fue la sede del gobierno provisional de Ben-Gurion, antes de la fundación de Israel.

Dentro de una gran habitación sin adornos, salvo retratos de cuerpo entero de los fundadores de Israel —Theodor Herzl y Chaim Weizmann—, Rabin luchó con su conciencia entre las sesiones con todo su gabinete. Hubiera preferido estar en el primer avión que aterrizara en Entebbe, dijo cuando recordó las últimas horas antes de la decisión final sobre la Operación Rayo: ¡Adelante!

Habló con el dirigente de la oposición, Menachem Begin, lo que puede parecer extraño a aquellos que no conocen la historia de Israel. Durante el mandato palestino, Begin fue el hombre más buscado por las fuerzas de seguridad inglesas después del asesinato de Abraham Stern, de la banda Stern. Begin había sido el escurridizo jefe de la organización guerrillera clandestina Irgun Zvai; hasta la fecha, está identificado con los «halcones» y es un crítico de las vacilaciones de Rabin. Pero las duras batallas políticas de los días anteriores fueron olvidadas en esta reacción unificadora ante el peligro.

El mismo Rabin había sido un comando a los 18 años de edad en las fuerzas guerrilleras que combatían en la clandestinidad durante el bloqueo inglés de Palestina contra la inmigración judía. Sin embargo, y aunque parezca extraño, empezó como saboteador bajo dirección inglesa contra los nazis en la segunda guerra mundial. Su vida, desde esa experiencia de la adolescencia, ha estado envuelta en guerras de una clase no convencional; empero, por gusto es un granjero y corporiza las características contradictorias del soldado-ciudadano israelí; un duro reconocimiento de la necesidad siempre de luchar para conservar su judaísmo, y, en medio del combate, una especie de bondad que es la consecuencia de un subyacente enfoque filosófico de la vida y la muerte.

Después del nacimiento de Israel, Rabin asistió al British Staff College. Comprendió el papel de la fuerza aérea al atacar los aeropuertos enemigos el primer día de la Guerra de los Seis Días en 1967.

«Una vez que éstos quedaron inutilizados —dijo Rabin (entonces jefe del Estado Mayor)—, las unidades del desierto sólo tuvieron que ocuparse de liquidar a los invasores árabes.»

Rabin, el humanista, se sintió visiblemente perturbado cuando familiares de los pasajeros judíos del vuelo 139 entraron por la fuerza en su despacho. Rabin, el soldado, calculó los riesgos del ataque sin precedentes que se estudiaba. Podía hacer peligrar gran número de vidas de rehenes porque no tenía que haber ninguna matanza innecesaria de ugandeses defensores del objetivo. Rabin, el lógico, recordó que había precedentes para un intercambio de prisioneros. Los recordó amargamente en una de las agitadas discusiones del gabinete:

«En 1968, pusimos en libertad a varios palestinos en unas negociaciones secretas que llevarían a un secreto intercambio por israelíes del avión de El Al secuestrado a Argelia. En 1969

hubo otro intercambio de dos israelíes secuestrados y que estuvieron retenidos noventa y ocho días en Damasco.

»Por último, devolvimos más de cien saboteadores y espías después de la guerra del Yom Kippur

para recuperar los cadáveres de unos pocos soldados israelíes muertos en ese conflicto.»

Pero los parientes de los pasajeros del vuelo 139 sólo preguntaban lo siguiente:

«¿Quiere usted esperar hasta que la gente haya muerto para hacer un intercambio?»

Y Rabin, el humanista, declaró tiempo después: «Yo tengo que vivir con mi conciencia el resto de mis días. Con el vuelo 139, adopté el principio al que me someto en estos casos, hasta que algo cambie la situación. Y ese principio es que, dada la situación hasta el viernes (e incluso hasta que me pudieron convencer el sábado de que los ensayos generales eran lo bastante perfectos como para satisfacer los requisitos prescritos), algún tipo de intercambio debería llevarse a cabo.»

El jefe del Gobierno, aguantando como una roca las acusaciones de demora peligrosa, distinguió tres formas de reacción ante el método extorsionador terrorista:

«Primero, reacción contra los terroristas que operan en nuestro país. Entonces es mejor luchar que ceder, aunque a veces nuestros comandos atacan y, al hacerlo (como en el caso de la escuela tomada por terroristas y donde murieron muchos niños durante la operación)⁴ se pierden vidas inocentes. En ese caso, dentro de nuestras fronteras, debemos luchar.

»Segundo, reacción contra secuestros llevados a un territorio extranjero amigo y donde la política del gobierno es hostil a los terroristas. Tal fue el caso en Sudáfrica, donde logramos nuestros objetivos porque contamos con el apoyo de las autoridades locales. Por tanto, no existió un dilema moral.

»Tercero, reacción contra la captura de rehenes que son llevados a un territorio simpatizante con los terroristas. Éste es el caso del vuelo 139, donde yo sé que nuestras fuerzas tienen la capacidad de llevar a cabo una batalla a larga distancia, pero no puedo justificar la pérdida de cien vidas, ni siquiera de una.

»Quiero pruebas de que el primer avión que vaya a Entebbe puede aterrizar sin problemas y regresar. Una catástrofe podría ser la mayor victoria para nuestros enemigos.

»Hasta ese último minuto, no hay nada que haga descartar la decisión de negociar, tomada el jueves.»

Begin, el canoso antiguo guerrillero del Irgun, estuvo de acuerdo. Había sido llevado a las consultas del gabinete y aceptó la decisión de negociar del jueves. Luego, el viernes por la tarde, Rabin completó su estudio de las últimas informaciones llegadas de Entebbe y dijo a su adversario político y ex camarada de armas:

«Pienso que podemos hacerlo. Lo que falta es que el general Gur asista a un ensayo de la Operación Rayo, y si él queda satisfecho, pediremos la aprobación del gabinete.»

⁴ La tragedia de Maalot en mayo de 1974 se registró cuando los comandos asaltaron la escuela con cien niños mantenidos como rehenes por el FPLP. Veintidós de los niños murieron en el tiroteo.

14. La noche del ensayo general

Sólo un puñado de hombres y mujeres destinados a la Operación Rayo sabían que el viernes por la noche se realizaría un ensayo de verdad. La prueba se dividió en secciones. Cada equipo llevó a cabo simulacros de asaltos durante el día y lo más independientes posible de los demás. Los médicos entrenados en combate ya conocían la cirugía practicada a bordo de las naves y no necesitaron participar. La mayoría de ellos pasaron esa tarde en cuarentena. Uno volvió a su hospital para ocuparse de un caso de emergencia. Un colega suyo lo vio llevándose una prenda especial parecida a un cinturón de municiones que se usaba para portar drogas e instrumentos quirúrgicos. Esto y la súbita desaparición de otros médicos que pronto fue notoria hizo que el hospital fuera uno de los contados sitios donde la gente podía sospechar que una misión de rescate era inminente.

De otra manera, las medidas de seguridad fueron casi perfectas. Los aviadores a quienes se ordenó la cuarentena protestaron.

«Quiero pasar la última noche en mi cama», fue la típica queja. Debido a que se había elegido un número de pilotos tres veces superior al que iría en la misión y debido a que sería muy difícil que ellos dieran información, porque serían las primeras víctimas de esa filtración, se les levantó la cuarentena. Había pilotos que sufrieron brutales torturas y mutilaciones en manos enemigas. Todos estaban preocupados por la protección de sus mujeres e hijos de parte de ataques terroristas de represalia contra sus casas. Este hecho convirtió a los pilotos en el grupo de labios más sellados del país.

Había que convencer al general Gur de que el C-130 Hércules (conocido en la fuerza israelí como el Hippo) podía volar con una carga completa hasta un lugar desconocido y regresar sin inconveniente después de transportar una fuerza de ataque de comandos con camiones semi-oruga de infantería, jeeps armados con cañones sin retroceso y tropas armadas con cohetes, en el curso de un viaje de ida y vuelta de ocho mil kilómetros sin ayudas de navegación externa. Él dudaba de que una escuadra de aviones pudiera dar un golpe adecuado sin que la descubrieran en el camino. Se preguntaba si grandes aviones de carga y combate podían aterrizar en pistas vigiladas, a unos mil cien metros sobre el nivel del mar, sin alertar las defensas.

—Supongamos —quería él saber— que uno de los aviones rompe su equipo de aterrizaje, o su motor, o le dan con una granada. Supongamos que nada más que un buitre es chupado por el motor. La flotilla de Hércules, en la operación propuesta se debía mantener a un mínimo de cuatro aparatos. Si uno sufría desperfectos o se demoraba en Entebbe, ¿cómo escaparían los comandos y los tripulantes?

—Ningún problema —le aseguró el jefe de aviación Benny Peled—. Yo sobrevolaré la zona. Tendremos reservas dentro del radio de acción. Y usted no ha visto lo que pueden hacer nuestros Hippos cuando se les apura. Vamos.

Gur pasó por una de las más terribles experiencias de su vida como combatiente. Durante casi tres horas, estuvo sentado en la inmensa cabina mientras el Hércules de cuatro motores superaba una serie de pruebas que pondrían los pelos de punta al piloto más experimentado. Diseñado para un amplísimo radio de trabajos duros, el Lockheed-130 había hecho transportes de prueba de 92 soldados completamente pertrechados a más de tres mil kilómetros de su base. En una de las pruebas, el transporte había aterrizado en pistas de tierra con surcos para desembarcar cañones, camiones y tropas, luego había recibido 74 camillas llenas, y el tiempo de toda esta operación fue de 33 minutos.

Benny Peled, quien volaba desde la infancia, sabía que esto era posible por experiencia. Gur lo sabía por los informes. Pero aún debía sentir la inmensa fortaleza y flexibilidad de estas máquinas gigantes.

Esa noche, el Hércules del jefe del Estado Mayor entró y salió del desierto y pasó montañas en lo que parecía la oscuridad más completa. En despegues a saltos, con los cuatro motores a toda potencia y el piloto de pie en los frenos, el transporte de setenta toneladas ascendió como un helicóptero. El aterrizaje en el desierto invisible fue como caerse del cielo.

Éstas fueron pruebas de una seriedad total. Varias veces, Gur se encontró agarrado a las correas al luchar contra la súbita aceleración o desaceleración. En un momento exclamó:

—¿A dónde demonios vamos?

Peled le dio un golpe amistoso en el hombro y le respondió:

—A Entebbe, espero.

El Hércules tuvo que superar todas estas pruebas porque Entebbe exigía una llegada rápida, casi silenciosa, la mínima utilización de pistas y la partida más corta y más vertical posible. Los aviadores estaban preparados para aterrizar en tierra apisonada en caso de que las pistas fueran inutilizadas por los ugandeses advertidos. Y estaban preparados para sacar a los rehenes de forma casi vertical de lo que se podría transformar en un campo de batalla. El Hércules era ideal para esta clase de acción; pero si bien podía llevar a cabo cosas sorprendentes, también tenía sus limitaciones. El avión estaba construido para vuelos de baja velocidad y, si se le hacía despegar con excesiva velocidad, sus alas sumamente flexibles podían ceder.

En el tipo de despegue rápido que se necesitaba en Entebbe, la aceleración podía ser terrible. El comandante, en una operación de esa clase, mantiene la mano izquierda sobre el volante y la derecha en el acelerador. Mantiene los dos motores exteriores a media marcha y los del medio a toda marcha mientras su copiloto trata frenéticamente de mantener en posición las alas por medio de los alerones. La razón es que la fuerza tremenda que generan los cuatro retropropulsores se hace peligrosa si falla uno de los motores durante la crítica carrera a ciento cincuenta kilómetros por hora. Debajo de esa velocidad, no hay suficiente dominio mecánico para contrarrestar el peso terrible en el costado, con el motor descompuesto. «Volar con los alerones» es una técnica insólita, requerida porque las anchas ruedas de baja presión y el angosto tren de aterrizaje no son suficientes para evitar, en el peor de los casos, que un ala se incline demasiado hasta que el Hércules caiga de costado.

Al general Gur le mostraron los pro y los contra. Pero la demostración fue hecha en la oscuridad de la noche. Un neófito en el puesto de comando, rodeado de ventanillas que dan un efecto de invernáculo a la luz del sol, tiene de noche la sensación de pesadilla de ser arrojado al vacío. Por supuesto, el hecho es que la tripulación de cuatro miembros tiene asistentes electrónicos que les proporciona una imagen de las condiciones fuera del aparato. Aun sabiéndolo, el general Gur debe haber compartido la sensación de desastre que es normal cuando el Hércules cae en un pequeño espacio de aterrizaje en una especie de accidente dominado. La velocidad se reduce hasta que la gran máquina empieza a oscilar con cada golpe de aire. Cuando se paran los aceleradores, el avión golpea contra el suelo y las grandes alas se curvan como a punto de desprenderse. Varias veces el general fue llevado en esta clase de aterrizajes de corta distancia que más se parecían a un ascensor en caída. La distancia recorrida en los aterrizajes jamás superó los doscientos metros, distancia que pondría a los Hércules en el borde exterior del aeropuerto de Entebbe y posiblemente fuera de los oídos de los terroristas.

Esa noche, el general habló con soldados que habían volado en el Hércules. Todos estaban confiados en que si los Hércules los llevaban a Entebbe, ellos terminarían la faena en menos de una hora.

«Que sea en 55 minutos», dijo Gur. Los equipos volvieron a ensayar sus misiones individuales, esta vez usando un Hércules desgastado y bajando las rampas y avanzando en simulacros de combate contra los guardias ugandeses, la estación de radar, la torre de mando y, lo más importante de todo, el edificio de la terminal. Durante el ensayo, se decidió que se podía liberar a los rehenes en los 75 segundos que tardaran los comandos en liquidar a los centinelas terroristas.

No obstante, el general Gur aún no estaba satisfecho. Estudió las maquetas de Entebbe, a las que se les habían agregado los últimos detalles proporcionados por el servicio de información, y que señalaban la ubicación de los blindados y los guardias. Una maqueta a gran escala de la «prisión» de los rehenes fue estudiada nuevamente por un pequeño equipo de tiradores y comandos cuyo único objetivo sería liberar a los secuestrados y llevarlos a toda prisa a un Hércules equipado, para sacarlos de Entebbe, con equipo de lanzamientos de cohetes, si era necesario.

«Lo que me impresionó —dijo luego Gur— fue que nadie pensó que había algo imposible en el plan. Habían llevado a cabo operaciones de combate en las que, en un momento u otro, había ocurrido algo que formaba parte del ataque a Entebbe. Habían luchado y se habían preparado de tal forma que el asunto era casi una rutina. No minimizaban las dificultades y peligros. Los enfocaban con precisión y confianza, como los equipos quirúrgicos en una sala de operaciones. El cirujano sabe todo lo posible de antemano, pero está preparado para algo inesperado una vez que la operación empieza. Siempre tiene presente una serie de alternativas. Lo mismo sucedió con estos hombres.»

El jefe del Estado Mayor les habló de las ideas detrás de la operación; la necesidad de evitar derramamientos de sangre lo máximo posible, pero, sobre todo, habló de la justicia de la Operación Rayo y de su importancia, al demostrar, una vez más, que el pueblo judío no necesita temer, nunca más, las persecuciones, o sentirse desnudo y sin protección ante el enemigo.

Hubo un punto brillante en la abrumadora sensación de aislamiento. Los ingleses, con un reguero de sangre dejado por los terroristas desde Londres a Irlanda del Norte, ofrecían su colaboración total dentro de los límites estipulados por el hecho de que había ciudadanos ingleses aún viviendo en Uganda. Tenían una alianza secreta de defensa con Kenia, negociada por un anterior gobierno conservador, que permitía que la Real Fuerza Aérea y comandos aerotransportados utilizaran el aeropuerto de Nairobi u otros aeropuertos keniatas.

Hicieron otra contribución, no optimista, pero sin duda necesaria si la dirección de operaciones especiales sopesaba todas las posibilidades. Mientras se ensayaba la Operación Rayo, se hizo un cálculo de las posibles bajas. Se pensó que el mayor número de atacantes y rehenes en peligro de muerte sería de unos 30 a 35. ¿Era aceptable?

Un último informe de fuentes inglesas en África Oriental advirtió que, por razones que iban desde la vuelta del presidente Amin de la reunión cumbre africana hasta la creciente inquietud de algunos estrategas de la OLP en Kampala, había aumentado considerablemente el riesgo de que las ejecuciones de rehenes dieran comienzo a primera hora del domingo. Si se iba a lanzar la Operación Rayo, se reducía drásticamente el tiempo. La ecuación ahora era simple: el riesgo a perder 35 israelíes al pasar a la acción o el riesgo de afrontar la posibilidad de 105 muertos por pecado de omisión.

15. Se reúnen los Hippos

Los hombres y mujeres destinados a la Operación Rayo recibieron la advertencia de ir a sus bases en trajes de paisano, de viajar en autobús o coches o camionetas privadas, de hacer auto-stop antes que utilizar vehículos militares o del gobierno, porque era el Sabbath judío y en Israel cualquier operación militar se nota en cuanto se interrumpe la vida familiar o las devociones religiosas.

«El secreto, la rapidez y la sorpresa» eran las palabras claves pronunciadas la noche anterior por el comandante de la Operación Rayo, el general Dan Shomron. Fue irónico que un gran peligro al guardar el secreto proviniera de la costumbre israelita de convertirse en una gran familia los sábados, cuando se cuentan chismes y los ancianos preguntan a los jóvenes: «¿Dónde fuiste? ¿Qué viste?» Si las respuestas son «Afuera» y «Nada», los ancianos saben que se está tramando algo. Y en este sábado especial, había una única posibilidad en la mente de todos.

Por tanto, ese sábado pareció un día normal y caluroso de verano: las playas estaban llenas de gente, los caminos con mucho tránsito. Los pocos elegidos, los comandos seleccionados de la Brigada Golani, los paracaidistas de la 35 Brigada Aerotransportada, el puñado de miembros de la fuerza antiguerrillas y las jóvenes del cuerpo aéreo que asistirían a los heridos en el aire se fueron, sin llamar la atención, de los *kibbutz*, de Tel Aviv y de Jerusalén y se dirigieron a sus sitios secretos de reunión.

En una base aérea en el desierto, los ingenieros de la compañía constructora Solel Boneh quedaron en cuarentena. Para el ensayo general, habían producido una réplica de Entebbe usando mapas con los que habían construido las nuevas secciones del aeropuerto durante la breve luna de miel de Israel con Uganda. La réplica fue modificada por la información de París y las declaraciones de los rehenes liberados, y por las fotos tomadas por los aviones israelíes de reconocimiento o sacadas de los satélites norteamericanos. Los ingenieros primero habían sido retenidos por una inesperada y lujosa hospitalidad de parte del comandante de la base, y luego por medio de amables sugerencias de que debían quedarse en la base a descansar de su trabajo. Si adivinaron por qué, no lo dijeron. Existe una línea invisible entre la vida familiar en Israel y la tarea de defenderla. Una base aérea expresa mejor ese sentimiento.

Esta base, apenas visible, está en una gran depresión bordeada por altos árboles y rodeada por los fantasmas de pesados transportes y de inmensos helicópteros ya desgastados y ahora usados para adiestramiento de comandos. Detrás de sus moles, hay torres de salto y cuerdas tirantes. Entre espesos grupos de eucaliptos, se descubren antiguos aviones de otras guerras, conservados como monumentos.

Las máquinas que ahora importaban eran los gigantescos Hippos de perfil bajo. Es sorprendentemente difícil divisar uno de estos aerotransportes en tierra. El hecho de que el Lockheed-130 Hércules sea nombrado afectuosamente como «hipopótamo» por los pilotos israelíes es curioso: el animal más difícil de ver en las orillas del lago Victoria es el inmenso hipopótamo que vive a orillas de Entebbe.

Pero la Operación Rayo estuvo llena de coincidencias semejantes y de sorpresas. Por ejemplo, el asunto del Mercedes Benz del presidente Amin. Años antes, su futuro ministro de Relaciones Exteriores (a quien le había ofrecido una selección de embajadas), durante una sesión maratónica de veinticuatro horas de alcohol, se preguntó una y otra vez dónde le gustaría que lo nombrasen. Al igual que Amin, le fascinaban los coches y los aviones. Elegía los países de destino únicamente según el tipo de limosina que pudiera comprar sin impuestos... ¿Londres y un Rolls-Royce? ¿París y el nuevo Citroen? ¿Washington y el Lincoln? ¿O Bonn y un Mercedes?

Eligió Bonn. Le recomendó al presidente Amin que se comprase un Mercedes. En ese entonces, los gobiernos extranjeros estaban compitiendo desvergonzadamente por los favores de los dictadores negros que habían saltado al poder después del receso colonialista. Amin podía elegir entre docena y media de sobornos y eligió un Mercedes. (Israel no tenía nada que ofrecer en esta línea hasta que alguien pensó en otra clase de juguete: el Fuga-Magista para adiestramiento de la fuerza israelí.)

El sábado 3 de julio, el Mercedes negro de Amin, o uno exactamente igual, estaba detrás de la puerta cerrada de un hangar. Por todo Israel se había buscado durante los últimos días del secuestro del vuelo 139 especialistas en arreglos de coches. Primero, se encontró un Mercedes que se ajustaba a las descripciones de los equipos del Mossad, pero era blanco. Pintarlo de negro representó un peligro de seguridad. ¿Quién quiere que del día a la noche una costosa limosina se pinte de negro? En Israel nadie tiene esa clase de dinero. Por tanto, los responsables del Mercedes lo pintaron ellos mismos.

Un robusto paracaidista fue disfrazado para que se pareciera al presidente Amin; «Reu'ma», una chica de la reserva aérea que normalmente trabaja para una compañía de televisión de Tel Aviv, fue la encargada. Trabajó basada en fotografías de Amin en el fondo de un hangar cavernoso que guardaba al Mercedes. Cómo el presidente falso y su Mercedes se usarían, fue algo que quedó en manos del destino. Lo que empezó como una broma había encontrado su camino en el esquema final.

En otra base, un artista del maquillaje trabajaba con los hombres dirigidos por el teniente coronel Yehonatan «Yonni» Netanyahu, cuyos comandos irían al frente del ataque. Eran tiradores avezados, entrenados como furtivos y que se ejercitaban continuamente en el terrible arte de matar guerrilleros. Yonni, nacido en Estados Unidos, era el jefe de esta siniestra unidad; el hijo de un distinguido historiador judío y, él mismo, un estudiante graduado en filosofía de la Universidad de Harvard. Los hombres lo llamaban con una antigua frase hebrea que se traduce como «el hombre de la espada y de la Biblia». Sentía pasión por la tierra de Israel. En las operaciones en territorio terrorista, iba al frente. En los ejercicios, vivificaba el paisaje.

«Yonni conocía cada rincón de Israel en términos bíblicos —dijo un camarada—. Donde estuviéramos, relacionaba el lugar con algún episodio de la Historia judía.»

Yonni discutió el asunto de Uganda con sus hombres. Media docena de ellos fueron maquillados meticulosamente como soldados ugandeses. Eran unos muchachos nerviosos de unos 20 años de edad. «Nerviosos en el sentido de que no teníamos conocimiento alguno de África —dijo uno de ellos más tarde—. Estábamos acostumbrados a ataques nocturnos, a luchar en condiciones desconocidas. Pero esto fue distinto. Estábamos preparados para bajar en cualquier sitio del Cercano Oriente, atacar un pozo de petróleo o arrancar un aeropuerto del dominio árabe. Ninguno de nosotros había pensado jamás en el África negra.»

Otro miembro de la unidad de Yonni (Rafael es su nombre de guerra) explicó:

«Había muchos nervios. Sin embargo, a los que no pudieron tomar parte en la operación se les saltaban las lágrimas; fueron lágrimas de frustración. La tensión nerviosa te prepara. Quedarse fuera es trágico.»

La separación de último minuto entre los que subirían a bordo de los aviones y los que debían quedarse a la espera había sido anticipada. Reflejó que los ajustes precisos de la operación continuaron hasta el último instante, y cada ajuste fue una reacción ante cada nueva información que llegaba.

Parte de la misma era emitida desde el cielo de Uganda por los aviones israelíes que patrullaban la zona, observando el estado del tiempo, el movimiento de los aviones ugandeses y

el regreso del presidente Amin. Éste debía regresar de la isla Mauricio, y los últimos ajustes de la Operación Rayo dependían de cuándo regresara.

Otra información continuaba llegando del extranjero. En París, el consejero especial sobre contraterrorismo de la dirección de operaciones especiales, el general Rehavam Zeevi, había estado atareado, desde su llegada el martes, con negociaciones e instrucciones. Telefonó el jefe del Gobierno, Rabin, a las 2.30 horas, una hora antes del inicio de la Operación Rayo, para informarle de otro contratiempo en las negociaciones.

—Parece haber otro problema —dijo refiriéndose a las malas comunicaciones con los jefes terroristas en Entebbe.

—Sigan intentándolo —le replicó Rabin.

Zeevi volvió a la frustrante tarea, aun creyendo que se haría un trato con los terroristas. Inconscientemente, había dicho a la dirección de operaciones especiales que los terroristas no podían responder a un plan coherente para el intercambio de prisioneros. No podían responder porque Amin no había regresado. De ese modo, una hora antes de la acción, una pequeña pieza más encontró su lugar en el rompecabezas.

En Nairobi, el director de El Al recibió instrucciones de prepararse para «reaprovisionar vuelos extras, quizás de dos o más aparatos». Ahora supo por qué se le pedía que sacara dinero en efectivo de la reserva de emergencia. Sería el efectivo para pagar el carburante.

A dónde iban esos aviones fue algo que no quiso adivinar.

Reponer el carburante era el gran interrogante. El jefe del Gobierno se había preocupado de este punto débil desde el principio. Los transportes Hércules y los Boeing 707 operarían a su máximo radio de vuelo. Los 707 podían reacondicionarse en Nairobi sin provocar ningún revuelo. Los Hércules, claramente equipados para una acción militar, no podían aterrizar allí camino a Entebbe. Ni tampoco se les podía llenar los tanques en el aire sin atraer la atención de radares hostiles. En uno de los Hércules se cargaron tanques de gasolina que pasarían a los demás Hércules una vez que aterrizaran en Entebbe. Eso significaba llevar aparatos de bombeo especiales. Asimismo significó un riesgo tremendo para el piloto y los tripulantes.

A primeras horas del sábado, debatiéndose todavía las implicaciones políticas y diplomáticas de la Operación Rayo, y aún incapaz de dar su aprobación definitiva, el jefe del Gobierno volvió a interrogar al general Gur, al comandante de la fuerza aérea Benny Peled y a sus consejeros de información. ¿Existía alguna alternativa a acarrear la gasolina necesaria toda esa distancia?

Para entonces, las noticias de Nairobi eran bastante alentadoras para los consejeros de Rabin, pues sugerían que la Operación Rayo podía reacondicionarse de carburante en Kenia.

Como apoyo, un quinto Hércules volaría con la gasolina y esperaría en una base de la fuerza aérea keniana próxima a Mombasa. Este avión-tanque, sin embargo, sólo debía ser utilizado en caso de emergencia. Si la misión de rescate se veía obligada a aterrizar en una base militar africana, el hecho tendría repercusiones violentas y Kenia sería acusada de ayudar y apoyar el asalto militar contra Uganda. Nairobi, por otra parte, era una base de líneas comerciales y, ya que los atacantes volarían con registro civil, sería más difícil que alguien pusiera serias objeciones.

También se impusieron los límites de tiempo, debido a la inminencia de algún ataque violento contra los rehenes y la ausencia de denso tránsito aéreo en las rutas entre Nairobi y Sudáfrica. Se sabía, por ejemplo, que el aeropuerto de Entebbe no tendría tránsito aéreo comercial desde el sábado a mediodía, hasta que un VC-10 de la British Airways aterrizara allí el domingo a las 2.30, en su vuelo de Londres a la isla Mauricio. Incidentalmente, este hecho fijó el límite para la partida de los aviones de la Operación Rayo. Tendrían que estar ya muy lejos cuando entrara en el circuito el avión inglés.

Nunca hubo duda acerca de qué aviones se utilizarían para la misión. Los Hércules C-130E y C13 OH habían sido utilizados por los israelíes desde 1971. Los israelíes les habían hecho bastantes modificaciones desde que llegara el primer grupo de dieciséis aparatos. En una misión de penetración de amplio radio, una máquina que abriera camino tendría suficiente equipo electrónico para actuar virtualmente como los ojos y oídos de toda la escuadrilla. Los aviones, aunque pesados y torpes de aspecto, tenían la flexibilidad de los cazas. Sus pilotos estaban preparados para hacerlos pasar por una serie completa de ejercicios acrobáticos, así como para volar con dos motores y aterrizar con tres motores apagados.

No obstante, el piloto de un Hércules no tiene la aureola que rodea a los pilotos de los cazas. Uno, cuyo nombre de guerra para la misión fue «Ariel», más tarde describió cómo se había sentido:

«Poco tiempo antes, yo estaba en un yate. En el ambiente tranquilo de una tarde veraniega, jamás me imaginé que al cabo de pocas horas sería llamado para transportar veinte toneladas de carburante hasta Kenia, volando en una bomba lista para estallar en un momento de descuido o si le daba una granada ugandesa.

»En el yate, tuvimos una comida festiva con mucha bebida. Algunas de las bellezas de Tel Aviv adornaban la cubierta. Tenían poco interés en la suerte de los rehenes y se contentaban con suspiros de “pobre gente”, apresurándose a cambiar de tema.

»Algunos hombres discutían sobre el secuestro. La mayoría criticaba al gobierno por su falta de acción. De repente, todos se dirigieron a mí y me preguntaron:

»Vosotros, en la fuerza aérea... ¿no podéis hacer nada? ¿No podéis bombardear Entebbe?

»Me sentí en desventaja en ese ambiente intoxicador y contesté:

»¿Qué pretendéis de mí? No soy más que un piloto de transporte. Si me ordenan volar a Entebbe, iré a Entebbe.

»Desde los tiempos de los Dakotas y los Stratocruisers, nosotros, los pilotos de transporte, somos como los hijastros de la fuerza aérea. No conseguimos la gloria de los pilotos de combate que se enfrentan a los Migs y atacan las baterías enemigas. Somos los camioneros.

»En nuestro escuadrón el ambiente es bastante civil. Los hombres son veteranos con muchas horas de vuelo en otros aviones. El trabajo es rutinario y carente de sorpresas. Los miembros de la tripulación suben a bordo con ropa no convencional y llevan grandes bolsas como recaderos.

»En el Hipopótamo, el Hércules grande, el capitán se sienta con el copiloto. Detrás de nuestros asientos está el ingeniero de viaje. Al fondo de la cabina está el cuarto miembro de la tripulación: el navegante. El sistema de navegación de este aparato, a diferencia de los otros aviones de transporte de la fuerza aérea, está diseñado con gran refinamiento. El Hércules puede volar en condiciones de nula visibilidad y en cualquier estado del tiempo, del Polo Norte al Ecuador. Aún no hemos ido al Polo Norte.

»En los grandes tableros de instrumentos que ocupan el frente, llegan a los costados y suben hasta el techo, están los datos de navegación más complicados, que incluyen los suministrados por un radar muy poderoso. Estos datos son toda una revolución en los sistemas de navegación y en el instrumental del transporte aéreo militar.

»El Hippo de cola alta tiene cuatro turbo-reactores. En el máximo de su potencia, suenan un poco apagados —una ventaja importante en el ataque a Entebbe—. La máquina despegará rápidamente de pistas cortas. Tiene cohetes para un escape rápido.

»La atmósfera entre nosotros, pilotos de Hércules, es de camaradería. El gran número de tripulantes crea un espíritu alegre y amistoso. Manejar un avión cuatrimotor tiene su importancia. Uno está a cargo de un gigante.»

Los aerotransportes Hércules estaban en línea al fondo de una larga pista en otra base. Camiones cubiertos con lonas y autos de comandos se acercaron a sus inmensas rampas de embarque. En las pistas cercanas, un interceptor ocasional aterrizaba o despegaba, un Phantom o quizás un Skyhawk. La mayoría del personal de la base se había retirado a sus habitaciones. Unos pocos quedaban en el comedor. Algunos jóvenes pilotos charlaban en el bar.

Muy pocos se percataron de los soldados que saltaron de los helicópteros y que empezaron a cargar equipo y a meterlo en las profundidades del aparato: cajas de granadas, cohetes de bazooka, auriculares y armamento bélico.

Dos jeeps equipados con cañones de 106 milímetros fueron tragados por la panza de un Hércules. Pesadas ametralladoras se unieron al arsenal. Una camioneta entró en otro avión. Todo sucedía rápidamente. Nadie levantaba la voz. Los rostros eran inexpresivos. Había el olor especial de lo desconocido antes de la batalla.

Los oficiales de seguridad de la base se ocuparon de que ningún desconocido se aproximara. El equipo de oficiales superiores era muy reducido: el comandante de la base y su oficial asistente, el general Dan Shomron y el teniente coronel Yehonatan «Yonni» Netanyahu.

Si la Operación Rayo se había mantenido en cuidadoso secreto en la esfera política, eso no fue nada comparado con el muro de silencio levantado dentro del ejército y la fuerza aérea. En Israel, los rumores viajan con tanta rapidez como los chismes en el mundo árabe o, como dijo Shomron, «como el tam-tam africano». Los oficiales de seguridad quemaron cada trozo de papel relacionado con la misión una vez que hubo cumplido su cometido.

Se dieron las últimas órdenes en un taller de la base donde todas las miradas estaban fijas en un enorme plano del aeropuerto de Entebbe. Yonni analizó para sus hombres cada detalle de los diferentes sectores, prestando especial atención al antiguo edificio de la terminal donde estaban recluidos los rehenes.

El problema, explicó Yonni, era «llegar a los rehenes a máxima velocidad y eliminar a los secuestradores. Sólo hay unos pocos segundos entre el éxito y la matanza».

Un joven oficial comentó:

—Me hace acordar del rescate del Sabena en el aeropuerto de Lod. Existía el problema de distinguir a los raptos de los rehenes. La mayoría de los pasajeros se salvaron porque tardamos sólo unos segundos.

—Para ello tenéis los datos de los terroristas —comentó Yonni—. Habéis tenido tiempo de memorizarlos. No obstante, repasad todos los detalles durante el vuelo. A esos bastardos no les debemos permitir que disparen un solo tiro. Una sola granada puede significar el desastre.

El ambiente era tranquilo. Los soldados de Yonni, algunos de los cuales tenían rostros casi infantiles, hablaban de Entebbe como si se tratara de Petach Tikvah, en las afueras de Tel Aviv; como si fuera «Anatevka», la pequeña ciudad de Shalom Aleichem en la novela *El violinista en el tejado*. Las instrucciones lo hacían parecer muy conocido. Parecían olvidar que éste era un viaje hasta el corazón del África. La única África que conocían era la línea del Canal de Suez durante la guerra del Yom Kippur.

—Pues bien —dijo, encogiéndose de hombros un paracaidista—, la distancia es problema del piloto.

Hablaron de los rehenes. Habría un mortífero fuego cruzado. ¿Cómo advertir a los rehenes que se echaran cuerpo a tierra? ¿O simplemente tendrían que entrar y gritar?

Yonni eligió a sus mejores tiradores. Los primeros disparos contra los terroristas tenían que ser mortales. ¿Tomar prisioneros?

—Estaría bien apresar a su dirigente, Jaber —dijo Yonni—. Pero son asesinos. No habrá segundas oportunidades.

Planearon cómo llevar a los rehenes a los aviones. ¿Cuántas camillas? ¿Y los ancianos y los niños? ¿Se les tendría que llevar?

Las sesiones en el Estado Mayor con la participación del comandante de la fuerza aérea, el general Benny Peled, y el jefe del grupo de operaciones, el general Yekutiel Adam, fueron casi científicas: un planeamiento preciso del plan de vuelo hasta Entebbe y el regreso, un calendario detallado del máximo límite de tiempo allí y un examen de las alternativas en caso de complicaciones o de cambios inesperados en cualquier parte del África, lejos de la base original. El comandante de la misión, Dan Shomron, quien había trabajado veinticuatro horas al día durante toda esa semana, coordinaba las distintas formaciones: la unidad de Yonni buscaría a los rehenes; la Fuerza 629 neutralizaría a los ugandeses; un destacamento del Servicio Especial Aéreo destruiría los aviones rusos de Idi Amin y otros hombres protegerían los propios aviones. Se eligieron expertos en comunicaciones, médicos y un equipo de técnicos de información para una pequeña misión independiente. Una cosa estaba suficientemente clara: si algo les sucedía a los aviones, la fuerza podría quedarse atrapada en Entebbe, en una situación peor que la de los rehenes. Por esa razón, habría un apoyo especial aéreo en reserva.

Peres había descrito la operación como «la de radio más amplio, en el mínimo tiempo y con el máximo de imaginación». El jefe del Estado Mayor, Mordechai Gur, la bautizó como «un riesgo calculado» en la lucha contra el terrorismo. A lo que Peres hizo una última enmienda:

—Un riesgo relativo. Nos enfrentamos a peligros relativos y carecemos de soluciones ideales.

Los autores del plan sabían lo que se podía esperar del acuerdo de que se «neutralizara» a los ugandeses; es decir, que no se les hiciera daño... si no abrían fuego primero. Después de todo, los oficiales y hombres del ejército ugandés habían sido estudiantes de la misión militar israelí. Tal como dijo Peres, «la nación ugandesa no es responsable de las acciones de Idi Amin, quien en realidad ni siquiera es responsable de sus actos».

Camino de la reunión de máximo rango, Dan Shomron echó una mirada a una historieta de un periódico inglés colocado en el tablero de noticias. Mostraba a Idi Amin preguntándole a Adolfo Hitler: «Quizás usted me pueda aconsejar cómo construir un bunker como el que tenía en Berlín».

Durante las últimas horas en las que se obtuvo la aprobación de la dirección de operaciones especiales, cuando la decisión final sólo dependía de una reunión completa del gabinete, doscientos ochenta paracaidistas se reunieron en un hangar al lado de una hilera de camiones y jeeps armados de cañones sin retroceso. El comandante de los servicios especiales, el general Shomron, aguardó allí hasta que se hubieron cerrado las inmensas puertas del hangar, luego saltó sobre el capó de un jeep.

—Lo que se os pide que hagáis es importante para el estado de Israel —dijo con la voz ronca por las horas y días de fuertes discusiones—. Sé que cada uno de vosotros cumplirá con su deber. Buena suerte. Y muchas gracias.

Los pilotos miraron a sus pasajeros con cierto desmayo. Algunos hombres se desnudaron hasta la cintura apenas entraron en las entrañas del Hércules. Otros vestían monos arrugados. Luego, subieron civiles mal vestidos, como para pasarse el día trabajando en el jardín de sus casas.

«Jamás he visto semejante chusma —comentó luego un aviador—. Muchos de ellos parecían rufianes. ¡Cuando ya estábamos en vuelo, se echaron bajo los camiones o se metieron entre los recipientes y los jeeps y se pusieron a dormir!»

Este piloto tenía tantas horas de vuelo en su hoja de servicios que hubiera sido razonable pensar que ya nada lo podría sorprender. Sabía que algunos de los civiles eran médicos. Supuso que los demás eran técnicos y expertos en otras misiones secretas secundarias. Comentó:

«Cuando miré a las caras de los comandos, me sentí seguro. Pero cualquiera que los hubiese visto entrar en la base, los hubiera descartado como hombres reclutados de una pandilla callejera o de bandas escolares. Por supuesto, eso era lo que querían parecer.»

El aire acondicionado dentro del Hércules no pudo contra el calor reinante. Los soldados estaban sentados como en una lata de sardinas al lado de su equipo. Algunos se metían en los jeeps, otros en el costado de un camión. Los tripulantes subieron la corta escalera que iba a la cabina de mandos. Había miradas de lástima para el puñado de hombres en uniforme ugandés apretujados dentro del Mercedes negro, y sus rostros ennegrecidos estaban llenos de sudor.

El Gobierno se había reunido en sesión completa a las dos de la tarde. Yitzhak Rabin, con aspecto de ansiedad, explicó, posiblemente confesó, que si la operación no obtenía éxito —y si había manifestaciones—, él, como jefe del Gobierno, asumiría toda la responsabilidad. Con el corazón dolorido, anunció que él aprobaba el plan. En todo momento, Rabin se comportó como en la víspera de la Guerra de los Seis

Días: un prolongado período de espera y cálculo, hasta el momento de tomar la decisión definitiva. Pero, en 1967, Rabin era el comandante en jefe y quería la aprobación del Gobierno. Ahora él era la autoridad con la última palabra. Sin su acuerdo, los aviones no partirían para su destino.

Continuó la discusión. El jefe del Gobierno declaró que no quería limitar el tiempo en que podía hablar cada ministro, para que la decisión no fuera apresurada debido a la presión del tiempo, un hecho que, sumado al ambiente tenso de la discusión y a que cada ministro quería hablar en esta «ocasión histórica», demoraba por supuesto el momento de la decisión final.

Pero la demora democrática también sirvió a un propósito, al reducir a un mínimo absoluto el tiempo durante el cual la Operación Rayo pudiera ser traicionada por unas palabras de más.

16. Operación Rayo: ¡Adelante!

La operación comenzó literalmente quince minutos *antes* de la aprobación del gabinete. El más numeroso ataque de comandos que jamás se hiciera a larga distancia estuvo en camino con sus comandantes, bajo órdenes de regresar si la dirección de operaciones no podía convencer a todos los ministros del Gobierno. *¡Zanek!*, que significa «¡salta!» o, en la jerga de la otra guerra, «a escape», fue emitida a todos los pilotos a las tres y media de la tarde. Era el Sabbath judío, el 3 de julio, y dos ministros que representaban secciones estrictamente religiosas de Israel habían hecho toda la distancia a pie hasta el gabinete, obedeciendo los escrúpulos contra el uso de transportes. Ya que la reunión era en Tel Aviv y uno de los ministros vivía en Jerusalén, el ministro de Transportes, Yaakobi, había advertido a su colega el día anterior de que se pasaría la noche fuera de su casa. El segundo, Zevoloun Hammer, el ministro de Seguridad Social, caminó noventa minutos desde su ministerio en un suburbio de Tel Aviv, negándose amablemente a subir a un coche con chófer enviado por Rabin.

—Nos quedaremos sin gasolina mientras esos idiotas continúan discutiendo —se quejó un piloto que se dirigía al Mar Rojo mientras a sus comandos les pintaba las caras de negro un experto en maquillaje que esta tarde había sido sacado de un teatro de Tel Aviv.

—Ellos charlan, nosotros sudamos y Amin se come un rehén —murmuró un paracaidista, inmenso e incómodo en su uniforme de blanco almidonado de mecánico de una línea africana.

—Calculan unos treinta muertos y cincuenta heridos —dijo uno de los veintitrés médicos y diez cirujanos en el Boeing 707 convertido en hospital flotante—. Han calculado los contra. ¿Por qué demonios no nos pueden decir *adelante*?

—Si el gobierno tarda un poco más en decidirse —dijo un operador de radar—, los rusos se llevarán sus Mig... y no habrá más Mig pilotados por ugandeses.

El nerviosismo natural de los hombres y mujeres de esta notable fuerza aérea seguiría hasta el final. Los combatientes, entrenados para la acción, estaban impacientes con los lentos procesos democráticos de una paz artificial. Los inmensos transportes y los cazas de escolta se dirigían a su objetivo sin una orden firme de ataque, mientras «los viejos farfullaban con sus barbas».

En las finales discusiones políticas de ese sábado, el jefe del Estado Mayor dijo:

—Esta vez presentaré un plan para su ejecución —dijo, y citó a Dan Shomron, el comandante de la operación: —«Desde mi punto de vista, si logro que aterrice sin problemas el primer avión, la operación tendrá éxito».

El ambiente era tenso. Muchos de los que hablaban con confianza, en el fondo no estaban tan seguros. Las manecillas del reloj no dejaban de moverse. El vuelo a Entebbe tarda siete horas. Si el plan llegaba a ser aprobado, debía realizarse dentro de pocos minutos.

En teoría, era posible comunicarse con los aviones en cualquier momento antes de la llegada a Entebbe. Esto debía ser tomado en consideración en caso de que se registrase algún acontecimiento imprevisto. Se sabía que Idi Amin acortaría su estancia en la isla Mauricio y que regresaría esa noche a Entebbe. ¿Y si los comandos e Idi Amin aterrizaran en el aeropuerto al mismo tiempo?

El servicio de información puso de manifiesto que más de diez terroristas vigilaban a los rehenes y que había de ochenta a cien soldados ugandeses apostados en las inmediaciones. Había mucha angustia porque renació el miedo de que tanto el aeropuerto como el edificio donde estaban los rehenes estuvieran minados para su demolición.

Adelantándose a la Operación Rayo iba un Boeing 707 con los emblemas de El Al y con un número de registro civil; allí viajaba el jefe de la fuerza aérea, Benny Peled, un veterano piloto

cuya hoja de servicios incluía cada clase de avión utilizada desde la fundación de Israel. A su lado estaba el jefe adjunto del Estado Mayor, Yekutiel Adam. Seguían la ruta internacional de aviones por el Mar Rojo, girando al sur para cruzar Etiopía y bajando al oeste del lago Naivasha para aterrizar en el aeropuerto de Nairobi.

Hasta entonces, todo bien. Nadie los había acosado. No había razón para que lo hicieran. El 707 era un avión comercial con su habitual aspecto. Si alguien echaba un vistazo a su interior, vería hombres de negocio con trajes civiles y una cantidad de carga bastante anormal, donde tendría que haber estado la mitad de los asientos. El cargamento era un centro completo de mandos aéreos, la versión flotante del despacho de Benny Paled en Tel Aviv. El jefe de la fuerza aérea estaba registrado oficialmente como Sidney Cohén, un correo sudafricano. El avión aterrizó en la zona de máxima seguridad del aeropuerto de Nairobi, donde normalmente los aviones de El Al reciben la protección de la policía keniana. El comandante de la policía del aeropuerto, Lionel Davies, era uno de los oficiales kenianos que sabían el porqué se necesitaban estas precauciones extrañamente estrictas.

Un segundo 707 siguió el mismo procedimiento. Sus marcas de la IAF habían sido sustituidas por la de El Al. Adentro estaban algunos de los médicos y enfermeras asignados para el cuidado de quienes pudieran resultar heridos.

Se efectuó el reabastecimiento sin llamar la atención. El director de El Al se había asegurado de que el personal de tierra estuviera distraído. Un mensaje rutinario fue enviado a Tel Aviv. El jefe de El Al, Mordecai Ben-Ari, envió una copia al Estado Mayor. Ben-Ari había estado pegado a su oficina durante toda la semana y éste era el clímax de noches de insomnio no muy distintas de los tiempos en que había transportado judíos refugiados en camiones y aviones prestados a través de las ruinas de la Europa hitleriana.

Con los dos 707 a salvo en Kenia, la flotilla Rayo de cuatro Hércules y los cazas de escolta podría partir con más seguridad. La pequeña fuerza aérea recibió orden de despegar poco después de las 3.30 horas. Sobrevolaban Sharm al-Sheik, en la punta más septentrional de Israel, cuando los pilotos recibieron la orden de *adelante*. A partir de ese momento, se callaron los radios militares. Los cuatro Hércules estaban pintados con números de registro civil y siguieron la misma ruta comercial. Los pilotos adoptaron los procedimientos normales de la aviación civil. Les resultaba muy difícil ocultar las colas verticales de los Hippos a miradas curiosas. Pero, sobre el radar, los Hippos parecían como cualquier otro avión de transporte.

Manténían una formación suelta, permaneciendo a una visible distancia del radar del guía. Siguieron las rutas más conocidas, pero poco después de salir del espacio aéreo israelí, redujeron la altura. Antes de girar hacia el continente divisaron navios de fabricación rusa pero probablemente tripulados por árabes. Los barcos parecían navios de reconocimiento electrónico, y la flotilla de Hércules de altas colas descendió al nivel del mar.

«Hubo un momento en que los sobrevolamos como aviones de combate —informó un aviador—. Hicimos giros imprevistos para confundir a los aparatos de radar de fabricación rusa, y luego subimos rápidamente para cruzar las montañas.»

Pasaron una «tremenda tormenta», y no la evitaron debido a la necesidad de ahorrar combustible.

«No teníamos dónde aterrizar en caso de problemas en un motor —dijo un navegante—. Addis Abeba cierra al anochecer a todos los aviones y, de cualquier modo, el sitio es peligroso; nunca se sabe qué grupo de etíopes está en el poder ni qué unidades del ejército guardan el aeropuerto con las armas en la mano. Y encontrar el camino en la oscuridad y entre los picos de esas montañas es una invitación al desastre.

A bordo del avión guía, la tripulación se dedicó a encontrar un camino por esos cielos desconocidos. Una tremenda pantalla con forma de bala, puesta delante de la cabina de mando, protegía un disco esférico que cubría 360 grados y proyectaba dos poderosos rayos de energía. El primer rayo reflejaba todos los objetivos específicos como barcos, montañas y aviones y daba la información a la tripulación del Hércules. El segundo rayo cubría una zona inmensa, a la búsqueda constante de toda clase de objetos. Juntos, proporcionaban al Hércules un ojo todopoderoso que observaba la tierra, los navíos, las tormentas y la lluvia. Un cerebro electrónico interpretaba las señales y definía los obstáculos que podían resultar confusos, distinguiendo, por ejemplo, entre una montaña y una nube cúmulo.

Un tablero color ámbar brillaba en la oscuridad, encima del principal cuadro de instrumentos. Un fino rayo de luz se movía en el tablero, dejando aquí y allí gotas que arrastraban colas luminosas como los cometas. Los dos pilotos, el navegante y el ingeniero, estaban entrenados para descifrar el significado de esas gotas con una sola mirada; entonces «veían» el suelo que sobrevolaban y el camino a seguir.

Muy por encima de los transportes volaban los pastores: Phantoms de la fuerza aérea que se mantenían a mucha distancia y cuyos operadores de radar seguían a la bandada por medio de pantallas compactas. En cada Phantom había instrumentos para interferir todo radar hostil y confundir la dirección de cohetes guiados por radar en caso que hubiese un intento enemigo de interceptar a la Operación Rayo.

Para el atardecer, la extraña y pequeña flotilla aérea ya llegaba a Nairobi. Para los transportes de tropas no había la menor posibilidad de aterrizar allí en su camino a Uganda. Al límite de su radio de vuelo, estaban llegando a la zona de máximo peligro antes de su aterrizaje en Entebbe. Sin más protección de las rutas aéreas comerciales, descendieron en la oscuridad hacia la lámina de agua a cerca de mil metros por encima del nivel del mar, la vasta e invisible fuente del Nilo Blanco: el magnífico lago Victoria.

Uri Dan describe la escena:

«Cuando los Hércules se aproximaban a Entebbe, los iluminaron unos relámpagos como para revelar su desnudez. En el interior de los aviones, los soldados se apretujaban en la oscuridad.

»“David”, el comandante de la fuerza, iba delante. Sentía una inmensa alegría. Benny Peled, el jefe de la IAF, lo había elegido para aterrizar en el primer avión en Entebbe. Algunos de los pilotos más veteranos habían competido por este privilegio, pero el jefe de la fuerza aérea no hizo la menor concesión a la veteranía. David fue elegido según la rutina de la orden del día. Era considerado un buen piloto, pero su experiencia no era especialmente rica. Por otro lado, había cumplido bien sus deberes. El comandante de la IAF no vio razón para privarlo de lo que le correspondía cuando le llegase el turno. Y así, de modo bastante fortuito, David fue al frente de la misión de combate a mayor distancia de la IAF.

»David escuchó el rugido apagado de los cuatro turbo-reactores que hacían volar el aparato a 550 kilómetros por hora. Su tripulación se concentró en el plan elaborado que permitiría que los pesados aviones llegasen a Entebbe, aterrizasen, soportaran la confusión de una posible batalla, volvieran a salir y escapan.

»En el último trecho a Entebbe, las perturbaciones atmosféricas fueron severas y requirieron alteraciones en los planes de vuelo. Cada Hércules volaba por su cuenta en la noche, mantenía el silencio de la radio, descendía en el valle de Rift y dependía de los instrumentos electrónicos para abrirse paso sobre el lago Victoria. Los Hippos se movían violentamente y David dudó de los argumentos que él utilizaba para convencer a los pilotos jóvenes de que entrasen en el servicio de las unidades de transporte de la IAF.

»“Cuando pilotes un Hércules —les solía decir—, verás que tiene todas las características de un avión pequeño. Es muy maniobrable y puede hacer casi todo, menos combates de cazas. Está muy por delante de cualquier avión de su tamaño.”

»Un médico nacido en Sudáfrica se quejó de no sentirse bien cuando el avión se sacudía en medio de la tormenta. Todos comprendieron —sin decirlo— que simplemente estaba muy agitado.

»—Nos dijeron que habrá muchas bajas entre los rehenes —dijo él—. Jamás he trabajado en condiciones de combate.

»Los soldados trataron de aliviar su ansiedad con bromas:

»—Mire, doctor, ahora tiene la oportunidad de volver a Sudáfrica desde aquí.

»El médico mostró una sonrisa enferma. Pero en Entebbe, entre las balas, probó ser frío, rápido y dedicado.

»Otro médico en ese equipo era el doctor Maurice Artkelevicz, quien tenía mucha experiencia en auxilio médico en el campo de batalla. Cuando se le convocó para que participara en la incursión, dejó su puesto en el Shiba Hospital, de Tel Hashomer, y se presentó.

Ankelevicz, nacido en Francia, hacía años que era el médico de los paracaidistas y estaba mucho más tranquilo que su colega sudafricano.

»El plan operacional, consultado con la primera autoridad médica del ejército, dividía a los médicos en dos equipos: diez de ellos se moverían junto a los rehenes; el resto permanecería en el teatro de operaciones aéreo. Los suministros médicos incluían leche diluida para los rehenes que se sabía que sufrían males intestinales.

»Dan Shomron y Yonni Netanyahu repasaron los detalles del plan operacional con sus subordinados.

De tanto en tanto, subían a la cabina para preguntar “¿Qué está pasando?” Yonni, ahora que se aproximaba la hora cero, estaba aún más contento que Dan. Antes de que la operación estuviera totalmente aprobada, Yonni dijo que no le echaría la culpa a nadie si se decidía no llevar a cabo la operación, aun cuando él creía que la incursión era factible. Ahora estaba tan tenso como la cuerda de un violín. Según su opinión, el odio árabe a Israel y las acciones de los terroristas representaban un renacimiento del nazismo.»

Yonni era un hombre de contrastes. Nacido en los Estados Unidos, estaba al frente de una unidad selecta. La Guerra de los Seis Días lo encontró luchando en las Alturas del Golán, donde fue herido. Recibió la baja del ejército por una incapacidad del treinta por ciento y regresó a los Estados Unidos con sus padres.

El ministro de Defensa, Peres, tenía un interés personal en Yonni y fue su fiador cuando aquél regresó de Harvard para someterse a más cirugía en el brazo. Los médicos del Walter Reed Hospital trataron de aliviar el dolor casi constante que no le permitía abrir ni cerrar la mano izquierda. La cirugía terminó con el dolor, pero jamás pudo recuperar el uso completo de la mano. Técnicamente, aún estaba incapacitado en un treinta por ciento cuando regresó a Israel y pudo volver con los comandos.

—¿Qué puede usted ofrecer? —le preguntó el general Ariel Sharon echando una mirada a la mano mutilada.

—Puedo recitar de memoria todos los poemas de Nathan Alterman —contestó Yonni, refiriéndose a uno de los principales poetas de Israel.

—Adelante, amigo —bromeó Sharon.

Dos meses antes de la Operación Rayo, Yonni fue ascendido a comandante de una unidad antiterrorista.

17. En el África

El jefe de la fuerza aérea israelí sobrevoló el lago Victoria en el 707, Benny Peled podía vigilar a los atacantes mediante el radar y seguir la operación con transmisores conectados con un canal secreto a Tel Aviv. El silencio que reinaba allá abajo le comunicó que todo funcionaba bien en la Operación Rayo. Los Hércules volaban a intervalos de tres cuartos de kilómetro. Una densa bruma cubría el lago, pero por la parte de Entebbe estaba despejado.

En el despacho del ministro de Defensa, Peres, en Tel Aviv, se reunieron los ministros cuando se acercó la hora cero.

«Entré allí a las 22.30 —recordó el ministro de Transportes, Gad Yaakobi, cuyas responsabilidades con la aviación civil le hicieron ocuparse de la organización que se necesitaba para que la Operación Rayo fuera por las rutas comerciales y para que unos aviones militares apenas disimulados pudieran cargar carburante en aeropuertos internacionales—. Al cabo de unos quince minutos vino con nosotros el jefe del Gobierno y luego los miembros de la dirección de operaciones especiales. Nos sentamos en silencio a la espera de los primeros mensajes en los receptores sintonizados con los atacantes.

»A las 23.03 oímos ruido de disparos.»

En la vieja terminal de Entebbe, los rehenes habían soportado el sexto día en Uganda. Sus captores descansaban en sillas colocadas afuera, en el asfalto brillantemente iluminado. Durante este turno, los rehenes eran vigilados por la pareja de alemanes. Un médico egipcio, llamado para asistir a los pasajeros, charlaba informalmente con Jaber, el jefe de operaciones de los terroristas.

Muchos rehenes sufrían ataques agudos de diarrea. Se había acabado el agua de los lavabos. Los retretes estaban inundados. Los soldados ugandeses traían agua en cubos y llenaban los tanques del techo, pero las cañerías estaban obturadas.

Moshe Peretz había hecho breves anotaciones en su diario.

Sábado, 3 de julio.

05.30. Todo el mundo se levanta vomitando y con diarrea. Parece efecto de la carne contaminada, porque los ortodoxos, que no comen carne, no han enfermado. Las condiciones sanitarias son atroces. Los lavabos están llenos de basuras. No hay agua en las cañerías.

07.30. La gente está echada en las camas, vomitando. Algunos son llevados a un dispensario cercano; otros se echan a dormir. Mucha gente no prueba el almuerzo.

14.30. El avión de Air France ha sido acercado al edificio de pasajeros, con el morro apuntando en nuestra dirección.

16.45. Amin llega con uniforme de la fuerza aérea, una boina azul y el emblema de paracaidista israelí. Anuncia que acaba de regresar de la isla Mauricio y que se está haciendo todo lo posible para salvarnos las vidas. Se debe echar la culpa al gobierno israelí por no aceptar las condiciones de los secuestradores.

Ésa fue la última vez que los rehenes vieron a Idi Amin.

«Vuestro gobierno está jugando con vuestras vidas», les advirtió. Según Peretz, una de las israelíes pidió respetuosamente permiso para poder contestar al «mariscal de campo y presidente Idi Amin». Amin la interrumpió gritando:

—¡No me trate de esa manera! ¡Mi título completo es «mariscal de campo, doctor y presidente» Idi Amin Dada!

Amin se había nombrado doctor a sí mismo. Al fin y al cabo, sus amigos Wadi Hadad y George Habach eran tanto doctores como jefes de los terroristas.

Un grupo de terroristas se dispersó. Uno alto, de traje blanco, recogió una metralleta de cañón corto y se fue a descansar.

Los que se quedaron con los rehenes eran algunos de los mejores profesionales de Wadi Hadad. Al lado de los alemanes a la entrada, había dos palestinos que patrullaban por el recibidor. Uno era Fayez Abdul-Rahim Jaber, el oficial de operaciones especiales del FPLP, con un rifle Kalachnikov, listo para disparar, en las manos.

Su delgado y nervioso compañero, Abed el Latif, vigilaba otro rincón del viejo edificio de la terminal. Él también era consejero íntimo de Hadad.

Jayel Naji al-Arjam, de 38 años, un palestino bajo y robusto, luciendo una boina al estilo de Carlos, estaba de guardia en otra parte de la terminal. Su función en el FPLP era la de supervisar el terrorismo en Sudáfrica. Allí ayudaba al reclutamiento de la Internacional Terrorista, cuyos dirigentes incluían a Carlos, el Chacal. Ayudó al Chacal en el intento de asesinato de Edward Sief, el presidente judío de la empresa Marks and Spencer, de Londres.

Volando con la ayuda de la señal radiofónica del aeropuerto de Entebbe, los Hippos se aproximaban a su objetivo. Una última corrección más, poco antes de la llegada, debido a dificultades climatológicas... y, abajo, los pilotos vieron las orillas de Uganda iluminadas por la Luna en cuarto creciente, baja en el horizonte.

En el primer Hércules, Yonni y nueve comandos estaban apretujados en el Mercedes repintado, el primer vehículo en la cola delante de la rampa. Tenían los rostros pintados de negro. Sus manos y las pistolas ugandesas con silenciadores también estaban cubiertas de negro. No habían traído al presidente falso. Esa pantomima especial era peligrosa debido al informe de último minuto de que el presidente de Uganda había regresado a primera hora del día a Entebbe. Sería molesto que dos inmensos Amin se encontraran frente a frente.

Los aviones de transporte se dividieron en parejas. Una se aproximó a Entebbe con el objetivo de aterrizar en la nueva pista principal. La segunda aterrizaría en la pista antigua, que está separada de la extensión moderna del aeropuerto por una leve elevación del terreno.

La flotilla cubrió el último tramo de diez minutos del vuelo de siete horas a una velocidad reducida de trescientos kilómetros por hora. Estuvieron al alcance del objetivo a la hora calculada de llegada (HCLL), tal como se esperaba en Tel Aviv. Los autores del plan estaban encantados y un poco atónitos. Los cuatro Hércules habían seguido una ruta difícil, comparable a un vuelo sin paradas de Nueva York a Moscú, sin ayudas visuales ni contacto de radio, manteniendo el silencio radiofónico y las posiciones relativas con el avión-guía, mientras que éste tomaba las decisiones en el vuelo.

El que abría el camino comentó luego:

«Nos topamos con Entebbe a la hora en que se suponía que los ugandeses estarían durmiendo, pero cuando todavía los rehenes no estarían peligrosamente entorpecidos por el sueño. Esperábamos encontrar algunos terroristas algo distraídos después de haber bebido en Kampala.

»Los soldados conocían los riesgos de este vuelo. Vieron los relámpagos y les tuve lástima porque no hay nada peor que quedarse sentado sin nada que hacer, hora tras hora, en medio de una tormenta. Siempre que bajaba a la cubierta de carga, la mitad de los hombres estaban echados en el suelo metálico y la otra revisando notas o destruyendo sistemáticamente documentos. Fue mucho tiempo para pasar por un vacío.»

El avión-guía voló por encima de las aguas invisibles del lago Victoria, y guió a los grandes pájaros de cuatro motores, confiando las vidas de cada tripulación y de sus cincuenta comandos a la exactitud del radar que brillaba en la oscuridad. Nubes de bruma se condensaron sobre las inmensas ventanillas de la cabina de mandos y las gotas rodaron hacia atrás por el plástico trepidante. Los grandes limpiaparabrisas se movían rítmicamente.

De repente aparecieron las luces de la pista. David se sacudió la fatiga y verificó el instrumental. Cuando vuela ciego, un piloto se desorienta con facilidad. Algunos aviadores estuvieron a punto de aterrizar al revés cuando quitaron la mirada de los instrumentos y confundieron las estrellas con señales exteriores. David se concentró en los tableros poco iluminados, que le dijeron que volaba derecho y a nivel.

Por alguna razón increíble, Entebbe estaba absolutamente iluminado.

Éste era el momento que tanto se había discutido en Tel Aviv. Si el primer Hércules bajaba e iba con los motores mudos hasta el edificio de los pasajeros sin levantar sospechas, se podía confiar bastante en que los rehenes serían rescatados con vida. Si el aeropuerto estaba iluminado porque los terroristas sabían lo que se les venía encima, los atacantes estaban cayendo en una trampa, y los rehenes se hallaban en serio peligro.

El primer Hércules planeó por encima de las orillas del lago. Los tripulantes y los soldados se habían aferrado a las correas para resistir la tremenda sacudida que se produce en un brusco aterrizaje de ataque. David vio que la velocidad bajaba de ciento cincuenta a noventa kilómetros por hora. Dentro de la carlinga parecía como si estuvieran cayendo en medio de metales sacudidos y quejidos de los motores. Afuera, un observador hubiera visto al avión descender casi sin ruido en la pista; donde las ruedas poco infladas emitieron un gruñido suave.

El Hippo se había deslizado sobre la orilla enlodada con la gracia de esos hipopótamos que salen del lago Victoria por la noche en busca de alimento.

David y su copiloto mantuvieron a la máquina en rápido movimiento sobre la pista. No hubo ningún ruidoso cambio de marcha para aminorar la velocidad ni se usaron los frenos al máximo; sólo el movimiento armónico de dos pares de manos y pies dominando los mandos y adaptándose rápidamente a las nuevas circunstancias. Después de un arduo y prolongado viaje, los pilotos tenían que maniobrar con diferentes reflejos, con los ojos y oídos alerta a las armas de fuego o al brillo desafiante de un foco.

Detrás y debajo, los hombres tomaron sus posiciones en la inmensa carlinga, con los músculos del estómago en tensión, los cuerpos oscilando con el nuevo movimiento casi mareante del aparato que se aproximaba al enemigo apenas a treinta kilómetros por hora. Detrás del primer Hércules, aterrizaba el número dos, confiado en que el avión-guía no había encontrado problemas, volando con la cola alta y listo para despegar en caso de que la pista estuviera bloqueada.

David continuó avanzando a la misma velocidad, calculada en los ensayos como para que le dejase a unos pocos metros de la terminal y sin hacer ruidos innecesarios. Los motores apenas perturbaban la pesada noche africana. Aparecieron los edificios, apenas iluminados. David tuvo la sensación irreal de haberlo visto todo antes. De una manera lo había hecho, durante el aprendizaje de las instrucciones y el ensayo general de la noche anterior. Detuvo suavemente su

Hippo a la vista de los largos ventanales del salón de espera, tan cerca que sintió que podía estirar la mano y tocarlos. El Hippo de 70 toneladas, con una altura de casi diez pisos, con las alas cubriendo más de treinta y cinco metros de punta a punta, gruñó delante de las puertas vigiladas de lo que Yonni había denominado «el campo de concentración».

Los comandos, expectantes, cerraron los ojos cuando se abrió la gran rampa y dejó entrar aire húmedo y una débil luz inesperada. La rampa golpeó el pavimento con un ruido que pareció increíblemente fuerte.

«Ya sé lo que quiere decir un silencio de muerte —dijo luego David—. No parecía posible. Ni un tiro. Ni un movimiento. La quietud era más terrorífica que una andanada de tiros. Fue un verdadero silencio de muerte, y me quedé allí, sentado, sintiéndome horriblemente expuesto, con una mano en los frenos, esperando y preguntándome cuándo se abriría la trampa.»

Pero no hubo ninguna trampa. Simultáneamente, en la pista transversal y fuera de la visión de David, el primer aparato de la segunda pareja de Hércules había descendido tan ligeramente como una pluma, en la misma atmósfera de perplejidad.

18. «¡Han herido a Yonni!»

El general Dan Shomron se lanzó por la rampa del avión-guía con tal rapidez que el oficial de comunicaciones de la TAF que se encontraba con él dijo más tarde:

—Salió tan rápido que lo perdí de vista. Yo no podía creer que se tratase del mismo hombre que había estado sentado ante un escritorio toda la semana.

Los hombres de Shomron se desparramaron para ocuparse de los terroristas. El Mercedes bajó la rampa y salió en dirección de la guardia de seguridad del aeropuerto, apostada cerca de la torre de mando. Se abrieron las puertas del coche y los soldados ugandeses hicieron el saludo de rigor. Las pistolas negras con silenciadores abrieron fuego y los guardias cayeron. El truco había funcionado. Yonni y su grupo se lavaron las caras y las manos con la grasa proporcionada por la maquilladora y se sacaron las blusas negras al estilo ugandés para que sus camaradas no fueran a cometer el mismo error fatal de identificación cometido por los guardias ugandeses. Yonni había repasado cada segundo y movimiento de la operación de tierra, pero temía la reacción nerviosa de los otros israelíes si se topaban con ellos en la oscuridad.

El Hércules detrás del avión-guía se detuvo casi al lado del nuevo edificio de la terminal, cuando alguien en la torre de mando debió darse cuenta de que todo aquello era anormal. De repente, todo el aeropuerto quedó en la oscuridad.

«Fue algo que nos vino muy bien —comentó el comandante del último Hércules—. Caí en medio de un fuego cruzado que inesperadamente podía provenir de cualquier rincón del campo. Fue más seguro aterrizar en la oscuridad completa. Para eso estábamos preparados. Francamente, al aproximarme me había preocupado ver lo que parecía ser un parque de diversiones. Me alegré de que apagaran. Mi trabajo era esperar en tierra hasta que todos hubieran partido y luego recoger los últimos destacamentos que debían destruir los cazas Mig de fabricación soviética. Esperé 90 minutos, los minutos más largos de mi vida, porque apenas mi Hércules detuvo la marcha, se armó el pandemonio.»

Éstos eran los tiros que oyeron por los transistores los miembros de la dirección de operaciones especiales en Tel Aviv, a unos cuatro mil kilómetros de distancia. A su vez, tales ruidos del combate fueron transmitidos mediante el avión de mando que sobrevolaba al aeropuerto.

Benny Peled, el comandante de la fuerza aérea en el escenario de la batalla, no necesitó informes de los pilotos en tierra. Se había acordado que, a menos que se produjera una crisis de importancia, los jefes tácticos aéreos tendrían que analizar los sonidos que emitían los auriculares de los comandos. La técnica había sido perfeccionada en todos esos años de ataques a territorios hostiles allende la frontera israelí. Hacía veinte años, el mismo Peled había saltado de su caza con desperfectos (fue el primer piloto de la IAF en usar eyectores). Había caído en paracaídas detrás de las líneas egipcias, se había fracturado un tobillo y se había escondido. Durante horas evitó las partidas egipcias hasta que lo encontró un avión de rescate de la IAF; unos Mustangs formaron una patrulla de protección hasta que otro Piper Club lo pudo rescatar. Benny Peled entonces aprendió una lección en el difícil arte de radiocomunicaciones.

«No hubo ningún milagro —dijo otro jefe de la IAF, Ezer Weizman—. Ésta fue una operación directa basada en la experiencia acumulada.»

Weizman, quien planeaba el ataque aéreo preventivo de la Guerra de los Seis Días, acentuó lo que los combatientes israelíes dan por sentado: que años de guerra antiguerrillera han desarrollado la disciplina y un sistema que parece fantástico únicamente a quienes no conocen esta tarea cotidiana.

El general Dan Shomron ocupó su posición de mando próxima al edificio de pasajeros. La dirección de la operación en Entebbe ahora estaba en sus manos. Su delgado oficial de comunicaciones aéreas le había vuelto a encontrar.

«lian», uno de los hombres de Yonni, corrió hacia el objetivo que tenía asignado: la alemana que se creía que era Gabrielle Kroche-Tiedemann, la terrorista que él llamaba «esa perra nazi». Su compatriota Wilfried Bose, estaba fuera, ante una ventana, de espaldas a la sombra gigantesca del Hippo que figuradamente respiraba al lado de su cuello e ignorante de los hombres que corrían en su dirección con botas de suela de goma.

Dentro de la terminal mal iluminada, Baruch Gross, de cuarenta y un años, y su esposa Ruth, que tenía en brazos a su hijo Shai, de seis, estaban de pie en medio de un mar de cuerpos y mantas. Gross no había dormido desde que Idi Amin les anunciara que estaba a la espera de la decisión final de Israel que debía llegar antes de medianoche. Mirando al alemán a través de la ventana, Gross se imaginó que el terrorista estaba a punto de apretar el gatillo de su Kalachnikov, pues el cañón apuntaba a los rehenes.

De repente, el alemán, con una expresión de lenta sorpresa, se hizo a un lado y levantó su arma. Una larga andanada rompió el silencio. El alemán giró y cayó con la misma expresión de sorpresa en la cara, con su Kalachnikov aún en silencio. El adjunto de Yonni saltó sobre el cuerpo rumbo a su próximo objetivo, y el joven que lo seguía se detuvo para hacer rodar el cuerpo y que quedase con la cara hacia arriba.

Gross acarició al pequeño Shai y le dijo a su mujer que corriera a cubrirse en la oficina vacía del director de la East African Airlines.

Ilan contuvo la respiración: caminando a su lado, con un revólver en una mano y una granada en la otra, estaba la alemana. Por una fracción de segundo, pareció sorprendida y sin saber qué hacer. Ilan la apuntó con su metralleta desde muy corta distancia y apretó el gatillo, vaciando todo el cargador en su cuerpo. Jamás había disparado contra una mujer. Con una sensación de trauma, pasó por encima del cuerpo caído en la entrada y penetró corriendo en la sala de los rehenes.

Los atacantes del tercer Hércules llegaron al edificio al tiempo que los hombres de Yonni entraban en la sala. Las órdenes se gritaron en hebreo.

—¡Cuerpo a tierra! ¡Al suelo!

Lo que los gritos no lograron, lo logró la impresión. En la sala había dos terroristas palestinos, Fayez Abdul-Rahim Jaber y Abed el Latif. Ambos tuvieron tiempo de abrir fuego, uno con un rifle automático, el otro con un revólver. Los hombres de Yonni apuntaron a la zona de donde provenían los disparos y lanzaron una granizada de balas en esa dirección.

Esos momentos los cuenta así el joven rehén Moshe Peretz en su diario: Varias personas saltaron de improviso y dijeron que oían tiros afuera. Oí el ruido de armas que se aprestaban a disparar. Todo el mundo se echó al suelo. Algunos corrieron a los lavabos. La gente se apilaba, uno encima del otro. Las madres cubrían a sus hijos con sus cuerpos, en medio del ruido de las armas. Yo estaba en el lavabo. Pensé que nos iban a ejecutar uno por uno. Había gritos de alarma...

Una de las rehenes, Ida Borochovitsh, de 56 años, sangraba profusamente de una bala perdida. Era una de las adelantadas en la lucha de los judíos rusos por el derecho a emigrar a Israel. Su hijo, Boris Shlein, vio a uno de los terroristas —al parecer, Jaber— que le pegaba un tiro sólo unos pocos segundos antes de que mataran al árabe.

Lizette Hadad, otra rehén, manifestó más tarde: «De pronto, del cielo raso empezaron a caer pedazos de yeso. Me golpearon. Un momento después, Ida Borochovitich cayó encima de mí. Y así fue cómo me salvé.»

Yosef Hadad, su marido, agregó:

«Estábamos echados como de costumbre en el suelo, tratando de dormir. Cuando entraron corriendo los soldados, cogí una silla y me la puse encima de la cabeza. Me imaginé que la alemana empezaba a disparar en nuestra dirección y empecé a decir *Sh'ma Ytsrael*. Pensé que mi vida llegaba a su fin. De repente vi que los alemanes estaban en el suelo, sangrando. Y, de pronto, estábamos afuera...»

El joven Benny Davidson manifestó:

«Yo no sabía que se trataba de soldados israelíes. De repente oímos tiros. Corrimos hacia los lavabos. Todo el mundo corría en esa dirección. Nos tiramos de cabeza al suelo. Mi padre estaba encima de mi hermano para protegerlo y mi madre me protegía a mí.

»Me puse a rezar. No recuerdo exactamente lo que rezaba. Debe haber sido una especie de oración personal. “Dios, protégenos”, dije. Y luego agregué: *Sh'ma Y Israel*.»

El salón se llenó de nuevo. Algunos rehenes se arrastraban debajo de colchones mientras más comandos entraban por las ventanas al grito de:

—¡Israel! ¡Israel! —y luego la orden de echarse en hebreo: —*Tiskavu!*

Pese a este intento cuidadosamente planeado de aclarar aquella situación terrible, algunos niños andaban perdidos en medio del pandemonio y padres como Claude Rosenkowitz y su esposa Emma se arrojaban encima de los niños. Una o dos mantas parecieron incendiarse y asustaron a las dos jóvenes hijas de Arye Brofsky, quien las arrojó al suelo y trató en vano de que otra niña no levantara la cabeza. Ella se soltó, se puso de rodillas y resultó herida.

El tiroteo adentro del salón duró un minuto y cuarenta y cinco segundos. Una víctima fue Jean Jacques Maimoni, de 19 años, quien había emigrado a Israel del norte de África hacía sólo cinco años. Los otros 103 rehenes le habían puesto el sobrenombre de «el barman». Cuando los demás estaban deprimidos o enfermos, Jean-Jacques levantaba los espíritus preparando café o bebidas con frutas y leche de coco. Él y Pasko Cohén, de 52 años, el director de un fondo israelí de seguro médico, habían sido la fuente de inspiración cuando más y más rehenes se enfermaron de cólicos o de envenenamiento superficial por la comida. Cohén llevaba el tatuaje de un campo de concentración en el brazo. «El barman» trabajaba a su lado «como si fuéramos padre e hijo», dijo más tarde Cohén. En los primeros momentos del tiroteo, cuando la mayoría de los rehenes se quedaron en el suelo o permanecieron donde estaban, encima de los colchones, Jean-Jacques se levantó instintivamente y recibió toda la descarga de una metralleta Uzi que lo mató al instante. Su «padre» Cohén, que había sobrevivido a los campos de la muerte, trató de llegar a él y fue, a su vez, fatalmente herido.

Yonni y sus hombres salieron a la caza de los demás terroristas y revisaron el piso superior. En una dependencia descubrieron a dos terroristas armados, escondidos bajo una cama. Otra patrulla de comandos, operando en el ala norte del edificio de pasajeros, anunció haber dado muerte a un séptimo terrorista, Jayel Naji al-Arjam, amigo íntimo del doctor Wadi Hadad.

Los médicos y enfermeras, entrenados como tropas de combate,⁵ se movieron rápidamente para retirar a los heridos (cinco civiles y cuatro soldados) y llevarlos a la sala de operaciones en el segundo Hércules. La batalla en el aeropuerto entró en su segunda fase. Se disparaba contra

⁵ «Israel es el primer país donde las unidades médicas son capaces de asumir misiones de combate», como proclamó el jefe del Estado Mayor.

los israelíes desde la torre de mando más cercana, y la fuerza de Yonni avanzó para ocuparse de ello. Se dirigieron contra esa torre bazookas y ráfagas de ametralladora.

Alguien gritó:

—¡Yonni está herido! ¡Yonni está herido! ¡Enfermera!

El grito detuvo a los hombres. Yonni había recibido un tiro en la espalda y cayó de bruces en el espacio abierto cerca de la entrada principal del edificio, sangrando mucho.

Yonni trató de levantarse. Volvió a caer para atrás y perdió el conocimiento. Su segundo se hizo cargo del comando, informó a Dan Shomron y continuó con los movimientos planeados por los hombres a quienes los rehenes debían sus vidas.

Se estaban efectuando varias operaciones menores. Cada Hércules estaba custodiado por una docena de comandos y el primer avión había girado para que entrasen los rehenes, quienes recibían instrucciones de unos soldados con altavoces. En la otra punta del aeropuerto, el resplandor de una hoguera de treinta metros de altura iluminó el cielo cuando el primer Mig fue pasto de las llamas.

Los camiones semi-orugas y jeeps armados con cañones sin retroceso corrieron hacia el perímetro exterior de defensa, esperando encontrarse con una columna de blindados que vendría por el camino de Kampala. Se sabía que el cuartel general del presidente Amin, a menos de un kilómetro y medio del aeropuerto de Entebbe, estaba fuertemente custodiado por tropas ugandesas de choque. En vez de tanques de fabricación rusa y camiones de la infantería, los israelíes se encontraron con un escuadrón de tropas ugandesas que venían en coches ligeros. En unos pocos segundos, los israelíes llegaron a la entrada principal del aeropuerto a tiempo para tender una emboscada a las tropas de refuerzo, que resultaron diezmadas; al inspeccionar el incidente, pareció que se acercaban al escenario del combate sin mucha idea de lo que estaba sucediendo.

El ataque había comenzado un minuto después de medianoche, hora ugandesa (que era una hora menos de la hora israelí), poco después de que la pálida luna desapareciera detrás del horizonte. Había empezado a caer una fina llovizna. El lugar estaba envuelto en la misma niebla que amortajaba al presidente Amin, dormido en las inmediaciones. Horas después, aún seguía ignorante del ataque.

19. Desaparece Dora Bloch

James Horrocks, un diplomático inglés en Uganda, oyó las explosiones y vio la nube de humo de gasolina que se extendía sobre Entebbe. Como agregado a la Alta Comisión de Kampala, había sido testigo del progreso del drama desde la captura del avión 139. Una de sus preocupaciones era Dora Bloch, de 75 años, cuya posesión de un pasaporte británico le daba derecho a la protección inglesa. Dora Bloch era una rehén al igual que su hijo Ilan Hartuv, un economista que había sido el intérprete para el presidente Amin durante toda la semana anterior. Amin llamaba «mi traductor» al hijo de Dora Bloch.

El viernes, la señora Bloch había sido llevada de urgencia al hospital, después de haber comido algo en mal estado. Ilan esperaba su regreso después de haber recibido un mensaje de que ya estaba recuperada. Madre e hijo estaban camino de la boda en Nueva York de otro hijo, Daniel, presidente del sindicato de periodistas israelíes.

A la medianoche del sábado, James Horrocks observó el ataque con aprensión. En los cuatro años anteriores, Amin había expulsado cuarenta y cinco mil asiáticos de nacionalidad británica y había hecho disminuir la población blanca de tres mil quinientos a unos quinientos ingleses que ahora eran prisioneros del destino. La Alta Comisión mostraba un interés humanitario por los ciento treinta mil refugiados africanos de los estados vecinos que sufrían luchas civiles y por los varios centenares de keniatas que aún trabajaban en Uganda.

Por intermedio de testigos como ellos fue posible averiguar detalles de la Operación Rayo que no dejó escapar el severo sistema de seguridad de Israel.

La destrucción de los Mig rusos fue llevada a cabo por un equipo de expertos. Otro equipo tomó el principal centro de radar y se llevó varias piezas del equipo ruso antes de hacer volar la estación para ocultar qué piezas se habían llevado. De los diez terroristas presentes, siete resultaron muertos, y se les tomaron las impresiones digitales y fotografías. Parecería, pese a las negativas de Israel, que los otros tres fueron apresados con vida y trasladados para su interrogatorio.

Un aparato móvil de bombeo, propiedad de Israel y que costaba un millón de dólares, adaptado para que los cuatro Hércules cargaran de los tanques de gasolina de Entebbe, fue abandonado para dejar lugar al equipo y maquinaria de fabricación rusa que se sacó de la base de pilotos palestinos que estaban aprendiendo a pilotar los Mig soviéticos.

El plan de reabastecerse de los tanques del propio Amin fue descartado. La Operación Rayo procedía con más rapidez que las expectativas de sus organizadores. El primer Hércules con los rehenes a bordo salió de Entebbe 53 minutos después del aterrizaje inicial, dos minutos antes de lo previsto. El tiroteo, numerosos pequeños incendios, el peligro de los Mig que estallaban y el camino que debían recorrer los Hércules para llegar a los tanques hicieron que el general Shomron decidiera buscar otra alternativa prevista. Los Hércules, con no más de noventa minutos de vuelo, debían volar directamente a Nairobi, a 50 minutos de vuelo de distancia.

Todo el equipo israelí, toda señal de los atacantes (salvo los cartuchos gastados, la gran bomba de gasolina y la destrucción general), fueron eliminados por el último grupo en partir. El piloto veterano de ese avión, quien se había quedado sentado durante noventa minutos en medio del continuo tiroteo, sabía que una bala perdida podía destruir al Hércules y acabar con la última posibilidad de escape de los equipos especiales de información y destrucción.

«Me sentí solo y expuesto al peligro y cada minuto parecía toda una vida —informó luego—. Pareció un milagro que los anteriores transportes escaparan sin incidencias. Planeamos un horario meticuloso. Mi cabeza me decía que todo marchaba tal como se había previsto, y que el

plan funcionaba como un reloj bien afinado. Pero en el estómago sentía: Todo no puede ser tan perfecto. Y tú eres el último en partir.»

Días después, en su casa en el *kibbutz* donde la vida es rural y los campos sienten el bochorno del verano, una noche se despertó sobresaltado por unos relámpagos y convencido de que estaba de vuelta en Entebbe sentado en un avión llenó de explosivos y al que le alcanzaba una granada.

En realidad, ninguno de los Hércules sufrió el menor daño. Pero el propietario del Mercedes se quejó cuando se lo devolvieron de esa escapada de dieciséis horas en el cielo y en Entebbe.

—Me gustaba blanco, tal como estaba. Miradlo ahora, pintado de negro. ¿Cómo...?

En vez de contestarle la pregunta, la IAF le pagó para que lo volviera a pintar.

Los escuchas en el despacho del ministro de Defensa, Peres, en Tel Aviv, esperaron hasta pasada la medianoche y luego pasaron a la habitación contigua, el despacho del jefe del Estado Mayor. Del 707 del comandante de la IAF no había ningún mensaje después de la breve noticia de que el avión cargado de rehenes ya estaba camino de Nairobi.

Desde el puesto volante de mando encima de Entebbe, «Kutti» Adam, el jefe de operaciones generales, y el comandante de la IAF, Benny Peled, no quisieron molestar a Dan Shomron. El comandante de tierra de la Operación Rayo mantuvo las transmisiones a un mínimo. Los sonidos apagados de los disparos, que duraron desde las once y media hasta casi las doce y media de la noche del domingo 4 de julio, hora israelí, eran preocupantes, pero no tenían importancia mientras los equipos de tierra se mantuvieran en silencio.

—Es el bicentenario de los Estados Unidos —dijo Adam cuando el 707 giró para dirigirse a Nairobi—. E Israel es aún más joven...

A la una y veinte, el ministro de Transportes, Yaakobi, telefoneó al presidente del semioficial Comité por las Familias de los Rehenes, el profesor Gross.

«No pudo creerlo cuando le comunicó que posiblemente su hermano y cuñada estaban libres, que los rehenes habían sido liberados —recordó Yaakobi—. Apenas una hora antes, me había solicitado otra reunión conmigo para ese domingo a fin de discutir el deterioro de la situación. Temía que empezaran las ejecuciones. Diez minutos después, se recuperó lo suficiente como para empezar a llamar a todos los familiares de los rehenes. Sabíamos que quizás dos habían resultado muertos, que había dos o tres heridos. Pero no teníamos los nombres. Se invitó a todas las familias a reunirse en el estadio de baloncesto, donde les comunicaríamos dónde ir a recibir a los aviones de rescate. Ésa fue la peor parte del asunto. Habría dos familias que se alegrarían con todas las demás, pero que luego pasarían por el dolor tremendo de no ver a los suyos entre los rehenes liberados.»

En el hospital africano adonde había sido llevada Dora Bloch, otro diplomático inglés, Peter Chandley, fue a asegurarse de que estaba bien. La anciana dormía tranquilamente. Las enfermeras dijeron que ya estaba bien y que más tarde podría reunirse con sus compañeros del vuelo 139. Chandler no dijo nada al personal sobre el ataque, y ellos, al parecer, no sabían nada al respecto. Se fue en silencio de la sala. Ningún otro no ugandés volvería a ver con vida a Dora Bloch.

20. ¡Reabastecerse en Nairobi!

Golda Meir fue despertada de un sueño profundo. A su lado, el teléfono sonaba con insistencia.

—*Ken...*

—Señora Meir, pensé que le gustaría saber que los rehenes ya están en viaje de regreso —le dijo el jefe del Gobierno, Rabin—. Por favor, permíteme por interrumpirle el sueño, pero...

—Usted quería que yo lo supiera. Muchas gracias. Y felicitaciones.

Golda Meir colgó el teléfono y miró el reloj: las dos y media de la madrugada. Fuera de su casa en Ramat-Aviv, una suave brisa movía las pesadas flores rojas de un gran árbol que parecía en llamas. Los árboles flameantes de África.

Algo después escribió una carta digna, pero indignada, al *Jerusalem Post*, negando públicamente una alegación «bajo el título *El superespía de Israel hizo posible el ataque a Entebbe*». Mencionaba que había apremiado al jefe del Gobierno para que aprobase la misión y no cediera ante los terroristas, y que había dicho que, si no lo hacía, dejaría de ser un hombre.

«Lamento mucho que hayan publicado ustedes una historia tan desagradable.

»Por cierto, el señor Rabin no me “consultó” ni tampoco tenía que hacerlo. El señor Rabin fue lo suficientemente amable para llamarme en medio de la noche, tan pronto como nuestra gente estuvo en camino, para informarme sobre el éxito de la operación de rescate, una llamada por la cual le quedo sumamente agradecida. Por la acción en sí, siento gran admiración por él, su gabinete y, por supuesto, por “Zahal”» (el ejército).

No había habido ningún superespía. Había habido la rápida recogida de hilos sueltos. Se puede juzgar cómo se llevó esto a cabo mediante las cintas, coordinadas por computadoras, de los mensajes breves y lacónicos enviados por el comandante de la IAF Benny Peled y el general Adam desde el puesto volante de mando. Los mensajes entre aviadores, comandos y equipos de tareas especiales durante los noventa minutos en Entebbe son modelos de brevedad. No obstante, expresan el drama y la rápida recogida de información.

Fueron algo como lo siguiente:

—Veinte a bordo —refiriéndose a los rehenes—. Veintiuno... Otro grupo de diez...

—¿Vamos a Jumbo? —refiriéndose a Nairobi y a la dificultad de reabastecerse en Entebbe.

De cada piloto a su vez:

—Sí, sí, sí...

—No hagáis daño a los «ojos saltones» en Manzana —refiriéndose a las tropas ugandesas en la antigua terminal donde los rehenes habían advertido a los comandos que no disparasen contra los soldados africanos.

—Sólo nos están ayudando.

Pero otro grupo de «ojos saltones» —otra unidad móvil del ejército ugandés— no llegó con buenas intenciones. Dos unidades de comandos los atacaron en la torre principal de mando y calcularon haber dado muerte a unos veinte guardianes. Cálculos posteriores indicaron que al menos cuarenta y cinco ugandeses murieron en acciones que los comandos trataron de evitar. No fue posible establecer una cifra cierta debido a la ola posterior de asesinatos por venganza que llevó a cabo la policía secreta de Uganda.

El cadáver de Yonni fue transportado al Hércules que debía partir con los rehenes. Sus hombres, batiéndose en distintas escaramuzas, pensaron que sólo estaba herido. Echaron una mirada a los rehenes que se acercaban al aparato de Yonni, algunos empujando y adelantando las camillas, unos pocos claramente aterrorizados y desesperados por llegar a la seguridad del avión.

Una joven sólo vestida con bragas y sujetador fue envuelta en una manta cuando cayó sin aliento en el interior de la rampa. Un chico gritaba una y otra vez llamando a su madre. Un guardia del Hércules le espetó:

—¡Ya eres un hombre! ¡Deja de llamar a tu madre!

En la confusión, ninguno de los tripulantes comprendió la angustia del hijo de Dora Bloch. Cerca de la sala un joven comando se encontró con dos ugandeses prisioneros y, en un par de minutos, los ató de pies y manos y entonces les dio una rápida lección de hebreo.

—Decidle al presidente Amin que Danny, del *kibbutz*..., estuvo aquí. Eso es todo. He venido hasta África y quiero dejarle un recuerdo a vuestro jefe. ¿Comprendéis? —habló en inglés y luego repitió la frase que quería comunicar: —Danny, del *kibbutz*..., estuvo aquí.

El primer Hércules en aterrizar iba a ser el último-en partir. El piloto apagó las luces de la cabina, después de hacerlo con los motores, y estudió la situación. Las dos pistas no estaban a la vista entre sí y la pista antigua era utilizada por los dos conocidos escuadrones de Mig rusos y otros aparatos militares. Las explosiones y los incendios eran visibles, ignorando su causa. Los soldados enviados a hacer una rápida inspección inmediatamente después del aterrizaje, informaron que los tanques de carburante habían sido trasladados al otro extremo del campo.

A los quince minutos de la fase de ataque de la Operación Rayo, los pilotos efectuaron una tensa consulta. ¿Era necesario pasar por zonas con incendios y posibles explosiones de municiones? Ya que era de crucial importancia llegar a despegar, se tomó la decisión de reabastecerse en circunstancias menos peligrosas. Un comando de IAF dijo:

—Sabíamos que si uno o dos Hippos no podían salir, algunos hombres tendrían que quedarse. Los soldados lo sabían. Nosotros lo sabíamos. Si se consideran las demoras normales cuando los aviones comerciales cubren rutas largas, se tiene una idea de cómo nos sentíamos. Una bala perdida, un instante de negligencia y no habría perdón. Incluso una breve demora en irse al final de la operación podía resultar fatal. Éramos agudamente conscientes de esto y a mí se me crispó el estómago.

Uno de los Hércules, cargado al máximo y listo para despegar, luchó contra las ruedas que inexplicablemente se pegaban al barro. La leve llovizna había vuelto resbaladizo y peligroso el suelo. El piloto se sintió inseguro y miró hacia la línea blanca que le servía de guía.

—¡Saca la cabeza! —le ordenó a su copiloto—. Esa raya...

—¡Marca el borde de la pista, no el centro! —gritó el copiloto— ¡Gira!

El piloto apretó el acelerador y alejó al Hércules del barro, habiendo perdido unos metros preciosos en la última y peligrosa etapa del despegue. Automáticamente, el piloto cambió al procedimiento de emergencia para un máximo de potencia en el despegue. De pie sobre los frenos, liberó la fuerza... y el morro del aparato volvió a inclinarse. Abrió los alerones por completo y dejó los frenos. Subió el morro y el aparato salió rodando. A unos noventa kilómetros por hora el avión se soltó, comportándose en parte como un aparato convencional y en parte como un helicóptero con los motores como rotores. Los grandes turbo-propulsores Allison subieron la carga hacia el cielo. La carrera total fue luego calculada en menos de doscientos metros y el ángulo de despegue del Hércules en unos increíbles cuarenta y cinco grados.

En el cuartel general de defensa en Tel Aviv no se oyeron estos detalles. Lo que llegaba en palabras en clave y en rápidos intercambios crearon una fortísima sensación de tensión. Un ministro que formaba parte de la dirección de operaciones comentó luego:

«Las transmisiones recortadas crearon un mosaico de la acción. Cualquier escucha hostil debe haberse quedado perplejo. Sin duda los rusos que escuchan todas las transmisiones hasta en las frecuencias más bajas, ya debían saber de la operación. ¿Y los árabes? Lo supondrían. Pero

un escucha informado sólo podía llegar a la conclusión de que estaba terminando una incursión de larga distancia y fantásticamente eficiente. Las voces eran muy serenas, casi informales.»

La conversación aérea en hebreo sonaba como algo totalmente disimulado; como una anotación taquigráfica de acrónimos y cifras entre receptor y emisor. Para el jefe del Estado Mayor, general Mordechai Gur, significaba más ahora que la noche anterior, cuando sudara en los aterrizajes y despegues llevados a cabo por pilotos decididos a convencerlo de que esas operaciones eran posibles y factibles. Gur, al escuchar esa jerga, se alegró de haber sido convencido cuando compartió la cabina de mandos en un Hércules que realizaba evoluciones y saltos en la oscuridad del desierto israelí.

«Fue suficiente para destrozar los nervios de un hombre que no es aviador —reconoció un piloto—. Y puede enloquecer a un hombre que *sea* aviador, a menos que conozca muy bien los procedimientos.»

El general Dan Shomron, primero en pisar tierra en Entebbe, fue también (como su Hércules) el último en partir. Su ayudante de la IAF se convirtió en el encargado de cuidar de cada vuelo. Los últimos grupos salieron corriendo de la destruida torre de mando de Entebbe y de la bombardeada estación de radar. Los encargados de la Seguridad hicieron una rápida inspección del lugar, a la búsqueda de documentos perdidos o de equipo israelí que pudiera haberse caído. Los terroristas muertos habían sido fotografiados y se les habían sacado las impresiones dactilares.

Shomron entró de espaldas por la rampa del Hércules. Los incendios se extendían del otro lado de la loma donde los Mig ardían. Seguían llegando disparos desde la torre incendiada. Lentamente, la rampa empezó a subir, los pistones silbaron y el Hippo empezó a temblar cuando los turbo-reactores aumentaron sus revoluciones, en el momento en que se cerraban las puertas de la rampa.

En algún sitio del mundo, el Chacal y el doctor Hadad se lamerían las heridas. El vuelo 139, el aerobús de Air France, estaba ileso, como un símbolo de los compromisos y de las decisiones débiles que, en opinión de Shomron, obligaban a Israel a arriesgar vidas y sus limitados recursos en lo que tendría que haber sido una acción policíaca internacional.

«Si podemos hacer esto en África, lo podemos hacer en cualquier parte», informó más tarde. Él había argumentado que se debía tratar a las bases hostiles de esta manera drástica. «Operaciones quirúrgicas», las llamaba. Cuando una nación ocultase las huellas de los asesinos, sabría que Israel atacaría. Los aeropuertos y los pozos de petróleo podían quedar destruidos en ataques punitivos. En el cuartel general, había una lista de objetivos y en cada uno se indicaba el método apropiado de atacarlo: paracaidistas, comandos en helicópteros... Pero nada de esto se necesitaría si una agencia antiterrorista internacional saliera como resultado de la Operación Rayo. El general Shomron vio a los hombres volver a desnudarse hasta la cintura y echarse bajo los camiones sucios por el combate, volviendo a dormirse como si nada hubiera pasado.

21. Idi recibe la noticia desde Tel Aviv

En El Cairo, un primer atisbo de sentido común se notó en aquellos árabes que más tenían que perder con el terrorismo continuo. El presidente Anuar el Sadat fue levantado de la cama para escuchar un informe preliminar. Los dirigentes egipcios habían seguido la fortuna cambiante del terrorismo, estudiando el desarrollo de las bases guerrilleras en otros territorios árabes más radicales, y en Somalia, y algunos sentían que tenían más en común con Israel que con las fuerzas que armaban a esos artistas de la revolución moderna.

«No es ningún secreto que el architerrorista Carlos, el Chacal, está de vuelta en Libia —dictó Sadat más tarde al editor de *Akhbar el-Yorn*—. Quiero que Gadaffi lo sepa. El Chacal se traslada ahora a Yemen del Sur, luego al Sudán, apoyado por una superpotencia y tratando de convertir a los dirigentes ilusos de estas naciones sin experiencia en meros instrumentos en la estrategia de esa superpotencia.»

Sadat no identificó a la Unión Soviética, pero luego se refirió al apoyo ruso a Libia.

El presidente Amin fue despertado a las dos y veinte de la madrugada del domingo, hora ugandesa, por una llamada telefónica desde la tienda de Tel Aviv donde Bar-Lev estaba sentado al lado de la radio.

—Dígale a su gobierno que debe aceptar las condiciones de los secuestradores —dijo el presidente de Uganda.

—Ya veo —replicó solemnemente Bar-Lev.

—Ya no es un problema de negociaciones —dijo Amin.

—Pues gracias por todo lo que ha hecho —dijo Bar-Lev.

—¿Gracias? ¿Por qué? —preguntó Amin.

Bar-Lev colgó el teléfono. Un informe radiofónico de París ya había dado la noticia de la incursión a Entebbe. Evidentemente, Amin aún no se había enterado. Los rehenes estaban lejos de su alcance. Los terroristas que le facilitaran nueva fama estaban muertos.

Unas pocas horas después, a las cinco de la mañana, la situación fue el reverso. Esta vez Amin telefoneó a su amigo israelí.

Con voz ronca, preguntó a Bar-Lev:

—¿Qué me han hecho? ¿Por qué mataron a mis soldados? Después de todo, cuidé a los israelíes. Los traté bien, les hice objeto de atenciones, les di mantas, colchones. Esperaba que pronto se realizara el intercambio. Y mire, me han matado a mis soldados.

Bar-Lev dijo que la voz de Amin indicaba confusión y sorpresa. Amin aún no comprendía lo que había sucedido en Entebbe.

Dijo Amin:

—Mataron a mis soldados...

Y Bar-Lev:

—¿Quién fue? ¿Estaban armados los rehenes?

—No, los rehenes no dispararon. Vinieron aviones y dispararon.

Bar-Lev:

—¿Aviones? Yo no sabía que había aviones. Usted me despertó. Yo estoy en mi casa y no sé nada.

En el curso de la conversación, Amin logró dominarse. Bar-Lev le preguntó si quería hablar con su esposa, Nehama, a quien Amin conocía bien. El presidente no quiso, pero le envió saludos a ella y a los niños.

Antes de cortar, Amin recuperó su desparpajo:

—No como político, pero como soldado profesional debo decirle que la acción sin duda fue estupenda y que sus comandos fueron excelentes.

La luz del día le trajo nuevas ideas. Amin volvió a llamar con un pedido para que Israel proporcionara a su ejército «unas pocas piezas sueltas». Parte de su armamento y blindados no estaban en buenas condiciones y parecía que los rusos no estaban nada contentos con la pérdida de sus Mig-17 y Mig-21. Lo más posible es que los reemplazos de la Unión Soviética llegasen con órdenes estrictas para su protección. Como luego comentó un portavoz militar israelí:

«Los rusos han invertido veinte mil millones de dólares en esa zona en los últimos años y ahora tienen que elegir entre dirigentes inestables como Amin o grupos armados terroristas para que les garanticen la inversión.

»La incursión en Entebbe redujo la credibilidad del FPLP y la OLP. Sólo Dios sabe lo que le hizo a Amin.»

Quizás Amin tenía un presentimiento. Los aviones de la Operación Rayo transportaban a los rehenes a Israel cuando el presidente de Uganda habló con Uri Dan en Tel Aviv:

—Estoy llevando en mis brazos los cadáveres de los soldados muertos por las balas que dispararon sus hombres; pienso que me han pagado el bien con el mal —dijo el presidente Amin al autor. Las agencias de noticias ya habían publicado informes fragmentados sobre los aviones misteriosos que aterrizaron en Entebbe y produjeron una terrible conmoción que dejó desolación y muerte antes de volver a partir. Un portavoz militar israelí había hecho público un comunicado seco y breve:

«Los rehenes han sido liberados de Entebbe por una fuerza militar israelí.»

Las primeras y frenéticas llamadas telefónicas internacionales se multiplicaron y se convirtieron en una verdadera inundación que a Israel le llegaba de todas partes del mundo. Todos querían saber detalles de una operación que sorprendió y dejó atónitos a amigos y enemigos.

«Sin embargo, Idi Amin sabía muy poco de lo que había ocurrido ante sus propias narices —informó Uri Dan—. Tuve una gran dificultad en convencer a un asistente aterrorizado para que llamara a su presidente al teléfono. Cuando oí su voz entrecortada, me di cuenta de que había recibido la paliza de su vida. Era como un hombre al que le habían sacado la alfombra de debajo de los pies.»

Amin dijo:

—Le estoy hablando desde el aeropuerto. Estoy contando los cuerpos de los soldados que murieron durante la noche.

Al principio, su tono fue quejumbroso. Se presentó como el protector de los rehenes y la víctima inocente de la traición israelí. Negó haber colaborado con los terroristas palestinos.

—Hoy tenía la intención de trabajar para la liberación de los israelíes. Con este propósito, acorté mi estancia en la isla Mauricio, en la conferencia de la OUA. Ahora, lo único que me queda por hacer es contar las víctimas.

Amin se negó a decir cuántos soldados ugandeses habían muerto en el aeropuerto. Uri Dan tuvo la impresión de que Amin no sabía realmente lo que había sucedido.

—Sus Hércules llegaron y mis soldados no quisieron dispararles. De otro modo, los habríamos destruido.

La conversación duró treinta minutos:

—¿Por qué estaban allí sus soldados? ¿Los rehenes eran cautivos de sus soldados y no sólo de los palestinos?

—Los rehenes no estaban en las manos del ejército ugandés. Estaban en manos de los palestinos. Si mis soldados hubieran querido luchar, lo habrían hecho. Mis soldados estaban a 200 metros del edificio y los palestinos estaban adentro. Pregúntele a su gente cuando lleguen a Israel...

—¿Tiene la intención de venir a Israel a aclarar el problema y la situación que se ha creado?

—¿Por qué habría de hacerlo? No tengo ninguna razón para ir... Yo fui muy bueno con los rehenes israelíes. Ayudaré a quien sea en el mundo para conseguir la paz. Lamento que hayan matado gente inocente.

—¿Por qué permitió acciones de piratería en su territorio durante toda una semana?

—Ayer mismo hablé con el secretario general de las Naciones Unidas y le dije que había recibido un mensaje del avión que sólo tenía carburante para otros quince minutos de vuelo. Entonces le dije que tuve que otorgarle permiso para aterrizar en Entebbe. Desde ese momento, he estado ocupándome de las negociaciones para salvarlos —a Amin se le entrecortó la voz—. Los cuidamos muy bien. Hicimos todo por ellos. Les dimos comida, les dimos instalaciones sanitarias y los guardamos muy bien para poder luego repatriarlos. Y ahora, ¿qué me queda? En vez de darme las gracias, me matan a mi gente. Dios —agregó— ayudará a todos para conseguir la paz. Yo no quiero que haya guerra, porque todos somos hijos de Dios. También en el Cercano Oriente. Quiero conseguir la paz entre ustedes y los palestinos.

—¿Por qué —le preguntó Uri Dan— colabora con los palestinos y hasta permite que aprendan a pilotar sus Mig?

—Yo no colaboro con los palestinos. Los que secuestraron ese avión no eran todos palestinos. También había alemanes y franceses. Mis pilotos se encargan de eso.

Uri Dan preguntó cómo podían haber muerto sus soldados si no existía ninguna colaboración entre ellos y los palestinos.

—Los soldados —contestó Amin— estaban aquí para proteger las vidas de los israelíes. Yo salvé sus vidas y dígalos, cuando lleguen a Israel, que les deseo una vida feliz. Incluso se lo dije al coronel Bar-Lev, con quien acabo de hablar por teléfono. Si mis soldados hubieran disparado contra los aviones, habrían matado a sus soldados. Pero no quisimos pelear. Podemos hacerlo... cuando queremos. Lo único que queríamos era resolver su problema. Lamento mucho, mucho, lo que ha sucedido. Lo que hicieron fue algo malo.

—Señor presidente, sin embargo, ¿no es verdad que durante una semana usted brindó refugio a los secuestradores? En vez de echarlos, ¿por qué permitió que los palestinos intervinieran en los asuntos internos de su país?

—Ellos no intervinieron en los asuntos internos de Uganda. Yo quise proteger a su gente. Pero los palestinos... y no sólo los palestinos, sino los europeos, los alemanes y los franceses, colocaron explosivos en el edificio y amenazaron con volarlo. Los puse en el edificio porque quise que la gente estuviera en buenas condiciones. Pero no es verdad que haya colaborado con ellos. Yo traté de salvar las vidas de los pasajeros.

—¿Piensa proclamar el estado de emergencia? ¿No teme que después de una operación como ésta, después de semejante golpe, usted pueda perder la presidencia de Uganda?

—No —contestó Amin (vacilando y al parecer preocupado)—. No, no, de ninguna manera. Los soldados están conmigo y me están ayudando. No hay la menor dificultad.

—¿Proclamará el estado de emergencia?

—Sí.

Un momento después cambió de opinión y, en respuesta a cualquier otra pregunta referida al estado de emergencia, replicó:

—¿Por qué?

Uri Dan dijo:

—Para que pueda sobrevivir su régimen...

—No, mi país está bien protegido. Lo que sucedió es algo pequeño y nosotros nos ocuparemos de ello.

—Una última pregunta, señor presidente: ¿Se dirigirá a las Naciones Unidas con este problema o a la Organización de Unidad Africana?

—No puedo hablar de esas cosas por teléfono. Gracias.

Uri Dan escribió luego:

«Desde el momento en que me enteré del asunto del avión desviado hacia Uganda, no pude dejar de pensar en la escena de un documental sobre Idi Amin Dada en que rema un bote por el lago Victoria y habla con los cocodrilos. Mientras seguía las agotadoras negociaciones y la supuesta mediación de Amin, me imaginé una conversación de cocodrilos que yo no podía comprender. Cuando terminé mi conversación con Amin, me di cuenta de que el cocodrilo estaba en la otra punta de la línea.»

22. «Estoy triste por ti, hermano Jonathan»

Esa mañana, el *Sunday Nation*, de Kenia, publicó en primera página una versión del ataque. Puede haber sido algo incauto de parte del director George Githii, que había salido de Israel pocas horas antes. Sin embargo, fue como una bomba. Únicamente aquellos que conocían el procedimiento de producción de un periódico y la rutina soñolienta de terminar el sábado por la noche la edición del domingo, pueden haber sospechado.

El presidente Jomo Kenyatta había puesto a su compatriota kikuyu en el *Sunday Nation* por razones políticas y se mantenía a una distancia discreta. Nadie más en el Estado del partido único rompería la disciplina impuesta por Jomo, el viejo jefe de los Mau Mau que conocía muy bien las peculiaridades del terrorismo. Por tanto, cuando el *Sunday Nation* publicó su primicia, fue poco probable que el director Githii hubiera actuado sin el consentimiento del presidente. Kenia es demasiado pequeño. Y Amin en Uganda, se estaba volviendo demasiado grande. Hubiera resultado fácil guardar el secreto de lo que sucedía en el aeropuerto Embakasi, a varios kilómetros de Nairobi y separado de la ciudad por un parque zoológico, aunque el aeropuerto había estado plétórico de actividad toda la noche.

La insólita actividad empezó cuando un Boeing 707, sin previo aviso, un vuelo irregular de El Al, aterrizó a las 11.26 de la noche, hora local, y se dirigió a la Zona 4, destinada a aviones que requerían precauciones especiales de vigilancia. De inmediato, los hombres de la seguridad keniana y el personal de El Al pusieron al aparato en cuarentena. La matrícula de registro civil en la cola era 4XBY8, lo que contradecía la supervisión aérea que lo registraba como vuelo 169. Casi dos horas después, otro Boeing 707 se puso en contacto con la torre del aeropuerto de Nairobi y se anunció como el vuelo 167 de Tel Aviv.

Un tanto sorprendidos, los informadores aéreos de Nairobi aceptaron la explicación del capitán de que estaba demorado por desperfectos mecánicos. Entonces, llamaron al director de la estación de El Al para pedirle una aclaración. Esto fue suficiente para que el director de El Al se diera cuenta de que los aviones de rescate estaban camino de Nairobi desde Entebbe. A las 2.06, hora de Nairobi, el segundo 707 y el primero de los Hércules de la Operación Rayo aterrizaron juntos. Al cabo de treinta minutos, aterrizaron tres Hércules más y se unieron al resto de la flotilla en la Zona 4. Un hospital totalmente equipado dentro del primer 707 recibió a los heridos transportados por el Hércules. Las ambulancias llevaron a los diez más seriamente heridos al Hospital Estatal de Kenia, donde una enfermera canadiense de guardia nocturna oyó un pedido de transfusión de sangre. Se quedó «atónita» cuando vio llegar robustos soldados israelíes para dar las transfusiones. Ya sabían el tipo de sangre que se necesitaba. En el caso de Pasko Cohén, el sobreviviente de los campos de exterminio nazis, llegaron demasiado tarde. Murió poco antes del alba.

Los inmensos transportes cargaron gasolina para el largo viaje de retorno y algunos de los rehenes liberados abandonaron la zona de seguridad para comprar café y bocadillos. Era obvio que los servicios regulares eran prolongados después del período diurno normal. Los funcionarios del Directorio de Aviación Civil del África Oriental pidieron al personal que no «alborotara» respecto a esta hospitalidad, porque tenían venganzas contra sus colegas en Entebbe. En esa ocasión, el directorio informó que cuatro de ellos habían resultado muertos por soldados ugandeses, al parecer en venganza por no haber desafiado a los aviones israelíes que llegaban.

El último Hércules despegó de Nairobi menos de dos horas antes del amanecer. El hospital Boeing 707 lo siguió, dejando dos soldados israelíes gravemente heridos y un rehén herido en el

Hospital Estatal de Kenia. A la mañana, la única prueba de las actividades de la noche, según informó el *Sunday Nation*, eran unas manchas de sangre donde habían estado los aviones de rescate. Sin embargo, en todo el resto del aeropuerto Embakasi sólo había un avión de reconocimiento a larga distancia, un P3 Orion, el primer avión de la fuerza aérea norteamericana que tendría base —aunque muy provisional— en Kenia.

Cerca de la medianoche en Tel Aviv, el Estado Mayor, los ministros del gabinete y los oficiales superiores pasaron al despacho del jefe del Gobierno, los antiguos cuarteles de tejas rojas en el complejo militar y ministerial de Tel Aviv. Allí fueron recibidos por Menachem Begin, el dirigente de la oposición, quien, puntilloso como siempre, llegó de traje, camisa y corbata pese al calor reinante. Vino invitado por Rabin.

—*Kol hakavod...* Bien hecho —dijo Begin y abrazó al jefe del Gobierno.

—¿Un trago? —dijo Gur, mostrando una botella de whisky en dirección de Begin.

—Té —Begin empezó a desabrocharse la corbata. Fue la primera señal de concesión. Había mantenido su cortesía europea, sus hábitos abstemios, su cuidadoso sentido de la vestimenta como para ocultar su fama de terrorista que una vez los ingleses habían buscado para «destripar», tal como él mismo lo dijo. Él continuaba viviendo la época de su movimiento de resistencia Irgun una y otra vez, hora tras hora. Aún era el comandante del IZL —Irgun Zvai Leumi— aunque ya habían pasado 30 años desde el Domingo Negro en que los ingleses y los judíos moderados lo habían atacado.

—Entonces, que sea té —dijo Gur, y le dio un vaso con líquido color té.

Begin lo probó, hizo una mueca, luego sonrió:

—Salud... *Lechaim* —se tragó el whisky puro—.

Los ojos de Herzl y Weizmann parecieron guiñar desde sus retratos en las paredes.

—¿Saben ustedes cuántos combatientes perdimos durante las campañas de Irgun? —preguntó Begin.

—Varios centenares —dijo un joven asistente.

—¡Treinta y cinco! —Ahora el dirigente de la oposición se había sacado la chaqueta y la corbata—. Nuestra prioridad siempre fueron las vidas. Cuando los organizadores venían con proyectos, la primera pregunta siempre era: ¿Hay posibilidades de regresar a salvo?

Esa pregunta había sido hecha y contestada en este aniversario del Domingo Negro, tal como sucedía en cada aniversario de la fundación de Israel. Muchos más habían regresado de la Operación Rayo; más de los que esperaban los pesimistas. Y esto se debió a la misma preocupación obsesiva por la vida; «una obsesión —había dicho una vez Begin— que sólo se explica por haber visto el exterminio casi completo del propio pueblo».

Y, por tanto, quebró sus propias normas y brindó por los atacantes: casi quinientos hombres y mujeres en diferentes frentes, desde agentes hasta comandos. Habían perdido la vida de Yonni, pero de nadie más.

La sensación de alivio inundó a Begin unas pocas horas después, cuando la multitud lo aclamó en el aeropuerto Ben-Gurion, donde había llegado con la dirección de operaciones especiales a dar la bienvenida a los rehenes liberados. Durante ocho horas, desde las tres de la mañana, cuando la radio militar dio la noticia, las familias habían recibido mensajes de amigos o del comité. Primero se reunieron en el estadio de béisbol Yad Eliyahu, en la madrugada. Para entonces, los cuatro Hércules se habían separado y se aproximaban a bases secretas para dejar el equipo militar y a los comandos. Cada uno de los grandes transportes se comunicó con el aeropuerto Elath, en la entrada del golfo de Akaba, y pasó a baja altura sobre otras poblaciones donde se podía ver a la población civil saludando. Los aviones dejaron a los comandos y el

equipo que requería máxima protección, se reabastecieron y fueron al aeropuerto Ben-Gurion. Eran las once de la mañana y las familias de los rehenes ya habían llegado al estadio. Cuando las gentes vieron a Begin, lo izaron por encima de sus cabezas en reconocimiento espontáneo de que él representaba la tradición.

Se envió un telegrama a los padres de Yonni en Boston, Massachusetts, informándoles de la muerte en combate del coronel Yehonatan Netanyahu, hijo de Ben-Zion. Aquellos que conocían a su padre estaban seguros de que cuando éste se enterara de cómo había muerto su hijo, no habría lágrimas. Y así fue. Los padres viajaron para recibir el cuerpo de Yonni en Jerusalén. El padre, un erudito, profesor de historia judía en la universidad de Cornell, comprendía lo que lleva a cada soldado israelí a correr riesgos para recuperar el cadáver de un compañero muerto y sabía que se habían superado riesgos graves para traer de vuelta el de su hijo.

—Yonni literalmente me sacó de las calles —dijo uno de los comandos que visitó a los padres durante los siete días de duelo—. Hoy yo sería un criminal o pasaría de trabajo en trabajo. Hizo algo más que enseñarme a hacer marchas forzadas de noche por el desierto o a salir rápidamente de un helicóptero. Conocía todas las armas, pero me las hizo ver como medios para conservar a la nación. Me enseñó historia y me abrió los ojos. Por su causa, fui a la universidad.

Ben-Zion, el padre, escuchó a estos camaradas de un hijo caído, asintió y dijo muy poco. Había completado su estudio masivo de las persecuciones religiosas; únicamente su trabajo en los Estados Unidos lo había separado físicamente de su hogar en Jerusalén. Recibió al ministro de Defensa, Peres, quien pronunciaría el panegírico en el funeral de Yonni. Peres le recordó la delicada dedicatoria de Ben-Gurion a Reuben Avinoam: «A Reuben, quien perdió a su hijo y descubrió a una generación.» El ministro de Defensa agregó:

«Ben-Gurion aprendió de nuevo las sorprendentes riquezas humanas de nuestro pueblo y la tragedia abismal de la muerte prematura del mejor de nuestros hijos.»

Más tarde, Peres se puso de pie ante el cuerpo de Yonni y entonó:

«Estoy triste por ti, hermano Yehonatan, pues tú fuiste el más bondadoso conmigo», citando de Samuel 2, 1:26. Luego agregó: «Hay un trecho muy corto entre Yehonatan, hijo de Saúl, a Yehonatan, hijo de Ben-Zion.»

Una nota personal

Uno tiene que compartir la vida comunal de Israel para reconocer la integridad de los sentimientos expresados por el ministro de Defensa, Shimon Peres, cuyo amor por su pueblo quedó expresado en esas palabras pronunciadas ante el cadáver de Yonni. Después del ataque a Entebbe, en un gesto que reflejó el sentimiento nacional, Peres y el resto del gabinete decretaron que la misión debía ser recordada como Operación Yehonatan.

Una nación joven necesita sus héroes. Los israelíes no son un pueblo notablemente melodramático. Expresan su romanticismo de modo menos obvio. Los últimos años han sido duros y a veces desalentadores, y los extranjeros tienden a olvidar las tensiones vividas.

Cuando regresé a Israel después de la Guerra de Desgaste en los años 70, el ambiente había cambiado superficialmente. La gente se adaptaba a las nuevas amenazas. Había habido la lucha para construir una nación, la batalla para resistir los ataques contra las comunas y, luego, las guerras, frontales y clandestinas, que cada vez se volvían más técnicas hasta que pareció que se debía aguantar incluso más allá de lo posible.

Entonces, los israelíes se opusieron a los rusos: el más pequeño de los estados modernos contra el mayor régimen totalitario de la historia, con recursos ilimitados de armamentos.

Recuerdo haber temido que Israel había ido demasiado lejos: robos de modernos sistemas rusos de cohetes, apropiaciones de los armamentos más secretos de los estados árabes clientes de los rusos, de aviones rusos de guerra aún desconocidos en Occidente y, en general, haciendo parecer estúpida a la Unión Soviética, que se había convertido en arrogante e imperialista.

Recuerdo a Motti Hod, el jefe israelí de tal vez la mejor unidad táctica aérea de la historia, advirtiéndolo a Washington:

«Los rusos son flexibles y rápidos. No cometan el error de suponer que están trabados por las demoras burocráticas de una dictadura. En asuntos bélicos reaccionan en minutos ante situaciones que ustedes meditarían durante meses.»

Las respuestas rusas a Israel, desde que ésta revelara los fallos del armamento ruso, han variado. Parte de la variación es el terrorismo, el suministro de armas, el entrenamiento de fanáticos hecho mediante clientes que no tienen vinculaciones visibles con Moscú.

Israel se convertiría en una nación de rehenes. Sus enemigos más acérrimos siguen la lógica de los ataques anteriores: aislar a Israel.

El terrorismo ha sido un arma refinada en las manos de esos enemigos tradicionales. Los grupos de insatisfechos fanáticos pueden ser reclutados en cualquier país. La causa palestina era una sola bandera, creada por el aislamiento deliberado y la negligencia del mundo con respecto a los refugiados en las fronteras de Israel en los años cincuenta.

El terrorismo ha pasado de ataques con lanzacohetes contra *kibbutz* al secuestro de aviones comerciales con fines políticos. Todas las formas de la guerrilla bélica hacen perder energía a la víctima.

Si el terrorismo tiene éxito contra Israel, sólo será cuestión de tiempo, antes de que cada democracia se enfrente a la misma amenaza y en la misma escala. Porque, como dijo Daniel Moynihan en la Universidad Hebrea en los días de la Operación Rayo: «Israel se ha convertido en la metáfora para la democracia, así como los ataques absolutamente sin principios de los terroristas contra los ciudadanos israelíes se han convertido en la metáfora para el ataque general contra la democracia y la decencia, ataque que es el *ethos* continuo del totalitarismo de nuestro tiempo.»

Después de la Operación Rayo, hablé con los ministros que formaron parte de la dirección de operaciones especiales y con los generales, soldados y aviadores, y recordamos de nuevo de qué modo funciona esta democracia y por qué es tanto una ofensa para los rusos como una invitación a más ataques.

Los soldados y los políticos estaban exhaustos. La Operación Rayo fue, como dijo uno de ellos, «nada más que un ataque rutinario de comandos, pero que debió desarrollarse a una distancia más larga». De cualquier modo, había desafiado a la conciencia de quienes tomaron la decisión. Luego, mientras se desarrollaba, todos se unieron en un equipo formidable.

Cuando terminó, reaparecieron las viejas discusiones, unas discusiones que invitan a los enemigos de Israel a subestimarla en una crisis. Por cierto, el hábito de la discusión democrática es precisamente la clave de por qué fue descubierta la mejor solución posible al caso del vuelo 139. No obstante, el hábito de la discusión alienta a sus enemigos a pensar que la próxima vez se quebrará la comunidad.

Estos enemigos no pueden comprender el papel que tienen las emociones profundamente sentidas. El romanticismo de Israel es su último y decisivo armamento. Esta mentalidad, quisquillosa por fuera y suave por dentro, se expresó mejor en la historia de toda una familia israelí que fue capturada en el vuelo 139 y que retrocedió en el tiempo a los días de los pogroms y de los campos de concentración. Se trata de los Davidson: Uzi, el padre; Sara, la madre; Roni (17 años) y Benny (13), sus hijos.

Sara, la madre, es una mujer joven, hermosa y sin miedo, sin miedo ante el peligro físico o el desafío intelectual, como lo demostrara en las conversaciones que mantuvo con los secuestradores alemanes mientras éstos le apuntaban a la cabeza. He aquí citas de su diario y del de su marido, ambos liberados en el primer Hércules de regreso.

«Uzi me mira y yo miro a Uzi. Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, digo a los chicos: “No moriremos. Iremos a casa, a Israel. Estaremos juntos todo el tiempo.”

»Dije “juntos” y sentí un gran miedo en el corazón... Ya se sabe que una dice algo y de pronto se comprende la importancia de la palabra “juntos” y el peligro que nos aguarda si nos separamos y esa unión queda destruida.

»Toda la familia comprendió. Sin decir una palabra, nos apretujamos, todos juntos, reconfortándonos mutuamente. Uzi era como el comandante de esta pequeña unidad. Susurró:

»—Si se llevan a los hombres y los separan de las mujeres, vosotros, chicos, quedaos al lado de vuestra madre, todo el tiempo con vuestra madre. Tú, Roni, que eres el mayor, tú comprendes...

»Mis hombrecitos: Roni y Benny. Hace apenas un día eran mis niñitos.

»No todo el mundo guarda la calma. Nuestros chicos están quietos y tristes. De varias direcciones, oigo voces histéricas:

»—Nos exterminarán, nos matarán a todos. Van a hacer una carnicería.

»Tuve una larga conversación con el secuestrador alemán. Le pregunté:

»—Cuando volábamos desde Atenas, ¿cómo supieron que el piloto ya se dirigía a Benghazi? Podría haber simulado que obedecía vuestras instrucciones e irse a Lod o algún otro sitio.

»Él me miró, sonrió y dijo:

»—Aprendí bien el tema en varios países árabes. Me pasé muchos meses aprendiendo a leer mapas e instrumentos. Yo sabía a dónde se dirigía el avión.

»Se quedó en silencio y luego dijo:

»—Ustedes tienen un país hermoso, verdaderamente hermoso.

»Le pregunté:

»—¿Ha visitado mi país?—. No me contestó. En vez de contestar, volvió a sonreír. Yo dije: —Quizás no tendría que haberle hecho esa pregunta—. Y él volvió a sonreír.

»El “capitán” alemán leyó una declaración:

»—Los franceses son los enemigos de los árabes. Dieron a Israel un reactor nuclear. Los norteamericanos son los enemigos del pueblo árabe; dan a los israelíes armas mortíferas. Pero el enemigo principal es Israel y los israelíes.

»¡Una bonita sensación! Estamos preparados para nuestro destino, diferente del de los demás. El “capitán” nos asegura:

»—No sufrirán ustedes ningún daño. Toda la historia de los secuestros prueba que nosotros no matamos a los pasajeros. Nosotros negociaremos. Tenemos demandas. Si son satisfechas, les liberaremos y volverán a sus casas.

»Los aplausos me matan. Me hacen hervir la sangre. Cada vez que habla el “capitán”: aplausos. Cada vez que hace su aparición Idi Amin: una ovación. No soy ninguna heroína; no hay nada que no hiciera para salvar a Uzi y los chicos. No puedo hacer lo que realmente me gustaría hacer: ponerme de pie y decirle a Amin o a los terroristas: “¡Me importan un rábano! ¡Yo soy judía! ¡Soy israelí!” Pero siempre que pueda mantener un poco de dignidad humana y nacional, ¿qué sentido tiene humillarse y darles la bienvenida con aplausos? Tenemos que demostrar respeto a Amin porque estamos en sus manos y él puede determinar nuestra suerte. Respeto... ¡muy bien! ¡Pero nada de agacharse ni de esta autohumillación! Parece que, en estas circunstancias, resulta difícil mantener erguida nuestra estatura humana y judía.

»Corren rumores. Los ugandeses, al parecer, están colocando cables afuera. ¿De qué se trata? Un rumor dice que es un modo de escuchar todo lo que decimos. Pero, según otro “informe”, la zona está siendo preparada como trampa de explosivos. Entra un soldado ugandés y dice:

»—Hemos puesto unas cuerdas afuera para colgar la ropa. Las mujeres pueden lavar en el lavabo y colgar la ropa fuera.

»¡Qué alivio! Ni minas ni micrófonos, nada más que cuerdas para colgar la ropa. Eso tiene un sentido más humano.

»El “capitán” me sonríe. Hice acopio de coraje para acercarme a él. No estaba nervioso. Le pregunté sobre la suerte de nuestro equipaje.

»Me explicó que lo estaban preparando para que lo recibiéramos, pero las maletas estaban en el interior del avión, y el aeropuerto de Entebbe no tenía equipo para descargarlas. Habló con libertad. Yo pensé: “¿Debo de hablar? ¿Irme?” Algo suyo me alentó a seguir hablando. Le pregunté:

»—¿Cómo nos pueden tener en estas condiciones sin colchones ni mantas, tan apretujados?

»Sacó un pedazo de papel y un bolígrafo y anotó mis pedidos: colchones, mantas, jabón para lavar, y una limpieza completa de los lavabos. Prometió ocuparse de ello. Pero él ya no estaba al frente de los demás; únicamente en el avión había sido el comandante. Aquí los árabes eran los jefes y él era un soldado que obedecía órdenes.

»El hombre provocó mi interés. Era un enigma para mí. Yo podía comprender a los palestinos desde su punto de vista. Pero él, un alemán, daba la impresión de ser un joven educado e inteligente. Le pregunté:

»—¿Por qué está usted aquí?

»Dudó un momento y luego se explayó. Cree en los derechos del pueblo palestino. Son un pueblo infortunado, sin tierra. No puede vivir indiferente a su destino. Tenía que ayudarlos. En consecuencia, estaba allí y estaba preparado para hacer cualquier cosa por ese pueblo desgraciado.

»—Supongamos que usted y el Frente y todos los demás enemigos de Israel en los países árabes y en el resto del mundo logran destruir a Israel, que Dios no lo permita, y los judíos sobrevivientes vuelven a dispersarse por el mundo, ¿qué harán ustedes? ¿Secuestrarán aviones para que el pueblo judío vuelva a su patria o hacen eso únicamente para los palestinos?

»—Estoy de acuerdo en que ustedes tienen que tener un estado propio.

»—¿Está usted a favor de la existencia de Israel?

»—Sí, por supuesto. Pero, o se establece un estado palestino al lado de su estado o ustedes tendrán que vivir junto a los palestinos en un único estado.

»—Eso va en contra de los conceptos de la gente a cuyo servicio usted está actuando y arriesgando su vida. Ellos no están preparados para reconocer el derecho a la existencia de Israel.

»—No soy un portavoz del Frente. Yo tengo mis propias opiniones. ¿Alguna vez ha visto un campo de refugiados palestinos? ¿Ha visto cómo vive esa gente? ¿Ha visto sus niños?

»—Al final —le dije—, el Cercano Oriente encontrará la solución a su problema. La guerra no puede continuar para siempre. ¿Qué hará entonces usted? ¿A qué pertenecerá?

»Casi se ofendió.

»—Yo soy alemán. Amo a mi país. No como es ahora. Quiero otra Alemania. Vivo escondido. En una fuga continua. La policía alemana me busca todo el tiempo. Yo sé que mi vida terminará con un balazo en la cabeza o sentado en una prisión durante largo tiempo. Tengo el presentimiento de que se acerca mi fin... Sucederá pronto.

»—Usted se está desperdiciando, joven —le dije—. Es una persona inteligente. Si estudiara algo útil, podría servir a la humanidad y sus valores mucho mejor que secuestrando aviones. Usted vive dentro de un marco donde gasta en vano sus energías.

»Me dijo apologeticamente:

»—Aunque soy joven, he estudiado mucho.

»—Quizás —dije—, pero se está desperdiciando y no se utiliza bien a sí mismo.

»Quedó en silencio.

»—Dígame la verdad —dije—, ¿cómo se siente de pie ante estas mujeres y estos niños, con el arma lista como en este momento? Si tiene que pelear contra nosotros, disponemos de soldados. ¿Por qué no pelea contra nuestros soldados?

»—Créame, me siento mal en esta posición, enfrentado a esos niños y a usted... —concluyó, bajando la vista.

»Durante todos estos años, yo no pude comprender el Holocausto. Año tras año, leí todo lo que se escribe sobre el tema y veo las películas y escucho los testimonios aterradores. Y no comprendo. Pero, ¿por qué los judíos entraban en las cámaras de gas tan pacíficamente? ¿Por qué iban como ovejas al matadero cuando no tenían nada que perder? Necesité esa pesadilla en Entebbe para comprender, y ahora, únicamente ahora, comprendo. Es fácil engañar a la gente cuando tienen tantos deseos de vivir. Los judíos en el Holocausto no sabían lo que les esperaba, y creían las mentiras sobre los campos de trabajo y las duchas. Nosotros también fuimos fáciles de engañar. La alemana era como un animal salvaje. Frustrada como persona y como mujer. Pero ella fue menos peligrosa. Porque era franca acerca de cómo realmente era y no tenía ninguna máscara. Jamás se me hubiera ocurrido hablar con ella. Era un enemigo declarado.

»El alemán, en cambio, adoptó una manera agradable. Era un enemigo escondido, simulador, tentando a sus víctimas a creer en sus buenas intenciones. Era tan quieto, tan agradable, tan afable que... después de mi conversación con él, me encontré acusándome a mí misma: «¡Tú lo has creído! ¡Logró engañarte!»

»Si nos hubiera ordenado marchar en una dirección determinada, donde sus colegas nos esperasen con ametralladoras, listos para exterminarnos, hubiéramos ido. Porque él sabía sonreír y simular. No perdía ninguna oportunidad para decirnos:

»—Ustedes no tienen la culpa. Son buenas personas. Nada les sucederá. No se preocupen. Su gobierno acordará un intercambio y regresarán a sus casas.

»Y debido a que nosotros queríamos tanto creer que era diferente de los demás, mejor y más simpático que los demás, le creíamos. Creer es muy fácil. Si el asunto no hubiera terminado como terminó, nadie hubiera tenido que obligar a este “buen alemán” a vaciar sus cartuchos en nuestros hijos o hacernos volar con granadas y explosivos.

»Es la primera vez que comprendo el Holocausto.»

Uzi Davidson también tomó sus notas:

«En la última noche de nuestro cautiverio, yo leía algo sobre Winston Churchill y afuera oí dos o tres ráfagas de metrallera. Luego un disparo solitario. Levanté la cabeza y vi que los secuestradores corrían a sus puestos. Nosotros estábamos a un costado del salón. Yo no tenía idea de lo que estaba sucediendo. Pensé que uno de los soldados ugandeses había disparado por accidente. Temí que iba a haber problemas.

»Perdí el sentido del tiempo, pero pienso que a los dos segundos tenía a toda la familia arrastrándose en dirección de los lavabos. Allí había una pared donde nos podíamos proteger. Pensé que era mejor ir allí. No sé cuánto tiempo estuvimos allí. Parecieron cinco años, interminables.

»Afuera, se oía un serio enfrentamiento, cada vez más duro, con disparos y explosiones. No intercambiábamos una palabra. Yo no vi a los terroristas.

»Alguien en la sala se puso de pie y gritó:

»—¡Sí, sí, son soldados israelíes!

»Y mientras yo pensaba por qué ese hombre gritaba semejante absurdo, vi una de las mejores visiones de mi vida: al lado nuestro estaba un soldado israelí, de origen yemenita —bajo, delgado, llevando una Kalachnikov que parecía medir dos veces su tamaño—. Estaba tan tranquilo como si hubiera venido a invitarnos a un trago, como por casualidad. Nos dijo:

»—*Shalom*, amigos. Todo está dominado. Poneos de pie con calma y seguidme. Os llevamos a casa.

»Pareció algo irreal e imposible. Yo no supe con seguridad si estaba soñando o no, si estaba imaginando o participando de un drama anormal, pero esa voz tranquila fue tan convincente, tan simple, tan poco dramática, que nos pusimos de pie y lo seguimos hasta el avión y subimos con calma... tal como él nos había pedido.»

Las últimas anotaciones de Sara son las siguientes:

«Hay un versículo: “La redención del Señor llega como el guiño de un ojo”. Cuando oímos el súbito tiroteo, yo pronuncié el *Stima Yisrael!* que un judío dice cuando le llega la hora.

»Y un soldado saltó hacia mí y habló en hebreo. Sentí que se me ponía la piel de gallina. Yo no moriría; viviría para contar las hazañas del Señor.»

Los noventa minutos en Entebbe tuvieron que suceder porque Israel se negó a negociar vidas inocentes por terroristas. Tres días después, la misma mujer cuya libertad era exigida por los secuestradores del vuelo 139 fue ayudada a escapar de una prisión de máxima seguridad.

El Terror Internacional una vez más había expuesto a Israel al aislamiento en la lucha contra la conspiración mundial para destruir la sociedad civilizada.

La terrorista cuya libertad había sido exigida a cambio de las vidas de hombres, mujeres y niños inocentes era Inge Viett.

Cuando fracasó la intentona extorsionista en Entebbe, la libertad de Inge Viett fue asegurada por otra rama del Terror Internacional. Con armas introducidas en sus celdas, Inge y otras tres terroristas alemanas batieron a sus guardianes en la prisión de Alemania Federal y desaparecieron en la noche.

—No tengo comentarios apropiados —dijo a la prensa el ministro de Justicia, Hermann Oxfort, en Berlín Occidental. *¿Y cómo los hubiera podido tener?*

Inge Viett había sido encarcelada como la terrorista que procurara la libertad de otros cinco anarquistas detenidos cuando ayudó a secuestrar a Peter Lorenz, del Parlamento de Berlín Occidental. Se amenazó a Lorenz con la ejecución hasta que los anarquistas fueron llevados, a expensas del gobierno alemán y en su propio avión de lujo, a la libertad en Yemen del Sur.

Cualquier derrota que el terrorismo internacional sufriera a manos de la Operación Rayo fue disminuida con la fuga de Inge Viett. Con sus compañeras terroristas, salió de Europa a las cuarenta y ocho horas, a tiempo de leer el primer debate en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, donde se acusó a Israel de «flagrante violación de la soberanía de Uganda».

La yuxtaposición de ese irónico debate y la fuga de los terroristas puede parecer a los historiadores futuros como algo inevitable. Inge Viett, el Chacal, el doctor Hadad y el comandante terrorista muerto en Entebbe se reconfortarían con ello.

En otras partes, el debate fue recibido como una vindicación de Israel. Sin duda, esto da una noción de lo corrompida que ha sido la moralidad internacional. En los nueve años pasados desde la Guerra de los Seis Días, virtualmente cada resolución de las Naciones Unidas condenatoria del Estado de Israel ha sido aprobada, salvo en el Consejo de Seguridad, donde el veto de los Estados Unidos nos ha salvado de una desgracia total.

En la semana siguiente a Entebbe, volvió a intentarlo el inmenso bloque anti-israelí de las Naciones Unidas. Una moción para censurar a Israel, presentada por la Organización de Unidad Africana, no pasó por falta de apoyo. Al final, el Consejo de Seguridad no pudo hacer la vista gorda al terrorismo político. Pero aún estuvo lo suficientemente intimidado como para no decir nada *contra* el terrorismo.

«Israel no fue condenada y por tanto, ha sido vindicada», decía la argumentación de aquellos que recibieron los resultados como una victoria.

¡Qué lamentable comentario sobre la moralidad internacional! *¡Israel no fue condenada!* Los valores han sido invertidos. La paz a cualquier precio es ahora el objetivo de un foro que nació del Holocausto para preservar la humanidad, no para sacrificarla para sobrevivir a cualquier costo.

La sensación de aislamiento de Israel en los días anteriores al 4 de julio fue aumentada por la actuación del Consejo de Seguridad. Yo recordé las palabras de un comandante de la fuerza aérea israelí en la cabina de mandos de un avión mientras maniobrábamos sobre la tierra baldía donde un día Salomón destruyó el Templo.

Yerucham Amitai dijo por el intercomunicador:

—¿Piensas que volveríamos a hacerlo?

—Tengo esa sensación —dije. Estábamos en unos tiempos en que el terrorismo había encontrado nuevas fórmulas para penetrar en Israel: la Guerra de Desgaste. Algo que nadie sabía a ciencia cierta cómo manejar, porque al luchar contra esa clase de terrorismo, existía el peligro de perder el propio sentido del bien y del mal.

—Tienes razón —me dijo Amitai—. Nunca más volveremos a someternos a la liquidación.

Amitai había sobrevivido a los campos de la muerte para volar a Israel. Me había contado de Varsovia, del mundo clandestino, de su escapada de los nazis. Había trabajado como albañil en

Palestina para aprender a volar. Llegó a ser tan bueno que pilotó casi todos los aviones en servicio. Entrenó a la Fuerza Aérea de Uganda. Entrenó a los aviadores de Singapur y de otros estados pequeños. Eso se transformó en su misión: enseñar a los débiles a defenderse de los fuertes. Cuando resultó muerto en un accidente absurdo, sentí una sensación de fracaso. Su historia me fascinaba y, sin embargo, nunca he sabido cómo expresar para él el sentido profundo de una resolución inexorable.

Pero hay un tiempo para que hablen los muertos.

Amitai hubiese escuchado al Consejo de Seguridad y se hubiera encogido de hombros.

«No dependemos de nadie —hubiera dicho repitiéndome sus palabras—. Sí Israel alguna vez no puede proteger a su propia gente, dejaría de tener sentido. Nos han obligado a mantener una defensa agresiva y las cosas cada vez están más duras.

»Al final, quizá tengamos que optar entre una acción que pueda llegar a destruir al mismo Templo de la Humanidad antes que ceder un solo miembro de la familia a los verdugos.

»La supervivencia en otras circunstancias no es ninguna supervivencia. Y todos nosotros, sea cual fuere nuestra raza, no valdremos nada si compramos nuestras vidas a costa de nuestra conciencia.»

NACIONES UNIDAS
CONSEJO
DE SEGURIDAD

EXTRACTO DEL ACTA TAQUIGRAFICA PROVISIONAL DE LAS 1939/1942a.
SESIONES (ESPAÑOL)

Celebradas en la Sede, Nueva York, los días 9 al 13 de julio de 1976

Presidente:

Sr. VINCI (Italia)

Miembros:

Benin	Sr. PAQUI/Sr. BOYA
China	Sr. LAI/Sr. CHOU
Estados Unidos de América	Sr. SCRANTON
Francia	Sr. LECOMPT
Guayana	Sr. JACKSON/Sr. HAYNES
Japón	Sr. ABE
Pakistán	Sr. MIRZA
Panamá	Sr. ILLUECA/Sr. RIOS
Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte	Sr. RICHARD
República Árabe Libia	Sr. KIKHIA
República Unida de Tanzania	Sr. SALIM
Rumania	Sr. DATCU
Suecia	Sr. SUNDBERG
Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas	Sr. KHARLAMOV

9 de julio de 1976

Ser. ABDALLA (Uganda): La delegación de Uganda agradece a los miembros de la OUA por haber pedido la convocación del Consejo de Seguridad a fin de considerar la agresión sionista israelí contra la soberanía y la integridad territorial de Uganda.

Mi delegación también desea dar las gracias a usted, señor Presidente, y a los miembros de este Consejo, por haber accedido a esta convocación.

Hacia las cuatro horas del 28 de junio, hora africana del Este, el Excmo. Al-Hajji Mariscal de Campo Dr. Idi Amin Dada, Presidente Vitalicio de la República de Uganda, fue informado por una llamada telefónica de Entebbe, desde la torre de control, de que un avión francés desviado, con unas 250 personas a bordo, estaba en las cercanías de Entebbe y pedía permiso para aterrizar.

Nuestro Presidente Amin se encontró ante un dilema: denegar al avión el derecho de aterrizar, eliminando así la posibilidad de salvar las vidas de quienes llevaba a bordo, o permitir que aterrizara en Entebbe y encontrarse con una situación como la de la desviación de una aeronave. Teniendo en cuenta todo esto y motivado por consideraciones humanitarias, el Presidente Amin ordenó que se permitiera el aterrizaje en el aeropuerto de Entebbe. Un

contingente de fuerzas de seguridad fue apostado para evitar peligros y el entorpecimiento del tráfico aéreo, así como para averiguar cuáles eran las intenciones de los secuestradores en el aeropuerto, que se encuentra a una milla de distancia.

Se necesitaron varias horas para realizar el primer contacto, mediante el cual las autoridades ugandesas se enteraron de que quienes se habían apoderado del avión eran miembros del Frente Popular para la Liberación de Palestina y que llevaban con ellos a unos 250 rehenes, de unas 15 nacionalidades diferentes y de distintas edades. Los secuestradores manifestaron que no deseaban que nadie se acercara a la aeronave y que las autoridades ugandesas no podrían acercarse a menos de 50 metros del avión.

Después de varias conversaciones con los secuestradores, el Presidente de Uganda los convenció de que permitieran el envío de refrescos. Los secuestradores informaron que esperaban nuevas instrucciones de sus líderes y que, con ese fin, querían que se diera publicidad al hecho. En esa misma oportunidad, hicieron una larga declaración sobre la política de la organización a la que pertenecían y pidieron nuevamente que se le diera la mayor publicidad posible.

Ansioso de cooperar, pensando en los rehenes, el Gobierno de Uganda convino en que se diera repetida información sobre el hecho por la radio de Uganda, además de darse publicidad a las palabras de los secuestradores, con el fin de complacerlos.

Inicialmente, la intención de las autoridades era ofrecer a los secuestradores combustible y alimentos, y pedirles que se fueran a otra parte. Se mostraron reacios a hacerlo, y se negaron a adoptar medida alguna hasta tanto se hubieran puesto en contacto con sus líderes, para dar a conocer entonces los motivos del apoderamiento de la aeronave. Esto continuó durante la mayor parte del día, al propio tiempo que el Presidente Amin se encargaba de muy delicadas y difíciles conversaciones y negociaciones.

Por último, el Presidente Amin logró que se permitiera salir del avión a los rehenes y se los trasladara al edificio del aeropuerto. Este proceso fue muy difícil, y para entonces los secuestradores estaban muy irritados y tenían sospechas con respecto a las medidas de las autoridades ugandesas. A fin de trasladar el avión más cerca de la terminal, los secuestradores exigieron una inspección de todo el edificio, para garantizar la seguridad propia y la de los rehenes. Algunos de ellos salieron del avión y colocaron explosivos en posiciones estratégicas, pidiendo la retirada de las fuerzas de seguridad ugandesas a 200 metros de la terminal.

Es pertinente mencionar ahora que los secuestradores, además de poseer explosivos de alto poder, disponían de armas automáticas. Los secuestradores no permitieron a las fuerzas armadas de Uganda que se acercaran al edificio del aeropuerto; esto fue parte de la negociación. Sin embargo, una vez que los secuestradores y los rehenes se encontraron en el edificio, se puso a su disposición muchos servicios, como el servicio médico, y se les entregaron alimentos y otras facilidades, que distribuyeron algunos civiles, mientras continuaban las negociaciones con los secuestradores.

La mayor parte de] día 29 se consumió buscando modalidades concretas de negociación, mientras se esperaba saber cuáles eran los deseos de los secuestradores. Al terminar el día, éstos propusieron que fuera su portavoz el Embajador de Somalia en Uganda, como decano de la Liga Árabe.

También durante ese día, los secuestradores buscaron información entre los rehenes con respecto a nacionalidad, profesión y edad. Las exigencias de los secuestradores aún no habían sido dadas a conocer al concluir la jornada.

Asimismo, durante el día, los secuestradores aceptaron que, además de alimentos, se pusiera a disposición de los rehenes que necesitaban atención médica, un equipo médico integrado por un profesional y varias enfermeras.

El 30 de junio, después del informe del equipo médico, el Presidente Amin hizo un llamamiento a los secuestradores, y se puso en libertad a 47 rehenes, entre ellos ancianos, enfermos y algunos niños.

El mismo día, los secuestradores dieron a conocer por primera vez sus exigencias: que se pusiera en libertad a un total de 53 personas encarceladas en Israel, Alemania Occidental, Francia, Suiza y Kenya. La exigencia se comunicó al Embajador de Somalia, así como a las autoridades de Uganda. Éstas, a su vez, la transmitieron al Embajador de Francia. También en esta ocasión, los secuestradores fijaron un nuevo plazo —las 14, hora africana, del 1.º de julio— para el transporte de los encarcelados para realizar el intercambio.

El primero de julio —primer plazo— los secuestradores habían decidido liberar a 53 súbditos de los gobiernos que, anteriormente se han mencionado. El Presidente Amin logró convencerlos de que los pusieran en libertad antes del 4 de julio, pero además continuó pidiéndoles que pusieran en libertad al resto de los secuestrados. La respuesta de los secuestradores fue liberar a cien rehenes pertenecientes a nacionalidades que no fueran la de Israel, pidiendo se ampliara el plazo hasta las 11 horas del 4 de julio, para poder estar seguros de que se cumpliría su pedido.

Hasta entonces, como puede verse, el Presidente Amin desempeñó una parte vital en las conversaciones de los secuestradores y en convencer a éstos de que pusieran en libertad a los rehenes. Casi todo el tiempo lo dedicó a las negociaciones y prácticamente no durmió. Recibió varios mensajes de líderes de distintas partes del mundo apreciando el esfuerzo realizado. Por ejemplo, el Presidente de Francia expresó su aprecio, dos veces en el mismo día, por los laboriosos esfuerzos del Presidente Amin tratando de lograr la liberación no sólo de una parte de los rehenes sino de la totalidad de ellos.

El 2 de julio el Presidente Amin tuvo que ir a Mauricio, donde debía inaugurar el trigésimo período de sesiones de la Conferencia de Jefes de Estado y de Gobierno de la OUA y entregar la Presidencia al nuevo Presidente. Mientras estuvo en Mauricio, el Presidente Amin aprovechó la oportunidad para informar a sus colegas de todos sus esfuerzos en favor de los rehenes. En sus conversaciones, el Presidente Amin hizo un llamamiento a todos los gobiernos interesados para que hicieran todo lo posible por salvar la vida de los restantes rehenes. También en esta oportunidad informó plenamente de la cuestión al Secretario General de las Naciones Unidas y le rogó que interpusiera sus buenos oficios para convencer a los gobiernos de la gravedad y urgencia de la cuestión.

Debido a la delicada situación en nuestro país, el Presidente Amin tuvo que acortar su estancia en Mauricio y regresó el 3 de julio a primera hora. Inmediatamente después de su regreso, estableció contacto con toda rapidez con todos los interesados, incluso los rehenes, con los cuales habló personalmente, en presencia del Embajador de Somalia —siendo ésta la tercera vez— tranquilizándolos y relatándoles sus incesantes esfuerzos para tratar de que se les pusiera en libertad. También aprovechó la oportunidad para agradecer a los rehenes las palabras de aprecio que le habían dirigido durante el día por los esfuerzos que hacía en su defensa.

Instantes después, las fuerzas israelíes aterrizaron en el aeropuerto de Entebbe. Como se dice en el mensaje dirigido al Presidente del Consejo por nuestro Presidente, el 4 del corriente:

«A las 21.20 horas GMT, tres aviones de transporte sionistas de Israel aterrizaron por sorpresa y sin autorización alguna del Gobierno de Uganda en el aeropuerto internacional de Entebbe. Acto seguido, procedieron directamente al edificio del antiguo aeropuerto donde

comandos palestinos tenían a los rehenes y a la tripulación del aerobús francés que había sido desviado en vuelo entre Tel Aviv y París. Dos jeeps militares salieron de las aeronaves y los invasores, utilizando ametralladoras y bazookas, empezaron a disparar indiscriminadamente contra el edificio del aeropuerto y los soldados ugandeses que habían rodeado el edificio a una distancia de 200 metros y que, conforme a las condiciones establecidas por los secuestradores del avión francés, portaban sólo armas ligeras.

Los invasores israelíes rápidamente montaron un ataque contra los secuestradores matando a siete de ellos y a algunos rehenes, así como a varios soldados ugandeses, e hiriendo a muchas personas más. Los invasores israelíes también hicieron fuego contra el edificio del antiguo aeropuerto causando considerables desperfectos y destruyendo varias aeronaves ugandesas que estaban estacionadas cerca y otro equipo.» (S/12124, Anexo, pág. 1).

Quiero hacer notar a este Consejo ciertos aspectos de la invasión israelí que claramente indican que Israel no realizó la invasión sin el conocimiento, colaboración y asistencia de algunos otros países.

África no debe permitir que parte alguna de sus territorios sea utilizada por los tiranos sionistas o por sus amigos y colaboradores para atacar a otro país hermano.

Según la información de que disponemos —la cual ha sido confirmada por la prensa internacional— los israelíes sionistas habían planeado en Tel Aviv, ya el primero de este mes, invadir Entebbe. Es decir, el mismo día en que el Presidente Amin había convencido a los secuestradores de que ampliaran el plazo de sus demandas y en que había tenido éxito al conseguir que los secuestradores liberaran a gran parte de los rehenes. La delegación de Uganda sabe, además, que el plan israelí de invadir Entebbe debió haber sido montado ya cuando el avión de los secuestradores llegó a Uganda. Es de notar que la misma noche de la invasión, exactamente una hora y cuarenta minutos después de que las fuerzas israelíes habían aterrizado en Entebbe, La Voz de América informaba por radio del éxito de esa misión. Eran las dos de la madrugada en el África y las 23 horas GMT. Esa semana, los periódicos dominicales británicos, que normalmente se publican la medianoche del sábado, contaban ya con grandes detalles, la historia de la llamada operación exitosa contra Entebbe.

The Sunday Express, por ejemplo, en su edición de las 2.30 horas de esa misma mañana, informó que:

«Una fuerza de comandos israelíes rescató hoy a todos los rehenes secuestrados por guerrilleros pro palestinos en el aeropuerto de Entebbe, Uganda, y un vocero israelí dijo en la madrugada de hoy que la tripulación de Air France había sido liberada también. Se escucharon explosiones en el aeropuerto de Entebbe después que aviones israelíes aterrizaron allí.»

Quiero dejar bien en claro que Uganda nunca ha condonado —y nunca lo hará— la piratería internacional. Por consiguiente, no es cierto decir, como han afirmado los círculos rectores de Israel, que Uganda ha colaborado con los secuestradores. El Gobierno de Uganda quedó involucrado en esta cuestión por accidente y puramente por consideraciones humanitarias. Tal vez la tripulación del aerobús francés esté en mejor situación para contarnos cómo terminó ese secuestro en Uganda. Según sabemos nosotros por los informes de prensa, el aerobús francés perteneciente a la compañía Air France, vuelo 139, salió de Tel Aviv rumbo a París vía Atenas. Después de despegar de Atenas los secuestradores se apoderaron de la aeronave e hicieron que aterrizara en Benghazi, de donde volvió a salir después de repostar. Su pedido de aterrizaje en Khartoum fue denegado y, posiblemente, debido a ello, aterrizaron en Entebbe quedándoles solamente 15 minutos de combustible. t)e esta historia se desprende que los secuestradores querían ir a Khartoum.

Uganda prestó toda la hospitalidad y ayuda que podía dar a todos los rehenes. La respuesta a este gesto humanitario por parte de los sionistas israelíes —vehículos del imperialismo— fue invadir a Uganda, poniéndose una vez más a la altura de su historia de barbarie y bandidaje. Mediante este acto de clara agresión contra Uganda, los sionistas mataron a ugandeses que estaban tratando de proteger a los rehenes y causaron grandes daños a las propiedades de Uganda.

¿Es éste un Miembro digno de nuestra Organización? Uganda ha indicado su posición en muchos foros internacionales con respecto a la calidad de Miembro de Israel en las Naciones Unidas. Su última posición fue indicada por el Presidente Amin en el trigésimo período de sesiones de la Asamblea General.

Pedimos a este Consejo que condene sin reservas en los términos más firmes posibles el incalificable e injustificado acto de agresión perpetrado por Israel contra la República soberana de Uganda. Uganda pide a Israel plena indemnización por los daños causados a sus propiedades y por las pérdidas de vidas ocurridas durante su invasión. Nuestras autoridades se hallan preparando los detalles de la reclamación derivada de estos daños.

Sólo puedo confiar en que ningún otro Estado africano pueda ser manchado por sospechas en esta cuestión tan sórdida, ya que ello equivaldría a que nadie en el continente dé su apoyo a la idea de la unidad africana. Esta unidad ha sido forjada con el sudor, los sufrimientos y la sangre de todos nuestros hermanos africanos. Que nunca haya temor o sospecha alguna.

En nombre del Presidente Amin, del Gobierno y de todo el pueblo de Uganda, deseo terminar la presentación de mi delegación expresando nuestro agradecimiento a todos aquellos países y organizaciones, especialmente la Organización de la Unidad Africana, que, desde que ocurriera esa agresión incalificable contra el inocente pueblo de Uganda, nos han enviado mensajes de simpatía, solidaridad y apoyo que hemos apreciado mucho.

Sr. HERZOG (Israel): Desde un punto de vista puramente formal, esta sesión se ha convocado a raíz de una reclamación contra el Gobierno de Israel. No obstante, permítaseme dejar en claro que, al estar aquí como representante del Gobierno de Israel —hecho que me honra—, en modo alguno estoy sentado en el banquillo de los acusados. Por el contrario, vengo aquí como acusador en nombre de las personas libres y decentes de este mundo. Estoy aquí como acusador contra las fuerzas del mal que han desatado una ola de piratería y terrorismo que amenaza los fundamentos mismos de la sociedad humana. Estoy aquí como acusador de todas las fuerzas del mal que en su cobardía inherente y en su actitud abyecta consideran que viajeros inocentes —mujeres, niños e incluso bebés— constituyen un objetivo legítimo de sus malvadas intenciones. Estoy aquí como acusador de aquellos países que, por sus malvados propósitos o su falta de moral, han colaborado con estos terroristas sanguinarios. Estoy aquí como acusador de todos aquellos líderes del mundo que, por cínico oportunismo, han colaborado con el terrorismo. Estoy aquí como acusador de esta Organización mundial, las Naciones Unidas, que a causa de las maquinaciones de los representantes árabes y quienes los apoyan no ha podido coordinar medidas eficaces para combatir el flagelo del terrorismo mundial. Estoy aquí como acusador de aquellas delegaciones ante la Organización que, por conveniencias políticas, se mantuvieron silenciosas ante este problema que necesariamente ha de afectar a todos los países Miembros. Al proceder de ese modo se han convertido en sus cómplices.

Sentadas en el banquillo, con el dedo acusador de la opinión pública esclarecida dirigido contra ellas, se encuentran las organizaciones terroristas que asuelan el mundo y cuyos representantes han comparecido ante este órgano mundial con derechos iguales a los de los

Estados Miembros. En el banquillo se sientan todos los países que han colaborado con los terroristas y que los han asistido y apoyado. Reciben aquí la acusación todos aquellos países que plantearon obstáculos a toda medida internacional destinada a hacer frente a la epidemia de terror que estremece el mundo.

En el banquillo de los acusados se encuentran todos los países —y son demasiados— que claman al cielo cuando se ven afectados por los terroristas, que fulminan la mesa del Consejo de Seguridad cuando sus ciudadanos o diplomáticos se ven amenazados, pero que permanecen en silencio cuando lo mismo les ocurre a los ciudadanos de otros países. Algunos de ellos ni siquiera tienen la dudosa delicadeza de mantenerse en silencio, sino que cometen el descaro de unirse a la condenación de un país que trata de evitar esos actos. En el banquillo, ante nosotros, se encuentran los representantes de todos aquellos países que aplaudieron de pie la entrada en la sala de la Asamblea General de un terrorista armado que, de acuerdo con el Presidente del Sudán, ordenó personalmente la ejecución de diplomáticos norteamericanos y belgas atados de pies y manos en el sótano de la Embajada de Arabia Saudita, en Khartoum, el 1.º de marzo de 1973.

Así es. Ante nosotros está el acusado, este monstruo podrido, corrupto, brutal, cínico y sanguinario del terrorismo internacional y todos aquellos que, de uno u otro modo, por acción o por omisión, le dan su apoyo. Frente a ellos se yerguen hoy los seres humanos comunes y decentes de todo el mundo, que sólo procuran vivir libres del terror y la intimidación, de las amenazas de los secuestradores, de las bombas indiscriminadas de los terroristas y del chantaje de los delincuentes y asesinos.

La acción emprendida por Israel en Entebbe para liberar a los rehenes ha suscitado una ola mundial de apoyo y aprobación prácticamente sin precedentes, en todos los continentes — incluso en África—, en todos los sectores y en todos los países, tanto hostiles como amigos de Israel. Hombres y mujeres nos han respaldado, pidiendo que se ponga fin a este fantasma del terror y diciendo ¡basta! a este órgano mundial de diplomáticos pontificantes, en el que en tantas ocasiones la cobardía moral y cínico oportunismo se combinaron para sumirlo en las profundidades a que se lo ha arrojado.

En más de un sentido, esta Organización se encuentra hoy en el banquillo de los acusados. La humanidad habrá de juzgarla de acuerdo con su comportamiento en esta ocasión, ya que jamás una cuestión se ha planteado con tanta claridad ni jamás en forma tan precisa. No habrá excusa de la historia para este órgano o para sus integrantes si hoy se deja de condenar al terrorismo. La cuestión planteada ante el Consejo no es lo que Israel llevó a cabo en el aeropuerto de Entebbe, sino su propio futuro ante la historia.

El representante de Uganda ha evitado convenientemente la cuestión fundamental que nos ocupa. Permítaseme recordar los acontecimientos tal como se produjeron.

El domingo 27 de junio de 1976, un avión de Air France, en su vuelo 139, entre Tel Aviv y París, fue secuestrado por un grupo de terroristas de la OLP, con 256 pasajeros inocentes a bordo, además de una tripulación de 12 personas.

Los terroristas se aprovecharon de las insuficientes condiciones de seguridad del aeropuerto de Atenas y subieron a bordo con pistolas y aproximadamente 20 granadas.

Así comenzó un acto de piratería metódicamente planificado y cuidadosamente ejecutado por el Frente Popular de Liberación de Palestina, uno de los diversos grupos terroristas aunados a fin de formar la OLP. Se inició de esta manera otro crimen contra civiles inocentes, que se agrega a la larga lista de los cometidos por la OLP.

Habiéndose apoderado de la aeronave, los secuestradores obligaron a los pilotos franceses a aterrizar en lo que es ahora internacionalmente aceptado como el paraíso de estos criminales, a saber, Libia.

Se recordará que ésta fue la primera etapa en el vuelo de los Ministros de la OPEP que fueron secuestrados en Austria el año pasado. Ha de tenerse presente que los secuestradores que retuvieron a punta de pistola a los ministros de los países miembros de la OPEP, de la cual Libia es parte, fueron saludados efusivamente por el Primer Ministro Jaloud, de Libia, quien en esa oportunidad abrazó a los criminales que mantenían a sus colegas, los ministros árabes, como rehenes y que sólo el día anterior habían dado muerte a un miembro de la delegación libia en Viena.

En esta ocasión, la semana pasada, el Primer Ministro de Libia no saludó a los terroristas. Indudablemente, estaba preocupado con la preparación de un golpe de estado patrocinado por Libia en el Sudán, a juzgar por la reclamación presentada por mi colega sudanés a este Consejo. Todo esto, se sumaba a sus preocupaciones por llevar las denominadas fuerzas libias de mantenimiento de Paz a Beirut, a fin de avivar las llamas del odio, incrementar el alcance de los asesinatos y agravar el peligro para la población cristiana del Líbano.

Dado que he mencionado a Libia, creo que es adecuado llamar la atención sobre el papel central que este país desempeña en la promoción y el aliento del terrorismo internacional en el mundo contemporáneo.

Este es el país que durante años ha actuado como el tesorero de los movimientos terroristas internacionales árabes y no árabes en todo el mundo.

Este es el país que ha sido condenado recientemente por el Sudán y Túnez en razón de sus actos terroristas y por la parte siniestra y peligrosa que desempeñó al planificar el asesinato de dirigentes de esos Estados, a fin de derribar sus Gobiernos.

Este es el país cuyo Embajador fue expulsado hace unos días por el Gobierno de Egipto, debido a sus actividades subversivas.

A mi juicio, es una desgracia para esta Organización mundial que este patrocinador internacional del terrorismo figure como miembro del Consejo de Seguridad, órgano cuyo propósito es el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales.

Volviendo a nuestra historia, diré que el avión de Air France fue reabastecido en Benghazi. El destino de los secuestradores era, de acuerdo con un plan preparado con anterioridad, el aeropuerto de Entebbe, en las afueras de Kampala, Uganda.

El avión aterrizó en el aeropuerto de Entebbe el lunes 28 de junio y los secuestradores fueron recibidos por un refuerzo de terroristas que los estaban esperando en la terminal, armados hasta los dientes con pistolas ametralladoras y explosivos.

El Presidente Idi Amin de Uganda, llegó al aeropuerto poco antes de que aterrizara el avión secuestrado y abrazó a los secuestradores en un gesto de bienvenida y una promesa de apoyo y asistencia. Soldados de Uganda se estacionaron con sus armas apuntadas, no a los secuestradores, sino a los civiles inocentes: hombres, mujeres y niños.

El martes 29 de junio de 1976 los secuestradores expusieron sus demandas. Éstas incluían la liberación de 53 terroristas encarcelados en Israel, Alemania Occidental, Francia, Suiza y Kenya, dando un plazo límite que expiraba a las 15.00, hora local, del miércoles 30 de junio. Amenazaron con dar muerte a los inocentes pasajeros si no se satisfacían sus demandas.

Cuando los secuestradores liberaron a 47 mujeres, niños y algunos pasajeros enfermos, el miércoles 30 de junio, se fue haciendo cada vez más evidente que el Presidente Amin estaba en realidad cooperando, en forma engañosa y simulada, con los terroristas. Esta era la situación

imperante la noche del 1.º de julio, el primer plazo límite establecido por los terroristas. Se tornó evidente que las vidas de los pasajeros israelíes, hombres, mujeres y niños, estaban en serio y grave peligro.

Cuando los secuestradores liberaron a otros 100 rehenes, la historia que revelaron cuando arribaron a París puso de relieve un acontecimiento ominoso. Describieron a los periodistas que los esperaban cómo los soldados ugandeses, bajo órdenes directas del Presidente Amin, supervisaron la separación de los pasajeros judíos de los no judíos.

Es éste un acontecimiento de naturaleza tan siniestra y preñada de recuerdos del pasado, que miembro alguno del pueblo judío, ya se encuentre en Israel o en el extranjero, puede dejar de recordar su horrible significado.

En la memoria de cada miembro de nuestro pueblo se avivaron los recuerdos de las horribles selecciones llevadas a cabo durante el más espantoso holocausto que ha visto jamás la humanidad y que asoló a nuestro pueblo. Recordamos las selecciones llevadas a cabo por los nazis en los campos de concentración, cuando los miembros del pueblo judío eran separados para ser enviados a las cámaras de gas y de exterminación.

Después de la experiencia jamás olvidada del holocausto en Europa durante la Segunda Guerra Mundial, cada miembro del pueblo judío formuló un juramento, consciente o inconsciente, dondequiera se encontrara, de que esto jamás volvería a ocurrir; de que nunca jamás se permitiría que las circunstancias llevaran a que tal catástrofe volviera a ocurrir; de que Auschwitz, Dachau y Buchenwald pertenecían al pasado y nunca más retornarían.

En esta ocasión reafirmo solemnemente ante este órgano el juramento que han hecho los miembros de nuestro pueblo judío dondequiera se encontraren. Jamás volverá a suceder.

De esta forma, cuando comenzó esta ominosa selección plena de reminiscencias, cuando se llevó a cabo la separación de los judíos, el Gobierno de Israel comprendió que no había otra alternativa que la de llevar a cabo una operación de rescate para salvar las vidas de sus ciudadanos.

Los temores del Gobierno de Israel se vieron acrecentados al conocer la actitud del Presidente Amin para con el pueblo judío. En septiembre de 1972, el Presidente Amin envió un cable, que fue publicado el 13 de septiembre del mismo año, al Secretario General de las Naciones Unidas, Dr. Kurt Waldheim, con copias al Primer Ministro de Israel y al dirigente de la OLP, Yaser Arafat. En ese cable el Presidente Amin aplaudía el asesinato de los deportistas israelíes en los juegos olímpicos de Munich, quienes, atados de pies y manos, fueron acribillados por la OLP. Además, en el mismo mensaje, tuvo el impúdico descaro de elogiar a Hitler por su papel en la destrucción de más de seis millones de judíos.

Los miembros del Consejo de Seguridad recordarán que hace apenas nueve meses el Presidente Amin exigió en la Asamblea General de las Naciones Unidas la llamada extinción de Israel como Estado. La combinación de la medida tendiente a separar a los pasajeros israelíes y judíos de los demás, el apoyo oficial de la política hitleriana por parte del Presidente de Uganda, su exhortación a la extinción de Israel y el horrible destino de cientos de miles de sus propios compatriotas que no contaban con su gracia —y a este respecto me refiero en este caso al terrible relato de las brutalidades de lo que él llama como «gobernante dictatorial fascista de Uganda», publicado el 7 de julio por el Gobierno de Kenya, todo esto se combinaba para que el Gobierno de Israel comprendiera que a menos de que se tomaran medidas, los rehenes —hombres, mujeres y niños— se verían condenados y no podían esperar misericordia alguna en Entebbe.

¿Qué indicio más siniestro de las intenciones malvadas y demenciales de los secuestradores y asesinos y de sus aliados ugandeses, que el hecho de que entre los rehenes retenidos hasta el

último momento figuraran 11 niños y 34 mujeres condenados a ser asesinados a sangre fría por estos malvados asesinos?

Así, bajo las armas vigilantes del terror internacional y del Presidente Amin, los rehenes organizaron un jardín de infantes a la sombra de la muerte inminente. La escena trágica que esto trae a nuestras mentes es devastadora. Se ajusta también al carácter y al estilo de estos bandidos, que estaban allí preparados para abatir un jardín de infantes de niños inocentes, al igual que sus colegas de Somalia unos pocos meses antes, que —según nos informó el Embajador de Francia aquí presente— amenazaban con degollar a 30 niños franceses de entre seis y doce años de edad, que estaban siendo retenidos como rehenes.

Permítaseme citar la declaración formulada por el Primer Ministro Rabin en el Knesset el 4 de julio:

«La hora de la expiración del ultimátum se aproximaba cada vez más. La liberación de los pasajeros no israelíes evidenciaba aún más la malvada conspiración contra los ciudadanos israelíes. Los esfuerzos políticos resultaron infructuosos. La arena del reloj se agotaba y no dejaba posibilidad alguna para cualquier esfuerzo independiente de rescate. En estas circunstancias, el Gobierno de Israel decidió unánimemente seguir la única vía que le quedaba para rescatar a nuestro pueblo y declaró su disposición de liberar a los terroristas detenidos en las cárceles israelíes. A raíz de la decisión del Gabinete, informamos concordantemente al Gobierno francés, por conducto del cual se estaban celebrando las negociaciones con los terroristas. Estábamos preparados para adoptar incluso esta opción —a falta de cualquier otra— para rescatar a nuestro pueblo. Ésta no era una táctica destinada a ganar tiempo, y si ésta hubiese sido la única opción, nos habríamos atenido a nuestra decisión como último recurso.»

Los secuestradores aumentaron sus exigencias. Anunciaron que Israel sería el responsable de todos los terroristas cuya liberación exigían, incluidos aquellos que no estaban encarcelados en Israel, y se negaron a permitir el intercambio en Francia o en un territorio neutral, fuera de Uganda. El tono siniestro y las nuevas exigencias no auguraban nada bueno para los rehenes. El Gobierno de Israel, entonces, no tuvo otra alternativa.

En la noche del 3 al 4 de julio de 1976, las fuerzas israelíes de defensa montaron una notable operación, que ha de pasar a la historia: rescataron a los rehenes y los llevaron a buen recaudo.

Deseo reiterar en esta ocasión que Israel aceptó su plena y exclusiva responsabilidad por este acto, y que ningún otro gobierno fue parte en momento alguno en la planificación y ejecución de esta operación, que fue planeada y ejecutada por Israel, de la que nos enorgullecemos.

Durante el cumplimiento de esta operación de rescate, tres de los rehenes fueron asesinados por los terroristas antes de ser abatidos por tropas israelíes. Un oficial israelí de jerarquía fue abatido por la espalda y varios soldados y rehenes fueron heridos.

El peso de las pruebas que tenemos ante nosotros revela la connivencia y el conocimiento previo que el Gobierno de Uganda tenía de todo este episodio. Además, señor Presidente, si no dispusiéramos de pruebas —y digo que las pruebas abundan— bastaría leer la carta dirigida a usted por el presidente Amin el 4 de julio de 1976, para que quede claro que se acusa a sí mismo en su propia declaración.

Resulta evidente de su carta que las tropas ugandesas montaban guardia no sobre los terroristas y los secuestradores sino sobre los rehenes. En efecto, en el quinto párrafo de su carta él declara: «...di instrucciones para que el avión fuese custodiado adecuadamente...».

Y después formula su más increíble declaración: «Los secuestradores no permitían a las Fuerzas Armadas Ugandesas acercarse al edificio del aeropuerto». Esto es falso, como se sabe. Las tropas ugandesas se encontraban alrededor del edificio y dentro de él.

Luego revela su complicidad al relatar la historia de la liberación de los 147 rehenes el 30 de junio y el 1.º de julio de 1976, admitiendo abiertamente la parte por él desempeñada al separar a los pasajeros israelíes de los demás. Nos enteramos igualmente, leyendo su carta, del papel siniestro desempeñado por el Embajador de Somalia en Uganda, el representante de un país que se ha transformado en un agitador de primera en la zona y que amenazó a sus vecinos de Kenya, Etiopía y de la zona de Djibouti, aparte de que hace apenas unos meses participó en el secuestro de 30 niños franceses, ocasión en que el Gobierno de Francia, animado por los mismos sentimientos que impulsaron ahora al Gobierno de Israel, emprendió acciones armadas en ejercicio de sus derechos, en virtud de la ley internacional, para salvar a los niños de Somalia.

No es una coincidencia que uno de los terroristas del aeropuerto de Entebbe fuera el jefe de la oficina de la OLP en Somalia.

Toda esta historia es, del principio al fin, prueba de la connivencia del Gobierno de Uganda. Permítaseme exponer sólo una ínfima parte de los hechos tal como los relataron los miembros de la tripulación del avión de Air France y los rehenes liberados.

a) En cuanto a la complicidad anticipada, el capitán del avión de Air France declaró que el secuestrador alemán Wilfred Bose sabía con anticipación que el destino del avión era Entebbe.

b) Cuando el avión aterrizó en Entebbe, la mujer secuestradora alemana declaró: «Todo está bien; el ejército está en el aeropuerto».

c) Bose anunció a los pasajeros, cuando aterrizaron, que habían llegado a un lugar seguro.

d) Inmediatamente después de haber llegado, los soldados ugandeses rodearon el avión. Los acompañaban cinco terroristas árabes armados, que abrazaron y besaron a los secuestradores a bordo del avión. Después de ello, los refuerzos terroristas participaron en la guardia y en las negociaciones.

e) Antes del aterrizaje, cuando todavía estaban en el aire, los secuestradores avisaron a los pasajeros que habría autobuses para recogerlos.

f) Después que los pasajeros habían sido reunidos en la gran sala de la terminal, se vio al Presidente Amin abrazar y estrechar las manos de los secuestradores.

g) En momentos en que el avión aterrizaba y se desplazaba por la pista, se acercó un automóvil Mercedes Benz negro, del que bajaron dos terroristas y uno de ellos se hizo cargo del control de la operación a partir de ese momento. Subió al avión, abrazó a Bose —el secuestrador alemán— y conversó con él.

h) Michel Cojot, un ejecutivo francés de la compañía, que actuaba como intermediario entre los pasajeros y los secuestradores, informó que cuando el Director del aeropuerto llevó suministros para los rehenes, dijo que los mismos estaban preparados porque se les había anunciado que llegarían unos 260 pasajeros y tripulantes.

En cuanto a la detención de los pasajeros secuestrados,

a) Durante las primeras 24 horas, la guardia fue montada por soldados ugandeses y no se vio a los secuestradores. Cuando éstos volvieron, ya descansados, los soldados ugandeses les suministraron pistolas ametralladoras para montar guardia junto a los pasajeros secuestrados. Debería recordar a este respecto que el Ministro de Relaciones Exteriores de Uganda dijo que los secuestradores estaban armados con pistolas ametralladoras, pero omitió aclarar que las mismas les habían sido entregadas cuando aterrizaron en Entebbe.

b) En los días subsiguientes, los ugandeses montaban guardia fuera del edificio, mientras una gran fuerza de soldados ugandeses estaba concentrada en el primer piso del mismo.

c) Soldados ugandeses acompañaban a los rehenes hasta los lavabos y los vigilaban.

d) Los terroristas iban y venían como si estuvieran en casa, en dos automóviles conducidos por ugandeses (uno de ellos de uniforme) que se pusieron a su disposición.

e) Los secuestradores recibieron apoyo logístico y armas (pistolas ametralladoras, pistolas y explosivos) en el aeropuerto. También recibieron un equipo móvil de comunicaciones.

f) El terrorista que asumió el control de la operación en Entebbe llevó aparte a rehenes para interrogarlos, mientras montaban guardia ugandeses.

g) Cada vez que Amin apareció en la zona de la terminal y ante los pasajeros, se encontraba rodeado de terroristas en una atmósfera muy amistosa.

h) Al comienzo de las negociaciones, Amin pidió al Embajador francés que se retirara y le impidió establecer contacto con los terroristas. Este contacto fue realizado personalmente por Amin.

i) Amin advirtió a los pasajeros secuestrados que no se atrevieran a intentar escapar.

j) Aparentemente por motivos de bravuconería y para amedrentar a los pasajeros secuestrados, dos aviones a reacción sobrevolaron de tiempo en tiempo la terminal en la cual se los retenía. Cerca del edificio estaba estacionado un vehículo blindado armado con una ametralladora pesada. Junto a él había dos helicópteros.

k) Una guardia mixta de secuestradores y del ejército ugandés vigilaba a los rehenes; el contacto entre aquéllos era constante y sin restricciones. Los soldados ugandeses montaban guardia tanto dentro de la sala, en el segundo piso de la terminal, como en el avión.

l) Los secuestradores estuvieron despreocupados y muy tranquilos mientras se encontraban en tierra. De vez en cuando, abandonaban el edificio del aeropuerto y actuaban con la evidente seguridad de que el ejército ugandés no intentaría dominarlos. El Sr. Tony Russell, funcionario del Consejo del Gran Londres y uno de los británicos liberados del aerobús secuestrado de Air France, dijo en una entrevista con el *Times* de Londres, el 5 de julio, que el Presidente Amin había estado en condiciones de liberar a todos los rehenes si lo hubiera deseado. «Luego de que se nos trasladó del avión» —dijo— «los terroristas no estaban en una posición dominante. Tengo la impresión de que si Amin hubiera querido liberarnos después de que se nos trasladó al edificio del aeropuerto, podría haberlo hecho. Los terroristas no habían dormido durante 30 horas y no tenían a su disposición armas poderosas», dijo el Sr. Russell.

m) El comandante de los secuestradores en Entebbe pasó todo el tiempo en compañía del Presidente Amin, quien —dicho sea de paso— relató telefónicamente este hecho al Coronel Bar-Lev, quien habló con él desde Israel.

n) Mientras se retenía a los pasajeros, Radio Uganda difundió un anuncio de los secuestradores encomiando a Amin por su posición en contra del sionismo y el imperialismo.

ñ) Los secuestradores fueron sepultados con honores militares completos junto con los soldados del ejército ugandés.

Uganda mantiene estrechos vínculos con la OLP, que tiene allí una gran influencia. La Oficina de la OLP que funciona en Kampala bajo la dirección de Khaled al-Shaykh organiza actividades de propaganda en toda el África Oriental. El Frente Popular, que dirige George Habash, tiene en Kampala una oficina de inteligencia responsable de las actividades de la organización en toda el África. Esta oficina está subordinada a Wadie Haddad, jefe de la rama de ataques terroristas en el exterior del Frente Popular. Centenares de palestinos están empleados en cargos administrativos de la administración y los servicios públicos ugandeses, como reemplazantes de los asiáticos que fueron expulsados de ese Estado.

Uganda y la OLP mantienen también una estrecha cooperación en el plano militar. Hay en Uganda un centro para el entrenamiento militar de palestinos. Pilotos palestinos se entrenan en la

fuerza aérea ugandesa con aviones Mig-21. Hay miembros de la OLP entre los guardaespaldas del Presidente Amin.

La magnitud de la colaboración de Uganda puede medirse por los noticieros en inglés difundidos por la radio de Kampala después de que el avión aterrizó en Entebbe. Se dispone de grabaciones de estas transmisiones, suministradas por la *British Broadcasting Corporation*. Si los representantes se toman el trabajo de leer esas informaciones, verán cómo revelan una total identidad de intención con los secuestradores y sus exigencias por parte de las autoridades ugandesas.

En las transmisiones no se procuró en absoluto ocultar una atmósfera de éxtasis eufórico por el secuestro y de identificación con los secuestradores por parte del Gobierno de Uganda. Así, la transmisión entusiasta del 29 de junio comienza diciendo:

«Traemos ahora a ustedes el anuncio especial que han estado esperando. Las siguientes son las exigencias del Frente Popular para la Liberación de Palestina.» (El locutor leyó una declaración de seis puntos del FPLP).

En realidad, no se necesitan todas estas pruebas para demostrar que Israel estuvo plenamente justificado por todas las normas del derecho natural y del derecho internacional para tomar la acción que emprendió. Al contemplar los hechos del caso, uno debe llegar a algunas de estas dos conclusiones: o bien el Gobierno de Uganda estuvo directamente comprometido en retener como rehenes a pasajeros inocentes —hombres, mujeres y niños—, o el Gobierno de Uganda no ejerce soberanía sobre su territorio y no fue capaz de hacer frente a media docena de terroristas.

¿Y qué mejor prueba tenemos para sostener esto que decimos que el hecho de que, hasta ahora, el Gobierno de Uganda no haya liberado a una señora de 75 años de edad, Dora Bloch, quien viajaba para asistir al casamiento de su hijo en este país cuando fue secuestrado el avión? Además, la negativa del Gobierno de Uganda a entregar el avión de Air France inmediatamente después de eliminados los secuestradores tiende a confirmar este hecho de la complicidad.

¿Qué otra razón habría para que el gobierno de Uganda se niegue a devolver la aeronave al Gobierno francés, en violación de la Convención de La Haya en 1970, de la cual Uganda es signataria?

Si el Gobierno de Uganda no es cómplice en este delito, ¿por qué una anciana de 75 años de edad, la Sra. Bloch, no fue liberada inmediatamente después de eliminados los secuestradores?

¿Por qué se la mantuvo en custodia y bajo guardia en un hospital en Kampala?

¿Por qué no se la liberó y entregó al cónsul británico cuando se dirigió a verla el domingo 4 de julio, después de la operación de rescate? Súbitamente, se nos ha notificado en forma ominosa que las autoridades ugandesas, cuatro de cuyos empleados aparentemente la arrastraron del hospital a pesar de sus gritos, no conocen su paradero. ¿Por qué? O bien el Gobierno de Uganda ejerce la soberanía nacional, en cuyo caso sabe dónde está, o no la ejerce.

Pregunto a mis colegas que están aquí, africanos y otros, que se han unido para condenar a Israel por ejercer su derecho inherente de defensa propia: ¿condonan o no la conducta horrorosa que se refleja en este acto de «hidalguía» de parte del Presidente Amin contra la Sra. Dora Bloch, de 75 años de edad? Por una vez, tengan la valentía de expresar sus convicciones y hablen, o queden maldecidos por su propio silencio.

He aquí un caso liso y llano que no tiene respuesta para la gente decente, de dondequiera que sea. He aquí el espectáculo increíblemente macabro de un Estado que libra una guerra contra una anciana enferma de 75 años, con el apoyo presumible de aquéllos que se asocian a este comportamiento despreciable y cobarde. Si el Gobierno de Uganda no es cómplice, que haga aparecer inmediatamente a la Sra. Bloch.

¿Se propone el Consejo permanecer en silencio con respecto a la suerte de la Sra. Bloch?

La desaparición de esa anciana y el cuadro ahora muy familiar de los terribles sucesos en la Uganda de Amin proporcionan amplia justificación por sí mismos de la premonición que apresuró la acción realizada por el Gobierno de Israel.

Este tipo de acción, que en principio no carece de precedentes, ha sido tratado extensamente en el derecho internacional. No hay duda de que el peso del derecho internacional y de los precedentes se inclina en favor de Israel. Sin embargo, la acción israelí en Entebbe nos hace recordar que el derecho que hallamos en los textos no es el único derecho de la humanidad. Existe también una ley moral y por todo lo que es moral en esta tierra, Israel tuvo el derecho de hacer lo que hizo. Ciertamente, tenía también el deber de hacerlo.

Uganda violó un concepto básico del derecho internacional al no proteger a extranjeros en su territorio. Además, actuó en una manera que constituye una crasa violación de la Convención de La Haya de 1970 referente al ilegítimo apoderamiento de aeronaves. Dicha Convención ha sido ratificada tanto por Israel como por Uganda. El artículo 6 estipula:

«Después de haberse establecido que las circunstancias así lo justifican, cualquier Estado contratante en cuyo territorio el culpable o el pretendido culpable se halle lo tomará en custodia y adoptará otras medidas previstas en la legislación de ese Estado, pero sólo durante el tiempo necesario para permitir los procedimientos criminales o de extradición que correspondan.»

El artículo 9 de dicha Convención estipula:

1. Cuando cualquiera de los actos mencionados en el inciso *a*) del artículo 1 ha ocurrido o está por ocurrir, los Estados contratantes tomarán todas las medidas apropiadas para devolver el control de la aeronave a su legítimo comandante o para preservar su control de la aeronave.

2. En los casos contemplados por el párrafo precedente, todo Estado contratante en el cual se hallen la aeronave o sus pasajeros o su tripulación, facilitará la continuación del viaje de los pasajeros y de la tripulación tan pronto como sea posible y devolverá sin demora la aeronave y su carga a las personas con derecho legítimo a su posesión.»

El derecho de un Estado a tomar una acción militar para proteger a sus nacionales en peligro mortal está reconocido por todas las autoridades en materia de derecho internacional. En su libro *Self-Defence in International Law*, el Profesor Bowett expresa en la página 87:

«El derecho del Estado a intervenir mediante el uso o la amenaza de la fuerza para proteger a sus nacionales que sufran daños dentro del territorio de otro Estado está generalmente admitido, tanto en los escritos de los juristas como en la práctica de los Estados. En el arbitraje entre Gran Bretaña y España en 1925, una de las series conocidas como los reclamos hispano-marroquíes, el juez Huber, relator de la Comisión, declaró:

“Sin embargo, no puede negarse que en cierto momento el interés de un Estado en ejercer protección sobre sus nacionales y sus propiedades puede tener precedencia sobre la soberanía territorial, a pesar de la ausencia de convenciones al respecto. Este derecho de intervención ha sido reclamado por todos los Estados; sólo se discuten sus límites... Contemplamos ahora una acción por el Estado protector que involucra una violación *prima facie* de la independencia e inviolabilidad territorial del Estado territorial. Puesto que esa acción se ejecuta en desmedro de la soberanía del

Estado territorial debe ser necesariamente excepcional en carácter y limitada a aquellos casos en los que no se disponga de otros medios de protección. Presupone que los otros medios de protección son inadecuados ante algún daño, actual o inminente, para las personas o las propiedades de nacionales y, además, un daño que resulte tanto de los actos del Estado territorial

y sus autoridades como de actos de individuos o grupos de individuos que el Estado territorial no pueda o no esté dispuesto a impedir”.»

En su *Law of the Nations* —sexta edición, página 627— Brierly declara:

«Si puede justificarse o no el desembarco de destacamentos militares para salvar la vida de nacionales bajo una inminente amenaza de muerte o de serios daños debido a la ruptura de la ley y del orden, es una cuestión delicada. Los casos de esta forma de intervención no han sido escasos en el pasado y, cuando no han sido sospechosos de ser un pretexto para ejercer presión política, han sido generalmente considerados como justificados por la simple necesidad de una acción instantánea para salvar las vidas de inocentes nacionales a quienes el Gobierno local no puede o no desea proteger.»

Continúa señalando lo siguiente:

«Debe desplegarse todo esfuerzo posible para conseguir que las Naciones Unidas actúen. Pero si las Naciones Unidas no están en situación de actuar a tiempo y es manifiesta la necesidad de una acción inmediata, sería difícil negar la legitimidad de una acción en defensa de sus nacionales que todo gobierno responsable se sentiría obligado a tomar teniendo los medios para hacerlo. Esto es, por supuesto, sobre la base de que la acción se limite estrictamente a asegurar el seguro retiro del nacional amenazado.»

Para apoyar esta posición, podemos citar a O’Connell en su *International Law*, segunda edición, pág. 303:

«El derecho internacional tradicional no ha prohibido a los Estados proteger a sus nacionales cuyas vidas o propiedad se encuentran en peligro por las condiciones políticas en otro Estado, siempre que el grado de presencia física utilizado para su protección sea proporcional a la situación. Cuando la Sexta Conferencia de los Estados Americanos en La Habana intentó formular un concepto legal de intervención en 1928, los Estados Unidos señalaron que debía definirse claramente la intervención, porque los Estados amigos no se quedarían de brazos cruzados permitiendo que la caída de un gobierno pusiera en peligro las vidas y propiedades de ciudadanos norteamericanos en países en situación de revolución. Se arguyó que, en tales circunstancias, la intervención de un carácter temporario no sería ilegal.»

El autor continúa diciendo:

«El inciso 4 del Artículo 2 de la Carta de las Naciones Unidas debe interpretarse como que prohíbe los actos de fuerza contra la integridad territorial y la independencia política de las naciones y no como que prohíbe el uso de la fuerza, limitado en intención y a los efectos de proteger la propia integridad de un Estado y los intereses vitales de sus nacionales, cuando el mecanismo contemplado por la Carta de las Naciones Unidas no es eficaz en la situación dada.»

El acto de secuestro puede considerarse muy bien como un acto de piratería. Los piratas han sido los *hostis humani generis* —los enemigos del género humano— desde los primeros tiempos del derecho internacional en la Edad Media. Durante la guerra contra el tráfico de esclavos y la piratería, se establecieron ciertas normas en el derecho internacional que permitían la intervención en el caso de buques dedicados al tráfico de esclavos entre África y América y contra los centros de la piratería en el África del Norte. El principio de la soberanía nacional quedó supeditado al más alto principio de la libertad del hombre.

A este respecto, quizás es apropiado recordar aquí que el Cuerpo de Infantería de Marina de los Estados Unidos se estableció con el propósito de luchar contra los piratas. Y no podemos dejar de señalar que el himno de ese Cuerpo alude a «las costas de Trípoli». Aparentemente, esa costa no ha dejado de ser un paraíso para los terroristas: antaño para los piratas y barcos y hoy para los secuestradores de aeronaves.

La acción israelí en Entebbe fue muy similar a la humanitaria operación de rescate de aquellos días.

El comercio de esclavos en esos días podría haber sostenido que revisar barcos de esclavos era una violación del derecho marítimo internacional. Pero el hombre civilizado defendía un derecho más alto, a saber, el de la libertad humana, respecto de la cual ninguna soberanía nacional puede pretender ser mayor.

Si hubiese existido un Estado judío en el decenio de 1930 habríamos podido decidir, con el surgimiento del nazismo, el inicio de una operación para rescatar a los que se encontraban en los campos de concentración. La lógica de que aquellos que nos critican hoy sostendrían que al proceder de esta manera habríamos violado de una manera flagrante la soberanía nacional del Tercer Reich. ¿Qué habría sido más importante? ¿La soberanía de Hitler o el rescate de personas inocentes del holocausto?

Permítaseme recordar la resolución 2645 (XXV) de la Asamblea General, de 1970, el consenso adoptado por este Consejo en el documento S/10705, del 20 de junio de 1972, sobre la desviación a mano armada de aeronaves y la resolución aprobada por la Asamblea del Consejo de Europa en 1970 en la que se condenan los actos de desviación a mano armada de aeronaves, el sabotaje, la utilización de rehenes y someter a los gobiernos al chantaje por organizaciones palestinas que utilizan el territorio de algunos Estados árabes como refugio, campo de entrenamiento y base para la acción.

Señalo a su atención estas resoluciones y muchas otras resoluciones pertinentes aprobadas por las Naciones Unidas y otros órganos internacionales para recordarles que el problema no es nuevo y que no se han adoptado medidas prácticas y efectivas para combatir la cuestión.

El problema de combatir el terrorismo ha afectado a todos los países del mundo. Así pues, el 3 de enero de 1973 la Unión Soviética promulgó una nueva ley sobre responsabilidad criminal por la desviación a mano armada de aeronaves. Esa ley fue debatida extensamente por V. Ivanov en *Izvestia* el 16 de enero de 1973. En realidad, la creciente preocupación oficial soviética es evidente en la literatura científica y jurídica de la Unión Soviética y en una serie de actos oficiales.

El 4 de diciembre de 1970 el periódico *Pravda* se pronunció favorablemente acerca de la Conferencia de la OACI celebrada en La Haya con objeto de redactar una nueva convención con respecto a la prevención de la desviación a mano armada de aeronaves. En noviembre de 1970 *Pravda* publicó un artículo de O. Khlestov en el que alababa la resolución 2645 (XXV), aprobada por la Asamblea General en 1970.

También en 1971 O. Khlestov publicó un artículo en *Izvestia* el 16 de enero de 1971 en el que alababa a la Convención de La Haya de 1970.

Se señala también a la atención un artículo de P. Yevseyev y Y. Kolosov, titulado «Air Bandits Outlawed», publicado en Moscú en *International Affairs* el 8 de noviembre de 1971 y en el cual se debaten y —recuerdo a mi colega soviético— se apoyan la resolución 2645 (XXV) de la Asamblea General de las Naciones Unidas y la Convención de La Haya.

El derecho a la defensa propia está consagrado en el derecho internacional y en la Carta de las Naciones Unidas, y puede aplicarse sobre la base de la formulación clásica, como se hizo en

el bien conocido «*Caroline Case*», que permitió aquella acción cuando había «necesidad de defensa propia inmediata y arrolladora, sin permitirse otra elección ni otro momento para la deliberación». Ésta fue exactamente la situación que debió enfrentar el Gobierno de Israel.

En circunstancias análogas otros Estados han actuado de un modo similar al de Israel. Sin embargo, hace sólo pocos meses el Consejo examinó la acción de Francia de liberar un ómnibus con 30 niños en edad escolar que se mantenían como rehenes en la frontera de Somalia. Los remito a las observaciones del representante de Francia ante el Consejo de Seguridad el 18 de febrero de 1976.

El representante de Francia se dirigió al Consejo de Seguridad para referirse al incidente que surgió como consecuencia del secuestro de 30 niños franceses de entre 6 y 12 años de edad que se encontraban en un ómnibus escolar por un grupo de terroristas en Somalia. Los representantes de estos terroristas en Somalia hicieron exigencias al Gobierno francés y anunciaron que si no se satisfacían sus demandas cortarían las gargantas de los niños. Las fuerzas francesas iniciaron una acción contra los terroristas en la frontera somalí y los mataron. En este proceso uno de los niños fue muerto por los terroristas y otros cinco resultaron heridos. Mientras los soldados franceses corrían para salvar a los niños se les disparó desde el puesto fronterizo somalí y un teniente francés fue gravemente herido. Naturalmente, las fuerzas francesas contestaron el fuego y provocaron bajas y daños a los somalíes. En este caso también faltaba un rehén; se trataba de un niño que posteriormente fue encontrado retenido por los terroristas somalíes. Afortunadamente, fue devuelto vivo más tarde.

El debate es muy familiar para los representantes. No obstante, es suficiente decir que Francia rechazó sin equívocos toda acusación de agresión en este sentido. En esa oportunidad Francia ejerció debidamente sus deberes, de conformidad con el derecho internacional, en una situación que es similar en muchos aspectos a la situación que tuvimos que enfrentar en Entebbe.

En el incidente del *Mayagüez* del año pasado, en el cual los Estados Unidos actuaron para rescatar a marinos mercantes y su navío, el Presidente Ford dijo lo siguiente:

«La decisión de utilizar la fuerza se basó en un ciento por ciento y totalmente en una consideración única: rescatar a la tripulación y el navío.»

Podría proseguir y presentar docenas de casos que revelan un precedente internacional y un derecho internacional que justifican plenamente la acción de Israel y demuestran que todo país que se respete a sí mismo habría adoptado las mismas medidas en circunstancias similares si lo hubiese considerado factible.

Este principio fue puesto de relieve por el Gobierno británico en el caso de los marinos mercantes británicos que eran transportados en un buque alemán, el *Altmark*, de vuelta a Alemania a través de las aguas territoriales de Noruega en febrero de 1940. La flotilla británica, encabezada por el destructor *Cossack*, entró en las aguas territoriales de Noruega —entonces país neutral—, que había permitido la travesía de ese barco alemán. En 1940 esos prisioneros británicos eran prisioneros de guerra hechos prisioneros de acuerdo con la ley de la guerra. El Sr. Winston Churchill autorizó personalmente a los barcos británicos a disparar contra los navíos noruegos que se encontraban en la zona en caso de que éstos abriesen fuego y pusieran en peligro a la fuerza británica. Envió la siguiente orden al capitán Vian, del *Cossack*, con respecto al cañonero noruego:

«Si dispara contra ustedes... defiéndanse, no utilicen más fuerza que la necesaria y cesen de disparar cuando ellos desistan.»

En su *Historia de la Segunda Guerra Mundial*, Sir Winston Churchill enuncia el principio por el que se orientó en este sentido:

«Lo que importaba en el país y en el Gabinete era si los prisioneros británicos estaban o no a bordo... Éste era un factor fundamental.»

Lo que importó al Gobierno de Israel en este caso eran las vidas de los rehenes que estaban en peligro. Ninguna consideración que no fuera esta consideración humanitaria motivó al Gobierno de Israel.

La operación de rescate realizada por Israel no fue dirigida contra Uganda. Las fuerzas israelíes no atacaron Uganda; en verdad, no estaban atacando al África. Rescataban a sus nacionales de una banda de terroristas y secuestradores que eran ayudados y apañados por las autoridades ugandesas. Los medios utilizados fueron los mínimos necesarios para cumplir ese fin, como se establece en el derecho internacional.

Podrían establecerse ciertos paralelos con el derecho de una persona a utilizar medios apropiados para defenderse si es que mata a alguien que trató de matarla primero. No es posible que sea considerada culpable de un crimen. El juicio tiene en cuenta el contexto y la finalidad del acto. Lo mismo se aplica al uso de la fuerza en los asuntos internacionales.

A lo largo de los años Israel, en cumplimiento de su política de ayudar a los países en desarrollo, prestó asistencia a Uganda, como ciertamente ha cooperado —y sigue colaborando— con muchos países hermanos en desarrollo de todo el mundo, con inclusión del África. Pero hay un límite a la ayuda que estamos dispuestos a proporcionar a Uganda.

En 1972, el Presidente Amin fue a Israel, presentó mapas descriptivos de su propuesto plan para invadir a Tanzania y pidió el apoyo aéreo israelí en dicha acción, inclusive el bombardeo de Dar Es Salam. La respuesta de Israel a esa descabellada y vil proposición fue tal que produjo un cambio dramático en su actitud hacia Israel por parte del mariscal de campo Amin. Su frustración ante la actitud de Israel frente a sus planes respecto a Tanzania, sumada a los elogios abiertos hechos a él por el gobernante de Libia, se combinaron para producir una actitud antisemítica, antiisraelí, en extremo violenta, de parte del dirigente de Uganda.

La actitud de la Organización de la Unidad Africana de traer esta queja ante el Consejo de Seguridad parecería completamente incongruente si los sentidos de uno no estuviesen totalmente oscurecidos por la absoluta incongruencia de los procedimientos de esta Organización. Las deliberaciones en esta ocasión, sin ninguna duda, no constituirán una excepción.

Permítaseme recordar a mis colegas africanos el texto de una resolución del Consejo de Ministros de la OUA adoptada en 1970:

«El Consejo de Ministros de la Organización de la Unidad Africana, reunido en Addis Abbeba, Etiopía, en su decimocuarto período ordinario de sesiones, del 27 de febrero al 6 de marzo de 1970;

Habiendo escuchado de la declaración hecha por el Ministro de Relaciones Exteriores de Etiopía con respecto al repetido sabotaje y secuestro de aeronaves civiles, que ponen en peligro la seguridad de los pasajeros; consciente de las desastrosas consecuencias resultantes de tales actos criminales en los viajes aéreos internacionales:

1. Condena todos los intentos y actos de secuestro y sabotaje de aeronaves civiles.
2. Exhorta a todos los Estados a tomar medidas estrictas para proteger los viajes aéreos civiles, evitando que representen un peligro.
3. Hace un llamamiento a todos los Estados para que aprehendan y castiguen a tales criminales, a fin de garantizar la seguridad de los viajes aéreos internacionales.»

¿Cómo reconcilian ellos su actitud con el texto de una resolución que aceptaron? Aquí, nuevamente, estamos siendo selectivos. ¿No se dan cuenta los Estados miembros de la OUA de que al condonar los actos de piratería y de secuestro ellos mismos quedan expuestos a tales actos

en sus propias líneas aéreas y en sus propios países? ¿Debemos entender que existe un catálogo selectivo de secuestros, de crímenes internacionales, de piratería, de brutalidades y de bandolerismo, según la raza, el color o el continente a que pertenece el asesino o transgresor?

Nosotros, el pueblo judío, estamos demasiado familiarizados con este tipo de comportamiento selectivo y con la terrible catástrofe y ruina que ello trae a los que siguen esa conducta.

En este contexto, permítaseme recordar que recientemente, el mes pasado, en una discusión y en respuesta a manifestaciones del representante de la Unión Soviética sobre la cuestión del terrorismo, yo hice presente que un distinguido Ministro de Relaciones Exteriores soviético — Maxim Litvinov— dijo una vez: «La paz es indivisible». Yo sugerí entonces que el terrorismo también es indivisible. Uno no puede ser selectivo en lo que a él respecta. Las naciones del mundo tienen que unir sus fuerzas para destruir este flagelo que afecta a la humanidad o serán destruidas por él.

No basta con gritar horrorizado cuando ese flagelo lo afecta solamente a uno. Si el terrorismo es malo, es malo para todos, en todos los casos, en todas las ocasiones, quienquiera lo cometa y quienquiera sea la víctima. Debe ser eliminado.

Resumiendo la osada e imaginativa operación que estamos discutiendo, el Primer Ministro de mi país declaró en el Knesset, el 4 de julio:

«Esta operación de rescate es un éxito de gran importancia en la lucha contra el terrorismo. Es la contribución de Israel a la lucha de la humanidad contra el terror internacional, pero no debe considerarse como el capítulo final. Nos dará aliento a medida que continuemos con nuestros esfuerzos, pero la lucha no ha terminado: se precisarán nuevos esfuerzos, nuevos métodos y constante perfeccionamiento. El terrorismo no nos sorprenderá inmovilizados ni aferrados a la rutina.»

En muchas formas, éste es el momento de la verdad para esta Organización. Si aprovecha esta oportunidad valientemente y sin vacilaciones, sumando sus fuerzas en una guerra en contra del terror internacional, en beneficio de los hombres y mujeres comunes de todo el mundo, servirá el propósito para el que fue creada. En cierta medida, quizá pueda recuperar el prestigio y la buena voluntad que ha disipado al convertirse en anfitrión de déspotas y extremistas.

El asesinato de once atletas israelíes ocurrido en Munich en 1972 llevó al Secretario General a pedir a la Asamblea General que arbitrara medidas para la erradicación del mapa del mundo del flagelo del terrorismo. Los Estados árabes y sus amigos se las ingeniaron para «enterrar» la cuestión con su «mayoría automática». Hoy, la cuestión del terrorismo internacional se encuentra ante el Consejo de Seguridad, no ante la Asamblea General.

Si el Consejo deja de aprovechar esta oportunidad que se le presenta de eliminar el flagelo de los terroristas, secuestradores y chantajistas de nuestro medio, entonces se sumergirá en las mayores profundidades ante los ojos de la humanidad y desaparecerá en la historia.

Ha correspondido a la suerte de mi pequeño país, luchando como estamos, enfrentando los problemas que tenemos, demostrar al mundo que existe una alternativa al sometimiento al terrorismo y al chantaje.

Nos corresponde a nosotros demostrar al mundo que este flagelo del terror internacional puede enfrentarse. Compete ahora a las naciones del mundo, independientemente de las diferencias políticas que puedan existir entre ellas, unirse contra este enemigo común que no reconoce autoridad, que no conoce fronteras, que no respeta la soberanía, que ignora toda la decencia básica de la humanidad y cuya bestialidad no tiene límites.

Venimos aquí, ante el Consejo, con un mensaje simple.

Estamos orgullosos de lo que hemos hecho porque hemos demostrado al mundo que en un pequeño país, en las circunstancias que predominan en Israel, con las que los miembros de este Consejo están todos demasiado familiarizados, la dignidad del hombre, la vida humana y la libertad individual constituyen los más altos valores. Estamos orgullosos no solamente porque hemos salvado las vidas de más de cien personas inocentes —hombres, mujeres y niños—, sino por el significado de nuestro acto para la causa de la libertad humana.

Instamos a este órgano a declarar la guerra al terror internacional, a colocarlo fuera de la ley y a erradicarlo dondequiera exista. Exhortamos a este órgano, y especialmente a todos los Estados Miembros y países del mundo, a unirse en un esfuerzo común para colocar a estos criminales al margen de la sociedad humana y, con ello, a cualquier país que coopere en sus nefastas actividades.

Al exhortar a este órgano a la acción no puedo ignorar sus limitaciones, demostradas diariamente por el hecho de que ha permanecido silencioso a través de 15 meses de la más grande tragedia que aqueja hoy al mundo en el Líbano, en la que una nación es destrozada, decenas de miles son muertos o heridos y diariamente la copa del sufrimiento humano se rebasa.

Permítaseme recordar que cuando el secuestro tuvo lugar este Consejo de Seguridad estaba debatiendo sobre el informe del llamado Comité de Palestina. El Consejo de Seguridad celebró cuatro sesiones sobre la cuestión palestina mientras un acto de terror de parte de terroristas palestinos se estaba llevando a cabo. Sin embargo, este Consejo no consideró adecuado suscitar la cuestión y pedir la liberación de los civiles inocentes.

Si este órgano no adopta ninguna acción, exhortamos a todos los países amantes de la libertad en el mundo a unirse fuera del marco de él, a establecer normas aceptadas de conducta en relación con los terroristas y a declarar, en términos claros, que ninguno de ellos tendrá nada que hacer con cualquier país que viole esas normas y aliente al terrorismo.

Una vez que los secuestradores no tengan ningún país donde aterrizar con sus aviones porque acogerlos involucraría la exclusión de la comunidad mundial, ya sea en la esfera del transporte aéreo, el comercio o las relaciones internacionales, no habrá más secuestros.

Nos enorgullecemos de haber tomado la delantera en esta lucha contra el terrorismo internacional. Este debate brinda al mundo una oportunidad para que emprenda una acción sobre este asunto, que puede afectar la vida de todo ser humano. Aquellos países que no asuman una actitud clara e inequívoca al respecto por razones de conveniencia o cobardía serán condenados por todas las personas decentes del mundo y despreciados por la historia.

Hay un momento en el desarrollo de las cuestiones humanas en el que los gobiernos deben adoptar difíciles decisiones, guiándose no por razones de conveniencia sino por consideraciones morales. Israel se guió por estas consideraciones y arriesgó mucho para salvar a sus ciudadanos. ¿Podemos esperar que los mismos principios orienten también a otros?

Sr. ABDALLA (Uganda): No voy a contestar ahora todo lo que el representante sionista de Israel dijo, pero hay un punto importante sobre el cual deseo responder inmediatamente. Espero tener más adelante una nueva oportunidad para responder en detalle a sus infundadas acusaciones contra Uganda y contra algunos otros países amigos de África.

Este órgano mundial ha sido informado de la invasión israelí contra Uganda el 4 de julio de 1976. Todos nosotros somos conscientes de los esfuerzos hechos por Al-Hajji FieldMarshal Dr. Idi Amin Dada, V.C., D.S.O., M.C., Presidente de la República de Uganda, y por todo el pueblo de Uganda para salvar las vidas de todos los rehenes, que ascendían a 250.

Después de la invasión de Israel en las primeras horas del domingo 4 de julio, el Presidente Amin había logrado que más de la mitad de los rehenes fueran liberados. Poniendo en peligro su propia vida, mi Presidente tuvo que interrumpir su estancia en Mauricio para continuar las negociaciones destinadas a salvar las vidas de los restantes rehenes. En sus esfuerzos humanitarios, mi Presidente no sólo se preocupó por la liberación de todos los rehenes, sino también de su bienestar, y en tal sentido, las necesidades básicas de la vida —alimentos y servicios médicos— fueron proporcionadas a todos los rehenes, sin discriminación.

Fue con este espíritu que la Sra. Dora Bloch, que tenía un trozo de alimento en la garganta, fue trasladada inmediatamente al mejor hospital de Uganda para ser sometida a tratamiento médico. Cuando mejoró, al atardecer del sábado 3 de julio, fue llevada nuevamente por las autoridades médicas al viejo aeropuerto de Entebbe, para que se sumara a los otros rehenes. De acuerdo con lo que dio a entender el Gobierno de Uganda a los secuestradores, esto se hizo para no poner en peligro las vidas de los rehenes que todavía estaban en el aeropuerto de Entebbe.

Los israelíes cometieron un abierto acto de agresión al invadir el aeropuerto de Entebbe donde los rehenes, incluida la Sra. Dora Bloch estaban en poder de los secuestradores. Los israelíes, como el Consejo ha sido informado, usaron todo tipo de armas, disparando indiscriminadamente y segando tantas vidas, incluyendo soldados ugandeses, secuestradores, rehenes y miembros de las fuerzas israelíes de invasión, que murieron en la acción. Los miembros de las fuerzas invasoras se llevaron a todos los rehenes, incluyendo a los muertos y heridos. También se llevaron a todos los miembros de las fuerzas invasoras, muertos o heridos. En consecuencia, Israel es quien debe responder acerca del paradero de la Sra. Dora Bloch.

Los informes de la prensa y de fuentes diplomáticas, según los cuales un diplomático vio a la Sra. Dora Bloch el domingo 4 son falsos. No hay información concreta alguna al respecto. Todos saben cuál fue la agresión lanzada contra el pueblo de Uganda, que resultó en la pérdida de muchas vidas. Mi Presidente hizo todo lo posible para mantener la situación dentro de términos pacíficos, pero la agresión israelí no lo permitió. Por lo tanto, Israel es el responsable de dar la respuesta acerca del paradero de la Sra. Dora Bloch.

Hice todo lo que pude para evitar mencionar a Kenya, como Estado hermano y vecino de Uganda. Desgraciadamente, el representante de Kenya mencionó a Uganda en su declaración. Yo pensaba en la Organización de la Unidad Africana —de la que el Ministro de Relaciones Exteriores de Mauricio, aquí presente, es su Presidente— y no en hablar mucho sobre Kenya.

Por lo tanto, desearía que usted, señor Presidente, siga muy de cerca los hechos que he de mencionar relativos a Kenya sobre esta invasión, que tuvo lugar el mismo día que la misión militar especial de Israel fue enviada a Nairobi para comunicar la decisión de la invasión a las autoridades de Kenya y, presumiblemente, obtener su autorización y asistencia en la operación.

Tenemos pruebas irrefutables de que se accedió con prontitud a este pedido. Además de nuestras propias fuentes de información, quisiera citar un relato del incidente transmitido desde Nairobi por un tal James MacManus y publicado en el periódico londinense *The Guardian* el lunes 5 de julio de 1976. Ese relato dice, en parte:

«Aunque el Gobierno de Kenya no ha hecho declaraciones sobre el ataque, y probablemente no las haga, los funcionarios se han esforzado por restar importancia al papel del Gobierno en la operación. Vista desde Nairobi, la secuencia de los acontecimientos sería ésta:

A las 21, hora local, del sábado (19, hora británica), varios testigos oculares en el activo aeropuerto internacional de Kenya informaron que vieron la llegada de tres aviones de transporte de tropas, supuestamente aeronaves militares C-131 de Israel.

Poco después, una sala del aeropuerto fue transformada en un hospital de campaña equipado con mesa de operaciones, equipo de anestesia y tubos de oxígeno. Tropas del ejército regular de Kenya y miembros de la Unidad de Servicios Generales, unidad paramilitar, habían tomado posiciones para asegurar la zona del aeropuerto.

Alrededor de medianoche, las tres aeronaves que transportaban a tropas israelíes, miembros de una unidad antiterrorista, despegaron en el vuelo de media hora hasta Entebbe.»

De este relato se desprende claramente que los aviones invasores israelíes no sólo obtuvieron permiso para sobrevolar Kenya sino que se les suministraron instalaciones de aterrizaje y de servicios mientras se dirigían a Uganda y en su regreso a Israel.

Otro periódico inglés, el *Financial Times* del lunes 5 de julio de 1976, da otra versión de la incursión, que en parte dice lo siguiente:

«De acuerdo con informes desde Nairobi, gran número de personal de seguridad israelí llegó a la ciudad durante la semana pasada y se le vio junto a las fuerzas de seguridad de Kenya, en el aeropuerto Embakasi, mientras se reabastecía a los aviones israelíes y se prestaba atención médica.»

Si bien en esta presentación hemos demostrado que un Estado hermano, miembro de la Organización de la Unidad Africana, estuvo en connivencia en la invasión de nuestro país, deseamos declarar ante este Consejo que Uganda todavía considera al pueblo de Kenya como sus hermanos, y expresamos la esperanza de que las autoridades de Kenya hayan sido llevadas a engaño de alguna manera para colaborar en este acto horrible.

Por consiguiente, Uganda no se propone tomar ninguna medida de represalia contra Kenya por esta colaboración.

Quisiera mencionar aquí la declaración de mi Presidente en la apertura de la reunión en la cumbre de la Organización de la Unidad Africana, en Mauricio. También distribuyó folletos a todos los miembros de la OUA para demostrar que no tenía ambiciones por una sola pulgada del suelo de Kenya y que él y el pueblo de Uganda todo respetan la Carta de la Organización de la Unidad Africana. Afortunadamente, el Presidente actual de la OUA está aquí. Él dirá algo más acerca de la declaración de mi colega de Kenya con respecto a las supuestas reclamaciones de Uganda sobre el territorio de Kenya.

Sr. HERZOG (Israel): Las observaciones del representante de Uganda acerca de la señora Dora Bloch suscitan considerable preocupación, porque lo que dijo con respecto a ella falta patentemente a la verdad; no está de acuerdo con los hechos que se han publicado y que son conocidos no sólo en Israel sino también en otros países.

Permítaseme que cite *The New York Times* de hoy, 9 de julio de 1976:

«...en la Cámara de los Comunes británica, un Ministro del Gobierno dijo ayer que la Sra. Bloch había sido visitada en el hospital por un miembro de la Alta Comisión el día siguiente a la incursión israelí», es decir, el 4 de julio de 1976.

«El diplomático informó que la vigilaban dos hombres en ropas civiles y que se le negó acceso a ella cuando regresó una hora después.

Fuentes del hospital de Mulago dijeron que sus constancias mostraban que la Sra. Bloch había ingresado el sábado pasado, pero no daban detalles de su tratamiento ni de su alta del Hospital.» (*The New York Times*, 9 de julio de 1976, pág. A2).

Considerando la veracidad de la declaración hecha sobre este asunto por el representante de Uganda, creo que podemos extraer conclusiones acerca de la veracidad de todas las demás afirmaciones que ha creído conveniente formular ante este Consejo.

Sr. HUSSEN (Somalia): Hemos solicitado se nos permitiera participar en este debate para sumarnos a quienes nos han precedido y exigir al Consejo que condene, en los términos más enérgicos posibles, al régimen sionista de Tel Aviv, por el acto de pura agresión cometido contra el pueblo y Gobierno de la República de Uganda. Pedimos al Consejo que así lo haga, porque lo que está en juego es la existencia y soberanía de un Estado Miembro. Este acto de terrorismo y agresión desencadenado por el régimen sionista contra Uganda, el 4 de julio, no sólo amenaza los propósitos y principios de las Naciones Unidas y de su Carta, sino que constituye además un peligro para la paz y seguridad internacionales.

El pueblo y el Gobierno de la República Democrática Somalí contemplan con gran indignación este acto de agresión no provocado e ilegítimo. Esa indignación ha quedado muy bien sintetizada en el telegrama enviado por Jaalle Mohamed Siad Barre, Presidente de la República Democrática Somalí, al Excelentísimo Sr. Idi Amin, Presidente de la República de Uganda. En ese telegrama, cuyo texto ha sido distribuido como documento oficial del Consejo de Seguridad, el Presidente de la República Democrática Somalí dijo entre otras cosas:

«He seguido con gran asombro y consideración el vil acto de agresión perpetrado por tropas de terroristas israelíes sionistas y fuerzas imperialistas en el aeropuerto de Entebbe el 4 de julio de 1976. Este bárbaro acto constituye un ataque directo y sin precedentes contra la República de Uganda y su Gobierno. Constituye también un arrogante insulto a la dignidad de África y de la humanidad en general y contraviene todas las normas de comportamiento y conducta internacionales. África y la comunidad internacional deben sacar la necesaria conclusión de este acto vergonzoso y adoptar las medidas adecuadas para que no se pueda repetir, porque puede-ocurrirnos a cualquiera de nosotros. Por consiguiente, debe ser enérgicamente condenado por todos los hombres de conciencia y la comunidad internacional en su conjunto. El injustificable asesinato de muchas personas inocentes por los agentes sionistas y la destrucción de bienes ugandeses, incluso su aeropuerto principal, son sólo un ejemplo del carácter del sionismo y de su papel en el Oriente Medio, un peligro y una grave amenaza para la paz y la seguridad internacionales. La lucha legítima del pueblo árabe de Palestina por recuperar su patria y de la nación árabe por liberar los territorios ocupados por los sionistas no será detenida por estos actos de terrorismo y continuará hasta que se logre la victoria final y completa. La vergonzosa declaración hecha por el Primer Ministro de Israel en la que dijo en apoyo de esta operación que era la «contribución de Israel a la lucha contra el terrorismo, lucha que no ha terminado» debe constituir una lección para las naciones árabes porque la lucha palestina por la liberación no puede equipararse con el terrorismo. En su lucha los palestinos siempre han demostrado un profundo respeto por las vidas humanas y siempre han perdonado las vidas de los inocentes ya que en este caso podían haber hecho explotar el avión. Para terminar me gustaría ofrecerle, querido hermano, y por su intermedio al Gobierno y al pueblo de Uganda, en nombre del Comité Central del Partido Socialista, el pueblo y el Gobierno de la República Democrática Somalí nuestro apoyo y solidaridad militantes y nuestras profundas y sinceras condolencias por la pérdida de muchas vidas ugandesas en el vergonzoso episodio. Su memoria será una antorcha que nos guiará a todos. Que sus almas descansen en paz.» (S/12136)

La República de Uganda no es el primer país pacífico cuya soberanía e integridad territorial han sido violadas por el arrogante régimen racista sionista. Desde su ocupación ilegal de la tierra árabe de Palestina hace treinta años, este régimen se ha dedicado a cometer agresión tras agresión no provocadas contra naciones soberanas. Como ejemplo de la habitual transgresión

israelí y de su descarada inclinación a entregarse a actos faltos de moderación y apretar el gatillo sin miramientos, sólo basta echar una mirada a los Estados árabes circundantes. Recordemos las numerosas ocasiones en que el mundo estuvo al borde de una guerra debido a la conducta sin miramientos del régimen sionista en el Oriente Medio y su completo menosprecio del derecho internacional. La situación calamitosa de la nación árabe de Palestina es un perfecto ejemplo de la perversa mentalidad del régimen israelí.

Es demasiado bien conocido el hecho de que este régimen racista sionista se ha embarcado durante años en una violencia deliberada y en la subversión en el África y otros lugares. Al respecto, es oportuno citar del *The New York Times*, del 9 de julio de 1976, un largo artículo dedicado a desacreditar al Jefe de un Estado Miembro de esta Organización, que rozó de paso la abierta interferencia israelí en los asuntos internos de otros países árabes y africanos.

Decía, entre otras cosas, lo siguiente:

«El interés israelí en Uganda era motivado, en gran parte, por la guerra civil sudanesa, en la cual el Sudán meridional ha venido combatiendo durante 10 años con el Sudán septentrional.»

Aunque se trata de un hecho bien conocido, el periódico ha confirmado que durante este largo período Israel continuó suministrando «envíos de armas al Sudán meridional». Otros países, incluido el mío, también se han visto sometidos a la misma intromisión injustificada en toda una variedad de formas. Uganda es simplemente la víctima más reciente del continuo terror e intimidación perpetuado por Israel.

Gran número de secuestros de aviones, la mayoría de ellos cometidos por móviles políticos, han ocurrido en los últimos años. Las víctimas de tales actos, han sido ciudadanos civiles inocentes de diversas nacionalidades. La comunidad internacional ha pedido en forma consecuente que se pusiera en libertad a esos inocentes con los respectivos salvoconductos para que pudieran llegar a sus destinos. No obstante, todos sabemos que la seguridad de tales víctimas —importante y legítima, desde luego— no puede servir de justificación para un flagrante acto de agresión contra la soberanía y la integridad territorial de un Estado y tampoco para el caprichoso asesinato de sus ciudadanos inocentes. Sin duda, acto tan despreciable sólo podría cometerlo Israel que, seguro del pleno apoyo de un país poderoso y siempre deseoso de dar muestras de su arrogancia, ha hecho de la asociación al terrorismo estatal uno de los principios cardinales de su política gubernamental. Tal actitud no debe sorprendernos porque el propio Israel es un producto del terrorismo. También ha hecho habitual y lo esperamos constantemente de su delegación en los foros internacionales —ya lo hizo en el Consejo el 9 de julio— el recuerdo del holocausto nazi en Europa para ganarse la simpatía y el apoyo. Israel debiera comprender que si el mundo condenó a Hitler y a su ideología nazista basada en la pureza racial, debe esperar, lógicamente, que la comunidad mundial haga lo mismo con él, pues practica una política similar —si no idéntica— a la hitleriana de antaño y a la del régimen minoritario blanco de Pretoria de hogaño.

El régimen sionista pretende haber proyectado y ejecutado sólo esta atrocidad en Uganda. El Gobierno y el pueblo de la República Democrática Somalí consideran muy difícil que Israel no obtuviera la ayuda de quienes habitualmente lo apoyan en la realización de actos tan sórdidos, como ocurrió en todas sus pasadas aventuras militares. Estamos convencidos de que la conspiración es mayor de lo que se ha dicho, que la verdad saldrá a la luz y que quien haya tenido algo que ver en actos tan condenables, en definitiva quedará al descubierto.

El representante de Israel trató de convencer de que hasta mi propio país —Somalia— estaba envuelto en el secuestro del avión francés, e intentó hacer aparecer la participación del Embajador de Somalia en Uganda en las negociaciones tendientes a lograr la seguridad de los rehenes, como si el Gobierno de Somalia hubiera tenido vinculación alguna en la aventura. Esta

cínica acusación es infundada y calumniosa. El Embajador de Somalia aceptó el ruego de participar en las negociaciones, aparte de la compasión, interés y preocupación que, naturalmente, le inspiraban las vidas humanas amenazadas, por ser el Decano de los Embajadores árabes acreditados en Uganda. Fue en ese carácter —como lo expresa el Presidente Idi Amin en su mensaje que figura en el documento S/12124— que el Embajador de Somalia aceptó participar en las negociaciones, junto a su homólogo francés. Resulta difícil concebir que el representante israelí tenga tanta insolencia de deformar la verdad y de tratar de desacreditar la actitud compasiva del Embajador de Somalia, quien si hubiera adoptado cualquier otra posición y se hubiera negado a prestar sus servicios a la causa de salvar la vida de los rehenes a nuestro juicio habría cometido un acto imperdonable. Por tal razón, no tiene asidero la acusación israelí y ella es, sencillamente, una demostración más de la actitud desesperada y cínica del régimen sionista por todo lo que tenga visos de humanitarismo.

En su declaración, el representante israelí trató continuamente de «meter una cuña» entre los Estados árabes y los africanos, actuando como «abogado del diablo», como se ha nombrado a sí mismo. Naturalmente, esto no es una novedad, porque conocemos la historia de Israel y sabemos que medra sembrando la cizaña de la subversión y de la agitación. Asimismo, sabemos que el régimen de Tel Aviv se inspira —y esto es muy extraño— en la discordia y en la violencia.

En sus estériles intentos de recurrir a ejemplos anteriores de lo que podría describir como de «violencia justificable», el representante de Israel trató una vez más de endilgarnos una versión tergiversada del lamentable incidente ocurrido en Loyada, una pequeña aldea situada en la frontera de la República Democrática Somalí con la llamada Somalia Francesa. Si el representante israelí deseara la veidad no se habría cegado y hubiera visto los hechos de este incidente. Si no fuera por lo tortuoso de su pensamiento, habría recordado —porque consta en las actas del Consejo— que, ante todo, el vehículo que llevaba a los niños estaba en territorio bajo el régimen francés y no en territorio de la República Somalí, como quiso hacernos creer. El representante sionista, en su esfuerzo desesperado por buscar una justificación que se le escapaba a esta vergonzosa y sin precedentes acción de su régimen, acumuló ejemplos de otras actividades en las que la violencia estaba envuelta y que fueron cometidas por otras potencias. Así, citó incidentes tales como los del *Mayagüez*, Loyada y Entebbe—, incidentes de agresión todos ellos promovidos por Estados cuya ambición de poder les hizo olvidar el respeto por los principios del derecho internacional y por la igualdad y soberanía entre las naciones, grandes y pequeñas, principios sobre los cuales se basó la creación de esta Organización, para salvaguardarlos y sostenerlos.

Creemos que el Consejo de Seguridad tiene la obligación de repudiar tales acusaciones, ya que si no fueran contestadas, podrían socavar la razón misma de la existencia de este órgano mundial. Esta idea no es otra cosa que la sugerencia de volver a la ley de la selva, donde sólo el más fuerte sobrevive.

Hasta la Organización de la Unidad Africana sufrió el indiscriminado hostigamiento del representante de Tel Aviv, que no se avergonzó al ofender a una organización de 48 Estados independientes. Permítaseme leer lo que él dijo a este respecto:

«La actitud de la Organización de la Unidad Africana de traer esta queja ante el Consejo de Seguridad parecería completamente incongruente si los sentidos de uno no estuviesen totalmente oscurecidos por la absoluta incongruencia de los procedimientos de esta Organización. Las deliberaciones en esta ocasión, sin ninguna duda, no constituirán una excepción.» (S/PV. 1939, pág. 61).

Tal insolencia de parte de un régimen que comparte totalmente con el régimen minoritario de Pretoria la creencia de que son razas superiores y que otras son inferiores a ellas es absurda y completamente inaceptable. El África no transige en cuanto al rechazo y la denuncia de un concepto tan absurdo.

Para terminar, en nombre de mi delegación subrayo una vez más que instamos al Consejo a que adopte medidas prontas y adecuadas contra el régimen israelí y a que lo condene por su acto ilegítimo de agresión contra la República de Uganda.

Sr. HERZOG (Israel): El peso de las pruebas de la complicidad de Uganda ha ido creciendo día a día, a medida que se analizaban las minuciosas declaraciones de los rehenes y surgían nuevas evidencias. De acuerdo con lo que señalaron los pasajeros, sabemos ahora que el mapa con que contaba el líder del grupo secuestrador, Wilfred Bose —que exhibió inmediatamente después de que el avión despegara de Atenas ya estaba nítidamente marcado con la ruta Atenas-Benghazi-Entebbe. Sabemos también, como se ha publicado, que antes de la llegada del avión a Entebbe, Idi Amin despachó su avión personal a Somalia a fin de recoger y llevar a Entebbe al líder de los terroristas que se apoderaron de la aeronave luego de su aterrizaje.

Además, los miembros del Consejo saben ahora muy bien que cuatro terroristas secuestraron el avión en Atenas. Las pruebas que he aportado y que otros representantes han confirmado, demuestran que el avión fue recibido en el aeropuerto de Entebbe por refuerzos terroristas que ascendían a unas cinco personas. Cuatro terroristas secuestraron el avión. El Gobierno de Uganda sepultó a siete terroristas con honores militares. En otras palabras, según todos los relatos, incluso los provenientes de Uganda, en Entebbe aparecieron refuerzos terroristas en escena. En realidad, tal como sabemos, fueron transportados al sitio en dos automóviles de Uganda, uno de ellos conducido por un soldado en uniforme.

Es interesante advertir que, pese a las abrumadoras evidencias que confirman el hecho de que los secuestradores fueron reforzados en Kampala, no se hace referencia directa a los mismos ni en el mensaje del Presidente Amin que figura en el documento S/12124 ni en las dos intervenciones que hizo su Ministro de Relaciones Exteriores el viernes en esta sala.

He escuchado cuidadosamente las declaraciones del Ministro de Relaciones Exteriores de Mauricio y en ningún lugar se hace referencia alguna a los refuerzos de terroristas que esperaban a los secuestradores en Entebbe. En lo que se refiere al Ministro de Relaciones Exteriores de Mauricio, no existieron. La elocuencia oral del Ministro de Relaciones Exteriores de Mauricio sólo tiene paralelo en su elocuente silencio.

Poco después de que cien rehenes fueran puestos en libertad, el 1.º de julio, la *Associated Press* remitió el siguiente despacho desde París:

«Rehenes recientemente liberados por los secuestradores de un avión de línea de la Air France llegaron hoy aquí, a hora temprana, y declararon que tres o cuatro hombres, fuertemente armados, en apariencia árabes, estaban esperando para reforzar a los cuatro secuestradores originales, cuando el avión de que se apoderaron sobre Grecia aterrizó en Entebbe, Uganda.»

Después de la operación de rescate israelí, el periódico francés *Le Monde* proporcionó detalles completos de esta piratería aérea en su edición del 5 de julio, que incluye lo siguiente:

«A su llegada a Kampala (se refiere a los secuestradores), se les unió en la pista, inmediatamente después del aterrizaje, un grupo de cuatro o cinco palestinos que vestían una camisa y un pantalón azul y estaban armados de metralletas.»

Informes similares se hicieron públicos en otros periódicos, revistas y numerosas estaciones de radio y televisión. Todos los informes se basaban en los detalles proporcionados por los

rehenes liberados y por funcionarios gubernamentales. No hay sombra de duda en la mente de todos, de que en realidad los secuestradores fueron reforzados en Uganda. Una cuidadosa lectura del mensaje del Presidente Amin al Presidente del Consejo de Seguridad y de la declaración de su Ministro de Relaciones Exteriores revela una admisión indirecta del hecho de que los secuestradores fueron en verdad reforzados por otros terroristas en Kampala. El mensaje del Presidente Amin expresa en la página 1 del anexo al documento S/12124:

«Los invasores israelíes rápidamente montaron un ataque contra los secuestradores matando a siete de ellos...»

Una referencia similar a siete secuestradores a los que se dio muerte también figura en la declaración del Ministro de Relaciones Exteriores de Uganda, documento S/PV.1939, página 17. La referencia del Presidente Amin a «siete de ellos» implica que eran más de siete. Sin embargo, como todos recordamos, sólo cuatro —repito, cuatro— secuestradores se apoderaron del avión de la Air France después de su partida del aeropuerto de Atenas. Por lo tanto, en realidad, tanto el Presidente Amin como su Ministro de Relaciones Exteriores han admitido en forma implícita que los secuestradores originales fueron reforzados por más terroristas en el aeropuerto de Entebbe, en Uganda. ¿Qué mejor prueba de la complicidad de Uganda en este delito que el hecho de que ese país permitió que un refuerzo de cuatro o cinco terroristas armados se uniera a los secuestradores?

Además, el importante papel desempeñado por los terroristas que se unieron a los secuestradores en Kampala constituye una prueba ulterior de que también la parte de Entebbe del secuestro fue una operación cuidadosamente planeada, que no hubiera podido llevarse a cabo sin la complicidad del Presidente de Uganda. El periódico *The New York Times*, al cual se refirió correctamente el Ministro de Relaciones Exteriores de Mauricio calificándolo de una publicación altamente respetada, entrevistó a uno de los rehenes liberados, el Sr. Michel Cojot, e informó lo siguiente el 6 de julio:

«Aunque el individuo de Alemania Occidental estaba claramente a cargo del avión —dijo el Sr. Cojot— agregó que era igualmente evidente que los cuatro secuestradores constituían simples soldados en la confabulación y no tenían autoridad alguna para negociar sobre los rehenes o tomar decisión alguna más allá de capturarlos y mantenerlos en calma.

Expresó que los tres árabes que se unieron a ellos en tierra, en Entebbe, eran los que estaban a cargo de las demás decisiones. Las órdenes provenían de algún otro. Uno de ellos hablaba en español.»

En otras palabras, la operación de secuestro del FLP no se hubiera podido llevar a cabo tal como fue proyectada, a menos que el avión arribara a su destino predeterminado —Uganda—, donde estaba esperando el director de la operación.

Si Uganda no estaba implicada, ¿cómo se permitió que esos refuerzos se presentaran allí? ¿Por qué aquellos representantes que se han compenetrado de manera tan conmovedora, mostrando un común interés, con la Uganda de Idi Amin y con la causa del terrorismo internacional, no piensan en este hecho más bien extraño que por sí mismo prueba que su tesis es falsa? Además, si no había connivencia, ¿dónde están los otros terroristas? ¿Qué ha ocurrido con los tres sobrevivientes de la operación de rescate que tuvo lugar en el aeropuerto de Entebbe? ¿Por qué no han sido aprehendidos y exhibidos, de acuerdo con el Convenio de La Haya de 1970?

Dado que se citó a la prensa en forma abundante en estos debates, permítaseme hacer lo mismo.

Otro relato detallado de la colusión de Uganda aparece el 5 de julio en el *The New York Times*. Me he de permitir citar parte del artículo porque resume numerosos informes que confirman que las autoridades ugandesas trabajaron hombro con hombro con los terroristas.

«París, 4 de julio. Funcionarios y rehenes liberados declararon hoy aquí que tenían evidencia sustancial de que el Presidente Idi Amin había estado en colusión con los secuestradores de un avión de la Air France, tanto en su captura como después de su aterrizaje en Uganda...

Una fuente francesa de alto nivel dijo que el Presidente Amin se había negado a permitir que Pierre Renard, el Embajador francés en Uganda, o un enviado especial de este país, tratara directamente con los secuestradores... También advirtieron que durante las primeras 24 horas posteriores a la llegada de la aeronave a Entebbe, los secuestradores se retiraron a descansar y los rehenes fueron custodiados por ugandeses.

Otra evidencia de la complicidad del Presidente de Uganda con los terroristas figura en comentarios de diplomáticos franceses y en las informaciones de los rehenes liberados en un primer momento por los terroristas... Entre los pasajeros liberados la semana pasada se encontraban Michel Cojot y su hijo Olivier, de 12 años. El Sr. Cojot, un francés consultor en administración, sirvió como intérprete a los rehenes y negoció en su nombre las pequeñas comodidades de que disfrutaron durante sus tribulaciones.

El Sr. Cojot expresó que no tenía «ni una sombra de duda» de que Uganda sabía con antelación del plan de secuestro y estaba preparada para actuar...

El Sr. Cojot dijo que después de aterrizar en Entebbe, el aeropuerto internacional de Kampala, todos permanecieron en el avión durante varias horas.

«Los terroristas guardaron sus granadas y las volvieron a colocar en los bolsos que habían traído a bordo. Pusieron las pistolas automáticas checoslovacas, calibre 7.65, que nunca habían abandonado durante el vuelo, en sus cinturones y se sentaron juntos en la parte delantera del avión», expresó. «Hasta ese momento, siempre había permanecido por lo menos uno de ellos en la parte delantera y otro en la parte trasera para vigilarnos.»

El Sr. Cojot declaró que en ese momento pudo hablar con uno de los miembros de la tripulación y le sugirió la posibilidad de dominar a los cuatro secuestradores que se habían agrupado sin armas en sus manos, para que alguno se deslizara afuera y requiriera ayuda.

«Convinimos, sin embargo, en que los secuestradores estaban actuando como si se sintieran en su casa. El súbito relajamiento de su férrea disciplina anterior demostraba que se consideraban en territorio amigo.»

«Durante todo el tiempo consideramos que éramos custodiados tanto por los secuestradores como por los ugandeses.»

«Los amigos de los secuestradores, que se unieron a ellos en el aeropuerto, parecían ser palestinos», dijo el Sr. Cojot. «Llegaron y se fueron libremente en un Datsun con placas locales y otra diplomática, portando armas», agregó.

«El civil ugandés, administrador del aeropuerto, tenía alimentos y bebidas dispuestas para los rehenes, poco después de su arribo. Sin embargo, tuve que hablar con él», dijo el Sr. Cojot, «porque no había en cierto momento suficientes platos y luego faltaban vasos. Estaba bromeando y le dije: Debe ser difícil atender a 263 huéspedes inesperados.»

«El administrador respondió: “Oh; pero los estaba esperando”, expresó el Sr. Cojot.»

The Washington Post del 5 de julio pasado, también aporta detalles que acusan al Presidente Amin:

«El relato de los 148 rehenes no judíos liberados anteriormente en la semana, apoyan la opinión israelí. Los rehenes liberados dijeron que Amin abrazó al dirigente del grupo terrorista y

de los cuatro secuestradores que dejaron a los rehenes para que los custodiaran tropas ugandesas durante 24 horas. Después, los dos árabes y los dos alemanes que secuestraron el avión sobre Grecia, volvieron luego de haber dormido durante la noche y de haberse bañado. Los cuatro secuestradores recibieron, además, el refuerzo de tres palestinos y armas automáticas, según los rehenes franceses y griegos. Un mecánico griego, Christos Sarantis, hablando con los siete griegos liberados al comienzo de la semana, dijo: “Nos custodiaban soldados negros y alrededor de 100 personas vestidas de civil, que mantenían excelentes relaciones y cooperaban con los secuestradores. Había absoluta cooperación entre Amin, sus hombres y los secuestradores”.»

Conozco perfectamente la declaración hecha por el Capitán Bacos, de que informó *The New York Times* del 6 de julio y que citó aquí el Ministro de Relaciones Exteriores de Mauricio. Sin embargo, la abrumadora mayoría de las pruebas, corroborada por casi todos los rehenes liberados —como ha informado muchas veces la prensa— demuestra que las tropas ugandesas participaron, junto con los terroristas, en la custodia de más de 200 pasajeros y miembros de la tripulación inocentes.

Lamento que el Ministro de Relaciones Exteriores de Mauricio haya decidido ignorar la serie de pruebas que demuestra la colusión ugandesa con los terroristas.

Ya hice referencia en mi declaración del viernes al hecho de que los terroristas, siempre con la ayuda de los ugandeses, interrogaron a algunos israelíes, a veces recurriendo a la fuerza y también a la amenaza de muerte. *The New York Times* del domingo 11 de julio, publicó una vívida descripción de uno de los interrogatorios realizados por terroristas y ugandeses:

«Durante un período del interrogatorio por los terroristas respecto a lo que sabía sobre Israel, el Sr. Dahan fue abofeteado, se le golpeó en la espalda y se le torcieron los dedos. Se le dijo que escribiera una larga información sobre Israel y entregó documentos sobre la vida en los *kibbutz* y la cosecha de pomelos. Luego, un ugandés rompió el papel, se lo sacó de su mano y lo tiró al suelo diciéndole: “No es esto lo que queremos, sino informaciones sobre el ejército; dónde están las bases, el nombre de su general.”

Un palestino muy alto, que llevaba un rifle, y otro llamado Jorge, recibieron la colaboración de cuatro oficiales ugandeses en el interrogatorio.

En un momento se le puso al Sr. Dahan una pistola al pecho.»

En vista de las numerosas pruebas corroboradas por la gran mayoría de los 260 pasajeros y miembros de la tripulación del avión secuestrado, no me queda otra opción que calificar a las dos declaraciones formuladas por el Ministro de Relaciones Exteriores de Uganda como una compilación formidable de tergiversaciones, verdades a medias, omisiones deliberadas y falsedades, que el Consejo nunca ha escuchado durante tanto tiempo.

No voy a fatigar a este órgano enumerando esas verdaderas tergiversaciones, pues son muchas y llevaría mucho tiempo el hacerlo. Sin embargo, hay una mentira abominable que mi país no puede dejar pasar en silencio, y me incumbe a mí hablar respecto de ella para poner en evidencia el verdadero rostro del Presidente de Uganda y de su Ministro de Relaciones Exteriores.

Debo recordar que el Ministro de Relaciones Exteriores de Uganda dijo ante este Consejo lo siguiente:

«Cuando mejoró» —la Sra. Bloch— «al atardecer del sábado 3 de julio, fue llevada nuevamente por las autoridades médicas al viejo aeropuerto de Entebbe, para que se sumara a los otros rehenes»...

Los israelíes cometieron un abierto acto de agresión al invadir el aeropuerto de Entebbe donde los rehenes, incluida la Sra. Dora Bloch, estaban en poder de los secuestradores... Los

miembros de las fuerzas invasoras se llevaron a todos los rehenes, incluyendo a los muertos y heridos... Los informes de la prensa y de fuentes diplomáticas, según los cuales un diplomático vio a la Sra. Dora Bloch el domingo 4 son falsos. No hay información concreta alguna al respecto.» (S/PV. 1939, pág. 112).

Repito que esto es una absoluta mentira. La Sra. Bloch fue visitada en el hospital por un diplomático británico el domingo 4 de julio, después de la operación israelí de rescate en el aeropuerto de Entebbe, como dijo claramente a este Consejo el representante del Reino Unido. El diplomático informó que la custodiaban dos hombres y que cuando retornó, una hora más tarde, no se le permitió visitarla. Ese diplomático —nos informó ayer el representante del Reino Unido— será expulsado hoy de Uganda.

Ahora, hemos recibido la ominosa noticia de que el Gobierno de Uganda va a recurrir a la amenaza del chantaje a los extranjeros que están en Uganda, en relación con el actual debate que celebra el Consejo de Seguridad. En otras palabras, por primera vez en la historia, se intenta influir directamente, con la amenaza del chantaje más abominable, en los debates de este órgano. ¿Cómo puede este Consejo pasar en silencio semejante hecho? ¿Cómo se puede ignorar un intento tan patente de influir en este órgano? ¿Cómo pueden los miembros de este Consejo ignorar este flagrante intento de inmiscuirse en la soberanía nacional? Todo este asunto verdaderamente sórdido condena no sólo al Gobierno de Uganda, sino también a todos aquellos países que al hablar respecto de la misión de rescate israelí, omitieron hacer referencia a la causa básica de la cuestión, es decir, el secuestro de un avión, y ni siquiera se dignaron, por razones de oportunismo político, decir una palabra tan sólo sobre la suerte corrida por una anciana de 75 años de edad, a quien se sacó del hospital sin duda para hacerla víctima de los mismos tratos que recibieron decenas de miles de ugandeses, una suerte de la naturaleza de la que fue descrita por el Ministro de Relaciones Exteriores de Kenya en la carta que le dirigiera a usted, Sr. Presidente.

Con todo el debido respeto para con el Ministro de Relaciones Exteriores de Mauricio y para con los otros miembros que se le unieron a fin de condenar a Israel, debo decir que el hecho de que no hayan juzgado apropiado mencionar, siquiera de paso, la suerte corrida por la Sra. Bloch ni hacer en sus declaraciones un llamamiento a las autoridades ugandesas para saber de su paradero, les quita todo derecho moral para intervenir en este debate.

El caso de la Sra. Bloch sólo pone de manifiesto en 'a forma más trágica el ámbito de la complicidad de los ugandeses.

Citaré lo dicho ayer en el Knesset por nuestro Canciller, Sr. Yigal Allon:

«La desaparición de la Sra. Bloch constituye una parte inseparable de todo el incidente del secuestro. La suerte de que ha sido víctima, nos hace pensar en la amenaza de que habrían sido víctima todos los pasajeros del avión en Entebbe, de no haber sido rescatados en esa magnífica operación de las fuerzas israelíes. Queda demostrado de una vez por todas cuán desprovistas de sustancia moral son las palabras de aquellos que, internacionalmente, condenan a Israel por cumplir con un deber para con sus conciudadanos al liberarlos de tan tremendo peligro.»

Nuevamente hago notar a este Consejo un hecho que ha sido ignorado, en una actitud muy cómoda: a diez días de liberados los rehenes, el avión de Air France continúa allí. Es un hecho significativo, aunque quizá de menor importancia, si se tiene en cuenta el derramamiento de sangre, el terror, la miseria humana y los sufrimientos que ha causado toda esta operación.

No deseo refutar muchas de las declaraciones formuladas en torno a esta mesa, porque en algunas circunstancias fueron pronunciadas por representantes de países cuyos regímenes tienen tanto en común con el de Uganda que, verdaderamente, no tendría sentido alguno que yo hiciera mis comentarios sobre una base jurídica o moral. Uno de estos países es Somalia, que se ha

transformado —como ya dije— en un centro de operaciones terroristas y en una amenaza a los Estados vecinos. Su representante hizo todo lo posible para citar falsamente algunos de mis comentarios, lo que no me sorprende, por otra parte. Empero, desearía hacer mención a algunas de las declaraciones aquí formuladas.

En cuanto a la carta del Representante Permanente de México, que figura en el documento S/12135, de fecha 9 de julio, quisiera decir que siempre hemos seguido con comprensión la muy activa campaña que desarrolla México contra el terrorismo que lo afecta. Por ende, nos sorprende tanto más que México no pueda revelar una medida de comprensión similar cuando se toman medidas para combatir el terrorismo en el caso en que las víctimas no son mexicanas. Es increíble, y escapa absolutamente a toda comprensión, que la conveniencia política dicte al Gobierno de México el ataque contra un pequeño Estado que se defiende contra el enemigo común de México e Israel, a saber, el terrorismo internacional.

No puedo ocultar mi sorpresa por el hecho de que el representante de Yugoslavia haya creído conveniente también esta vez, como en otros casos en el pasado, intervenir en un debate del lado de quienes condenan a Israel, debido a su deseo vehemente de demostrar su alineación fiel con las observaciones de los llamados países «no alineados». Si algún país en el mundo debiera interesarse hoy en una iniciativa contra el terror, si algún país en el mundo debiera tener palabras de condolencia por las víctimas de los secuestros y del terror, tendría que ser Yugoslavia.

El representante yugoslavo, cabe observar, tuvo palabras de condolencia para Uganda. Rehenes israelíes inocentes también perecieron en esta operación. ¿Por qué Yugoslavia no dijo una palabra con respecto a ellos? Es verdaderamente triste ver que el Gobierno yugoslavo se apresura en cada oportunidad a ponerse al frente de la lista en este foro para condenar a Israel independientemente del asunto, aparentemente cegado por una actitud antiisraelí extrema y por su adhesión a la causa del nuevo antisemitismo que existe hoy en el mundo. Yugoslavia, como muchos otros países que hablaron en este debate, no se da cuenta de que el terrorismo internacional, que padece tanto como otros, le hará cantar la palinodia con respecto a lo expresado esta vez por sus representantes en esta mesa del Consejo.

Francamente, lamento quizá más que muchas de las de más intervenciones, la del representante de Tanzania. La lamento debido a la alta estima personal en que lo tengo y al inmenso respeto con que, junto con muchos en Israel, considero a su gran maestro, el Presidente de Tanzania, de quien tuve el honor de ser huésped. En sus argumentos jurídicos, olvida por conveniencia que las autoridades jurídicas que cita por cierto justifican en el derecho internacional acciones como la que estamos debatiendo, motivadas por la defensa propia individual o colectiva, como creo que señalé al citar abundantemente a autoridades en derecho internacional, en mi intervención del viernes pasado. Él y otros mencionaron el párrafo 4 del Artículo 2 de la Carta, que obliga a los países a resolver sus controversias por medios pacíficos. Permítaseme citar lo que dice O'Connell en *International Law* (segunda edición, página 303):

«El párrafo 4 del Artículo 2 de la Carta de las Naciones Unidas debe interpretarse en el sentido de que prohíbe actos de fuerza contra la integridad territorial y la independencia política de las naciones, y no que prohíbe una utilización de la fuerza limitada, en su propósito y sus efectos, a la protección de la propia integridad de un Estado y de los intereses vitales de sus nacionales, cuando el mecanismo previsto por la Carta de las Naciones Unidas resulte ineficaz en la situación.»

La mente tiende a embotarse y la memoria a nublarse a medida que avanza el debate en este Consejo. Permítaseme recordar al Consejo que estamos hablando de una decisión del Gobierno de Israel de proteger a sus ciudadanos, rehenes amenazados de muerte, más de 100 hombres,

mujeres y niños retenidos por terroristas que los habían secuestrado y los encañonaban con armas; terroristas que no reconocen soberanía ni derecho y que han demostrado en el pasado que su brutalidad no tiene límites.

Son esas las mismas personas que dispararon contra diplomáticos atados de pies y manos, que asesinaron en los Juegos Olímpicos a deportistas atados de pies y manos y que en el pasado han mantenido como rehenes a niños y estaban dispuestos a matarlos. Esas personas estaban ayudadas e instigadas por un gobierno encabezado por un asesino racista que había aplaudido la matanza de deportistas israelíes atados de pies y manos por los mismos terroristas, que había instado a la extinción de Israel de las Naciones Unidas y que no sólo había elogiado a Hitler por el asesinato de 6 millones de judíos, sino que había propuesto levantarle un momento, iniciativa que condujo incluso al Embajador soviético en Kampala a sugerir al Presidente Amin que se le estaba yendo la mano.

Este era el problema que enfrentaba el Gobierno de Israel. Había más de 100 hombres, mujeres y niños que eran rehenes inocentes, y terroristas que los encañonaban con sus armas y no dejaban duda alguna a nadie en cuanto a sus intenciones de llevar a cabo su malvado plan y matar a gente inocente, como lo han hecho en el pasado.

Ese es el panorama que deben tener presente los representantes en la discusión de este problema.

Lamento muchas de las observaciones hechas por el representante de Tanzania, porque sospecho que no reflejan sus verdaderos sentimientos ni los del Gobierno de Tanzania.

Rechazo categóricamente su ridículo intento de equiparar esta operación israelí de rescate para salvar sus pasajeros con un ataque contra África.

¿Cómo puede el distinguido representante de Tanzania decir algo semejante? ¿Habría parecido mejor el África si los terroristas palestinos, en connivencia con el Presidente Amin, hubieran matado a más de 100 hombres, mujeres y niños? ¿Habría parecido mejor el África con la sangre de esas víctimas inocentes derramada sobre el suelo?

¿Quién ha mancillado al África? ¿Israel, por ejercer su derecho a salvar a sus ciudadanos de conformidad con el derecho internacional? ¿O ese régimen racista de Uganda, que libra una guerra heroica contra una anciana indefensa de 15 años?

¿Quién amenaza al África? ¿Israel, que tanto ha hecho por ayudar a muchos países africanos, inclusive a varios en la actualidad, en las esferas de la agricultura, la tecnología y la salud? ¿O el país que esta semana ha despachado 30 aviones de combate como refuerzos para Uganda, es decir, el Gobierno de Libia? ¿Contra quién se piensa utilizar esos aviones, y quiénes los pilotan? Ustedes saben tanto como yo que están dirigidos contra Kenya y Tanzania, que han sido amenazados y continúan siéndolo abiertamente en declaraciones del Presidente de Uganda, y que los pilotan miembros de la OLP.

¿Quién amenaza al África y a los africanos? ¿Israel, cuya negativa a asociarse en forma alguna con la propuesta del Presidente Amin a bombardear e invadir a Tanzania en 1972 produjo el rompimiento de Uganda con Israel, o el Jefe de Estado que expuso en Israel y en otros países mapas que describían sus planes de invadir a Tanzania?

¿Quién ha tratado al África con desprecio, sino el Presidente de Uganda, quien calificó al Presidente de Tanzania —un hombre de estatura internacional— con palabras despreciables y repulsivas, que no deseo repetir debido a la alta estima que mi pueblo y yo tenemos por el Presidente de Tanzania?

El representante de Tanzania dice que habría preferido que se diera prioridad a los principios sobre la conveniencia. ¿De qué principios habla? ¿De los principios de Uganda, que se reflejan

en esta enumeración sombría de asesinatos, secuestros y bandidaje que figura en el documento distribuido hoy por el Ministro de Relaciones Exteriores de Kenya? ¿Ha dicho usted aquí alguna palabra en contra de estos principios ugandeses? ¿Son los principios, o es la conveniencia, lo que lo ha llevado a usted, distinguido representante de un país muy distinguido, a patrocinar este proyecto de resolución con Libia, sufragante y centro del terrorismo mundial y el país que suministra aviones de combate a Uganda? Usted sabe tan bien como yo que esos aviones no los utilizará Uganda en contra de Israel.

Si usted, mi querido amigo, desea hablar de principios y de conveniencia, por favor hagámoslo, pero también precisemos cuáles son. No seamos parciales en cuanto a los principios y la conveniencia, así como no debiéramos ser parciales en cuanto al terror y las operaciones de rescate.

No puedo menos que repetir lo que dije el viernes: dejemos de ser parciales. Si el terror es malo, lo es en todas partes, para todos y en todo momento. Es malo cualquiera sea el color, la raza, el credo, o la nacionalidad del terrorista. Es malo cualquiera sea el color, la raza, el credo o la nacionalidad de la víctima.

Esta es la cuestión que tenemos que examinar y que las Naciones Unidas no han considerado. Esta es la cuestión que asolará a todo el mundo hasta tanto no la consideremos.

He escuchado los comentarios del representante del Pakistán. Francamente, los hubiera escuchado con más respeto si no hubiesen provenido del representante de un régimen que ha encarcelado a toda su oposición política. Fue la miserable presentación del representante de un Estado cuya propia gente fue expulsada brutalmente de Uganda por el régimen racista de Idi Amin, inclinándose ante él y congraciándose con los opresores de sus propios hermanos. ¡Hasta dónde puede llegar la bajeza!

El representante de la Unión Soviética me preguntó por qué no citamos los documentos de las Naciones Unidas que excluyen la agresión de las relaciones internacionales. El representante de la Unión Soviética debe saber que la definición de la agresión adoptada por la Asamblea General el 15 de diciembre de 1974 ha sido ampliamente criticada en todos los ámbitos jurídicos. No es una declaración obligatoria del derecho internacional y, dicho sea de paso, no descarta un acto como el llevado a cabo por Israel.

Cuando el representante de la Unión Soviética pregunta por qué Israel no presentó una queja al Consejo de Seguridad, no sé si lo hace por candidez o porque cree que yo soy cándido. Permítame asegurarle que, al menos en ese aspecto, no se me puede calificar como tal y yo no tengo ninguna duda de que él es cualquier otra cosa menos cándida.

Le pregunto al representante de la Unión Soviética si nos hubiera apoyado en caso de haber presentado una queja. ¿Por qué no hubo una declaración soviética cuando se secuestró el avión? ¿Por qué no condenaron los actos terroristas de la OLP en tantas ocasiones anteriores? ¿Por qué no hicieron una declaración o un llamamiento cuando se retenía a los rehenes inocentes en Entebbe? ¿Por qué el representante de la Unión Soviética no dijo ni una sola palabra acerca de la suerte de la Sra. Dora Bloch o de encarecimiento al representante de Uganda a este respecto? Después de todo, tienen cierta influencia en Uganda.

¿No sabe el representante de la Unión Soviética que desde 1954 su país ha obstaculizado todo intento de parte de Israel de presentar sus reclamaciones ante el Consejo de Seguridad?

Durante 22 años no hemos hallado eso en este Consejo a causa del veto soviético. Estamos acostumbrados al cinismo en este órgano, pero la cínica pregunta del representante de la Unión Soviética de por qué no presentamos nuestra queja al Consejo, cuando él sabe por adelantado

que, independientemente del fundamento de la queja, él la habría vetado, es el sùmmum del cinismo.

Me percato de la preocupación del representante soviético por la inviolabilidad de territorios africanos y confió sinceramente en que su conmovedora preocupación se refleje en la política y en las acciones de la Unión Soviética.

El representante de la Unión Soviética se refirió a la agresión y a la inviolabilidad de la integridad territorial y de la soberanía nacional. En este sentido, le cedo el honor, teniendo en cuenta el muy considerable historial de la Unión Soviética a ese respecto en Hungría, Checoslovaquia y otros países de Europa oriental. Sin duda mi colega de China podría explayarse al respecto.

Permítaseme asegurarle al representante de la Unión Soviética que el pueblo de Hungría en 1956 y el de Checoslovaquia en 1968 se habrían sentido muy complacidos si la intervención soviética hubiese sido para salvar a 100 rehenes y no hubiese durado más de 53 minutos, como fue el caso de Entebbe. En aquel momento, la Unión Soviética tuvo grandes dificultades para explicar su posición.

Sergei Kovalev, en el artículo *Sovereignty and the International Duties of Socialist Countries*, publicado en *Pravda* del 26 de septiembre de 1968, expuso las justificaciones soviéticas de tales acciones como sigue:

«Quienes hablan de acciones “ilegales” de los países socialistas aliados en Checoslovaquia olvidan que en una sociedad de clase no hay ni puede haber ley independiente de la clase.»

En una sociedad civilizada no hay ni puede haber ley que sea independiente de los más nobles principios del hombre, a saber, la libertad y la dignidad humanas. Ésos fueron los principios que Israel defendía en Entebbe.

Quizá la más demostrativa de todas las actitudes de gobiernos fue el documento de Argelia distribuido en este Consejo y que fue celebrado ayer por el representante de la Unión Soviética.

Indudablemente, es apropiado que Argelia hable en favor de los terroristas y secuestradores, teniendo en cuenta el hecho de que fue a Argelia, en 1968, donde se dirigió el primer avión secuestrado en operaciones contra Israel. Argelia estuvo involucrada directamente en esa operación y preparó el camino para las futuras empresas terroristas. Difícilmente podía esperarse que Argelia, que desempeñó un papel tan prominente en la historia de los secuestros aéreos internacionales y del uso de la inmunidad diplomática con propósitos terroristas, abandonara su lugar en el «círculo de la fama» del terrorismo internacional. Tenía que estar presente. Después de todo, lo que Amin hizo hace dos semanas ellos lo hicieron en 1968.

En el curso de todas estas discusiones algunas delegaciones han tendido a ignorar al grupo que organizó ese secuestro, a saber, la OLP. La OLP emitió una declaración disociándose de esa operación. Ésta es una mentira. El FPLP, al cual pertenecían los secuestradores, es miembro de la OLP. Los miembros del Consejo recordarán que en el pasado la OLP negó vinculaciones con la organización *Black September*, aunque el segundo de Yassir Arafat era quien realmente la comandaba. Ése fue el grupo que, según el Presidente del Sudán, recibió órdenes personalmente de Yassir Arafat de ejecutar a los diplomáticos norteamericano y belga en la Embajada de Arabia Saudita en Khartum, en 1973.

La política de la OLP está bien registrada. Se basa en el más brutal terrorismo, con ataques contra gente inocente, incluyendo insospechables mujeres y niños. Esas pandillas han matado mujeres embarazadas, a sangre fría, en Kryat Shmona; han asesinado a atletas olímpicos atados de pies y manos; han secuestrado aviones; han cometido asesinatos públicamente; han tenido

como rehenes a pequeños escolares en Ma'alot, causando la muerte de más de 20 niños y heridas a más de 60. Son los mismos que trataron de imponer un régimen de terror a los árabes palestinos en la Ribera Occidental y en Gaza, matando fríamente a aquellos sospechosos de no estar de acuerdo con ellos. Son los mismos que planearon el asesinato de los Jefes de cinco Estados árabes en Rabat, en 1974. Catorce integrantes de la OLP fueron entonces arrestados en Marruecos. Son miembros de la misma organización que ejecutó en la forma más cobarde a Wasfi Tal, el Primer Ministro de Jordania, durante una visita a El Cairo. Uno de los asesinos, no satisfecho con disparar al Primer Ministro en la espalda, se sintió obligado a beber su sangre públicamente en los escalones del Hotel Sheraton en El Cairo.

Es la misma gente que el 31 de enero de 1974 sabotó las instalaciones petroleras en Singapur. Es la misma gente que tomó el control de la Embajada egipcia en Madrid y retuvo como rehenes a tres integrantes del personal, incluyendo al Embajador. Es la misma gente que asesinó a un diplomático norteamericano y a otro belga en Khartum, en 1973. La misma gente que se ha dedicado a destruir al Estado libanés, destrozándolo, matando decenas de miles e hiriendo a otros centenares de miles, mientras el Consejo permanece en silencio.

Son los terroristas que secuestraron y mantuvieron como rehenes a los ministros que asistían a la Conferencia de la OPEP, los cuales fueron liberados por el Gobierno de Argelia en un acto que constituye una flagrante condonación de las acciones terroristas criminales de ese grupo.

De allí fueron a Libia, donde los abrazó y saludó el Primer Ministro Jalloud, de Libia, los mismos terroristas que habían asesinado a uno de los ciudadanos libios el día anterior en Viena.

Éstos son los pueblos que han traído miseria y asesinatos a la región del Oriente Medio y quienes han introducido el terrorismo como parte del idioma internacional, terrorismo que afecta a personas inocentes dondequiera que se encuentren. Cabe destacar que existe una connivencia árabe con el terrorismo. En ese sentido, el Gobierno de Egipto copatrocinó la decisión de la Organización de la Unidad Africana de someter esta cuestión al Consejo. Permítaseme recordar aquí que el Gobierno de Egipto liberó a los cobardes asesinos que dieron muerte al Primer Ministro Wasfi Tal, de Jordania, en las escalinatas del hotel Sheraton, en El Cairo y que luego bebieron su sangre. El Gobierno de Egipto liberó en 1970 a los terroristas de la organización «Septiembre Negro» que habían hecho aterrizar un avión de gran tamaño de la Pan American en el aeropuerto de El Cairo y que lo volaron posteriormente en ese lugar.

Escuché cuidadosamente la moción de orden planteada por el representante de Libia y debo admitir que comprendo su preocupación, expresada hoy otra vez. ¿Quién sino el representante de Libia, país que ha sido tesorero y ha servido de asilo del terrorismo internacional, puede querer evitar que se examine aquí este mal que es el terrorismo internacional? El papel de Libia en apoyo del terrorismo internacional en el plano financiero, militar y político y su participación en los intentos de asesinatos de dirigentes extranjeros, con la inclusión de jefes de Estado árabes, es bien conocido por todos nosotros y no hace falta que lo repita aquí.

Sin embargo, el motivo de la presentación de esa moción de orden en el momento en que fue presentada es bien claro en vista de la información proporcionada durante el fin de semana por el Presidente de Egipto. En una entrevista con el periódico egipcio *Akhbar El Yom*, tal como lo informó la agencia de noticias del Oriente Medio, el Presidente Sadat, quien recién la semana pasada expulsó al Embajador de Libia por su complicidad en actos de terrorismo, examinó públicamente la participación criminal de Libia en el terrorismo internacional.

Está claro que Libia sirve de asilo y de refugio de los terroristas internacionales más buscados, cuyos colegas figuraron entre los que llevaron a cabo el secuestro del aerobús de Air France desviado a Uganda.

En realidad, mientras debatíamos en este Consejo, fuerzas financieras respaldadas por Libia continuaban activamente operaciones subversivas en el Sudán contra el Gobierno de dicho país.

¿Qué otra prueba hace falta para demostrar que Libia se ha arrogado un derecho inexistente de votar sobre esta cuestión y que, en realidad, no reúne los requisitos necesarios para ser miembro del Consejo de Seguridad, órgano encargado de la tarea de promover la paz y la seguridad internacionales?

Para terminar, permítaseme expresar mi agradecimiento a los representantes que han tenido el coraje de adoptar una posición clara e inequívoca al lado de la decencia humana y de la libertad y en contra del flagelo del terrorismo internacional y de los países que lo apoyan, ya sea por comisión u omisión.

La elocuente y emocionante declaración del representante de los Estados Unidos, el Sr. Scranton, y el llamamiento de todas las demás delegaciones, que instaron a este órgano a que adoptara medidas, deben evocar un eco en todo el mundo, independientemente de todas las diferencias políticas. Insto a todos los países que ya han expresado sus puntos de vista respecto del problema que se debate alrededor de esta mesa a que se unan para tomar medidas contra los secuestradores y el terrorismo internacional.

Estoy seguro de que muchos seguirán su ejemplo. Esta sesión decidirá en más de una forma si las Naciones Unidas han de continuar su camino descendente en manos de los déspotas o asumirá una vez más su legítimo papel en nombre de la humanidad y de la paz internacional.

Sr. ABDALLA (Uganda): Todas las acusaciones de la delegación israelí son inexactas. Respecto de la complicidad, el representante israelí se ha referido a lo expresado por el Sr. Cojot, una de las personas que ha hablado sobre el incidente que tuvo lugar en el aeropuerto de Entebbe. Pero están los relatos de otros miembros de la tripulación del avión, que son favorables a mi Presidente. Por ejemplo, el de uno de los mecánicos y el del comandante del avión. Los relatos fueron publicados por *Le Monde*.

En cuanto a la Sra. Bloch, nada tengo que agregar a lo que aquí dije el viernes. Como declaré entonces, las fuerzas invasoras israelíes se llevaron a todos los rehenes que quedaban en Entebbe, incluida la Sra. Bloch.

No nos apartemos de la cuestión. Hemos venido aquí a condenar la acción israelí y no a otra cosa.

En nombre de la delegación de Uganda, por consiguiente, repudio todas las acusaciones hechas contra mí por el representante del sionismo israelí. La mayoría de lo que ha dicho no es sino una serie de mentiras.

Este debate no nos lleva a ninguna parte, como no sea a la confusión. Usted, Sr. Presidente, tiene la responsabilidad de conducir al Consejo para que, finalmente, Israel sea condenado. Desde luego, tiene derecho a vanagloriarse de haber matado a oficiales y a soldados ugandeses y de haber destruido propiedades nuestras.

A aquellos a quienes se les llama superpotencias, que tratan de encubrir la acción israelí, debo decirles que, quizá, gracias a la voluntad de la Divinidad no se requerirá mucho tiempo para que les llegue su día. No somos niños; somos un país pequeño pero no se puede jugar con nosotros.

El representante de Israel ha censurado a Uganda, a todos los Estados africanos y al tercer mundo por lo que han hecho. Somos pequeños, repito. Uganda lucha contra Israel, contra los Estados Unidos y contra el Reino Unido. No poseemos armas. No tenemos medios para doblegarlos pero pronto les llegará el día.

TRANSCRIPCIÓN DE LAS CUATRO CONVERSACIONES TELEFÓNICAS ENTRE EL
CORONEL BARUCH BAR-LEV Y EL PRESIDENTE IDI AMIN

MIÉRCOLES, 30 DE JUNIO, 14.00 HORAS

Bar-Lev: —¿El presidente?

Amin: —¿Quién habla?

Bar-Lev: —El coronel Bar-Lev.

Amin: —¿Cómo está, amigo mío?

Bar-Lev: —¿Cómo está usted, señor?

Amin: —Me alegro mucho de escuchar su voz.

Bar-Lev: —Le hablo desde mi casa. He oído lo que ha sucedido. ¿Puedo pedirle algo?

Amin: —De acuerdo, porque usted es mi amigo.

Bar-Lev: —Lo sé, señor... Amigo mío, usted tiene una gran oportunidad de pasar a la Historia como el gran pacificador. Mucha gente en el extranjero, en Inglaterra, en Norteamérica, en Europa, está escribiendo cosas malas de usted; y ahora usted tiene la oportunidad de demostrarles que es un gran agente de la paz. Si usted libera a esa gente pasará a la Historia como un gran hombre y eso desmentirá a quienes hablan mal de usted. Lo he pensado toda la mañana desde que escuché esas cosas en la radio.

Amin: —He mantenido conversaciones satisfactorias con el Frente Popular para la Liberación de Palestina. Han puesto en libertad a 47 de los rehenes. Ahora tienen 145 israelíes y judíos y otros rehenes, 250 en total... Acabo de liberar 47 rehenes y los entregué al embajador de Francia. Es importante que usted escuche Radio Uganda a las 17 horas.

Bar-Lev: —¿Y qué pasa con los rehenes israelíes?

Amin: —EL FPLP ha rodeado por completo a los demás rehenes... Dicen que si el gobierno de Israel no cede a sus demandas, mañana, a las 12 horas de Greenwich, harán volar al avión francés y a los rehenes. Por tanto, le aconsejo, amigo mío, que informe a Rabin —al general Rabin, el jefe del gobierno, yo lo conozco, es amigo mío— y al general Dayan. Yo sé que éste es mi amigo aunque no esté en el gobierno. Su gobierno debe hacer todo lo posible para liberar a los rehenes de inmediato; ésa es la exigencia palestina.

Yo estoy haciendo todo lo que puedo; les he dado colchones, mantas, atención médica. Hay alguien en el hospital recibiendo cuidado médico y, por consejo del doctor, se le llevara a París en cuanto el doctor apruebe (el viaje). Quiero que usted haga todo lo posible. Acabo de hablar con los israelíes y están muy contentos. Lo que dijeron fue grabado para la televisión. Me pidieron que diera este mensaje a su gobierno de inmediato.

Bar-Lev: —Señor presidente, usted es el gobernante de su país. Yo pienso que tiene el poder para liberar a esa gente. Pasará a la Historia como un gran hombre.

Amin: —Quiero que usted sepa que es un amigo mío para siempre... Les dije a los periodistas norteamericanos que el coronel Bar-Lev es mi amigo. Me gustará verle porque le conozco bien. Estoy dispuesto a lograr la paz entre los israelíes y los árabes. Quiero que usted se lo comunique a su gobierno. Cualquier cosa que usted quiera de mí, dígamelo. Informe a su gobierno de que se pasará esta declaración a través de los franceses; de que yo quiero aceptar las demandas de los palestinos para salvar las vidas de los israelíes.

Bar-Lev: —¿Puede hacer algo para que no los maten?

Amin: —Yo puedo hacer algo si su gobierno acepta de inmediato las demandas... Ahora me están llamando. A las 17 horas publicarán su decisión final y las cosas deben arreglarse rápidamente,

antes de mañana al mediodía. De no ser así, harán volar el avión y matarán a los rehenes. Su gobierno debe hacer todo lo posible.

Bar-Lev: —Señor presidente... ¿recuerda usted a su madre, quien le dijo antes de morir que debía ayudar a los israelíes en la Tierra Santa? Si usted quiere ser un gran hombre y un gran santo, pasar a la Historia y quizás incluso recibir el Premio Nobel, usted debe liberar a esa gente... Es una gran oportunidad. Dios se la ha brindado para demostrar al mundo entero que usted es grande y bueno.

Amin: —¿Cómo está usted, amigo mío, y su esposa?

Bar-Lev: —Estamos todos bien. ¿Quiere que le vaya a ver?

Amin: —Me encantará verle.

Bar-Lev: —¿Puede usted hacer que no los maten hasta que yo llegue?

Amin: —¿Puede usted apelar a su gobierno para que yo pueda tener una contestación de inmediato?

Bar-Lev: —Muy bien, señor. Le volveré a llamar.

Amin: —Puede llamarme cuando quiera. Estaré esperando... Le hablo desde el aeropuerto. Hace tres días que no duermo. Yo quiero salvar a esa gente.

MIÉRCOLES, 30 DE JUNIO, 23.05 HORAS

Bar-Lev: —Le acabo de pasar su consejo al gobierno por intermedio de un amigo. Dijeron que aceptan su consejo y que actuarán al respecto por medio del gobierno francés, tal como usted propuso. Ahora estoy tratando de encontrar un medio para ir a visitarle.

Amin: —Si viene, estará en su casa... porque usted es un buen amigo mío. Nadie le hará daño.

Bar-Lev: —Puedo confiar en usted y en Dios. En nadie más.

Amin: —Mi hija (¿hijo?) Sharon le envía saludos.

Bar-Lev: —Gracias, Excelencia. Hasta que encuentre un medio para ir a visitarle, ¿puede usted tomar todas las medidas posibles para que no les pase nada a los rehenes?

Amin: —Ahora estoy con el dirigente del FPLP. Acaba de llegar. El hombre con quien había negociado antes es su número dos. Ahora ha llegado el hombre indicado. Hace 40 minutos me dijo que no cambiará su decisión, si no recibe una respuesta para mañana a las 10, hora de Uganda...

Bar-Lev: —Excelencia, estoy haciendo lo imposible para poder ir a visitarle. Tal vez, yo le pueda resultar útil... Cuando oí las noticias en la radio, me dije: Ahora mi amigo Idi Amin Dada tiene una gran oportunidad, la posibilidad de hacer algo verdaderamente grande. Todo el mundo hablará de él. Por favor, detenga ese derramamiento de sangre. Trataré de ir y encontrar otra solución.

Amin: —Pero han puesto a los 145 judíos juntos y dijeron que los rodearán con fuertes explosivos; en consecuencia, debe haber una respuesta inmediata.

Bar-Lev: —Yo sólo soy un individuo particular... Recuerde, yo siempre le aconsejé bien y jamás le di un mal consejo. Es su país y usted es el presidente y tiene el poder. Si pasa algo, le echarán la culpa a usted. Y si usted los salva, será un santo. ¿Cuál es la situación, Excelencia?

Amin: —Ellos se han negado. Los han rodeado y dicen que harán volar a los rehenes y al ejército ugandés que los rodea.

Bar-Lev: —Comprendo. No creo que tengan tantos explosivos. ¿Cómo pueden llevar tantos explosivos en un avión? Excelencia, quiero que usted comprenda que ellos quieren liberar a asesinos, gente que ha cometido muchos crímenes. Mataron mujeres y niños. No creo que si

alguien tratara de matarlo a usted, usted le permitiría irse. Usted jamás cedería ni pondría en libertad a un asesino. No es algo fácil de hacer. Yo estoy seguro de que usted, como presidente de un estado, no permitirá que nadie decida lo que se debe hacer en su país.

Amin: —Estoy absolutamente de acuerdo con lo que usted me dice. Pero la situación ahora es muy complicada porque esta gente trajo cargas completas de TNT hasta en sus cuerpos y todo es muy complicado.

Bar-Lev: —Señor, aún tardaré uno o dos días para poder llegar hasta usted y serle de alguna utilidad. ¿Podrá usted calmarlos durante un par de días?

Amin: —Se negaron y dicen que el plazo vence mañana al mediodía. No me esperarán. Dicen que se suicidarán con los rehenes. Ya han preparado todo para apretar el botón, para hacer saltar todo y a ellos mismos.

Bar-Lev: —¿Dónde está la gente, en un hotel o en el avión? ¿Dónde duermen?

Amin: —En la vieja terminal de Entebbe; construimos una terminal moderna... La antigua no es más que un edificio y allí es donde tienen a los pasajeros. Allí no hay ningún avión. Todo el personal de la Fuerza Aérea está ahora fuera de Entebbe... Han puesto explosivos poderosos en todas partes... Dos líneas de explosivos poderosos, afuera y adentro. Vinieron en el avión con esos explosivos, en cajas. Yo pienso que alguna gente, quizás en Atenas, recibió algo para no registrar esas cajas...

Bar-Lev: —¿Dónde está el avión francés?

Amin: —Cerca de aquí. Tienen alguna gente allí con explosivos y están listos para volarlo... Si usted puede convencer a su gobierno de que liberen a esa gente, los que usted llama criminales... Vale más salvar las vidas de 200 personas... Dicen que los matarán a todos. Empezarán con el avión y luego matarán a todos con los explosivos. Dicen que si cualquier avión llega a Uganda, harán estallar todo automáticamente. Quieren negociar por intermedio de Francia. Yo les dije que tengo amigos en Israel, como usted, el general Dayan, incluso el jefe del gobierno; que yo puedo negociar con ellos, pero me han dicho que sólo quieren al gobierno francés.

Bar-Lev: —Recuerde, señor, que usted tiene una gran oportunidad, una oportunidad que le ha concedido Dios.

Amin: —Dígale a su gobierno que debe presionar al gobierno keniano para que libere a los presos que atraparon. De no ser así, algo terrible sucederá en Kenia. El jefe de los palestinos me dijo que si yo podía ponerme en contacto con usted, debía contarle lo de Kenia... Si no, Kenia sufrirá un terrible castigo.

Bar-Lev: —Muy bien, señor. Haré todo lo que pueda, pero soy un particular. Vi una gran oportunidad para que usted pasara a la Historia como un gran hombre, como un santo... Trataré de hacer todo lo que me pide.

Amin: —Dígale a su gobierno que me gustaría verle a usted en un cargo de importancia.

Bar-Lev: —Muchísimas gracias, señor, y buenas noches.

JUEVES, 1 DE JULIO, DESPUÉS DE LAS 10 HORAS (POCO ANTES DE QUE EXPIRARA EL PLAZO)

Amin: —Informe a su gobierno oficialmente de que el FPLP hará una declaración a las 11 (14 horas, hora de África del Este); ésa es la única respuesta que le puedo dar. Ésas son las instrucciones que he recibido del Frente. ¿De acuerdo? Hasta ahora hemos mantenido unas conversaciones muy difíciles. Lo mejor es que ustedes esperen esa declaración.

Bar-Lev: —¿Puede contarme lo que está sucediendo? ¿Cuáles son los puntos principales?

Amin: —Usted sabe que lo que yo estoy diciendo no es un secreto porque mi voz está siendo grabada por la Voz de América.

Bar-Lev: —¿No puede hacer algo para que no hagan nada hasta que yo llegue? Llegaré con algunas propuestas muy interesantes.

Amin: —Llámeme después de oír la declaración.

Bar-Lev: —Señor, ¿cómo puede ser que más gente del FPLP llegase a Uganda? Sólo había 6 en el avión y ahora hay más de 6... 20 o más... ¿Cómo entraron?

Amin: —Estaban en el avión. No había sólo 6, había unos 30 de todas partes del mundo. Nadie llegó en otro avión a Uganda. Para su información, yo traté de poner a los rehenes en un autobús y llevarlos en otra dirección, pero los secuestradores quisieron que todos ellos fueran a la vieja terminal. Es muy difícil para mí; hice todo lo que pude, pero pienso que su gobierno es responsable por la suerte de los israelíes y los pasajeros de doble nacionalidad y el resto de los rehenes.

Bar-Lev: —Mi gobierno está tratando de colaborar enviándome a mí con algunas ideas nuevas... Una vez más le digo que Dios le ha dado una oportunidad para hacer una gran acción que pasará a la Historia... No se deje influir por esa gente del FPLP nada más que porque están a su lado y contándole toda clase de historias...

Amin: —Yo no estoy influido por el FPLP; yo tomo mis propias decisiones y estoy haciendo todo lo que puedo por salvar las vidas de los israelíes y de los demás pasajeros. Por tanto, lo que usted dijo de venir a Uganda ya no es necesario. Si tiene que decirme algo de extrema importancia, escuche las declaraciones, llámeme por teléfono y yo le diré lo que debe hacer. Quiero repetirle que, de no haber hecho yo todo lo posible, todos los rehenes, incluyendo a la tripulación, no estarían ahora con vida... Usted debe considerar mi posición, no debe insultarme como acaba de hacer diciendo que yo he colaborado con los secuestradores, quienes no son inocentes. Pero mi posición es extremadamente difícil y usted debe comprenderlo. Todo el mundo debe darse cuenta de ello.

Bar-Lev: —Yo sé tres cosas de usted: que usted es un gran soldado, un ugandés, y un hombre que sólo confía en Dios; por tanto, creo que usted debe prevenir una matanza y luego más derramamiento de sangre. Nadie le puede dar órdenes. Usted puede hacer lo que está bien para su pueblo y lo que ordena Dios. La gente del FPLP no tiene ningún derecho a hacer eso en el territorio de su país.

Amin: —Rodearon a los rehenes con explosivos poderosos y alejaron a mis soldados. Las vidas de los rehenes están en sus manos. ¿Qué puedo hacer yo ahora?

Bar-Lev: —Usted puede decirles que son huéspedes suyos y que están poniendo a su país en una situación comprometida... Si eso sucediera en Israel, nos las arreglaríamos para liberar a los rehenes. El Frente nunca ha logrado hacer lo que quería en Israel, ni siquiera cuando tenían explosivos, porque no se lo permitimos. El mundo jamás aceptará la afirmación de que usted y su gran ejército no pudieron derrotar a 6 ó 10 personas. ¿Cómo se creará el mundo que el FPLP puede hacer lo que se le antoje en Uganda y que todo el ejército ugandés no lo puede evitar?

Amin: —Yo sé que lo que usted está diciendo es que nunca tuvieron éxito en Israel y que yo puedo matar a los terroristas.

Bar-Lev: —Usted les está otorgando su protección. Están viviendo en Uganda como si estuvieran en un hotel. Usted es un buen amigo de los palestinos y los árabes, de modo que ellos no tendrían que ponerlo en una situación difícil. No deben decir y pensar que operan en Uganda y que no les importe lo que pasa en Uganda. Ellos deben considerar su problema. Usted es un buen amigo suyo, pero ellos también deben pensar en usted. Yo pienso que no harán nada si el

mariscal de campo Idi Amin les pide que no hagan nada y que demoren las operaciones por un día hasta que yo pueda llegar.

Amin: —Quiero decirle que no están viviendo como huéspedes en un hotel. Están junto a los rehenes, y si nosotros tomamos alguna acción, pondremos en peligro las vidas de los rehenes. No son mis huéspedes. De acuerdo con que soy un buen amigo suyo. Quiero la paz en Palestina. Es la responsabilidad de su gobierno. Ustedes no deben continuar con esa política y esa actividad sionista.

DOMINGO, 4 DE JULIO, A LA UNA DE LA MADRUGADA (DESPUÉS DEL ATAQUE
AÉREO ISRAELÍ. AMIN AÚN NO SE HABÍA ENTERADO DEL ATAQUE)

Bar-Lev: —Señor, quiero agradecerle su cooperación. Muchísimas gracias.

Amin: —Usted sabe que no tuve éxito.

Bar-Lev: —Muchísimas gracias por su cooperación. ¿Qué? ¿La cooperación no resultó?

Amin: —¿He hecho algo?

Bar-Lev: —Yo quería únicamente agradecerle su cooperación, señor.

Amin: —¿He hecho algo?

Bar-Lev: —Hice exactamente lo que usted quería.

Amin: —¿Qué... qué sucedió?

Bar-Lev: —¿Qué sucedió?

Amin: —¿Sí?

Bar-Lev: —No sé.

Amin: —¿No puede decírmelo?

Bar-Lev: —No, no sé. Me han solicitado que le agradeciera la cooperación.

Amin: —¿Puede contarme de la sugerencia que mencionó?

Bar-Lev: —Un amigo con buenos contactos en el gobierno me ha pedido que le agradeciera la cooperación. No sé qué quiso decir, pero pienso que usted lo sabe.

Amin: —No lo sé porque apenas acabo de regresar de la isla Mauricio.

Bar-Lev: —¡Ah!...

Amin: —A fin de resolver el problema antes de que expire el plazo mañana por la mañana.

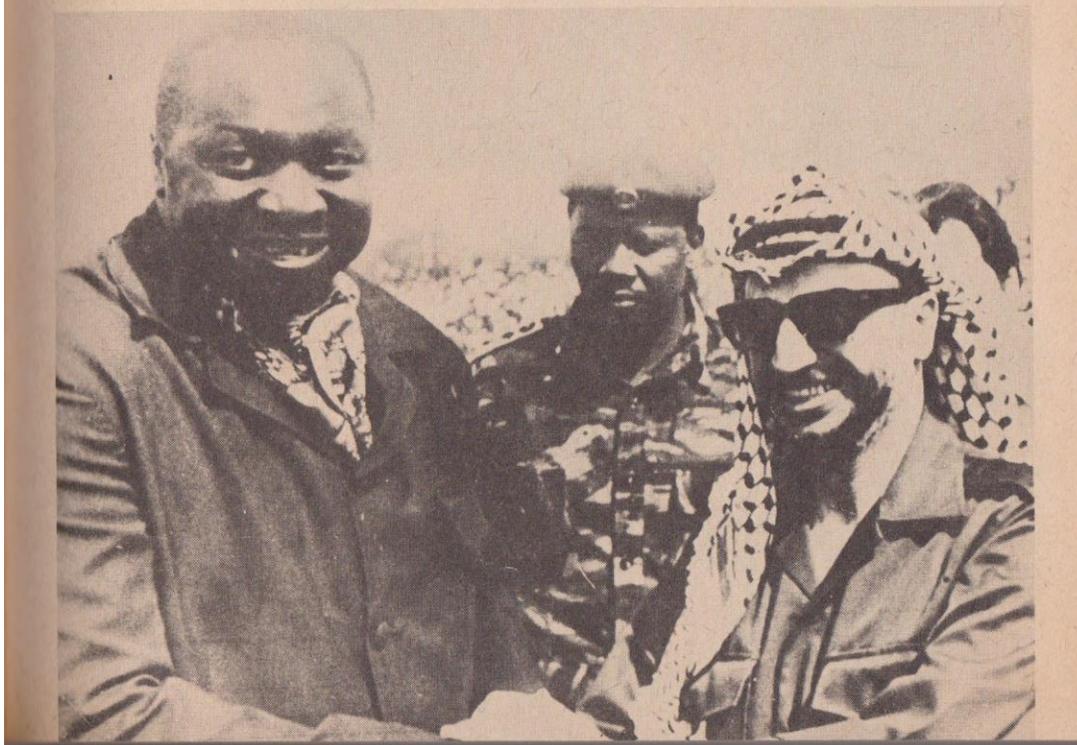
Bar-Lev: —Comprendo perfectamente, señor... Gracias por la cooperación. Quizá le vuelva a llamar mañana por la mañana. ¿Quiere que le llame mañana por la mañana?

Amin: —Sí.

Bar-Lev: —Muy bien, señor, gracias. Adiós.



Un romance de corta duración: Idi Amin con Golda Meir y Abba Eban en Israel durante una de las frecuentes visitas del dictador ugandés. El reverso de la medalla: años después Amin fraterniza con Yassir Arafat, jefe de lo OLP. (G.P.O.)

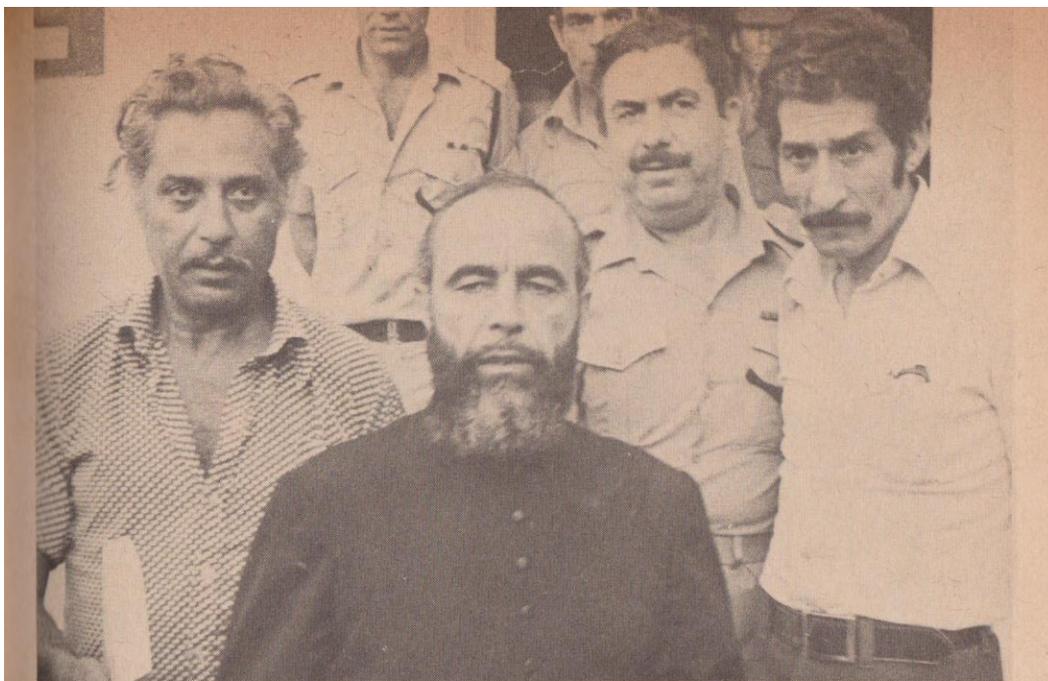




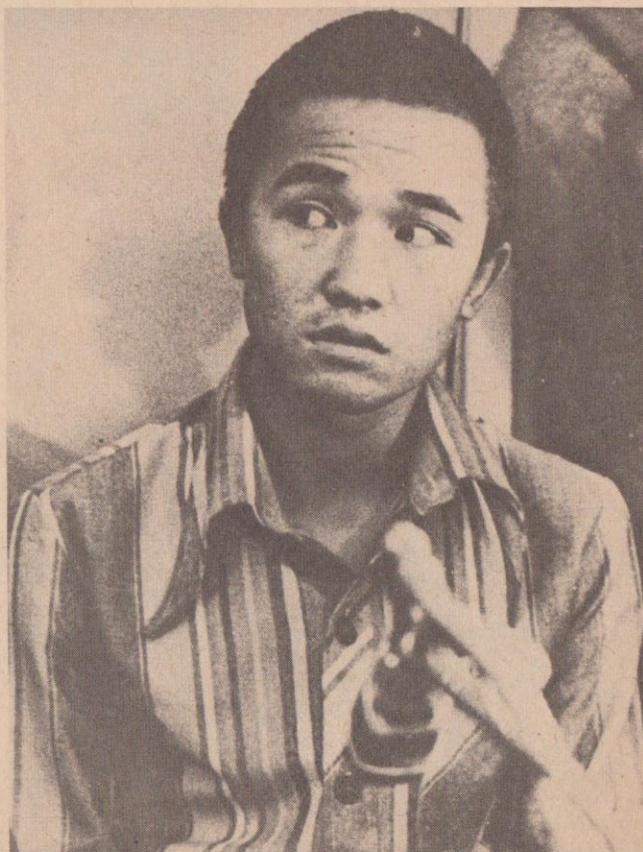
El aerobús secuestrado de Air France.
(Air France)

Izquierda y derecha: Faye Abdul-Rahim Jaber y Jayel Naji Al-Arjam, los secuestradores muertos en Entebbe.

Izquierda: Supuesta fotografía del Dr. Wadi Hadad, jefe terrorista.



El arzobispo Hilarion Cappucci camino del juzgado.
(G.P.O.)



Kozo Okamoto durante el juicio.
(G.P.O.)

Mariscal de Campo Doctor
Idi Amin Dada, aún lucien-
do las insignias de paracai-
dista israelí. (Y. Yismach)



Comandos israelíes practi-
can el desembarco de un
Hércules que ha girado pa-
ra producir una nube de
polvo de protección.

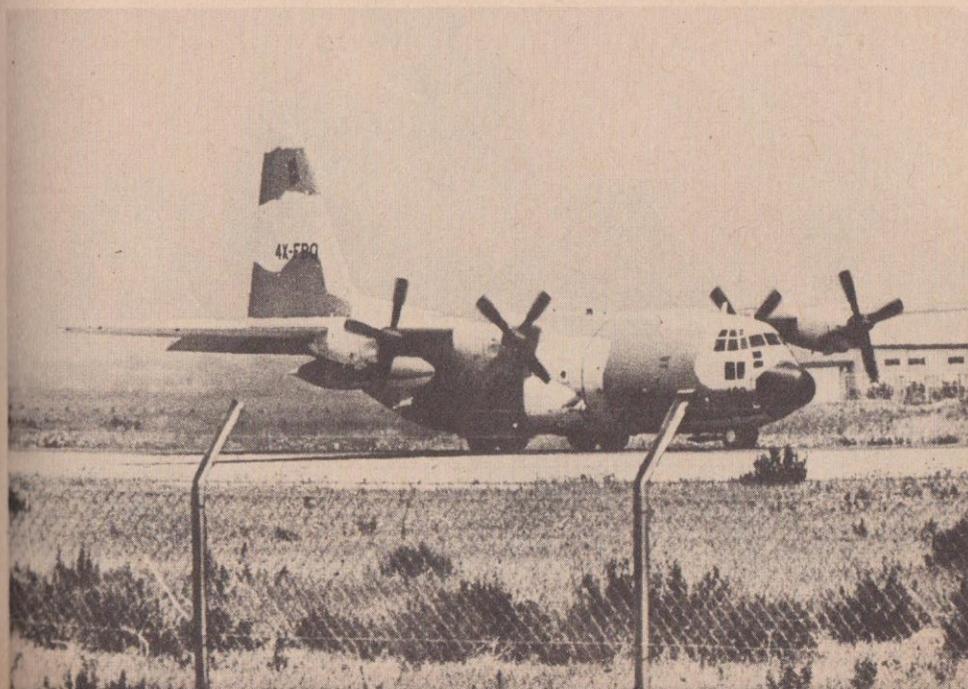
(Bamahane)

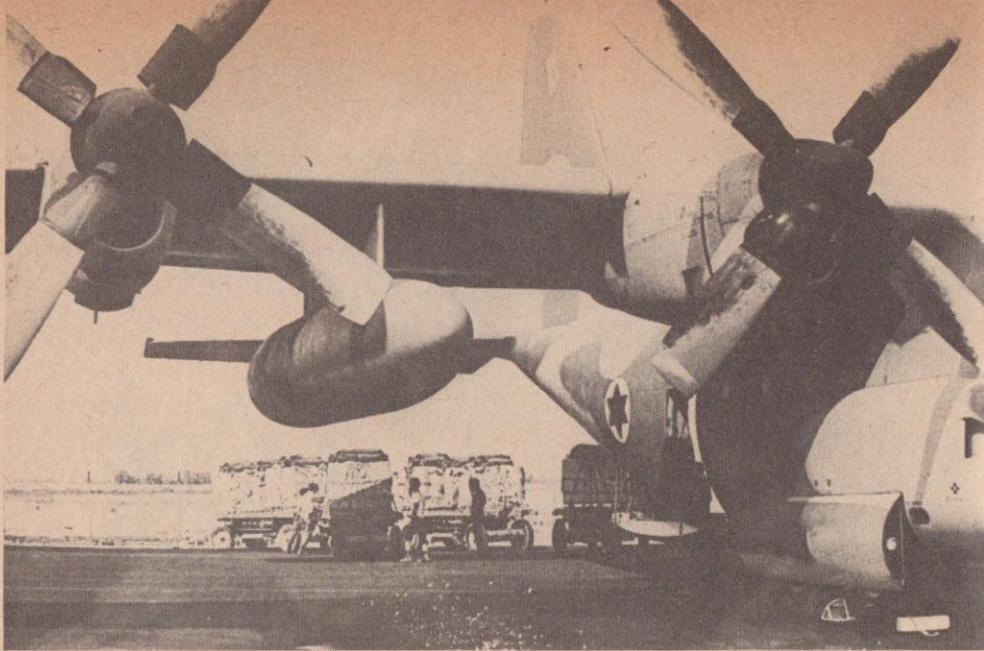




Tropas israelíes desembarcan de un Hércules. (Y. Yismach)

Aterrizza un Hércules después de haber completado con éxito la misión en Uganda. (Y. Yismach)





Un Hércules, con tanques de combustible para larga distancia, abasteciéndose para el vuelo a Uganda. (Bamahane)

Vehículos militares saliendo de un Hércules. (Y. Yismach)





El general Mordechai Gur (*izq.*), jefe del Estado Mayor del ejército israelí, y el brigadier general Dan Shomron (*der.*) en una reunión táctica. (Bamahane)

Los mismos, con oficiales no identificados. (Bamahane)

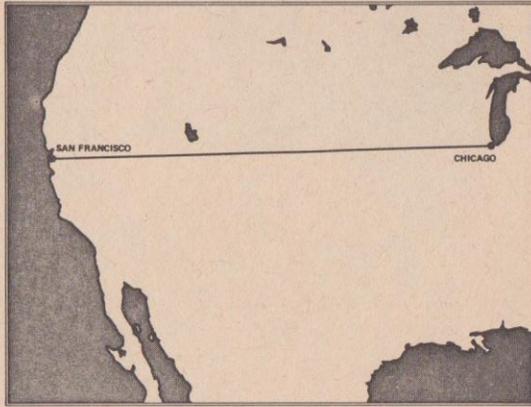
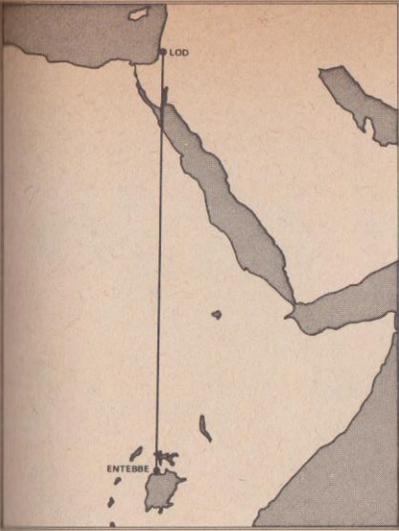




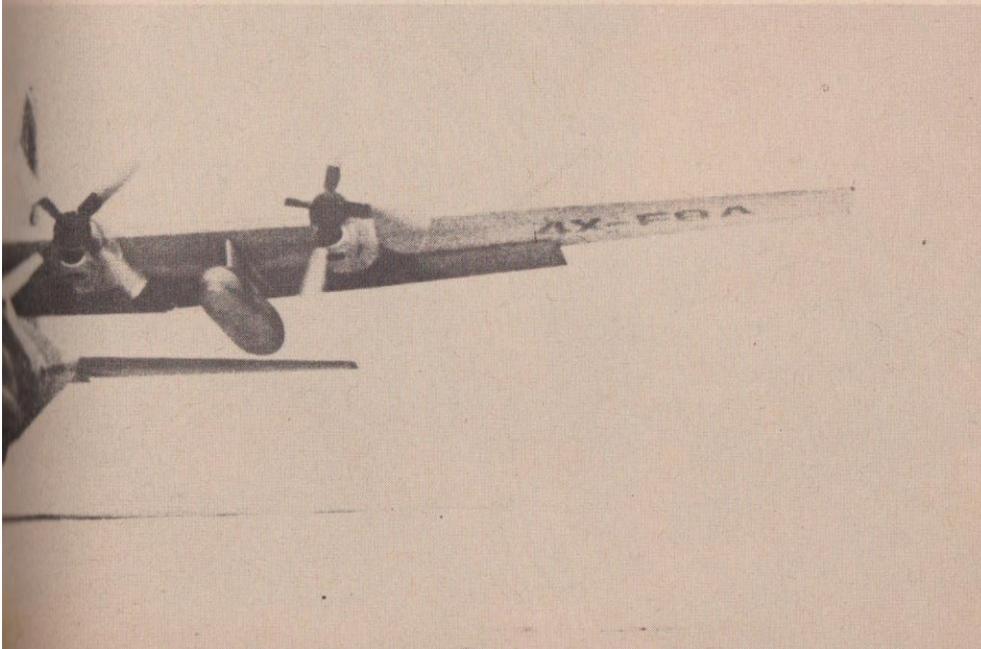
Comandos israelíes estudiando los planes de ataque. Por razones de seguridad, tienen las caras marcadas. (Bamahane)

Despega un Hércules C-130. (Bamahane)





Tres trayectos de distancia similar.





Llegan a Israel los primeros rehenes. *A la izquierda*, el comandante francés del aerobús secuestrado.

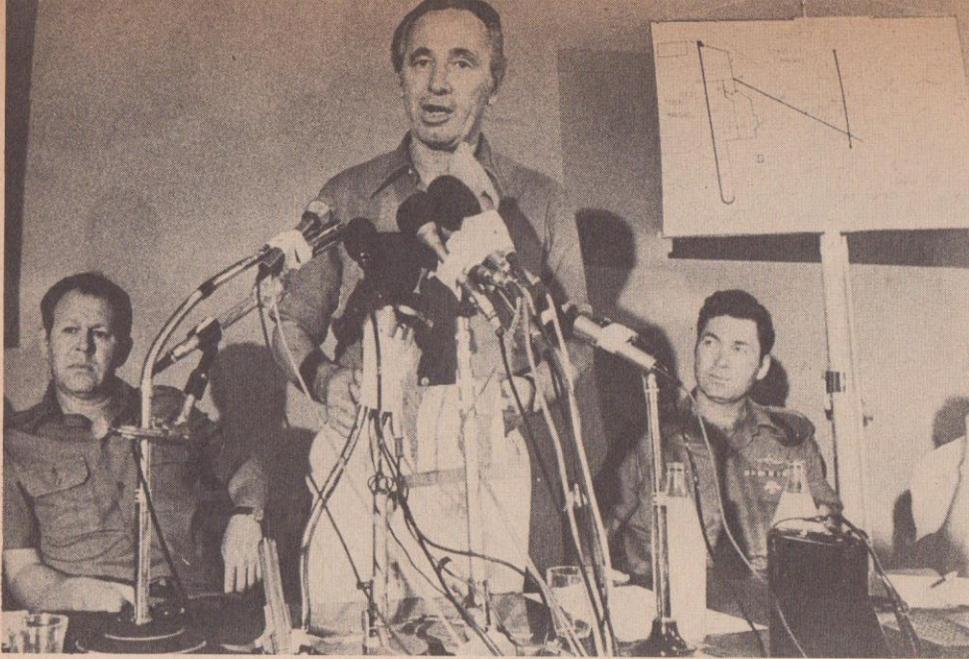


Recibimiento triunfal de un comando anónimo. (Bamahane)

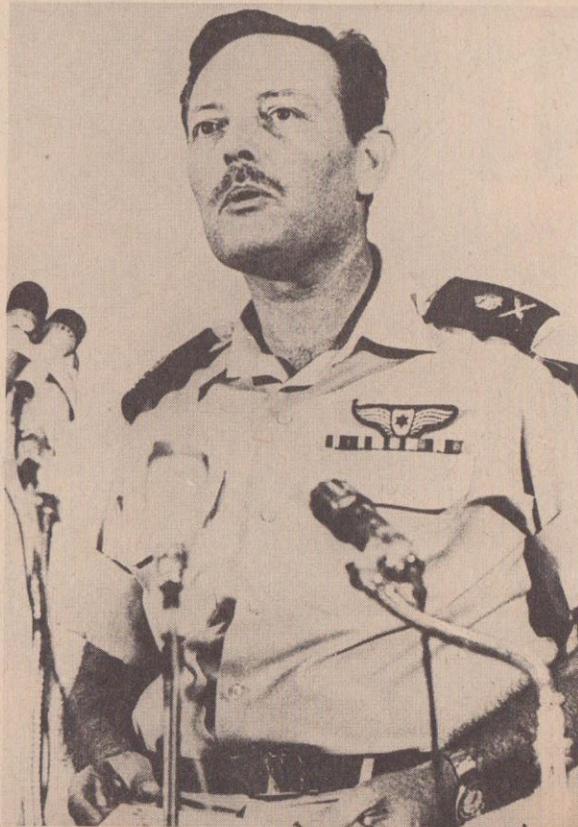


El reencuentro con los familiares. (Magnum)



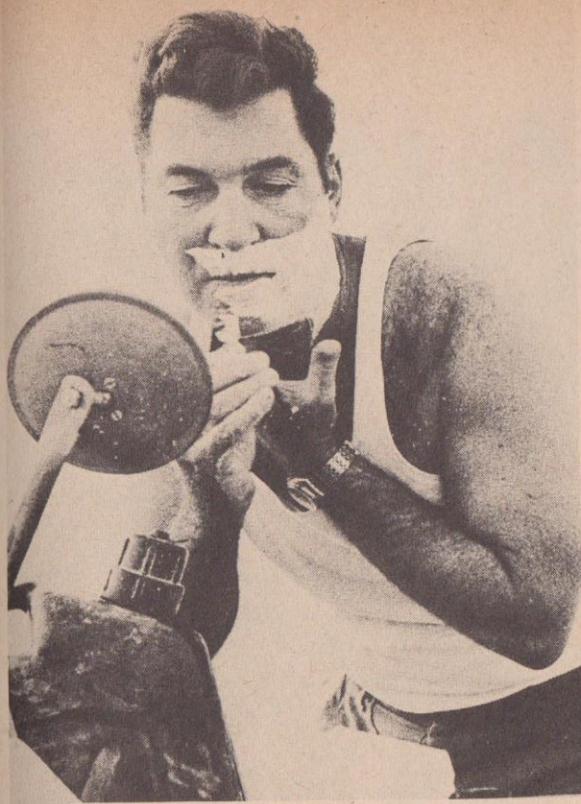


Arriba: De izquierda a derecha: general Mordechai Gur, ministro de Defensa Shimon Peres, brigadier general Dan Shomron, en la conferencia de prensa celebrada después de la Operación Uganda.
(*Israel Sun*)



General Benny Peled,
jefe de la Fuerza Aérea.
(*Y. Yismach*)

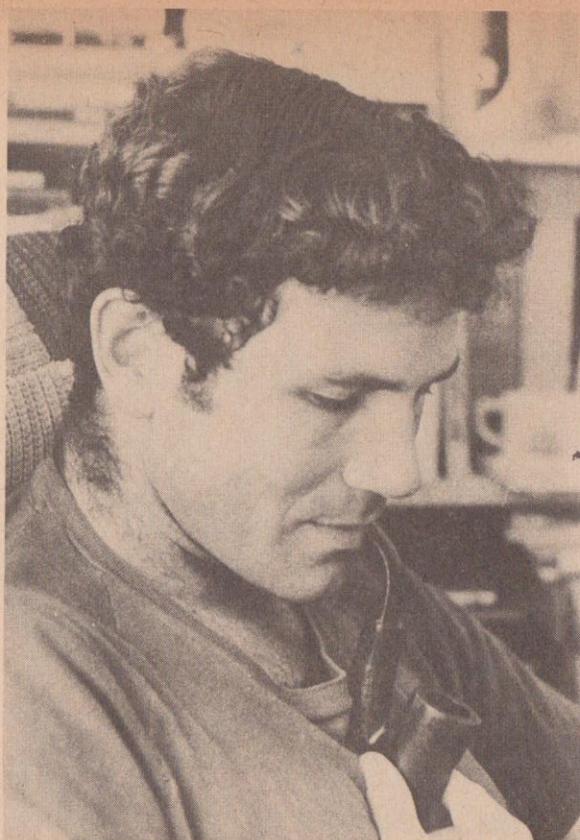
Dan Shomron en campaña.
(Bamahane)



El general Benjamín (Ben-ny) Peled (*izq.*), comandante en jefe de la Fuerza Aérea israelí. (Y. Yismach)

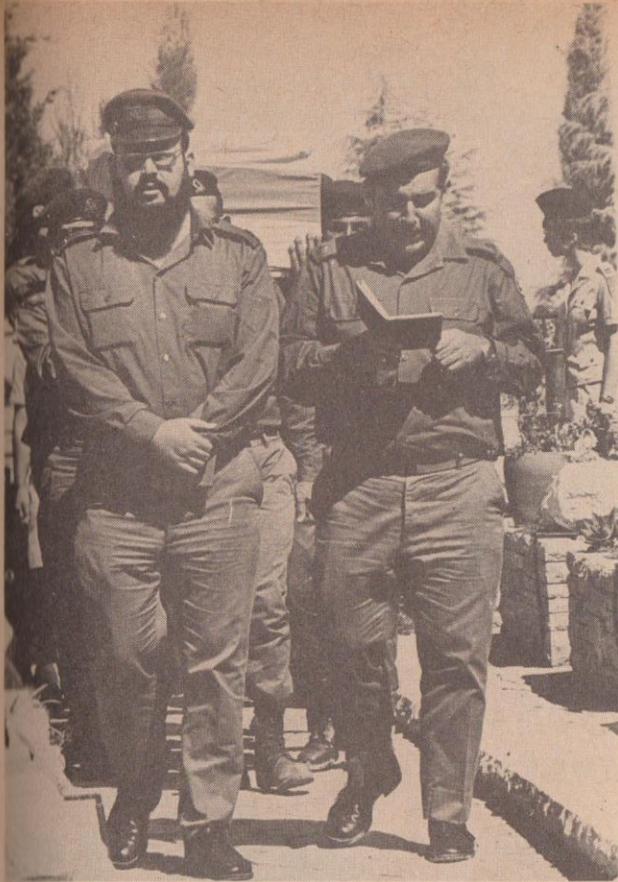


Jonathan «Yonni» Nathanyahu, (G.P.O.), el comandante de campo de la fuerza de rescate que resultó muerto en Entebbe.



El jefe del Estado Mayor entregó una medalla al valor a Yonni, durante la guerra del Yom Kippur.





El funeral de Yonni en Israel. (*Israel Sun*)

Abajo: El gobierno israelí guarda un minuto de silencio en memoria de los caídos en Entebbe. De izquierda a derecha: Abraham Ofer, Gideon Hausner, Yosef Burg, Shimon Peres, Yitzhak Rabin, Yigal Allon, Shlomo Rosen, Moshe Kol, Moshe Bar'am.

(Hannania Hermon)





El embajador de Israel ante las Naciones Unidas, Chaim Herzog, durante el debate en el Consejo de Seguridad del 9 de julio acerca del rescate israelí en Uganda. (Wide World)

El ministro de Relaciones Exteriores de Uganda, Juma Oris, en el Consejo de Seguridad. (Wide World)

